

EL SANTUARIO Y OTRAS HISTORIAS DE FANTASMAS

E. F. Benson

La Confesión De Charles Linkworth

El doctor Teesdale había tenido oportunidad de atender al condenado en una o dos ocasiones a lo largo de la semana previa a su ejecución, y le encontró, como suele darse el caso, una vez que se han evaporado las últimas esperanzas de seguir viviendo, perfectamente resignado ante su destino y sin demostrar ningún temor hacia la mañana que a cada hora que pasaba se encontraba más y más cerca. La amargura ante la muerte parecía no afectarle: su relación con ella había terminado cuando le dijeron que su apelación había sido rechazada. Pero durante los días en los que la esperanza todavía no le había abandonado completamente, el desdichado había bebido de la muerte a diario. En toda su carrera el doctor nunca había visto un hombre tan exuberante y apasionadamente apegado a la vida, ni alguien tan fuertemente aferrado a este mundo material por la pura sed animal de vivir. Después, se le transmitieron las noticias de que ya no podía seguir manteniendo más esperanzas, y su espíritu dejó de ser presa de la agonía, de la tortura y de la intriga, y aceptó lo inevitable con indiferencia. Sin embargo, el cambio fue tan extraordinario que al doctor le pareció que la noticia le había nublado completamente los sentidos, y que bajo aquella superficie adormecida seguía apegado al mundo material con tanta fuerza como siempre. Cuando le comunicaron el veredicto se desmayó, y el doctor Teesdale había sido llamado para atenderle, pero el ataque fue momentáneo y recuperó el sentido plenamente consciente de lo que acababa de suceder.

El asesinato había sido particularmente horrible, y en la mente del público no había ni pizca de simpatía hacia el perpetrador. Charles Linkworth, que ahora estaba condenado a la pena capital, llevaba un pequeño negocio de útiles de escritura en Sheffield, donde vivía con su esposa y su madre. Esta última fue la víctima de su atroz crimen siendo el motivo la posesión de quinientas libras que se hallaban en poder de la mujer. Linkworth, tal y como se reveló en el juicio, estaba endeudado por la cantidad de cien libras en aquel momento, y aprovechando la ausencia de su esposa, que estaba de visita en casa de unos parientes, estranguló a su madre, enterrando el cuerpo durante la noche en el pequeño jardín que tenía en el patio trasero de su casa. Cuando su mujer regresó, tenía una historia lo suficientemente plausible como para justificar la desaparición de la vieja señora Linkworth, ya que ambos se habían enzarzado en continuas disputas y riñas durante los últimos dos años, y ella había amenazado en más de una ocasión con marcharse y retirar los ocho chelines semanales que aportaba para la manutención de la casa, destinándolos a una renta vitalicia. También era cierto que durante la ausencia de la joven señora Linkworth, madre e hijo habían tenido una violenta disputa surgida a partir de alguna diferencia trivial sobre la manera de llevar los asuntos de la casa, y que a consecuencia de esto ella había llegado a retirar su dinero del banco con la intención de abandonar Sheffield al día siguiente e instalarse en Londres, donde tenía amigos. Aquella tarde se lo comunicó a su hijo, y éste la asesinó durante la noche.

Su siguiente paso, antes del regreso de su esposa, fue lógico y razonable. Recogió

todas las pertenencias de su madre y las llevó a la estación, desde donde las despachó en un tren de pasajeros, y por la noche invitó a varios amigos a cenar, comunicándoles la marcha de su madre. No se lamentó por ello (lógicamente y confirmándoles lo que ya era probable que supieran); más bien al contrario, comentó que nunca se habían llevado bien y que su marcha le había procurado paz y tranquilidad. Cuando su esposa regresó, le contó esta misma historia, idéntica hasta en el más mínimo detalle, añadiendo, en todo caso, que la discusión había sido violenta y que su madre ni siquiera se había dignado a dejarle su futura dirección. Esta declaración, de nuevo, había sido completamente meditada con anterioridad, ya que evitaría que su mujer pretendiera escribir a la vieja. Ella pareció aceptar su historia completamente. De hecho, nada sospechoso o extraño había en ella.

Durante una temporada se comportó con la compostura y la astucia que la mayoría de los criminales poseen hasta cierto punto, a partir del cual suelen perder ambas cualidades, siendo ésta la causa de su detención. Por ejemplo: no pagó inmediatamente sus deudas, sino que alojó un huésped en su casa, le alquiló la habitación de su madre, y despidió a su ayudante en la tienda, quedando él solo al frente de la misma. De este modo dio la impresión de que estaba ahorrando, al mismo tiempo que comentaba abiertamente la gran mejoría que había experimentado su negocio. Por otra parte, no hizo efectivos los billetes bancarios que había encontrado en un cajón cerrado en la habitación de su madre hasta que hubo pasado un mes. Entonces cambió dos billetes de cincuenta libras y pagó a sus acreedores.

Fue en este punto cuando la compostura y la astucia le fallaron. En vez de ser paciente e ir aumentando libra a libra su saldo en la caja de ahorros, abrió una cuenta en un banco local con otros cuatro billetes de cincuenta, y además empezó a sentirse inquieto sobre aquello que había enterrado en el jardín trasero. Pensando asegurarse más a este respecto, encargó una carretada de escoria y fragmentos de piedra y, con la ayuda de su huésped, empleó las tardes veraniegas en construir un gran macetero sobre aquel lugar. Fue entonces cuando intervino el azar descomponiendo todo su plan. Hubo un incendio en la oficina de objetos perdidos de la estación de King Cross (en la cual debería haber reclamado las posesiones de su madre), y algunas maletas habían quedado parcialmente dañadas. La compañía ferroviaria estaba obligada a ofrecer una compensación, y el nombre de su madre cosido sobre su ropa y una carta con la dirección de Sheffield condujeron al envío de una nota puramente formal y oficial, en la que la compañía se declaraba dispuesta a cargar con los daños ocasionados. Estaba dirigida a la señora Linkworth, y por lo tanto fue la esposa de Charles Linkworth quien la recibió y leyó.

Parecía un documento completamente inofensivo, pero con él llegaba su pena de muerte. Y es que no pudo dar ninguna explicación de por qué los baúles seguían estando en la estación de King Cross, aparte de sugerir que quizá su madre hubiera sufrido algún accidente. Evidentemente, tenía que poner el asunto en manos de la policía para que llevara a cabo un seguimiento de sus pasos, y en caso de probarse su defunción, reclamar sus bienes, ya que los había sacado del banco y se los había llevado consigo. Éste fue, al menos, el procedimiento a seguir aconsejado tanto por su mujer como por su huésped, en cuya presencia fue leído el comunicado de los representantes del ferrocarril, y al cual resultó imposible negarse. A continuación, la silenciosa y engrasada maquinaria de la

justicia, característica de Inglaterra, se puso en marcha. Hombres discretos se dejaron caer por la calle Smith, visitaron bancos, observaron la supuesta mejoría del negocio y, desde una casa cercana, examinaron el jardín, en cuyo macetero de piedra ya estaban creciendo los helechos. Después llegaron el arresto y el juicio, que no duró demasiado, y cierto sábado llegó el veredicto. Inteligentes mujeres tocadas con enormes sombreros dieron colorido a la sala, y en todo el gentío no hubo ni una sola persona que sintiese simpatía por aquel joven de apariencia atlética que estaba siendo condenado. La mayoría de la audiencia estaba formada por señoras mayores y madres respetables, y siendo el crimen un ultraje a la maternidad, escucharon la lectura del veredicto con gran satisfacción. Llegaron a emocionarse cuando el juez se tocó con su horrible y absurdo gorro negro y leyó la sentencia impuesta por Dios.

Linkworth fue declarado culpable por el atroz suceso, sin que nadie que hubiera escuchado las pruebas pudiera dudar en lo más mínimo que lo había llevado a cabo con la misma indiferencia que posteriormente demostró en cuanto supo que su apelación había sido rechazada. El capellán de la prisión que le atendió había hecho lo posible por conseguir que se confesase, pero sus esfuerzos fueron completamente inútiles y hasta el último momento el condenado mantuvo, aunque sin aspavientos, su inocencia. Se hizo justicia una brillante mañana de septiembre, mientras el sol brillaba cálidamente sobre la pequeña procesión que atravesó el patio de la prisión hasta el cobertizo en el que se encontraba el aparato de la muerte. El doctor Teestlale quedó satisfecho al comprobar que la muerte fue prácticamente inmediata. Había estado presente en el cadalso, había visto la presión sobre la palanca y había visto la figura rígida y encapuchada caer al vacío. Había oído la tensión y el crujido de la cuerda al recibir el peso y, mirando hacia abajo, había visto también los crispados espasmos del ahorcado. No habían durado más de un segundo o dos; la ejecución había resultado perfectamente satisfactoria.

Una hora más tarde realizó la autopsia al cadáver y descubrió que su apreciación había sido completamente correcta: las vértebras de la espina dorsal se habían roto a la altura del cuello y la muerte debía de haber sido instantánea. Apenas hubiera hecho falta realizar la pequeña disección necesaria para comprobarlo, pero por seguir el proceso acostumbrado así lo hizo. Y en aquel momento tuvo una curiosa y muy vívida sensación: que el espíritu del fallecido se encontraba detrás de él, como si aún residiera en su quebrado cuerpo. Pero no había duda alguna de que el cuerpo estaba muerto: había muerto hacía una hora. A esto le siguió una pequeña circunstancia que, aunque en un principio pareció insignificante, no por ello resultó menos curiosa. Uno de los guardias entró y preguntó si la cuerda que había sido usada hacía una hora, y que era pertenencia del verdugo, había sido por error llevada junto al cuerpo hasta el depósito de cadáveres. Sin embargo, allí no había ni rastro de ella. Pese a tratarse de un objeto de lo más peculiar y poco susceptible de desaparecer, lo cierto es que parecía haberse desvanecido completamente; no estaba allí y no estaba en el patíbulo. Ni siquiera hubo manera de determinar el momento de su desaparición, y ésta resultó del todo inexplicable.

El doctor Teesdale era soltero y económicamente autosuficiente, y vivía en una cómoda casa de altas ventanas situada en Bedford Square, en la que una cocinera de excelencia superable cuidaba de su estómago, mientras su marido hacía lo propio con su

persona. No tenía necesidad en absoluto de practicar su profesión, y si lo hacía en la prisión era por la oportunidad de estudiar la mente criminal. La mayoría de los crímenes (es decir, todas aquellas transgresiones de las reglas de conducta que la humanidad se había autoimpuesto para asegurar su propia preservación), los consideraba o bien el resultado de una anomalía cerebral o bien producto del hambre. Los delitos de latrocinio, por ejemplo, no los atribuía en ningún caso a la mente racional; es cierto que a menudo eran consecuencia de una necesidad real, pero resultaba más habitual que estuviesen dictados por alguna oscura enfermedad cerebral. En casos concretos, era calificada de cleptomanía, pero él estaba convencido de que había muchas otras variaciones que no tenían por qué resultar directamente fruto de una necesidad física. Sobre todo cuando el crimen en cuestión venía acompañado de manifestaciones violentas, y en este apartado emplazaba mentalmente, mientras se dirigía a su casa aquella tarde, al criminal cuyos últimos momentos había presenciado por la mañana. El crimen había sido abominable y la necesidad de dinero no demasiado apremiante. Las características detestables y antinaturales del asesinato le habían llevado a considerar al asesino más como un lunático que como un criminal. Había sido, hasta donde él sabía, un hombre tranquilo y de disposición afable, un buen marido y un vecino sociable. Pero entonces había cometido un crimen, uno sólo, que le había situado más allá de lo aceptable. Un hecho tan monstruoso, ya hubiera sido perpetrado por un hombre cuerdo como por un loco, resultaba intolerable; no podía haber lugar en el mundo para el culpable. Pero de alguna manera el doctor sentía que se habría sentido más a gusto con la ejecución si el difunto hubiera confesado. Existía la certeza moral de que era culpable, pero al menos habría deseado que, al ver desvanecidas sus esperanzas, hubiera confirmado el veredicto con su propia voz.

Aquella noche cenó solo, y tras la cena se refugió en su estudio, que estaba adjunto al comedor, sin sentirse particularmente inclinado a la lectura, por lo que se sentó frente al fuego en su gran sillón rojo y dejó que su mente vagara libremente. Casi de inmediato empezó a reflexionar sobre la curiosa sensación que había experimentado aquella mañana, la impresión de que el espíritu de Linkworth estaba presente en el depósito de cadáveres, aunque su vida se hubiera extinguido hacía ya una hora. No era la primera vez, especialmente en casos de muerte súbita, que había experimentado aquella misma convicción, aunque quizá nunca de una manera tan inequívoca como aquel día. Aun así, aquel sentimiento se debía probablemente, a su parecer, a una verdad natural y física. El espíritu (debería remarcar que el doctor creía en la doctrina de la vida futura y en la pervivencia del alma pese a la extinción del cuerpo) era con toda probabilidad incapaz de abandonar de inmediato su cáscara terrestre y además se mostraba reticente a ello. Era más probable que permaneciera allí, a nivel terrenal, durante un rato. En sus horas de ocio, el doctor Teesdale era un gran estudioso de lo oculto, ya que como los médicos más avanzados y expertos, reconocía claramente lo estrecha que era la frontera entre el cuerpo y el alma, la tremenda influencia de lo intangible sobre el mundo material, y no presentaba para él ninguna dificultad asumir que un espíritu incorpóreo pudiera ser capaz de comunicarse con aquellos que aún estaban ligados a lo finito y lo material.

Sus meditaciones, que empezaban a agruparse en torno a una idea concreta, quedaron interrumpidos en aquel momento. Sobre su cercano escritorio estaba sonando el

teléfono, no con su habitual insistencia metálica sino muy débilmente, como si hubiese un problema con el mecanismo o con la línea. En todo caso, no había duda de que estaba sonando, por lo que se levantó y descolgó el auricular.

—¿Sí? ¿Sí? —dijo—. ¿Quién es?

Como respuesta llegó un susurro casi inaudible, y prácticamente ininteligible.

—No puedo oírle —dijo Teesdale.

El susurro sonó de nuevo, pero sin mayor claridad. Después, cesó del todo.

Siguió escuchando durante aproximadamente medio minuto, esperando que se reanudara, pero aparte de los habituales parásitos en la línea, que por lo menos demostraban que estaba en comunicación con otro aparato, sólo le llegó silencio. Entonces colgó, llamó a la central de la Compañía Telefónica y dio su número.

—¿Podría decirme desde que número acaban de llamarme? —solicitó.

Hubo una breve pausa, después se lo comunicaron. Era el número de la prisión en la que él ejercía.

—Póngame con ellos, por favor —dijo.

Así se hizo.

—Me acaban de llamar ustedes ahora mismo —dijo a través del teléfono—. Sí, soy el doctor Teesdale. ¿Cómo? No he oído lo que me ha dicho.

La voz le respondió clara e inteligible.

—Debe de tratarse de un error, señor —dijo—. No le hemos llamado.

—Pero la operadora me ha dicho que habían sido ustedes.

—Habrá sido un error de la operadora, señor —respondió la voz.

—Qué extraño. Bueno, buenas noches. Es usted el carcelero Draycott ¿no es así?

—Sí, señor. Buenas noches, señor.

El doctor Teesdale regresó a su gran sillón, menos predispuesto aún a la lectura. Dejó que sus pensamientos vagasen durante un rato, sin otorgarles una dirección definida, pero una y otra vez su mente volvía a centrarse en el extraño suceso del teléfono. Muy a menudo le habían llamado por error, y muy a menudo también la operadora le había puesto en contacto con un número equivocado, pero había algo en aquellos timbrazos tan tenues y en los ininteligibles murmullos procedentes del otro extremo de la línea que cautivaba su imaginación, y pronto se encontró recorriendo a grandes zancadas la habitación, cebando sus pensamientos en un pasto de lo más inusual.

—¡Pero es imposible! —exclamó en voz alta.

A la mañana siguiente se dirigió, como acostumbraba, a la prisión, y una vez más le asaltó la extraña sensación de que allí había una presencia invisible. Ya había tenido con anterioridad algunas curiosas experiencias físicas, y sabía que era «sensible» (es decir, una persona capaz, en según qué circunstancias, de recibir impresiones paranormales y de vislumbrar ocasionalmente el mundo invisible que yace bajo nosotros). Y aquella mañana la presencia de la que fue consciente era la de aquel hombre que había sido ejecutado la mañana anterior. Estaba localizada, y la sintió con mucha más fuerza en el pequeño patio de la prisión y, sobre todo, cuando pasó frente a la puerta de la celda del condenado. Tan fuerte era allí que no le hubiera sorprendido si su figura hubiese sido visible, y cuando atravesó la puerta que había al final del pasillo se volvió convencido de que realmente iba

a verlo. Durante todo el tiempo, además, fue consciente de que un profundo terror atenazaba su corazón; aquella presencia invisible le perturbaba. Y sintió que la pobre alma quería que se hiciese algo por ella. Ni por un momento dudó que aquella impresión suya fuera completamente objetiva, y no un fantasma creado por su propia imaginación. El espíritu de Charles Linkworth estaba allí.

Pasó a la enfermería y durante un par de horas se mantuvo ocupado con el trabajo. Pero durante todo el tiempo percibió aquella misma presencia invisible cerca de él, aunque su fuerza era allí claramente menor que en aquellos lugares con los que el hombre había estado más íntimamente asociado. Finalmente, antes de marcharse, y con la intención de comprobar su teoría, miró en el cobertizo de las ejecuciones. Un instante después salía con la cara completamente pálida y cerrando la puerta apresuradamente a sus espaldas. Sobre el último escalón de la horca se erguía una figura, encapuchada y rígida, borrosa, con los contornos mal definidos y apenas visible. Pero visible al fin y al cabo, sobre eso no había duda posible.

El doctor Teesdale era un hombre de buen temple, y recobró casi inmediatamente la compostura, completamente avergonzado de su pánico inicial. El terror que había blanqueado su cara había sido fruto de unos nervios alterados, no de un corazón aterrorizado, pero por muy interesado que estuviera en los fenómenos físicos, no pudo obligarse a volver a entrar allí. Aunque sería más correcto decir que lo intentó, pero sus músculos se negaron a aceptar el mensaje. Si aquel pobre espíritu atado a la tierra tenía que comunicarle algo, realmente prefería que lo hiciera a cierta distancia. Según lo entendía, su campo de acción estaba circunscrito. Abarcaba el patio de la prisión, la celda del condenado y el pabellón de las ejecuciones, y se sentía de una manera más débil en la enfermería. Después, una nueva idea se le ocurrió, y volvió a su habitación e hizo llamar al carcelero Draycott, que le había respondido al teléfono la noche anterior.

—¿Está usted seguro —preguntó— de que nadie me llamó anoche, justo antes de que hablara con usted?

—No veo cómo hubiera sido posible, señor—dijo él—. Estuve sentado cerca del teléfono la hora y media previa, y también con anterioridad. Debería haber visto a quienquiera que se hubiera acercado al aparato.

—¿Y no *vio* a nadie? —dijo el doctor con un ligero énfasis.

—No, señor. No vi a nadie—respondió Draycott con el mismo énfasis.

El doctor Teesdale desvió la mirada.

—¿Y no tuvo, quizá, la impresión de que acaso hubiera alguien allí? —preguntó, sin darle importancia, como si se tratara de un asunto sin interés.

Evidentemente, el carcelero Draycott estaba pensando en algo de lo que le resultaba difícil hablar.

—Bueno, señor, si me lo pone así... —empezó—, pero usted me podría decir que si estaba medio dormido, o que si algo de lo que había cenado me había sentado mal.

El doctor dejó de lado su actitud casual.

—No haría nada semejante —dijo—, de igual modo que tampoco me diría usted a mí que yo estaba durmiendo anoche cuando oí sonar el teléfono. Tenga en cuenta, Draycott, que no sonaba como siempre, apenas sí pude oírlo, pese a que se hallaba justo a mi lado. Y

cuando pegué la oreja al auricular sólo fui capaz de distinguir un susurro. Sin embargo, cuando hablé con usted le oí perfectamente. Creo que había algo... o alguien... a ese lado del teléfono. Usted estaba allí, y aunque no vio a nadie, también usted notó que había alguien a su lado. ¿No es así?

El hombre asintió.

—No soy un hombre asustadizo, señor —dijo—, y tampoco tengo una gran imaginación. Pero allí había algo. Se paseó alrededor del aparato y no era el viento, porque apenas se movía la más leve brisa y la noche era cálida. Además cerré la ventana para asegurarme. Pero se paseó por la habitación, señor, se paseó durante una hora o más. Movié las páginas del listín telefónico, y todo el pelo se me erizó cuando noté que se acercaba. Y estaba helado, señor.

El doctor le miró directamente a la cara.

—¿Se acordó usted de lo que había estado haciendo por la mañana? —preguntó repentinamente.

De nuevo, el hombre dudó.

—Sí, señor —dijo al final—. Pensé en el convicto Charles Linkworth.

El doctor Teesdale asintió reafirmandose.

—Eso es —dijo—. ¿Está usted de turno esta noche?

—Sí, señor. Ojalá no lo estuviera.

—Sé cómo se siente, yo me siento exactamente igual. Ahora bien, lo que quiera que sea, parece querer comunicarse conmigo. Por cierto, ¿hubo algún tipo de disturbio anoche en la prisión?

—Sí, señor, por lo menos una docena de hombres tuvieron pesadillas. Gritaban y chillaban, y eso que no suelen ser hombres problemáticos. A veces sucede, tras una ejecución. Lo he visto en otras ocasiones, pero nunca como anoche.

—Ya veo. Bueno, si esa... esa cosa que no puede usted ver quiere volver a coger el teléfono esta noche, dele todas las facilidades que pueda. Probablemente llegará a la misma hora. No puedo decirle por qué, pero es lo que suele ocurrir. De modo que a menos que se vea obligado, no entre en la habitación en la que está el teléfono, al menos durante una hora, para darle el suficiente tiempo, entre las nueve y media y las diez y media. Yo le estaré esperando al otro extremo de la línea. Suponiendo que me llame, cuando haya terminado yo mismo le llamaré a usted para asegurarme de que no me han telefoneado... de la manera habitual.

—¿Y no hay nada de lo que asustarse, señor? —preguntó el hombre.

El doctor Teesdale recordó el momento de terror que le había acometido aquella mañana, pero habló con sinceridad.

—Estoy seguro de que no hay nada que temer —dijo con firmeza.

El doctor Teesdale tenía un compromiso para cenar, pero lo anuló, y a las nueve y media estaba sentado a solas en su estudio. Dada la presente ignorancia sobre las leyes que gobiernan los movimientos de los espíritus separados del cuerpo, no podía explicarle al carcelero por qué razón sus visitas acostumbran a ser periódicas y puntuales respecto a nuestro esquema horario, pero mediante las escenas registradas de apariciones de almas en pena, especialmente si el alma está desesperadamente necesitada de ayuda, había

descubierto que solían presentarse a la misma hora, del día o de la noche. Otra regla general era que su poder de hacerse visibles o audibles iba aumentando durante cierto tiempo después de la muerte, para posteriormente debilitarse paulatinamente a medida que perdían contacto con la tierra, o a menudo cesando del todo tras ese momento inicial, de modo que aquella noche estaba preparado para recibir una impresión menos difusa. Aparentemente, durante las primeras horas, el espíritu incorpóreo es débil, y... de repente sonó el teléfono, no tan débilmente como la noche anterior, pero sin que alcanzara aún su tono imperativo habitual.

El doctor Teesdale se levantó inmediatamente y tomó el auricular. Lo que oyó fue un sollozo descorazonador y unos espasmos tan fuertes que parecían desgarrar a quien fuese que lloraba.

Tardó un poco en hablar, aterido por un miedo innombrable, pero a la vez deseoso de ayudar si le era posible.

—Sí, sí —dijo finalmente, oyendo cómo temblaba su propia voz—. Soy el doctor Teesdale. ¿Qué puedo hacer por usted? ¿y quién es usted? —añadió, aunque sintió que la pregunta era innecesaria.

Lentamente cesaron los sollozos, sustituidos por un susurro roto ocasionalmente por el llanto.

—Quiero contárselo, señor... Quiero contárselo... *Debo* contárselo.

—Sí, cuénteme. ¿De qué se trata? —dijo el doctor.

—No, no a usted... A otro caballero, que solía venir a verme. ¿Le transmitirá usted lo que yo le diga? No consigo hacer que me oiga ni me vea.

—¿Quién es usted? —preguntó el doctor Teesdale súbitamente.

—Soy Charles Linkworth. Suponía que ya lo sabía. Me siento muy desgraciado. No puedo abandonar la prisión... y hace tanto frío. ¿Enviará usted a alguien para que traiga al otro caballero?

—¿Se refiere al capellán? —preguntó el doctor Teesdale.

—Sí, el capellán. Leyó el servicio cuando atravesé el patio. Ayer. No me sentiré tan desgraciado cuando se lo haya contado.

El doctor dudó. Era una historia demasiado extraña como para contársela al señor Dawkins, el capellán de la prisión, aquella de que al otro lado del teléfono se hallaba el espíritu de un hombre ejecutado el día anterior. Y sin embargo, creía ciegamente que así era, que aquel infeliz espíritu se sentía desgraciado y que quería «contarlo». Qué era lo que quería contar, no hacía falta preguntarlo.

—Sí, le pediré que venga aquí —dijo finalmente.

—Gracias, señor, un millar de gracias. ¿Le hará venir, verdad?

La voz se debilitaba.

—Deberá ser mañana por la noche —dijo—. Ahora no puedo seguir hablando. Tengo que ir a ver... oh, Dios mío, Dios mío.

Se reanudaron los sollozos, cada vez más débiles. En un frenesí de curiosidad aterrorizada, el doctor Teesdale gritó:

—¿A ver qué? ¡Dígame qué está haciendo, qué es lo que le está pasando!

—No puedo decírselo; no podría decírselo —dijo la voz, muy débilmente—. Forma

parte de... —y desapareció del todo.

El doctor Teesdale esperó un rato, pero ya no se escuchaba ningún otro sonido aparte de los crujidos del aparato. Volvió a colgar el auricular, y entonces se dio cuenta por primera vez de que su frente estaba cubierta por un sudor helado, fruto del terror. Sus orejas palpitaban, su corazón latía rápida y débilmente, y tuvo que sentarse. En una o dos ocasiones se preguntó si era posible que alguien estuviera gastándole una horrenda broma, pero sabía que no podía ser así; sentía perfectamente que había estado hablando con un alma que sufría el tormento de la contrición por el terrible e irremediable acto que había cometido. Tampoco se trataba de un engaño de sus sentidos; allí, en aquella confortable habitación suya de Bedford Square, con Londres rugiendo alegremente a su alrededor, había hablado con el espíritu de Charles Linkworth. Pero no tenía tiempo (ni de hecho la predisposición, ya que de algún modo su alma se había echado a temblar en su interior) para permitirse seguir meditando. En primer lugar, llamó a la prisión.

—¿Carcelero Draycott? —preguntó.

Hubo un perceptible temblor en la voz del hombre mientras respondía:

—Sí, señor. ¿Es usted el doctor Teesdale?

—Sí. ¿Ha sucedido algo ahí?

Dos veces pareció que el hombre intentaba hablar y no podía. Al tercer intento, brotaron sus palabras.

—Sí, señor. Ha estado aquí. Le vi entrar en la habitación en la que está el teléfono.

—¡Ah! ¿Habló usted con él?

—No, señor. Sudé y recé. Y media docena de hombres han vuelto a gritar mientras dormían. Pero ya vuelve a estar todo tranquilo. Creo que ha regresado al pabellón de las ejecuciones.

—Sí. Bueno, creo que ya no habrá más alboroto por ahora. Por cierto, déme por favor la dirección del señor Dawkins.

Tras serle proporcionada, el doctor Teesdale procedió a escribirle una nota al capellán, solicitándole que cenara con él a la noche siguiente. Pero de repente se dio cuenta de que no podía redactarla en su escritorio, con el teléfono tan cerca de él, y subió las escaleras, hasta una sala de estar que apenas utilizaba salvo para reunirse con los amigos. Allí recobró la serenidad y pudo controlar su mano. La nota, simplemente transmitía al señor Dawkins su solicitud de que cenara con él a la noche siguiente, ya que deseaba contarle una historia muy extraña y pedir su ayuda. «Incluso si tiene usted otro compromiso», concluyó, «le solicito con toda seriedad que lo anule. Esta noche yo hice lo mismo. Me habría arrepentido amargamente de no haberlo hecho.»

A la noche siguiente, los dos cenaban sentados en el comedor del doctor, y cuando les dejaron con sus cigarrillos y el café, el doctor habló.

—No debe juzgarme loco, querido Dawkins —dijo—, cuando oiga lo que tengo que contarle.

El señor Dawkins se rió.

—Le prometo sinceramente que no lo haré —dijo.

—Bien. Anoche y la noche anterior, un poco más tarde de lo que ahora es, hablé a través del teléfono con el espíritu del hombre al que vimos cómo ejecutaban hace dos días:

Charles Linkworth.

El capellán no se rió. Hizo retroceder su silla aparentemente molesto.

—Teesdale —dijo—, es para contarme este... no quiero ser grosero pero... este cuento de hadas... por lo que me ha hecho venir esta noche?

—Sí. Y aún no ha oído ni la mitad. Anoche me pidió que le trajera. Quiere contarle algo. Creo que podemos suponer lo que es.

Dawkins se levantó.

—Por favor, permítame que no siga escuchando —dijo—. Los muertos no regresan. En qué estado o bajo qué condición existen no se nos ha revelado. Pero han acabado su relación con el mundo material.

—¡Pero debo contarle más! —dijo el doctor—. Hace dos noches, me telefonearon, pero muy débilmente. Apenas pude oír unos susurros. Al instante pregunté desde dónde había sido efectuada la llamada, y se me comunicó que desde la prisión. Llamé a la prisión y el carcelero Draycott me dijo que nadie me había llamado desde allí. También él fue consciente de una presencia.

—Creo que ese hombre bebe —dijo Dawkins, agudamente.

El doctor hizo una pausa momentánea.

—Mi querido amigo, no debería decir esas cosas —dijo—. Es uno de los hombres más equilibrados con los que contamos. Y si él bebe, ¿por qué no yo?

El capellán volvió a sentarse.

—Deberá perdonarme —dijo—, pero no puedo implicarme en esto. Son asuntos demasiado peligrosos como para verse mezclado en ellos. Además, ¿cómo sabe que no se trata de un truco?

—¿Un truco de quién? —preguntó el doctor.

De repente sonó el teléfono. Fue perfectamente audible para el doctor.

—¿No lo oye?

—¿Oír qué?

—La campanilla del teléfono.

—No oigo nada —dijo el capellán bastante enfadado—. No suena ningún teléfono.

El doctor no respondió, se dirigió a su estudio y encendió las luces. Después agarró el auricular.

—¿Sí? —dijo con voz temblorosa—. ¿Quién es? Sí, el señor Dawkins está aquí. Intentaré que hable con usted.

Regresó a la otra habitación.

—Dawkins —dijo—, he aquí un alma en agonía. Le ruego que la escuche. Por el amor de Dios, venga y escuche.

El capellán dudó un momento.

—Como desee —dijo.

Tomó el auricular y se lo acercó a la oreja.

—Soy Dawkins —dijo.

Esperó.

—No puedo oír nada de nada —dijo al final—. ¡Ah! Ahora he oído algo, como un susurro.

—¡Ah, intente escuchar, intente escuchar! —dijo el doctor.

De nuevo el capellán escuchó. De repente soltó el aparato frunciendo el ceño.

—Algo... Alguien ha dicho: «Yo la maté, lo confieso. Quiero ser perdonado». Se trata de un truco, mi querido Teesdale. Alguien, conociendo sus inclinaciones espirituales, le está gastando una broma de muy mal gusto. No *puedo* creerlo.

El doctor Teesdale tomó el auricular.

—Soy el doctor Teesdale —dijo—. ¿Puede demostrarle de alguna manera al señor Dawkins que efectivamente se trata de usted?

Después volvió a dejarlo.

—Dice que cree que puede —dijo—. Debemos esperar.

La noche volvía a ser muy calurosa, y la ventana que daba al patio pavimentado que había en la parte trasera de la casa estaba abierta. Durante cinco minutos los dos hombres esperaron en silencio, sin que nada ocurriera. Después, el capellán habló.

—Creo que es una prueba lo suficientemente conclusiva.

Mientras hablaba, una corriente de aire extremadamente fría se introdujo en la habitación, alborotando los papeles que había sobre el escritorio. El doctor Teesdale se acercó a la ventana y la cerró.

—¿Ha notado eso? —preguntó.

—Sí, una corriente de aire. Bastante fría.

Una vez más, en el interior de la habitación cerrada, se levantó el viento.

—¿Y ha notado eso? —preguntó el doctor.

El capellán asintió. De repente notaba los palpitos de su corazón golpeando violentamente contra su garganta.

—Defiéndenos de todo peligro que pueda acecharnos esta noche —exclamó.

—Algo se acerca —dijo el doctor.

Y mientras hablaba llegó. En el centro de la habitación, apenas a tres metros de ellos, se hallaba la figura de un hombre, con la cabeza completamente doblada sobre el hombro, de manera que la cara no era visible. Entonces, agarró su cabeza con ambas manos y la enderezó, mirándoles fijamente. Los ojos y la lengua le sobresalían, y alrededor del cuello se notaba una marca lívida. Después se oyó un seco castañeteo sobre las tablas del suelo y la figura desapareció. En el suelo había una soga.

Durante un buen rato ninguno de los dos dijo nada. El sudor manaba del rostro del doctor, y los blanquecinos labios del capellán murmuraban plegarias. Después, haciendo un tremendo esfuerzo, el doctor recuperó la compostura. Señaló la soga.

—Había desaparecido justo después de la ejecución —dijo.

Entonces el teléfono sonó de nuevo. Esta vez, el capellán no necesitó ninguna motivación. Se aproximó de inmediato y el campanilleo cesó. Durante un rato, escuchó en silencio.

—Charles Linkworth —dijo al fin—. Ante los ojos de Dios, en cuya presencia te encuentras: ¿te arrepientes sinceramente de tu pecado?

Llegó una respuesta inaudible para el doctor, y el capellán cerró los ojos. Y el doctor Teesdale se arrodilló mientras escuchaba las palabras de la Absolución.

Finalmente, regresó el silencio.

—Ya no oigo nada —dijo el capellán, colgando el teléfono.

En ese momento, el criado del doctor entró con unas botellas de licor y sifón. El doctor Teesdale señaló sin mirar hacia el lugar en el que se había manifestado la aparición.

—Recoja esa sogá y quémela, Parker —dijo.

Por un momento reinó el silencio.

—Ahí no hay ninguna sogá, señor —respondió Parker.

En La Tumba De Abdul Alí

Luxor, tal y como reconocerá la mayoría de los que allí han estado, es un lugar de notable encanto, y ofrece al viajero muchos atractivos, entre los que destacan un excelente hotel con su sala de billar, unos jardines dignos de que los dioses se sentasen en ellos, un número ilimitado de visitantes, al menos un baile por semana a bordo del vapor fluvial para los turistas, la caza de la codorniz, un clima propio de Avalón y gran número de fantásticas reliquias históricas para los aficionados a la Arqueología. Para algunos otros, sin embargo, en realidad los menos, aunque convencidos de una manera casi fanática de su propia ortodoxia, el encanto de Luxor es como el de una bella durmiente: sólo se despierta cuando cesan todas esas actividades anteriormente mencionadas: cuando el hotel se ha vaciado y el encargado de los billares se ha marchado a El Cairo «*para disfrutar de un buen descanso*» cuando tanto las diezmadas codornices como el turista diezmador han regresado al norte; cuando el llano Tebano, Dánae¹ para un sol tropical, se convierte en una parrilla a través de la cual ningún hombre haría voluntariamente un viaje durante el día, ni siquiera aunque la Reina Hatasoo en persona se hubiera dignado a ofrecerle una audiencia en los bancales de Deir-El-Bahari. La sospecha, en todo caso, de que aquellos pocos fanáticos pudieran tener razón, ya que en otros aspectos se mostraban hombres de juiciosas opiniones, me indujo a examinar sus convicciones por mí mismo, y así vino a suceder que hace dos años, cierto día de finales de junio, me vi aún allí, transformado en un converso convencido.

Mucho tabaco y la longitud de los días nos habían ayudado a analizar el encanto del cual está poseído el verano en el sur. Weston (uno de los primeros conversos) y yo mismo lo llevábamos discutiendo desde hacía cierto tiempo, y aunque nos reservábamos como ingrediente principal un «algo» sin nombre que podría desconcertar a cualquier químico que buscara su composición, y que debe ser sentido para ser entendido, fuimos capaces de detectar con facilidad otras drogas para la vista y el oído que, coincidimos, contribuían sobremanera al resultado final. A continuación enumero algunas de ellas.

—Despertar en la cálida oscuridad justo antes del amanecer para descubrir que el deseo de quedarse en la cama se desvanece al despertarse.

—Atravesar el río, en silencio y sosegadamente, con nuestros caballos, los cuales, al igual que nosotros, se detienen para olfatear la increíble dulzura que trae consigo la llegada de la mañana, sin encontrarla aparentemente menos maravillosa pese experimentarla día tras día.

—El momento, infinitesimal en duración pero infinito en sensación, previo a que salga el sol, cuando el río gris y amortajado se ve despojado repentinamente de las tinieblas para convertirse en una verde sábana de bronce.

1 Paralelismo algo críptico con la tórrida relación entre el Dios Zeus, no en vano dueño del Sol y del Universo, y la humana Dánae a la que sedujo en forma de lluvia de oro y con la que engendró al heroico Perseo. (N. del T.)

—El rubor rosáceo, fugaz como un cambio de color en una combinación química, que atraviesa el cielo de este a oeste, seguido inmediatamente por la luz del sol, que va a dar en los picos de las colinas occidentales y se desparrama sobre ellas como un líquido luminoso.

—La agitación y los susurros que se extienden por el mundo: una brisa se despierta; una alondra atraviesa el cielo y canta; el barquero grita «Alá, Alá»; los caballos sacuden las cabezas.

—Nuestro consiguiente paseo.

—El consiguiente desayuno a nuestro regreso.

—La constante ausencia de algo que hacer.

—Durante el ocaso, el paseo a caballo a través de un desierto impregnado por el aroma de la arena caliente y estéril, que huele como ninguna otra cosa en este mundo, porque no huele a nada en absoluto.

—El fulgor de la noche tropical.

—La leche de camella.

—Las conversaciones con los *fellahin*, que son la gente más encantadora y considerada que hay sobre la faz de la tierra, salvo cuando hay turistas cerca, y cuando por lo tanto no existe en sus mentes otro pensamiento que el regateo.

—Por último, lo que aquí nos ocupa: la posibilidad de vivir extrañas experiencias.

El suceso que puso en marcha los acontecimientos que forman este relato acaeció hace cuatro días, cuando Abdul Alí, el hombre más viejo de la aldea, murió súbitamente, colmado de días y riquezas. Ambos elementos, pensaron algunos, serían probablemente producto de la exageración, pero sus conocidos afirmaban sin excepción que tenía tantos años como libras esterlinas, lo que venía a suponer cien de cada cosa. La bella redondez de la cifra resultaba incontestable, era demasiado bonita como para no ser cierta, y no llevaba Abdul veinticuatro horas muerto cuando ya se había convertido en una ortodoxia. En lo que respecta a sus amistades, pronto convirtieron su duelo en una fuente de absoluta consternación en vez de resignación piadosa, ya que no pudo encontrarse ninguna de todas aquellas libras británicas, ni siquiera en su equivalente algo menos satisfactorio de billetes bancarios, los cuales, fuera de la temporada turística, eran tenidos en Luxor por una variante no demasiado fiable de la piedra filosofal, aunque ciertamente capaz de producir oro en circunstancias favorables. Abdul Alí estaba muerto con sus cien años, su siglo de soberanos (igualmente podrían haber sido una renta anual) había muerto con él, y su hijo Mohamed, que previamente había disfrutado de un breve estallido de euforia al anticipar el evento, arrojó bastante más arena al aire de la que podría considerarse justificada por una sincera aflicción incluso en el caso de una plañidera profesional.

Abdul, es de temer, no era un hombre de estereotipada respetabilidad; aunque colmado de años y riquezas, nunca disfrutó de mucha reputación por su honor. Bebía vino donde y cuando pudiera conseguirlo; comía durante los días del Ramadán, burlándolo cada vez que su apetito así lo deseaba; se le suponía el don del mal de ojo, y durante sus últimos momentos fue atendido por el célebre Achmet, bien conocido por estos lares por practicar la Magia Negra, y sospechoso del mucho más horrendo crimen de robar los

cuerpos de los difuntos recientes. Y es que en Egipto, mientras despojar los cuerpos de antiguos reyes y sacerdotes es un privilegio por el que sociedades avanzadas y cultas compiten entre sí, el robar cadáveres de contemporáneos está considerado un hecho propio de perros. Mohamed, que pronto cambió el arrojar arena al aire por un modo más natural de expresar consternación, consistente en roerse las uñas, nos confió su sospecha de que Achmet había descubierto el secreto de dónde estaba el dinero de su padre. Pero, al parecer, Achmet había exhibido la misma cara de pasmado que todos los demás cuando su paciente, que estaba intentando comunicarle algo, se marchó hacia el gran silencio, de modo que la sospecha de que sabía dónde estaba el dinero dio paso, en las mentes de aquellos que creían conocer su carácter, a un ambiguo pesar por no haber sido capaz de averiguar un dato tan importante.

De modo que Abdul murió y fue enterrado, y todos acudimos al festín funerario, en el que comimos más carne asada de la que normalmente uno se molestaría ni siquiera en mirar a las cinco de la tarde de un día de junio, a consecuencia de lo cual, Weston y yo, sin necesidad de cenar, nos detuvimos en casa después de nuestro paseo a caballo por el desierto, y hablamos con Mohamed, el hijo de Abdul, y con Hussein, su nieto más joven, un chico de unos veinte años, que además ejerce para nosotros de ayuda de cámara, cocinero y señora de la limpieza. Juntos nos contaron con tristeza lo del dinero que había estado y ya no estaba, y nos narraron escandalosas historias sobre Achmet, referentes a su debilidad por los cementerios. Bebieron café y fumaron con nosotros, ya que aunque Hussein era nuestro sirviente, habíamos sido ese día invitados de su padre, y poco después de que se hubieran marchado llegó Machmout.

Machmout, que dice tener doce años, aunque no lo sabe con certeza, es nuestro pinche de cocina, mozo de cuadra y jardinero, y posee un extraordinario nivel de un poder oculto parecido a la clarividencia. Weston, que es miembro de la Sociedad para la Investigación Psíquica, y que considera como la mayor tragedia de su vida la detención de la señora Blunt, aquella médium fraudulenta, dice que se trata de un caso clarísimo de lectura del pensamiento, y ha tomado notas de muchas de las actuaciones de Machmout, que podrían llegar a ser de interés. La lectura del pensamiento, en todo caso, no me parece suficiente explicación para lo que nos sucedió una vez superado el funeral de Abdul, y respecto a las cualidades de Machmout yo debería inclinarme o bien por la Magia Blanca, que debería ser un término muy inclusivo, o bien por la Pura Coincidencia, que es un término más inclusivo aún, y que podría cubrir todos los fenómenos inexplicables del mundo tomados individualmente. El método de Machmout para liberar las fuerzas de la Magia Blanca es muy simple, y el procedimiento, conocido por muchos como el espejo de tinta, es tal y como sigue:

Se derrama un poco de tinta negra sobre la palma de la mano de Machmout. En su defecto, ya que últimamente la tinta se ha convertido en un artículo de lujo debido a que el último barco correo procedente de El Cairo en el que nos enviaban los artículos de papelería quedó atrapado en un banco de arena, un pequeño trozo de tela negra americana de dos centímetros y medio de diámetro sirve como sustituto perfecto. Machmout concentra su mirada sobre él. Tras cinco o diez minutos, su astuta expresión de mono desaparece de su cara, sus ojos completamente abiertos permanecen fijos en el

trapo, una completa rigidez se apodera de sus músculos, y entonces nos cuenta las curiosas cosas que ve. En cualquier posición que esté, en esa posición permanece, sin moverse ni un pelo hasta que la tinta es lavada o la tela recogida. Entonces levanta la mirada y dice: «*Khalás*», que significa «Se acabó».

Tomamos los servicios de Machmout como segundo empleado de la casa hace tan sólo quince días, pero ya la primera noche que pasó con nosotros subió las escaleras cuando hubo finalizado su trabajo y dijo; «Les mostraré Magia Blanca; déme tinta», y a continuación procedió a describir el recibidor de nuestra casa de Londres, diciendo que había dos caballos esperando a la puerta, y que un hombre y una mujer salieron de la misma, dieron a cada caballo un trozo de pan, y montaron. Esto era tan probable que con el siguiente correo le escribí a mi madre pidiéndole que me contara exactamente qué había hecho a las cinco y media (hora inglesa) del 12 de junio. A la hora correspondiente en Egipto, Machmout nos había hablado de una «*sitt*» (dama) que tomaba el té en una habitación que describió con bastante minuciosidad, por lo que estoy esperando ansioso su carta. La explicación que da Weston a este fenómeno es que en mi cabeza hay un retrato mental de la gente que conozco, aunque pudiera ser que yo no me diera cuenta de ello (pero según él está presente en mi yo subliminal), y que soy yo quien le ofrece sugerencias no habladas a Machmout cuando éste entra en estado hipnótico. Mi explicación es que no hay ninguna explicación, ya que ninguna sugerencia por mi parte podría hacer que mi hermano saliera a dar un paseo a caballo en el preciso momento en el que Machmout dice que lo está haciendo (si es que averiguamos que las visiones de Machmout son cronológicamente correctas). En consecuencia, prefiero mantener una mente abierta y estoy preparado para creer cualquier cosa. Weston, en todo caso, no habla tan calmada o científicamente de la última representación de Machmout, y desde entonces ha dejado totalmente de urgirme para que me convierta en miembro de la Sociedad para la Investigación Psíquica, dado que yo ya no estoy chapado a la antigua por vanas supersticiones.

Machmout no ejercita sus poderes si su propia gente se encuentra presente, ya que dice que cuando está en ese estado, si un hombre que conociera la Magia Negra se encontrara en la habitación o supiera que estaba practicando la Magia Blanca, podría enviar al espíritu que preside la Magia Negra para que matase al espíritu de la Magia Blanca, ya que la Magia Negra es más potente y las dos son enemigas. Y ya que el espíritu de la Magia Blanca es en ocasiones un poderoso aliado (su amistad con Machmout había llegado a unos niveles que yo considero increíbles), Machmout desea fervientemente que pueda seguir a su lado. Pero los ingleses no parecen conocer la Magia Negra, de modo que con nosotros está a salvo. El espíritu de la Magia Negra, con el que hablar supone la muerte, fue visto en una ocasión por Machmout «entre el cielo y la tierra, y la noche y el día», tal y como él lo expresa, en la carretera de Karnak. Puede ser reconocido, nos dijo, por el hecho de que su piel es más pálida que la de su gente, porque tiene dos largos dientes que le sobresalen uno por cada extremo de la boca, y porque sus ojos, completamente blancos, son tan grandes como los ojos de un caballo.

Machmout se acuclilló cómodamente en una esquina y le di el trozo de tela americana negra. Como han de pasar algunos minutos antes de que consiga entrar en el

estado hipnótico en el que comienzan las visiones, salí al balcón buscando el frescor. Era la noche más calurosa que habíamos tenido hasta entonces, y aunque ya hacía tres horas que se había puesto el sol, el termómetro aún estaba cercano a los 38°. Sobre nosotros, el cielo parecía velado por el gris, cuando debería haber sido de un azul aterciopelado y oscuro, y un viento racheado procedente del sur amenazaba con tres días de intolerable y arenoso *khamseen*. Un poco más arriba de la calle, a la izquierda, había un pequeño café frente al cual brillaban y menguaban las chispas que brotaban como luciérnagas de las pipas de agua de los árabes que se sentaban en la oscuridad. Desde el interior llegaba el sonido de las castañuelas de metal que llevaría en las manos alguna bailarina, sonando agudas y precisas contra la gimiente música de las cuerdas y las nautas que suelen acompañar a esos movimientos que los árabes adoran y los europeos encuentran tan desagradables. Hacia Oriente el cielo se mostraba más claro y luminoso, ya que la luna estaba a punto de alzarse, y mientras yo contemplaba el reborde rojo del enorme disco, éste empezó a recortarse sobre la línea del desierto. En ese preciso instante, siguiendo un curioso sentido de la oportunidad, uno de los árabes que se encontraban en el exterior del café inició un maravilloso canto.

*No puedo dormir pues os echo en falta, oh luna llena.
Lejano se encuentra vuestro trono, allá en La Meca;
descended, oh amada, junto a mí.*

Inmediatamente después oí la monótona y aflautada voz de Machmout, y al cabo de unos instantes entré.

Hemos descubierto que los experimentos dan un resultado más rápido si existe un contacto, hecho que reafirmó a Weston en su explicación de una especie de elaborada transferencia de pensamientos, que confieso no acabo de entender. Estaba escribiendo en una mesa junto a la ventana cuando entré, pero me miró.

—Tómale de la mano —dijo—; de momento está siendo bastante incoherente.

—¿Cómo explicas eso? —pregunté.

—Es una especie de comportamiento análogo, o eso piensa Myers, al que se tiene cuando se habla en sueños. Ha dicho algo sobre una tumba. Sugierele alguna cosa, a ver si lo asimila. Es notablemente sensible, y responde mejor ante ti que ante mí. Probablemente el funeral de Abdul le sugirió lo de la tumba.

Una idea repentina me asaltó.

—Calla —dije—. Quiero escucharle.

La cabeza de Machmout estaba echada un poco hacia atrás, y mantenía la mano en la que tenía el trozo de tela bastante elevada sobre la cara. Como de costumbre estaba hablando muy lentamente, y con una voz muy aguda, en absoluto semejante a su tono habitual.

—A un lado de la tumba —exclamó— hay un tamarindo con el que fantasean los escarabajos verdes. Al otro lado hay una pared de barro. Hay muchas otras tumbas alrededor, pero están todas dormidas. Ésta es *la* tumba, porque está despierta, y está húmeda y no arenosa.

—Ya me lo imaginaba —dijo Weston—. Está hablando de la tumba de Abdul.

—Hay una luna roja sentada sobre el desierto —continuó Machmout—, y el momento es ahora. Se percibe el aliento del *khamseen* y hay mucha arena en camino. La luna está roja debido al polvo y a su escasa altura.

—Aún es sensible a los estímulos externos —dijo Weston—. Eso es bastante curioso. Pellízcale ¿quieres?

Pellizqué a Machmout; no me prestó la más mínima atención.

—En la última casa de la calle, en el portal, hay un hombre. ¡Ah, ah! —gritó de repente el muchacho—. Conoce la Magia Negra. ¡No le dejen entrar! Está saliendo de la casa —chilló—. ¡¡Viene hacia aquí...!! No, se va en la otra dirección, hacia la luna y la tumba. La Magia Negra le acompaña, puede levantar a los muertos y lleva consigo una daga asesina y una pala. No puedo verle la cara porque la Magia Negra se interpone entre él y mis ojos.

Weston se había levantado y, como yo, estaba totalmente pendiente de las palabras de Machmout.

—Iremos allí —dijo—. Ahora tenemos una oportunidad de ponerle a prueba. Escucha.

—Está caminando, caminando, caminando —continuó Machmout—, aún camina hacia la luna y la tumba. La luna ya no se sienta sobre el desierto, sino que ha empezado a elevarse.

Señalé a la ventana.

—Desde luego eso es completamente cierto —dije.

Weston retiró la tela de la mano de Machmout y el soniquete cesó. En un momento se estiró y se restregó los ojos.

—*Khalás* —dijo.

—Sí, *Khalás*.

—¿He vuelto a hablarle de la *sitt* de Inglaterra?

—Sí, oh, sí —contesté—, Gracias, pequeño Machmout. La Magia Blanca ha sido muy propicia esta noche. Puedes irte a la cama.

Machmout trotó obedientemente saliendo de la habitación y Weston cerró la puerta tras él.

—Debemos darnos prisa —dijo—. Merece la pena acercarse y ver si es cierto, aunque me gustaría que su visión hubiera sido menos siniestra. Lo curioso es que él no estuvo en el funeral, y sin embargo ha descrito la tumba con precisión. ¿Qué te parece?

—Supongo que la Magia Blanca le ha mostrado a Machmout que alguien en posesión de la Magia Negra se dirige a la tumba de Abdul, quizá con la intención de robar en ella —contesté con resolución.

—¿Qué haremos cuando lleguemos allí? —preguntó Weston.

—Contemplar la Magia Negra en acción. Personalmente, estoy completamente dispuesto. Y lo mismo te pasa a ti.

—No existe ninguna cosa parecida a la Magia Negra —dijo Weston—, Ah, ya lo tengo. Dame esa naranja.

Weston la peló con rapidez y cortó en la monda dos círculos del tamaño de una pieza

de cinco chelines y dos largos y blancos colmillos. Los primeros se los colocó sobre los ojos, los segundos, en los extremos de la boca.

— ¿El espíritu de la Magia Negra? — pregunté.

— En persona.

Tomó una larga y negra capa y se envolvió en ella. Incluso a la viva luz de la lámpara, el espíritu de la Magia Negra parecía un personaje lo suficientemente aterrador.

— No creo en la Magia Negra — dijo —, pero otros lo hacen. Si es necesario poner fin a... a lo que sea que esté pasando, combatiremos a ese tipo con sus propias armas. Vámonos. ¿Quién supones que será... me refiero, por supuesto, a en quién estabas pensando cuando tus pensamientos fueron transferidos a Machmout?

— Lo que dijo Machmout — respondí —, me recordó a Achmet.

Weston dejó caer una risa de incredulidad científica y nos pusimos en marcha.

La luna, tal y como nos había dicho el muchacho, se veía claramente en el horizonte, y a medida que se iba elevando, su inicial color rosáceo, como el resplandor de una explosión lejana, fue diluyéndose hacia un amarillo leonado. El árido viento del sur, que soplabla no ya de manera racheada sino con una violencia continuada y cada vez más intensa, llegaba cargado de arena y de un calor increíblemente abrasador; las copas de las palmeras en el jardín del desierto hotel se inclinaban a un lado y a otro provocando un áspero sonido con sus hojas secas. El cementerio se encontraba a las afueras del poblado y, mientras nuestro camino siguió por entre las paredes de adobe de las calles encerradas sobre sí mismas, el viento sólo llegó a nosotros como el calor agazapado tras las puertas de un horno. De vez en cuando sus susurros y silbidos se alzaban hasta provocar un estruendoso aleteo, y un repentino remolino de polvo podía recorrer unos veinte metros de calle antes de acabar por romper como una ola contra uno de los muros de adobe, o arrojarse violentamente contra una de las casas y despedazarse en una lluvia de arena. Pero una vez libre de obstáculos, el viento nos opuso toda su fuerza y calor. Era el primer *Khamseen* del año, y por un momento deseé haberme marchado al norte con el turista, la codorniz y el encargado de los billares, ya que el *khamseen* es capaz de arrancar hasta el tuétano de los huesos, convirtiendo el cuerpo en un papel secante. No nos encontramos con absolutamente nadie en la calle, y el único sonido que oímos, aparte del viento, fue el aullido que los perros dedicaban a la luna.

El cementerio está delimitado por un gran muro de adobe, bajo el que nos refugiamos un momento mientras discutíamos los pasos a seguir. La hilera de tamarindos, junto a la que se encontraba la tumba, atravesaba el cementerio por el centro, y rodeando el muro por el perímetro exterior y escalándolo por la parte más cercana a los árboles, la furia del viento podía ayudarnos a acercarnos hasta la tumba sin ser vistos, si es que había alguien allí. Acabábamos de decidirnos a hacerlo así cuando el viento cesó por un momento, y en el silencio pudimos escuchar el sonido de una pala introduciéndose en la tierra, y también algo que me provocó un repentino escalofrío de íntimo horror: el chillido de una ave carroñera que surgió del cielo crepuscular justo por encima de nuestras cabezas.

Dos minutos más tarde estábamos arrastrándonos a la sombra de los tamarindos, hacia el lugar en el que Abdul había sido enterrado. Los enormes escarabajos verdes que

viven en los árboles volaban a ciegas, y en una o dos ocasiones se estrellaron contra mi cara con un zumbido de alas acorazadas. Cuando nos encontramos a unos veinte metros de la tumba, nos detuvimos un momento y, observando con cautela desde nuestro refugio entre los tamarindos, pudimos ver la silueta de un hombre hundido hasta la cintura en la tierra, cavando en la tumba reciente. Weston, que se encontraba detrás de mí, había vuelto a caracterizarse como el espíritu de la Magia Negra, para estar preparado en caso de alguna eventualidad. Al girarme de repente y encontrarme cara a cara con aquella personificación, pese a que mis nervios no suelen hallarse excesivamente a flor de piel, pude notar en mi interior un grito que pugnaba por surgir. Aquel antipático hombre de hierro agitó la cabeza conteniendo la risa y, guardando los ojos en la mano, me indicó sin hablar que siguiera avanzando hacia donde los árboles se espesaban aún más. Desde allí estábamos a menos de doce metros de la tumba.

Esperamos, supongo, durante unos diez minutos, mientras el hombre, que según comprobamos era Achmet, seguía concentrado en su impía tarea. Estaba completamente desnudo y su piel morena brillaba a la luz de la luna con el rocío del esfuerzo. A veces parlotaba consigo mismo de una manera fría y misteriosa, y en una o dos ocasiones se detuvo para tomar aliento. Después empezó a retirar la tierra con sus propias manos, y poco después rebuscó entre sus ropas, que yacían allí al lado, hasta encontrar un trozo de cuerda, con el que se introdujo en la tumba, para reaparecer un momento después con ambos extremos entre las manos. Después se colocó a horcajadas sobre la tumba, estiró con fuerza y uno de los extremos del ataúd asomó a la superficie. Cortó un trocito de la tapa para comprobar que lo había sacado por el extremo correcto y, después, tras colocarlo verticalmente, arrancó con la ayuda de su cuchillo la parte superior. Allí estaba, apoyado contra la tapa del ataúd, el pequeño y arrugado cuerpo de Abdul, vendado como si fuese un niño recubierto de talco.

Estaba a punto de animar al espíritu de la Magia Negra a que hiciera su aparición cuando me vinieron a la cabeza las palabras de Machmout: «La Magia Negra le acompaña, puede levantar a los muertos», y una repentina e irresistible curiosidad, que redujeron el horror y el disgusto a meras sensaciones sin efecto, me asaltó.

—Espera —le susurré a Weston—. Va a usar la Magia Negra.

De nuevo el viento se detuvo un instante, y de nuevo, en el silencio que siguió, oí las protestas del carroñero, esta vez más cerca, y pensé que en esta ocasión había oído a varias aves.

Achmet, mientras tanto, había dejado la cabeza libre de envoltorios y había retirado la venda que, tras la muerte, se suele colocar rodeando la barbilla para que la mandíbula permanezca cerrada, y que en los entierros árabes siempre se deja atada. Desde donde nos encontramos pude ver perfectamente cómo se abría la mandíbula al desatarse la venda, como si, aunque el viento nos acercara los atroces olores de la mortalidad, los músculos aún no hubieran adquirido la rigidez propia de un hombre que llevaba muerto sesenta horas. Pero aun así, una curiosidad cruda y ardiente por ver qué haría a continuación aquel demonio impío, sofocó cualquier otro sentimiento en mi interior. Él no pareció notar, y mucho menos sentirse importunado por aquella boca siniestramente abierta, y siguió moviéndose ágilmente a la luz de la luna.

Tomó de un bolsillo de sus ropas, que estaban al lado, dos pequeños objetos negros que ahora reposan a buen recaudo entre el cieno del lecho del Nilo, y los restregó enérgicamente entre sí. Gradualmente, empezaron a iluminarse, cada vez con más intensidad, con una luz pálida, enfermiza y amarillenta, y de sus manos surgió una ondulante y fosforescente llama. Colocó uno de estos cubos en la boca del muerto, y el otro en la suya propia, y tomando al difunto entre sus brazos, como si pensara bailar con él, empezó a pasar bocanadas de aliento de su boca a la del muerto, que presionaba contra la suya. De repente retrocedió con una fugaz expresión de maravilla, y quizá de horror, y por un momento permaneció aparentemente indeciso, ya que el cubo que el difunto tenía en la boca no yacía cómodamente en su interior, sino que estaba fuertemente apresado entre sus dientes. Tras aquel momento de indecisión, regresó rápidamente hasta sus ropas y tomó el cuchillo con el que había abierto la tapa del ataúd, y mientras lo agarraba con una mano escondida tras la espalda, con la otra retiró el cubo de la boca del muerto, no sin esfuerzo, y habló.

—Abdul —dijo—, soy tu amigo, y juro que le entregaré tu dinero a Mohamed si me dices dónde está.

Estoy completamente seguro de que los labios del muerto se movieron y de que los párpados se contrajeron por un instante como las alas de un pájaro herido, pero a la vista de tal horror fui incapaz de ahogar el grito que subió a mis labios, y Achmet se giró en redondo. A continuación el espíritu de la Magia Negra surgió de entre las sombras de los árboles y se plantó frente a él. El miserable permaneció un momento sin saber cómo reaccionar; después, con las rodillas temblando, se dio la vuelta para iniciar la huida, pero tropezó y cayó al interior de la tumba que acababa de abrir.

Weston se volvió hacia mí con enfado, dejando caer los ojos y los dientes de su disfraz.

—¡Lo has estropeado todo! —gritó—. Podría haber sido lo más interesante...

Después, sus ojos se posaron en el difunto Abdul, que nos contemplaba con los ojos completamente abiertos desde su ataúd. A continuación empezó a balancearse, se tambaleó y acabó por caer, quedando boca abajo en la tierra. Por un momento permaneció allí, y después el cuerpo rodó lentamente sobre sí mismo sin una causa visible que justificara el movimiento hasta que quedó de cara al cielo. El rostro estaba cubierto de polvo, y el polvo se había mezclado con sangre fresca. Un clavo se había enganchado en las vendas que le rodeaban, desgarrando las ropas con las que había fallecido (ya que los árabes no lavan a sus muertos) y dejando al descubierto el hombro desnudo.

Weston intentó decir algo, pero no lo logró. Por fin se recompuso.

—Iré a informar a la Policía —dijo—, si te quedas aquí y te aseguras de que Achmet no salga de ahí.

Pero me negué en redondo a hacerlo y, tras cubrir el cuerpo con el ataúd para protegerlo de los carroñeros, inmovilizamos a Achmet con la cuerda que él mismo había utilizado esa noche y le llevamos hasta Luxor.

A la mañana siguiente Mohamed vino a vernos.

—Ya decía yo que Achmet sabía dónde estaba el dinero —dijo exultante.

—¿Dónde estaba?

—En una pequeña bolsa atada alrededor del hombro. El muy perro ya había empezado a buscarla. Vean —y la extrajo de su bolsillo—. Está todo aquí, en billetes bancarios ingleses de cinco libras cada uno, y hay veinte en total.

Nuestra conclusión era ligeramente diferente, ya que incluso Weston podrá admitir que la intención de Achmet era *descubrir* el secreto del tesoro de los labios del muerto, para después volver a asesinarlo y enterrarlo. Pero eso es pura conjetura.

El otro punto de interés de la historia reside en los dos cubos negros que recogimos, y que resultaron estar grabados con curiosos caracteres. Una noche los puse en la mano de Machmout, mientras exhibía para nosotros sus curiosos poderes de «transferencia mental», y el efecto fue que gritó con fuerza, diciendo que la Magia Negra había llegado. Aunque no acababa de estar convencido, me pareció que estarían más a salvo en el fondo del Nilo. Weston refunfuñó un poco, y dijo que le hubiera gustado llevarlos al Museo Británico, pero estoy seguro de que eso es algo que se le ocurrió después.

La Gata

Mucha gente recordará sin duda aquella exposición que se exhibió no hace muchas temporadas en la Royal Academy, durante el que llegó a ser conocido como «El año de Alingham», cuando Dick Alingham pasó, de un solo salto, de estar entre la multitud que luchaba por hacerse notar, a ocupar el más alto pináculo de la fama contemporánea. Allí expuso tres retratos, cada uno de ellos una obra maestra, que anularon completamente cualquier otro cuadro que pudiera haber a su alrededor. Claro que, dado que aquel año, estuvieran o no a su alrededor, la gente no se interesó por otras pinturas que no fueran aquellas tres, la anécdota no resulta tan destacable. Su aparición resultó un fenómeno tan repentino como un meteoro, surgiendo de la nada y deslizándose luminoso e imponente a lo largo del firmamento estrellado, y tan inexplicable como el nacimiento de un arroyo en mitad de una colina árida y rocosa. Quizá su hada madrina, podría conjeturar alguien, se había acordado del largamente olvidado ahijado y había agitado su varita mágica otorgándole tan trascendente regalo. Pero, como dicen los irlandeses, cogió la varita con la mano izquierda, ya que su regalo tenía también un reverso. O quizá sea Jim Merwick quien tenga razón, y la teoría que propone en su monografía Sobre ciertas lesiones desconocidas de los centros nerviosos diga la última palabra en todo este asunto.

El mismo Dick Alingham estaba, como era natural, encantado tanto con su hada madrina como con su lesión desconocida (cualquiera que fuese la responsable), y le confesó con franqueza a su amigo Merwick (la monografía fue escrita después de su muerte), que aún estaba luchando por abrirse paso entre la masa de jóvenes practicantes médicos, que todo aquello resultaba tan inexplicable para él como para todos los demás.

—Todo lo que sé al respecto —dijo— es que el pasado otoño pasé dos meses con una depresión tan horrorosa que pensé una y otra vez que debía de estar perdiendo la cabeza. Durante horas, cada día, me sentaba aquí, esperando a que algo en mi interior se rompiera definitivamente; algo que, en lo que a mí respecta, acabara definitivamente con todo. Sí, había una causa; ya la conoces.

Calló un momento para derramar en su vaso una ración bastante liberal de whisky, rellenó la otra mitad con sifón y encendió un cigarrillo. No hacía falta, efectivamente, demorarse en la causa, ya que Merwick recordaba perfectamente cómo la chica con la que Dick estaba prometido le había abandonado de un día para otro al cruzarse en su camino un candidato más aceptable. Este último, de hecho, había resultado un perfecto partido, con su buena planta, su título y su millón en el banco, y Lady Madingley (ex futura señora Alingham) estaba perfectamente satisfecha de haber actuado como lo había hecho. Era una de esas chicas rubias, ágiles y sedosas que, afortunadamente para la paz mental de los hombres, resultan escasas, y cuya característica principal es que le recuerda a uno a una especie de gata humanizada, celestial y bestial al mismo tiempo.

—No hace falta que te explique la causa —continuó Dick—, pero, como suelo decir, durante aquellos dos meses pensé sinceramente que el único final posible para todo aquello era la locura. Entonces, una noche, mientras estaba aquí solo sentado (siempre me

sentaba solo) algo hizo «clic» en mi cerebro. Sé que me pregunté, sin importarme en absoluto, si aquello representaba la llegada de la locura que había estado esperando, o si se trataba (lo que me hubiera parecido más preferible) de alguna ruptura fatal. E incluso mientras me preguntaba todo aquello, me dí cuenta de que ya no era infeliz ni estaba deprimido.

Se interrumpió durante tanto tiempo en una sonrisa rememoradora que Merwick le indicó que tenía un oyente.

—¿Y bien?—dijo.

—De hecho, muy bien. No he vuelto a ser infeliz desde entonces. Algún doctor divino, supongo, eliminó completamente de mi cerebro aquella mancha que tanto me dolía. ¡Cielos, cómo dolía! ¿Quieres un trago, por cierto?

—No, gracias—dijo Merwick—. ¿Pero qué tiene que ver todo esto con tu pintura?

—Vaya, pues todo, ya que apenas había asimilado el hecho de que volvía a ser feliz cuando me di cuenta de que todo lucía diferente. Los colores de todo lo que veía eran el doble de vívidos de lo que hasta entonces habían sido, las formas y los contornos también se habían intensificado. Vi que hasta entonces había percibido el mundo visible de un modo borroso y desenfocado, a media luz. Pero ahora se habían encendido las luces y el resultado era un nuevo cielo y una nueva tierra. Y, en una nueva revelación, supe que podía pintar las cosas tal y como las veía. Cosa que—concluyó— he hecho.

Había algo tirando a sublime en todo aquello, y Merwick se rió.

—Me gustaría que algo hiciera «clic» también en mi cerebro, si es que despierta las percepciones de esa manera—dijo—, pero también es posible que esas alteraciones cerebrales no produzcan únicamente ese efecto.

—Es posible. Además, según tengo entendido, esas alteraciones no se dan a menos que hayas atravesado un período tan horroroso como el que atravesé yo. Y te diré con toda sinceridad que no volvería a pasar por algo así ni aunque me aseguraran que iba a adquirir la percepción de un Tiziano.

—¿Cómo te sentiste en el momento de ese «clic»?—preguntó Merwick.

Dick se lo pensó un momento.

—¿Como cuando te llega un paquete, atado con un cordel, y no consigues encontrar un cuchillo —dijo—, por lo que decides quemar el cordel manteniéndolo tirante? Bueno, fue como eso: completamente indoloro, tan sólo noté cómo se iba aflojando la presión, aflojando, aflojando hasta partirse, suavemente, sin esfuerzo. Me temo que no sea una descripción muy lúcida, pero así es exactamente como ocurrió. Ya ves, había estado ardiendo durante dos meses.

Se giró y revolió entre las cartas y papeles que abarrotaban su escritorio, hasta que encontró un sobre sellado. Se rió para sí mismo cuando lo cogió.

—Encomiéndame a Lady Madingley—dijo—, por una descarada insolencia en comparación con la cual el latón es más blando que la arcilla. Me escribió ayer, preguntándome si acabaría el retrato de ella que había empezado el año pasado, y permitiéndome poner el precio.

—Entonces supongo que te habrás escabullido a toda velocidad —remarcó Merwick—. Supongo que ni la contestarías.

—Oh, sí, sí le respondí. ¿Por qué no? Le dije que el precio serían dos mil libras, y que estaba dispuesto a continuar inmediatamente. Ha aceptado y esta misma tarde me ha enviado un cheque con las mil primeras.

Merwick le contempló completamente asombrado.

—¿Te has vuelto loco?—preguntó.

—Espero que no, aunque uno nunca puede estar del todo seguro sobre cuestiones como ésta. Incluso doctores como tú no sabéis exactamente en qué consiste la locura.

Merwick se levantó.

—¿Será posible que no veas el terrible riesgo que corres? —preguntó—. Verla de nuevo, estar con ella de esa manera, teniendo que contemplarla (la vi esta tarde, por cierto, apenas parece humana), ¿no podría revivir con facilidad todo aquello que sentiste con anterioridad? Es demasiado peligroso. Excesivamente peligroso.

Dick negó con la cabeza.

—No existe el más mínimo riesgo —dijo—. Todo mi yo se muestra completa y absolutamente indiferente hacia ella. Ni siquiera la odio. Si la odiara podría existir la posibilidad de volver a amarla. Tal y como están las cosas, pensar en ella no produce en mí ningún tipo de emoción. Y realmente una calma tan fabulosa merece ser recompensada. Respeto cosas tan admirables como ésta.

Se terminó su whisky mientras hablaba, e inmediatamente se sirvió otro vaso.

—Ése es el cuarto—dijo su amigo.

—¿Ah, sí? Nunca los cuento. Eso demuestra un sórdido interés por los detalles más intrascendentes. Curiosamente, el alcohol ya no me afecta en lo más mínimo.

—¿Por qué beber, entonces?

—Porque si lo dejo, esa fascinante viveza del colorido y esa claridad de los contornos de las que te hablaba, disminuyen.

—No puede hacerte ningún bien—dijo el doctor. Dick se rió.

—Mi querido amigo, mírame detenidamente —dijo—, y luego, si puedes afirmar con convicción que demuestro estar propasándome con los estimulantes, los abandonaré al punto.

Ciertamente hubiera sido difícil encontrar un solo aspecto en el que Dick no pareciera el vivo retrato de la salud. Se interrumpió y permaneció inmóvil un momento, con el vaso en una mano y la botella de whisky en la otra, negra en contraste con el frontal de su camisa, y no se percibía ni un solo movimiento o temblor. Su cara, completamente teñida por el moreno del sol, no estaba ni hinchada ni demacrada, sino que la carne se presentaba firme y la piel maravillosamente limpia. Igual de límpidos aparecían sus ojos, con unos párpados ni hinchados ni arrugados; parecía, de hecho, un modelo de condición física, en forma y a punto, como si se estuviera entrenando para algún evento atlético. También su figura se presentaba ágil y activa, sus movimientos eran rápidos y precisos, e incluso Merwick, con su ojo de médico entrenado para detectar cualquier síntoma, por muy ligero que fuese, que traicionara una condición de bebedor, tuvo que confesar que no había ninguno presente. Su apariencia lo contradecía con autoridad, y también su comportamiento. Se dirigía a su interlocutor de frente, sin miradas de reojo; no demostraba síntomas, por pequeños que fueran, de cualquier tipo de afección nerviosa.

Pero, aun así, Dick era, evidentemente, un personaje nada normal. La historia que acababa de contar no lo era; aquellas semanas de depresión, seguidas por una alteración cerebral que había eliminado, como un trapo húmedo elimina una mancha, todo recuerdo de su amor y de la cruel amargura resultante, tampoco. También resultaba anormal su inesperado salto al éxito artístico tras un pasado de trabajos más que mediocres. ¿Por qué no debería existir una anomalía semejante también en este aspecto?

—Sí, confieso que no demuestras signos de haber tomado excesivos estimulantes —dijo Merwick—. Pero si yo te atendiera profesionalmente (ah, no estoy tratando de venderme) te obligaría a dejar todo tipo de estimulantes y a guardar cama durante un mes.

—¿Pero en el nombre del cielo, por qué?—preguntó Dick.

—Porque, teóricamente, es lo mejor que podrías hacer. Has tenido un shock, cuya gravedad te la indica las semanas de depresión que has atravesado. Bueno, el sentido común dice: «Tómatelo con calma después de sufrir un shock; recupérate». Tú, sin embargo, vas a toda velocidad. Admitiré que parece sentarte bien; también has pasado de la noche a la mañana a convertirte en alguien capaz de conseguir logros que... oh, déjalo, es absurdo.

—¿El qué es absurdo?

—Tú eres absurdo. Profesionalmente, te detesto, porque pareces ser la excepción a una teoría de la que estoy convencido que ha de ser correcta. Por lo tanto, tengo que encontrar una explicación para tu caso, y de momento no puedo.

—¿Cuál es esa teoría?—preguntó Dick.

—Bueno, en primer lugar el tratamiento de shock. Y en segundo, que para realizar un buen trabajo, uno debería comer y beber poco, y dormir mucho. ¿Cuánto sueles dormir, por cierto?

Dick lo pensó.

—Oh, me suelo ir a la cama a eso de las tres —dijo—. Supongo que dormiré unas cuatro horas.

—Y vives a base de whisky, comes como un ganso de Estrasburgo, y estás en forma como para participar mañana en una carrera. Apártate de mí, o por lo menos ya me marchó yo. Pero ten en cuenta que quizá acabes por derrumbarte. Eso me satisfaría. Pero incluso aunque eso no suceda, seguirás siendo un caso bastante interesante.

De hecho, Merwick lo consideró más que interesante, y en cuanto llegó a su casa aquella noche buscó en sus estanterías cierto volumen polvoriento en el cual aparecía un capítulo titulado Shock. El libro era un tratado sobre enfermedades desconocidas y condiciones anormales del sistema nervioso. Lo había leído a menudo antes, ya que en su profesión era un investigador especialmente interesado en lo raro y lo curioso. Y el siguiente párrafo, que ya le había llamado la atención con anterioridad, le interesó muchísimo más aquella noche.

«El sistema nervioso puede actuar de maneras que, incluso para el estudiante más avanzado, pueden resultar completamente inesperadas. Se conocen casos bien documentados de parálisis que han saltado de la cama al grito de "Fuego". También se conocen casos en los que un gran shock, de los que producen una depresión tan profunda

que casi la podríamos calificar de letargo, se ha visto seguido a continuación de un índice de actividad anormal y de un uso de habilidades previamente desconocidas, o por lo menos existentes a un nivel mucho más ordinario. Un estado tan hipersensible exige grandes cantidades de estimulantes en forma de comida y bebida. Parece evidente que el paciente que sufra estas curiosas consecuencias de un shock, acabará por sufrir, antes o después, un completo derrumbe. Es imposible, en todo caso, conjeturar qué forma tomará. El sistema digestivo, por ejemplo, podría atrofiarse repentinamente, el delirium tremens podría sobrevenir sin aviso, o el paciente podría, sencillamente, perder la cabeza...»

Pero las semanas pasaron, los soles de julio hicieron a Londres danzar en un torbellino de calor, y sin embargo Alingham continuó igual de ocupado, de brillante y de genial. Merwick, a escondidas, le vigilaba de cerca, y para aquel entonces estaba completamente desconcertado. Le hizo a Dick mantener su palabra de que si detectaba la menor señal de un abuso de estimulantes, los abandonaría todos al instante, pero no pudo comprobar absolutamente ninguno. Lady Madingley, mientras tanto, había posado para él en varias ocasiones, y de nuevo en este sentido había estado Merwick completamente equivocado en su punto de vista expresado a Dick sobre los riesgos que éste corría. Y es que, por extraño que pareciese, los dos se habían convertido en grandes amigos. Y aun así, Dick había vuelto a acertar; toda emoción por su parte respecto a ella había muerto, lo que estaba pintando bien hubiera podido ser una naturaleza muerta, y no el retrato de la mujer a la que había adorado salvajemente.

Una mañana a mediados de julio, ella había estado posando para él en su estudio, y al contrario que lo habitual, él había permanecido en silencio, mordiendo los extremos de sus pinceles, frunciendo el ceño en dirección al lienzo, y frunciendo el ceño también en dirección a ella. De repente exclamó con un deje de impaciencia.

—Es tan parecido a ti... —dijo—, pero a la vez no lo es. ¡Hay muchísima diferencia! No puedo evitar que parezca como si estuvieras escuchando un himno, uno de esos en cuatro sostenidos, ya sabes, escrito por un organista probablemente después de haberse comido unos pastelillos. ¡Y eso no es algo característico de ti!

Ella se rió.

—Debes de ser muy hábil para poder reproducir todo eso ahí—dijo ella.

—Lo soy.

—¿Y dónde lo ves?

Dick suspiró.

—Oh, en tus ojos, por supuesto —dijo—. Lo revelas todo a través de tus ojos, ¿sabes? Es algo completamente característico de tu persona. Eres como una regresión. ¿No recuerdas que hace ya algún tiempo le atribuimos esa característica al mundo animal, en el que de igual manera todo se comunica a través de la mirada?

—Oh, y yo que pensaba que los perros ladran y que los gatos arañan.

—Eso son medidas prácticas, pero aparte de eso tú y los animales usáis únicamente los ojos, mientras que la gente usa sus bocas, sus frentes y otras cosas. Un perro agradecido, un perro expectante, un perro hambriento, un perro celoso, un perro decepcionado... uno puede percibir todas esas sensaciones a través de sus ojos. Sus bocas son relativamente inmóviles, y en el caso de los gatos esto resulta aún más evidente.

—Tú me decías a menudo que pertenecía al género felino —dijo Lady Madingley con completa compostura.

—¡Por Júpiter, sí! —dijo él—. Quizá mirándole los ojos a un gato pueda ver qué es lo que me falta aquí. Muchas gracias por la idea.

Dejó su paleta y se acercó a una mesa en la que reposaban varias botellas, hielo y sifón.

—¿No quieres beber algo en esta mañana sahariana? —preguntó.

—No, gracias. ¿Cuándo realizaremos la última sesión? Me dijiste que te bastaba con una más.

Dick se sirvió.

—Bueno, he de ir con esto al campo —dijo— para pintar el fondo del que te hablé. Con suerte, me llevará tres días de duro trabajo. Sin ella, tardaré una semana o más. Oh, se me hace la boca agua pensando en ese fondo. ¿Digamos, entonces, una semana a partir de mañana?

Lady Madingley lo apuntó en una diminuta agenda engarzada con oro y joyas.

—¿Y he de prepararme a ver sustituidos mis ojos por los de un gato la próxima vez que lo vea? —preguntó pasando frente al lienzo.

Dick se rió.

—Oh, apenas notarás la diferencia —dijo—. Es curioso que siempre haya detestado tanto a los gatos, de hecho llegan a hacerme sentir débil, y que sin embargo tú me recordases siempre a uno.

—Deberías preguntarle a tu amigo el señor Merwick sobre estos misterios metafísicos —dijo ella.

En aquel momento, el fondo del cuadro tan sólo estaba indicado por un par de vagas y brillantes pinceladas de verde y púrpura situadas cerca de la cabeza, y al artista bien podía hacérsele la boca agua pensando en los días que le quedaban por delante para dedicarlos a la pintura. Y es que detrás de la figura, en el gran lienzo alargado, iba a pintar una valla verde, sobre la cual, cubriendo las maderas casi por completo, se extendería una gran clemátide púrpura en toda su ostentosa gloria de hojas barnizadas y flores estrelladas. En la parte superior sólo pintaría una franja de un claro cielo veraniego, y a sus pies tan sólo una tira de hierba verdigrisácea. El resto del fondo sería, osadamente, aquella combinación de verde y púrpura. Con el propósito de llevar a cabo el trabajo, iba a trasladarse a una pequeña granja que tenía cerca de Godalming, en cuyo jardín había construido una especie de estudio al aire libre: una curiosa mezcla entre habitación y refugio, con el flanco que daba al norte completamente descubierto y limitado por aquella valla verde que se había convertido en una inmensa constelación de estrellas purpúreas. Él sabía bien cómo iba a brillar sobre el lienzo la pálida belleza de su retratada al verse enmarcada de aquella manera; cómo destacaría sobre el fondo, con su enorme sombrero gris y su deslumbrante vestido también gris, y su pelo rubio, y su piel blanca como el marfil, y sus pálidos ojos, ora azules, ora grises, ora verdes. Esto era, de hecho, algo que le creaba una tremenda expectación, pues probablemente no haya para los hombres otro éxtasis tan poco adulterado como la creación. No era por tanto para maravillarse que el humor de Dick, mientras se dirigía hacia Godalming, fuese tan optimista y efervescente.

Porque iba, por decirlo de alguna manera, a culminar su creación: cada estrella púrpura de clemátide, cada hoja verde o fragmento del maderamen de la valla que pintara, haría que lo que él había pintado cobrara vida y esplendor, al igual que las progresivas capas de crepúsculo que caen sobre el cielo al anochecer hacen que las estrellas brillen en él como joyas. Su objetivo estaba asegurado: había colgado su constelación (la figura de Lady Madingley) en el cielo, y ahora tenía que rodearla de una noche púrpura y verde para que pudiese brillar.

Su jardín no era sino una parcela delimitada por paredes de ladrillo viejo, cuyo espacio disponible había sabido aprovechar con cierta originalidad. Nunca había sido aquella cuadrícula de hierba, que apenas merecía el calificativo de césped, excesivamente espaciosa. Ahora, el estudio al aire libre, siete por nueve metros, había ocupado la mayor parte del mismo. A un lado tenía una pared de madera sólida, y dos vallas mirando hacia el sur y el este, que varias plantas trepadoras estaban empezando a revestir, cubiertas en la parte interior por colgantes sirios y orientales. Aquí, durante los veranos, pasaba la mayor parte de los días, pintando u holgazaneando, y viviendo una existencia al aire libre. El suelo, que en una ocasión había sido de hierba, la cual se había marchitado al quedar cubierta por un techo, estaba tapado por alfombras persas; también había un escritorio y una mesa de comedor, una estantería repleta de amigos cercanos y media docena de sillas de mimbre. Una esquina había sido cedida a los asuntos del jardín, y allí reposaban una cortadora de césped, una manguera para regar, tijeras de podar y una pala. Y es que, como muchas personas nerviosas, Dick descubrió que en la jardinería, ese incesante proceso de planear y diseñar a la medida de las plantas, haciéndolas espléndidas en color, altura y crecimiento, había un maravilloso remanso de paz, un refugio para el cerebro que había sido sacudido por el mar de las emociones. Las plantas, además, se mostraban totalmente receptivas a la amabilidad; el tiempo dedicado a ellas nunca era tiempo perdido, y regresar ahora, tras un mes de ausencia en Londres, era asegurarse una sorpresa y un placer en cada centímetro de jardín. Allí estaba la clemátide púrpura para recompensarle con regia generosidad los cuidados dedicados. Cada flor demostraría su gratitud de una forma práctica sirviendo de modelo para el fondo de su cuadro.

La tarde fue muy cálida; no cálida con ese bochorno que presagia tormenta, sino con el calor limpio y despejado del verano, y Dick cenó a solas en su refugio, sirviéndose de las llamaradas del crepúsculo a modo de lámpara. Éstas se desvanecieron lentamente en un cielo de azul aterciopelado, pero él se demoró con el café, mirando hacia el norte a través del jardín, hacia la hilera de árboles que le impedían ver la casa que había detrás. Eran acacias, la más femenina y grácil de todas las cosas que crecen, exhibiendo su follaje veraniego pero conservando aún algunas hojas frescas. Bajo ellas corría un pequeño bancal de césped y, más cercanos, los lechos del amado jardín; las matas de guisantes proporcionaban una inimitable fragancia, y los lechos de rosas aparecían repletos de los matices rojizos que mostraban las Baroness Rothschild y La France y de los cobrizos propios de las Beauté inconstante y las Richardson. Más cerca aún, se encontraba la valla verde, espumeante de púrpura.

Seguía allí sentado, apenas mirando con atención, pero inconscientemente empapándose de aquel gran festival de color, cuando su ojo se vio arrastrado por una

forma oscura y sigilosa que surgió de entre las rosas dirigiéndole súbitamente dos orbes luminosos y brillantes. Dick se levantó bruscamente sin causar la más mínima perturbación en el animal, el cual avanzó hacia él ronroneando, arqueando el lomo y estirando el rabo, como si esperara una caricia. A medida que se acercaba, Dick notó que le asaltaba aquella debilidad temblorosa que a menudo le afectaba al encontrarse en presencia de algún felino, por lo que empezó a palmear con las manos y a pisar con fuerza el suelo. El gato se volvió rápidamente, se abalanzó por encima de la pared del jardín convertido en una sombra oscura y desapareció. Su presencia le había arruinado el dulce hechizo del anochecer, de modo que entró en la casa.

La siguiente mañana fue auténticamente veraniega: soplaban un débil viento del norte y un sol digno de iluminar las islas griegas inundaba el cielo. Un sueño largo (según sus parámetros) y reparador había eliminado de la mente de Dick el desagradable incidente con el gato, de modo que procedió a colocar el lienzo frente a la valla y la clemátide púrpura con una poderosa sensación de éxtasis inminente. También el jardín, que hasta el momento sólo había contemplado a la mágica luz de la puesta del sol, resultaba gloriosamente gratificante y brillaba con colorido. Y aunque la vida (era la primera vez en meses que pensaba en esto) no le había sido demasiado propicia, encarnándose su desgracia en la forma de Lady Madingley, se dijo a sí mismo que un hombre debería ser de muy pobre carácter si, manteniendo una pasión por las plantas y por el arte, fuera incapaz de imaginarse una vida repleta de alegría. De modo que, una vez hubo terminado su desayuno y con su modelo preparada y resplandeciente de belleza, abocetó con rapidez las flores y el follaje y empezó a pintar.

Púrpura y verde, verde y púrpura: ¿hubo alguna vez un festín semejante para la vista? Como si de un gourmet se tratase, y con la misma avaricia, se hallaba completamente absorto en él. Además, tenía razón: tan pronto como puso el primer brochazo de color supo que tenía razón. Eran aquellos divinos y violentos colores los que conseguirían que la figura surgiera del cuadro; era aquella pálida franja de cielo la que atraería la mirada sobre ella, era aquella tira de césped verde y gris bajo sus pies la que impediría, o eso parecería, que se saliese del lienzo. Y con rápidos y ansiosos movimientos del pincel, sin prisa pero sin pausa, se sumergió en su trabajo.

Al rato se detuvo poseído por el sentimiento de hallarse sin aliento, sintiéndose como si de repente hubiera sido llamado a regresar desde una larguísima y lejana distancia. Debía de llevar trabajando unas tres horas, ya que su criado estaba sirviendo la mesa para el almuerzo, pero le parecía que la mañana había transcurrido en un instante. El progreso que había conseguido era extraordinario, lo que le llevó a contemplar su cuadro durante largo tiempo. Después, sus ojos resbalaron de la brillantez del lienzo a la brillantez del jardín. Allí, justo en frente de un lecho de guisantes, apenas a dos metros de él, había una enorme gata gris, observándole.

La presencia de un felino era algo que habitualmente producía en Dick una sensación de mortal debilidad. Sin embargo, en aquel momento, mientras miraba a la gata y la gata le miraba a él, no fue consciente de ella, y atribuyó su ausencia al hecho de que se encontraba al aire libre y no en la cargada atmósfera de una habitación cerrada. Sin embargo, la noche anterior, la gata le había hecho sentirse débil. Pero él apenas pensó en

eso, ya que lo que ocupaba su mente era que acababa de ver en la amistosa y curiosa mirada del animal la misma expresión que tanto le había desconcertado al retratar a Lady Madingley. De modo que, lentamente, y sin realizar movimientos bruscos que pudieran asustar a la gata, alcanzó con la mano la paleta que acababa de dejar y, en una esquina del lienzo que aún no estaba pintada, abocetó en media docena de trazos rápidos e intuitivos lo que quería. Incluso a la luz diurna bajo la que estaba el animal, sus ojos parecían iluminarse desde el interior al igual que lo hacían desde el exterior: era exactamente así como lo hacían los de Lady Madingley. Tendría que poner el color muy diluido sobre el blanco...

Durante más o menos cinco minutos pintó con brochazos impacientes, colocando el color muy difuso sobre un fondo blanco, y después miró durante un buen rato el boceto del ojo para ver si había conseguido lo que quería. Entonces volvió a mirar a la gata, que tan encantadoramente había posado para él. Pero allí no había ninguna gata. Aquello, en todo caso, y dado que los detestaba y que aquella en particular ya había servido a su propósito, no era motivo de lamentaciones, de modo que sencillamente se asombró por lo súbito de su desaparición. Pero el legado que había dejado sobre el lienzo no podía desvanecerse, pues era suyo: su posesión, su logro. Realmente aquel iba a ser un retrato que superaría claramente todo lo que había realizado anteriormente. Una mujer, real, viva, mostrando su alma a través de los ojos, permanecería allí, rodeada para siempre de un estallido estival.

Disfrutó de una extraordinaria claridad de visión a lo largo de todo el día, y también de una botella de whisky que estaba vacía hacia la puesta de sol. Pero aquel atardecer fue consciente por primera vez de dos sentimientos, uno físico, otro mental, completamente ajenos a él: el primero era la impresión de que había bebido todo lo que era posible antes de empezar a perjudicarse; el segundo era una especie de eco en su mente de aquellas torturas que había padecido durante el otoño, cuando había sido abandonado, como un guante viejo, por la joven a la que había entregado su alma.

El atardecer, además, contradijo la brillantez del día y, a eso de las seis, espesas nubes habían empezado a oscurecer el cielo, a la vez que el cristalino calor veraniego había dado paso a un calor no menos intenso pero repleto de amenazas de tormenta. Un par de gruesas y cálidas gotas de lluvia también contribuyeron a advertirle, por lo que Dick puso el caballete a cubierto y dio órdenes de que cenaría en el interior de la casa. Como solía ser habitual cuando estaba trabajando en algo, rehuía la influencia distractora de cualquier tipo de compañía, de modo que cenó a solas. Una vez cenado, se retiró al salón dispuesto a disfrutar de una noche solitaria. El criado le trajo una bandeja y se retiró, de modo que nadie le volvería a molestar hasta que se fuera a acostar. En el exterior la tormenta se acercaba cada vez más, la reverberación del trueno, aunque aún no era cercana, mantenía un crecimiento continuo: en cualquier momento podía aparecer y estallar en un torbellino de ruido y fuego.

Dick leyó un libro durante un rato, pero sus pensamientos divagaban. El patetismo de sus problemas durante el otoño, los cuales pensaba haber superado para siempre, reaparecieron de manera súbita y extraña, acentuados. También notaba la cabeza embotada, quizá por la tormenta, pero más probablemente debido a lo que había bebido.

De modo que, pretendiendo irse a la cama para dormir su inquietud, cerró el libro y se dirigió a la ventana con la intención de cerrarla también. Pero a mitad de camino se detuvo: sobre el sofá situado bajo ésta se sentaba una enorme gata gris de ojos amarillos y llameantes. Entre sus fauces se debatía un joven zorzal, todavía vivo.

Entonces el horror se despertó en su interior: se sintió invadido por aquel sentimiento de desmayo y mareo, y odió, a la vez que se sintió aterrorizado por él, a aquel espantoso felino que se regocijaba en la tortura de su presa: un regocijo tal que prefería posponer el momento de su alimentación antes que reducir el presente. Pero, por encima de todo, la semejanza entre los ojos de aquella gata y los del retrato se le reveló de repente como algo infernal. Durante un momento todo esto le inmovilizó, como si sufriera de parálisis. Al siguiente no pudo seguir soportando los escalofríos y le arrojó a la gata el vaso que llevaba entre las manos, fallando. Durante un segundo el animal se detuvo contemplándole con una intensa y atroz hostilidad; después salió de un salto por la ventana abierta. Dick la cerró con un golpe tan violento que se asustó a sí mismo, y después registró el sofá y el suelo en busca del pájaro, pensando que el gato lo habría soltado. En una o dos ocasiones incluso le pareció oírlo aleteando débilmente, pero debió de tratarse de una ilusión, ya que no pudo encontrarlo.

Todo aquello le había puesto francamente nervioso, de modo que antes de irse a la cama intentó calmarse con un último trago. Afuera habían cesado los truenos, pero la lluvia había comenzado a golpear sibilante sobre la hierba. Entonces otro sonido vino a entremezclarse con el anterior, el del maullido de un gato; no esos chillidos y lloros, arrastrados y mantenidos, que les son habituales a los felinos, sino la llamada lastimera del animal que quiere ser admitido en su propia casa. La persiana estaba echada, pero tras un rato no pudo resistirse más y echó un vistazo. Allí, sobre el alféizar de la ventana, se sentaba la enorme gata gris. Aunque estaba lloviendo a cántaros, su piel parecía mantenerse seca, ya que permanecía esponjosa y sin apelmazarse al cuerpo. Cuando le vio le bufó, arañando con ira el cristal antes de desaparecer.

Lady Madingiey... Cielos... ¡Cómo la había amado! Y, pese a lo infernalmente mal que le había tratado, ¡cómo volvía a desearla apasionadamente! Entonces, ¿iban a comenzar de nuevo sus problemas? ¿Había vuelto aquella pesadilla a amanecer? Era culpa de la gata: eran los ojos de la gata quienes lo habían provocado. Sin embargo, en aquel momento, su deseo se veía adormecido por la pesadez de su cerebro, que resultaba tan inexplicable como el resurgir de su deseo. Durante meses había estado bebiendo mucho más de lo que había bebido a lo largo de aquel día, y la tarde le había recibido con la cabeza completamente despejada, aguda, en pleno control de sus facultades, gozando de la libertad que había conseguido y de la tranquilidad de su visión creativa. Aquella noche, sin embargo, tropezaba y se tambaleaba alrededor de la habitación.

La luz neutra del amanecer le despertó, y Dick se levantó de inmediato, sintiéndose aún bastante soñoliento, pero como si respondiera a una silenciosa e imperativa llamada. La tormenta ya había pasado, y una joya de estrella de la mañana colgaba de un cielo despejado. Su habitación le parecía extrañamente ajena, incluso sus sensaciones le parecían ajenas. Había una imprecisión sobre las cosas, una barrera entre él y el mundo. Tan sólo un deseo le dominaba: terminar el retrato. Todo lo demás, o así lo sentía, podía

quedar al azar o a cualesquiera que fuesen las leyes que regulaban el mundo: aquellas leyes que permitían que un determinado zorzal fuese atrapado por una determinada gata y que escogían una cabeza de turco entre mil, permitiendo que el resto quedaran libres.

Dos horas más tarde, su criado fue a llamarle y descubrió que ya no estaba en la habitación. Dado lo avanzado de la mañana, fue a llevarle el desayuno a su estudio. El retrato estaba allí, había vuelto a ser colocado en posición frente a las clemátides, pero aparecía cubierto de extraños arañosos, como si las garras de un animal furioso, o quizá las uñas de un hombre, se hubieran ensañado con él. Dick Alingham también estaba allí, completamente inmóvil frente al lienzo desfigurado. También había sido atacado por garras o uñas, su garganta estaba horriblemente destrozada. Sus manos, por otra parte, aparecían cubiertas de pintura. Las uñas de sus dedos también estaban empapadas con ella.

El Terror Nocturno

La transferencia de emociones es un fenómeno tan común, observado tan a menudo, que la humanidad en general hace tiempo que ha dejado de ser consciente de su existencia, pasando de ser algo merecedor de nuestro asombro y consideración a tenerse como algo tan natural y habitual como la transferencia de cosas que actúan según las ya demostradas leyes de la materia. Nadie, por ejemplo, se sorprende si, cuando una habitación está demasiado caldeada, al abrir una ventana el aire fresco del exterior es transferido al interior de la habitación, de la misma manera que nadie se sorprende cuando en la misma habitación, que imaginaremos abarrotada de gente aburrida y triste, entra alguien alegre y natural, produciendo en la cargada atmósfera mental un cambio análogo al provocado por la apertura de la ventana. Cómo se lleva a cabo exactamente esta infección, no lo sabemos; considerando esas maravillas sin cable (que actúan según leyes materiales), que empiezan a perder su capacidad de maravillar ahora que somos capaces de recibir nuestro periódico cada mañana aunque nos encontremos en mitad del Atlántico, quizá no sería arriesgado conjeturar que, de alguna manera sutil y oculta, la transferencia de emociones es también una realidad material. Ciertamente (para utilizar otro ejemplo) la visión de cosas decididamente materiales, como la escritura sobre una página, produce emociones en nuestras mentes de una manera aparentemente directa, como cuando nuestro placer o nuestro pesar vienen provocados por un libro. Del mismo modo es posible que una mente actúe sobre otra mente de un modo tan material como ése.

En ocasiones, en todo caso, nos cruzamos con fenómenos que, aunque podrían ser fácilmente tan materiales como cualquiera de esas cosas, son más extraños, y por lo tanto más sorprendentes. Algunos los llaman fantasmas, otros juegos de manos, y otros tonterías. Parece más simple agrupar dichos fenómenos bajo el título de emociones transferidas, ya que se podrían aplicar a cualquiera de los sentidos. Algunos fantasmas son vistos, algunos oídos, y otros sentidos, y aunque no conozco el caso de ningún fantasma que haya sido saboreado, en las siguientes páginas parecerá que estos fenómenos ocultos pueden apelar en todo caso a los sentidos que perciben el calor, el frío o el olor. Y es que, para tomar la analogía del telégrafo sin cables, todos nosotros somos probablemente «receptores» hasta cierto punto, y cogemos de tanto en cuando un mensaje o parte de un mensaje que las eternas ondas de la emoción están gritando de manera incesante hacia todos aquellos que tienen oídos para oír, y materializándose ante aquellos que tienen ojos para ver. Al no estar, por regla general, perfectamente sintonizados, no captamos sino trozos o fragmentos de dichos mensajes. Podrían ser un par de palabras coherentes, o un par de palabras que parecen no tener sentido. La siguiente historia, en todo caso, es para mí interesante, porque demuestra cómo diferentes fragmentos de lo que sin duda era un mensaje fueron recibidos y registrados por varias personas de manera simultánea. Han pasado diez años desde los hechos aquí registrados, pero fueron escritos en el momento.

Jack Lorimer y yo éramos amigos desde hacía mucho tiempo antes de que se casara, y su boda con una prima mía no derivó, como suele ser habitual, en una reducción de nuestra intimidad. Algunos meses más tarde, se averiguó que su esposa estaba afectada de tisis, de modo que, sin pérdida de tiempo, fue enviada a Davos acompañada de su hermana para que la cuidase. Evidentemente, la enfermedad había sido detectada cuando aún se hallaba en su etapa inicial, y había suficientes motivos para esperar que, con los cuidados adecuados y un régimen estricto, pudiera ser curada por los hielos dadores de vida de aquel maravilloso valle.

Las dos se habían marchado en el mes de noviembre del que estoy hablando, y Jack y yo nos unimos a ellas durante todo un mes durante las Navidades, y pudimos apreciar que semana tras semana ella iba mejorando de manera rápida y constante. Teníamos que estar de regreso en la ciudad a finales de enero, pero acordamos que sería mejor que Ida se quedara acompañando a su hermana una o dos semanas más. Ambas, recuerdo, bajaron hasta la estación para despedirnos, y no creo que pueda olvidar las últimas palabras que allí se entrecruzaron:

—Oh, no estés tan decaído, Jack —había dicho su mujer—; me volverás a ver dentro de poco.

Entonces la escandalosa y pequeña locomotora chilló como chilla un cachorro cuando le pisan una pata, y ascendimos resoplando hacia el paso.

Cuando regresamos, Londres presentaba su habitual disposición desesperanzada de cada febrero, repleta de niebla y heladas que parecían producir un frío mucho más mordiente que las penetrantes temperaturas de aquellas soleadas altitudes de las que acabábamos de llegar. Ambos, creo, nos sentíamos bastante solos, e incluso antes de que hubiéramos acabado el viaje habíamos acordado que por el momento era ridículo mantener dos casas en funcionamiento cuando con una sola nos bastaría, lo que resultaría además más alegre para los dos. De modo que, como ambos vivíamos en casas casi idénticas en la misma calle de Chelsea, decidimos lanzar una moneda y vivir en la casa que ésta indicara (cara, la mía; cruz, la suya), compartir gastos, intentar alquilar la otra casa y, en el caso de tener éxito, compartir también los beneficios. Una pieza francesa de cinco francos del Segundo Imperio nos dijo: «cara».

Habían transcurrido diez días desde nuestro regreso, y cada día recibíamos las noticias más favorables desde Davos, cuando, primero sobre él, después sobre mí, descendió, como una tormenta tropical, un sentimiento de terror indefinible. Probablemente, este sentimiento de aprensión (pues no hay otro en el mundo tan virulentamente infeccioso) me alcanzó a través de él: por otra parte, los dos ataques de vagos presentimientos podrían haber surgido de la misma fuente, pero lo cierto es que a mí no me atacó hasta que Jack habló al respecto, de modo que la posibilidad quizá se incline más porque fuera él quien me lo transmitiera. Hizo su primer comentario, recuerdo, una noche en la que nos habíamos reunido para charlar antes de acostarnos, tras haber regresado de nuestras respectivas casas, en las que habíamos cenado.

—Me he sentido tremendamente deprimido durante todo el día —dijo, y justo después de haber recibido este espléndido informe sobre Daisy. No puedo entender dónde

está el problema.

Se sirvió un poco de whisky con soda mientras hablaba.

—Oh, pobre hígado —dije—. Yo que tú no me bebería eso. Sería mejor que me lo cedieras.

—Nunca en toda mi vida he estado mejor —dijo él.

Mientras hablábamos yo estaba repasando la correspondencia, y me topé con una carta del agente inmobiliario que leí con temblorosa impaciencia.

—¡Hurra! —exclamé—. Oferta de cinco guas (por qué no escribirá en cristiano)... cinco guineas a la semana, hasta Pascua, por el número 31. ¡Vamos a nadar en guineas!

—Oh, pero no puedo quedarme aquí hasta Pascua —dijo él.

—No veo por qué no. Tampoco lo ve Daisy, por cierto. Hablé con ella esta mañana y me ha dicho que te persuadiera para que te quedases. Eso si te apetece, por supuesto. Realmente estarás más animado. Pero perdona, ¿qué me estabas diciendo?

Las fantásticas noticias sobre las guineas semanales no le habían alegrado lo más mínimo.

—Muchísimas gracias. Claro que me quedaré.

Recorrió la habitación una o dos veces.

—No, no soy yo el que está mal —dijo al fin—. Es... Eso, sea lo que sea Eso. El terror nocturno.

—Del cual se te ha ordenado no tener miedo —remarqué.

—Ya lo sé; mandar es fácil. Estoy asustado. Algo se acerca.

—Cinco guineas semanales se acercan —dije—. No me quedaré aquí para que me infectes con tus temores. Lo único que importa es Davos, y va todo lo bien que podría ir. ¿Cómo decía el último informe? «Increíblemente mejor». Acuéstate con eso en mente.

La infección (si es que fue infección) no me afectó en aquel momento, ya que recuerdo haberme ido a dormir sintiéndome bastante alegre, pero me desperté en una casa oscura y silenciosa, y Eso, el terror nocturno, había llegado hasta mí mientras dormía. El miedo y la duda, irracional y paralizante, me habían atenazado. ¿De qué se trataba? Al igual que podemos predecir la llegada de una tormenta con un barómetro, al sentir tal hundimiento del espíritu, diferente a cualquier cosa que hubiera sentido anteriormente, estuve seguro de que aquello era el presagio de algún desastre.

Jack lo vio en el mismo instante en el que nos encontramos para desayunar a la mañana siguiente, a la luz pálida y marrón de un día nublado, no lo suficientemente oscuro como para necesitar velas, pero sombrío más allá de toda explicación.

—De modo que también ha llegado hasta ti —dijo.

Yo no tenía ni siquiera la fuerza de voluntad necesaria para decirle que tan sólo me sentía ligeramente indispueto. Además, nunca en toda mi vida me había sentido mejor.

Todo aquel día, y durante todo el día siguiente, el miedo cubrió mi mente como si de una capa negra se tratara; no sabía qué era lo que temía, pero desde luego se trataba de algo extremadamente intenso, algo que me resultaba muy próximo. Se acercaba más a cada momento, extendiéndose como un manto de nubes sobre el cielo; pero al tercer día, cansado de encogerme bajo él, supongo que cierto coraje regresó a mí: o bien aquello era resultado de nuestra imaginación, algún truco provocado por nuestros alterados nervios o

algo así, en cuyo caso ambos estábamos «preocupándonos en vano», o bien de entre las inconmensurables ondas emotivas que golpean las mentes de los hombres, algo en el interior de ambos había intuido una corriente, una presión. En cualquiera de los dos casos era mucho mejor intentar, aunque fuera en vano, enfrentarse a ello. Durante aquellos dos días no había trabajado ni jugado; tan sólo me había encogido y temblado, de modo que decidí planear un día ocupado para mí, y una noche de diversión para los dos.

—Cenaremos pronto —dije—, e iremos a ver *El hombre de Blankleys*. Ya se lo he comentado a Philip, que va a venir, y he telefoneado para pedir las entradas. La cena será a las siete.

Philip, debería aclarar, es un viejo amigo nuestro, vecino de nuestra calle, doctor de profesión y muy respetado, por cierto.

Jack dejó el periódico.

—Sí, espero que tengas razón —dijo—. No sirve de nada no hacer nada. No ayuda en lo más mínimo. ¿Has dormido bien?

—Sí, estupendamente —respondí con excesiva rapidez, ya que tenía los nervios de punta precisamente por no haber pegado ojo en toda la noche.

—Ojalá yo hubiera podido —dijo él.

Así no íbamos a ninguna parte.

—¡Tenemos que animarnos! —dije—. Aquí estamos, dos hombres jóvenes y robustos y con tantas causas para estar satisfechos de la vida como puedas mencionar, abandonándonos a una conducta propia de gusanos. Nuestros temores podrían deberse a algo imaginario o a algo real, pero es el hecho de asustarse lo que resulta realmente despreciable. No hay nada en el mundo a lo que temer excepto al temor. Y tú lo sabes tan bien como yo. Ahora, leamos nuestros periódicos con interés. ¿A quién apoyas tú, al señor Druce, al Duque de Portland o al *Times Book Club*?

Aquel día, por lo tanto, en mi caso fue muy intenso; y pasaron suficientes acontecimientos frente a aquel fondo negro, de cuyas presencias fui consciente todo el tiempo, como para permitirme mantener los ojos alejados de él. Al final, estuve retenido en la oficina hasta tan tarde que tuve que volver a Chelsea en coche, en vez de hacerlo dando un paseo, como habría sido mi propósito.

Fue entonces cuando el mensaje, que durante aquellos tres días había estado gorjeando en nuestros receptores (nuestras mentes), haciéndoles estremecerse y crispase, llegó.

Cuando llegué, encontré a Jack vestido, ya que apenas faltaban un minuto o dos para las siete, sentado en la sala de estar. El día había sido cálido y bochornoso, pero mientras pensaba en dirigirme a mi habitación me pareció como si de repente se hubiera vuelto tremendamente frío, no con la humedad de las heladas inglesas, sino con la cristalina y penetrante alegría de los días que habíamos pasado en Suiza. La leña estaba preparada en la chimenea, pero no había sido prendida, por lo que me arrodillé en la alfombrilla para encenderla.

—Vaya, pero si esto está helado —dije—. ¡Hay que ver lo burros que son los criados! Nunca se les ocurre que te pueda apetecer encontrar un buen fuego en invierno, y desde

luego jamás en verano.

—Oh, por el amor de Dios, no enciendas la chimenea —dijo él—. Es la noche más calurosa y bochornosa que recuerdo.

Le miré asombrado. Mis manos estaban temblando a causa del frío. Él lo vio.

—¡Vaya, pero si estás temblando! —dijo—. ¿Te has resfriado? Porque eso de que la habitación está fría... mira el termómetro.

Había uno sobre el escritorio.

—Veinticinco —dijo.

No había discusión posible, y tampoco me apetecía, ya que en ese momento, repentinamente, nos dimos cuenta de que Eso «estaba llegando» de un modo tenue y distante. Lo sentí como una curiosa vibración interna.

—Caliente o frío, he de ir a vestirme —dije.

Aún temblando, pero sintiendo como si estuviera respirando algún aire rarificado pero estimulante, me fui a mi habitación. Mi ropa ya estaba preparada pero, por descuido, no me habían llevado agua caliente, por lo que avisé al mayordomo con el timbre. Subió casi al instante, pero parecía asustado, o así se lo pareció al menos a mis ya de por sí alterados sentidos.

—¿Qué pasa? —dije.

—Nada, señor —respondió, aunque apenas era capaz de articular las palabras—. Pensé que me había llamado.

—Sí. Agua caliente. ¿Pero qué es lo que te pasa?

Se balanceó alternativamente sobre uno y otro pie.

—Creí haber visto a una dama en la escalera —dijo—, subiendo muy cerca detrás de mí. Y la campana de la puerta de entrada no ha sonado, o al menos yo no la he oído.

—¿Dónde crees haberla visto? —pregunté.

—En la escalera. Y después frente a la puerta de la sala de estar, señor —dijo—. Se quedó allí como si no supiera si entrar o no.

—Alguien... alguien del servicio —dije.

Pero de nuevo, aquella sensación se abría paso.

—No, señor, no era nadie del servicio.

—¿Quién era, entonces?

—No pude verla con claridad, señor, estaba difusa. Pero creí que se trataba de la señora Lorimer.

—Oh, ve a buscarme algo de agua caliente—dije.

Pero él titubeó; evidentemente estaba muy asustado.

En ese momento sonó el timbre de la puerta principal. Eran las siete, y Philip acababa de llegar con brutal puntualidad, mientras que yo no estaba ni medio vestido todavía.

—Ése es el doctor Enderly —dijo—. Quizá si ya ha llegado hasta las escaleras seas capaz de pasar frente al lugar en el que viste a la dama.

Entonces, repentinamente, un grito se extendió por la casa, tan terrible, tan horroroso en su agonía y supremo terror, que simplemente me quedé inmóvil y me eché a temblar, incapaz de moverme. Después, mediante un esfuerzo tan violento que sentí como si algo se me hubiera roto, recobré el movimiento y corrí escaleras abajo, con el mayordomo

pisándome los talones, hasta encontrarme con Philip, que llegaba corriendo de la planta baja. Él también había oído el grito.

—¿Qué ha pasado? —dijo—. ¿Qué ha sido eso?

Juntos entramos en la sala de estar. Jack yacía frente a la chimenea, con la silla en la que había estado sentado unos minutos antes volcada. Philip se dirigió a él directamente y se inclinó sobre su pecho, desgarrando la blanca camisa.

—Abrid todas las ventanas —dijo—, este lugar apesta.

Abrimos las ventanas dejando que entrara, o eso me pareció a mí, una cálida corriente de aire que se arrojó sobre el frío penetrante. Finalmente Philip se levantó.

—Está muerto—dijo—. Dejad abiertas las ventanas. Este sitio rezuma cloroformo.

Paulatinamente, sentí cómo la habitación iba caldeándose, a la vez que para Philip la droga iba desapareciendo del ambiente, aunque ni mi criado ni yo hubiéramos oído nada en absoluto.

Un par de horas más tarde llegó un telegrama de Davos para mí. En él se me pedía que le transmitiera a Jack la noticia del fallecimiento de Daisy, y había sido enviado por su hermana. Ella suponía que él partiría de inmediato; no podía saber que hacía ya dos horas que se había marchado.

Partí hacia Davos al día siguiente, y me enteré de lo que había sucedido. Daisy había estado sufriendo durante tres días de un pequeño absceso que debía ser operado, y aunque la operación apenas revestía importancia, se había puesto tan nerviosa que el doctor le había aplicado cloroformo. Se había recuperado bien del anestésico, pero una hora más tarde sufrió un súbito síncope y falleció aquella misma noche, un par de minutos antes de las ocho, horario centroeuropeo, lo que corresponde a las siete en el horario británico. Ella había insistido en que no se le dijera a Jack nada de aquella pequeña operación hasta que hubiese terminado, ya que el problema apenas tenía relación con su estado general de salud y no deseaba causarle una preocupación inútil.

Y así acaba la historia. A mi criado le llegó la visión de una mujer junto a la puerta de la sala de estar —en la que se encontraba Jack— dudando sobre si entrar o no, justo en el momento en el que el alma de Daisy se cernía entre los dos mundos; a mí me llegó (y no creo que sea demasiado fantasioso suponer esto) el frío penetrante y estimulante de Davos; a Philip le llegaron los aromas del cloroformo. Y hasta Jack, supongo, debió de llegar su esposa. De modo que se unió a ella.

La Señora Amworth

Maxley, el pueblo en el que, los pasados verano y otoño, ocurrieron estos extraños sucesos, se extiende revestido de brezos y pinos en una zona elevada de Sussex. No se podría encontrar en toda Inglaterra una localidad más saludable y fragante. Si el viento sopla desde el sur, llega cargado con las especias del mar; los altos montes que se levantan hacia el este lo protegen de las inclemencias de marzo; y las brisas que le alcanzan desde el oeste y el norte viajan sobre kilómetros de aromáticos pinos y brezos. El pueblo en sí es prácticamente insignificante en cuanto a población, pero rebosa comodidades y belleza. Justo a medio camino de la calle única, con su ancha carretera y sus espaciosas franjas de césped a, cada lado, hay una pequeña iglesia normanda y un antiguo cementerio; en desuso desde hace mucho tiempo. Apenas una docena de pequeñas y serenas casas de estilo georgiano, con sus rojos ladrillos y sus enormes ventanas, cada una de ellas con un pequeño jardín en la parte frontal y uno más amplio en la trasera; una veintena de tiendas y varias decenas de *cottages*² con el tejado de paja, pertenecientes a jornaleros de fincas cercanas, forman el ramillete completo de pacíficas viviendas. La paz habitual, en todo caso, se rompe lamentablemente los sábados y los domingos, ya que nos encontramos en una de las carreteras principales entre Londres y Brighton, y durante el fin de semana nuestra tranquila calle se convierte en pista de carreras para veloces automóviles y motocicletas.

Un cartel a las afueras del pueblo que les ruega que vayan despacio sólo parece encorajarles para que aceleren la velocidad, ya que la carretera es amplia y recta, y en realidad no hay razón para que no lo hagan. Por lo tanto, a modo de protesta, las damas de Maxley se cubren la nariz y la boca con sus pañuelos cada vez que ven acercarse un coche, aunque como la calle está asfaltada, lo cierto es que no necesitan tomar esas precauciones contra el polvo. Para cuando la noche del domingo está ya avanzada, la horda de motoristas ha terminado de pasar y nos preparamos de nuevo para disfrutar de cinco días de alegre y calmado aislamiento. Las huelgas del ferrocarril, que tanto agitan el país, apenas nos molestan, ya que la mayoría de los habitantes de Maxley nunca lo abandonan.

Yo soy el afortunado propietario de una de esas casitas de estilo georgiano, y me considero no menos afortunado por tener un vecino tan interesante y estimulante como Francis Urcombe, quien, como los más auténticos oriundos de Maxley, no ha dormido fuera de su casa, que se encuentra situada justo enfrente de la mía en la calle del pueblo, desde hace casi dos años, fecha en la que, aun encontrándose en la mediana edad, abandonó su Cátedra de Fisiología en la Universidad de Cambridge para dedicarse por su cuenta al estudio de esos fenómenos ocultos y curiosos que parecen concernir por igual

2 Los *cottages* son las típicas casas de campo británicas, construidas con materiales modestos y tradicionalmente con el techo de paja; al no disponer de una correspondencia directa con ningún tipo de construcción arquitectónica castellana, se ha preferido mantener la denominación original. (N. del T.)

tanto al aspecto físico como al psíquico de la naturaleza humana. De hecho, su retiro no fue ajeno a esta pasión por las extrañas e inexploradas zonas que yacen en los confines y los bordes de la ciencia, cuya existencia es tan tozudamente negada por las mentes más materialistas, ya que abogó porque los estudiantes fuesen obligados a pasar algún tipo de examen sobre el mesmerismo, y porque se realizaran *tests* de conocimientos sobre materias como apariciones en el momento de la muerte, casas encantadas, vampirismo, escritura automática y posesiones.

—Por supuesto, no me hicieron ni caso —explicaba él mismo—, ya que no hay nada de lo que aquellos pozos de sabiduría estén más asustados que del auténtico conocimiento, y la ruta hacia el conocimiento pasa indefectiblemente por el estudio de fenómenos como éstos. Las funciones de lo humano son, en general, conocidas. Se trata en todo caso de un país que ha sido explorado y cartografiado. Pero aparte de ésta, existen otras enormes extensiones de terreno sin descubrir, que ciertamente existen, y los verdaderos pioneros del conocimiento son aquellos que, al coste de ser ridiculizados por crédulos y supersticiosos, quieren penetrar en esos lugares brumosos y probablemente peligrosos. Pensé que podría ser de más utilidad adentrándome en la niebla sin brújula ni saco de dormir que sentándome en una jaula como un canario, gorgoreando lo que ya sabemos todos. Además, la enseñanza es algo negativo para alguien que sólo sabe aprender: para ser maestro basta con ser un asno engreído.

De modo que Francis Urcombe resultaba un vecino encantador para alguien que, como yo, tuviese una curiosidad inquieta y acuciante sobre lo que él llamaba los «lugares brumosos y peligrosos». Por otra parte, la pasada primavera tuvimos una nueva y sinceramente bienvenida adición a nuestra agradable y pequeña comunidad, en la persona de la señora Amworth, viuda de un funcionario destinado en la India. Su esposo había ejercido como juez en las provincias noroccidentales, y tras su fallecimiento en Peshawar ella regresó a Inglaterra. Tras un año en Londres, se descubrió hambrienta por sustituir las nieblas y suciedades de la ciudad por el aire despejado y el sol del campo. Tenía además un especial motivo para instalarse en Maxley, ya que sus ancestros habían sido durante cientos de años nativos del lugar, y en el viejo cementerio, actualmente en desuso, se encontraban varias lápidas grabadas con su nombre de soltera: Chaston. Grande y energética, su vigorosa y genial personalidad rápidamente condujo a Maxley hacia un grado más elevado de sociabilidad del que nunca había disfrutado. La mayoría de nosotros éramos solteros, solteronas o gente mayor no demasiado inclinados a ejercer los gastos y los esfuerzos que conlleva la hospitalidad y, hasta su llegada, una invitación a tomar el te, con una posterior partida de bridge antes de regresar a casa para una cena solitaria, eran el clímax de nuestras festividades. Pero la señora Amworth nos mostró un modo más gregario de actuar, y predicó con el ejemplo ofreciendo una serie de almuerzos multitudinarios y pequeñas cenas, que empezamos a seguir. Incluso en noches en las que semejante hospitalidad no se veía materializada, un hombre solitario como yo mismo encontraba reconfortante saber que una llamada telefónica a la casa de la señora Amworth, apenas a un centenar de metros de la mía, y una pregunta sobre si sería posible acercarme después de cenar para disfrutar de unas partidas de piquet antes de irnos a acostar, provocaría probablemente una respuesta positiva. Allí estaría esperándome, con

una impaciencia cercana a la camaradería, para ofrecerme un vaso de oporto, una taza de café, un cigarrillo y una partida de piquet. También tocaba el piano, de una manera libre y exuberante, y tenía una voz encantadora con la que seguía su propio acompañamiento; y a medida que los días se alargaban y la luz se iba rezagando hasta anochecer cada vez más tarde, jugábamos nuestras partidas en su jardín, un refugio para babosas y caracoles que había conseguido transformar, en el curso de los meses, en un deslumbrante y lujurioso conjunto de flores. Siempre estaba alegre y jovial; se interesaba por cualquier cosa, y destacaba principalmente en la música, la jardinería y en todo tipo de juegos. Todo el mundo (con tan sólo una excepción) la apreciaba, todo el mundo sentía como si ella trajese consigo el tónico de un día soleado. Aquella única excepción era Francis Urcombe; y aun así, también él reconoció que aunque no fuese de su agrado estaba ampliamente interesado en ella. Esto siempre me pareció extraño, ya que tan agradable y jovial como era, no podía ver en ella nada que pudiera provocar conjeturas o despertar suposiciones, tan sana y poco misteriosa era su figura. Pero evidentemente no podía haber duda de la autenticidad del interés de Urcombe por ella; uno podía verle observándola y escrutándola. Respecto a su edad, ella misma reveló voluntariamente la información de que contaba cuarenta y cinco años; pero su energía, su actividad, su piel que no revelaba los estragos del tiempo, su pelo negro como el carbón... hacían difícil creer que no estuviera adoptando el poco usado recurso de añadir diez años a su edad en vez de restárselo. También a menudo, a medida que nuestra amistad platónica iba madurando, la señora Amworth me llamaba para que la invitara a visitarme. Si yo estaba ocupado escribiendo, debía darle, tras un inevitable tira y afloja, una franca negativa, que producía a modo de respuesta una risa jovial y sus deseos por una exitosa noche de trabajo. A veces, antes de que me llamase con su propuesta, Urcombe ya se había acercado desde su casa para disfrutar de un cigarrillo y de un rato de charla, y él, oyendo de quién se trataba la posible visitante, siempre me urgía a rogarle que viniera. Ella y yo jugaríamos nuestras partidas de piquet, me decía, y él observaría, si no nos molestaba, con el objetivo de aprender las reglas del juego. Aunque sinceramente dudo que prestase demasiado interés, ya que nada podía estar más claro, salvo que, bajo aquel ático que formaban su frente y aquellas espesas cejas, su atención se hallaba fija, no en las cartas, sino en uno de los jugadores. Pero parecía disfrutar de las horas que pasábamos así, y a menudo, hasta una noche de julio en particular, la miraba con el aspecto de un hombre que se enfrenta a un grave problema. Ella, entusiasmada y centrada en nuestro juego, no parecía percibir su escrutinio. Entonces llegó aquella noche en la que, a la luz de los hechos que luego acontecieron, empezó a descorrerse el velo que escondía aquel horror secreto ante mis ojos. No lo percibía entonces, pero me di cuenta más tarde de que cuando la señora Amworth me llamaba para proponerme una visita, preguntaba no sólo si me encontraba libre, sino también si el señor Urcombe estaba conmigo. De ser así, decía, no quería echar a perder la charla de dos viejos solterones, y me deseaba unas buenas noches sonriente.

Urcombe, en aquella ocasión, llevaba conmigo una media hora cuando llegó la señora Amworth, y había estado hablándome de las creencias medievales referentes al vampirismo, uno de esos temas fronterizos que no habían sido lo suficientemente estudiados antes de ser condenados por la profesión médica al vertedero de las

supersticiones refutadas. Allí estaba, sentado, ceñudo e impaciente, recreando con aquella extraordinaria claridad que le había convertido en un profesor tan admirable durante sus días en Cambridge, la historia de aquellas misteriosas apariciones. En todas ellas se repetían los mismos rasgos generales: uno de aquellos espíritus macabros tomaba posesión de un hombre o una mujer, en cuyo cuerpo habitaba, confiriéndole poderes sobrenaturales, como el vuelo del murciélago, y saciándose mediante festines sangrientos y nocturnos. Cuando su anfitrión moría, continuaba residiendo en el cadáver, el cual no llegaba a corromperse. De día descansaba, y por la noche abandonaba la tumba para realizar sus horrendas rondas. Ningún país europeo de la Edad Media parecía haberseles escapado; e incluso se habían encontrado paralelismos con el mito tanto en Roma y Grecia como en la tradición judía.

—Es una enorme imprudencia calificar de pamplinas todas esas evidencias existentes —dijo—. Cientos de testigos completamente independientes en diferentes momentos de la historia han testificado la existencia de estos fenómenos, y no hay una explicación conocida por mí que cubra todos los hechos. Y si te sientes inclinado a decir: «Vaya, entonces» si estamos hablando de hechos reales, ¿cómo es que no encontramos vampiros en la actualidad?», te puedo dar dos respuestas. Una es que en la Edad Media hubo enfermedades reconocidas, como la peste negra, que ciertamente existieron entonces y que se han extinguido en la actualidad, aunque no por eso negamos su existencia. Así, al igual que la peste negra visitó Inglaterra y diezmo a la población de Norfolk, de la misma manera hubo en este distrito un brote de vampirismo, y Maxley fue el epicentro del mismo. Mi segunda respuesta es aún más convincente, y es que te diré que en modo alguno se ha extinguido el vampirismo. Con toda seguridad hubo un brote hace uno o dos años en la India.

En aquel preciso momento oí cómo sonaba mi aldaba con el alegre y perentorio tono en el cual acostumbraba a anunciar su llegada la señora Amworth, de manera que fui a abrirle la puerta?.

—Entre de inmediato —dije— y evite que mi sangre se me hiele en las venas. El señor Urcombe estaba tratando de asustarme.

De inmediato, su presencia vital y voluminosa pareció inundar la habitación.

—¡Ah, magnífico! —dijo ella—. Me encanta que la sangre se me hiele en las venas. Continúe con su cuento de fantasmas, señor Urcombe. Adoro los cuentos de fantasmas.

Vi que, tal y como era su costumbre, él la estaba observando atentamente.

—No se trata exactamente de un cuento de fantasmas —dijo—. Sólo le estaba explicando a nuestro anfitrión que el vampirismo aún no ha desaparecido del todo. Le comentaba que hace apenas un par de años hubo un brote en la India.

Hubo una más que perceptible pausa, y vi que, si Urcombe la estaba observando, ella por su parte también mantenía la mirada fija en él, a la vez que fruncía el ceño. Después su risa alegre invadió aquel silencio tan tenso.

—¡Oh, qué lástima! —dijo—. Así no me va usted a asustar en lo más mínimo. ¿Dónde ha oído semejante historia, señor Urcombe? He vivido en la India durante años y jamás oí un rumor semejante. Algún cuentista de los bazares debió de inventarlo, son famosos por ello.

Pude ver que Urcombe estaba a punto de añadir algo, pero se contuvo.

—¡Ah! Probablemente así fuera —dijo.

Pero algo había alterado aquella noche nuestra habitualmente tranquila sociabilidad, algo que además había empañado el habitual buen humor de la señora Amworth. Apenas disfrutó del piquet y, tras un par de partidas, se marchó. Urcombe también había permanecido en silencio, de hecho apenas volvió a hablar hasta que ella se hubo marchado.

—Ése ha sido un comentario desgraciado —dijo—, ya que el brote de... de una misteriosa enfermedad, llamémoslo así, sucedió en Peshawar, la ciudad en la que se encontraban ella y su marido. Y...

—¿Y bien? —pregunté.

—Él fue una de las víctimas —dijo—. Evidentemente, no había pensado en eso mientras estaba hablando.

El verano fue inusualmente caluroso y seco, y Maxley sufrió mucho la sequía y también una plaga de grandes y negros mosquitos nocturnos, cuya picadura resultaba especialmente virulenta e irritante. Se acercaban flotando, posándose sobre la piel con tanto cuidado que no se notaba nada hasta que el agudo pinchazo anunciaba que uno acababa de ser picado. No picaban ni en las manos ni en la cara, sino que elegían siempre el cuello y la garganta como lugar de alimentación, y la mayoría de nosotros, al extenderse el veneno, padecimos un brote temporal de bocio. Entonces, más o menos a mediados de agosto, apareció el primero de aquellos misteriosos casos que nuestro doctor local atribuyó a la larga ola de calor unida a la picadura de estos venenosos insectos. El paciente fue un chico de dieciséis o diecisiete años, el hijo del jardinero de la señora Amworth, y los síntomas eran una palidez anémica y una postración lánguida, acompañada de gran somnolencia y un apetito anormal. También tenía dos pequeños pinchazos en el cuello, donde, según las conjeturas del doctor Ross, debía de haberle mordido el mosquito. Pero lo más extraño era que no tenía hinchazón ni inflamación de ninguna clase alrededor de las picaduras. Para entonces, el calor ya había comenzado a disminuir, pero el aire fresco no repercutió en ninguna mejoría, y el muchacho, a pesar de la cantidad de buena comida que engulló con voracidad, quedó reducido a poco más que huesos y pellejo. Fue más o menos entonces cuando me encontré una tarde con el doctor Ross por la calle, y en respuesta a mi interés por su paciente me dijo que temía que el muchacho se estuviera muriendo. El caso, confesó, le tenía completamente desorientado: todo lo que podía sugerir era una desconocida y perniciosa variedad de anemia. Se preguntaba si el señor Urcombe querría visitar al muchacho, en caso de que pudiera arrojar alguna luz sobre el caso, y dado que Urcombe iba a cenar aquella noche conmigo invité al doctor Ross a que se nos uniese. No podía, dijo, pero aseguró que se acercaría algo más tarde. Cuando llegó, Urcombe consintió de inmediato en poner su habilidad a su servicio, y al punto partieron juntos. Viéndome de este modo privado de compañía, telefoneé a la señora Amworth para saber si podría imponerle mi presencia durante una hora. Su respuesta fue afirmativa y de buen grado, y entre el piquet y la música la hora se alargó hasta convertirse en dos. Me habló del chico que yacía tan desesperada y misteriosamente enfermo, y me contó que le había visitado a menudo, llevándole alimentos delicados y nutritivos. Pero aquel día (y

sus ojos se humedecieron mientras hablaba) se temía que había ido a visitarle por última vez. Como conocía la antipatía que había entre ella y Urcombe, no le conté que había sido requerido y consultado; y cuando regresé a casa ella me acompañó hasta la puerta, por el placer de disfrutar del aire nocturno y para tomar prestada una revista que contenía un artículo sobre jardinería que deseaba leer.

—Ah, este delicioso aire nocturno —dijo olfateando lujuriosamente el frescor—. El aire de la noche y los jardines son los mejores tónicos que existen. No hay nada más estimulante que el contacto con la generosa madre tierra. Nunca se siente uno tan fresco como cuando ha estado escarbando en el suelo... las manos negras, las uñas negras, las botas recubiertas de lodo... —dejó escapar su jovial y enorme risa.

—Soy una golosa del aire y la tierra —continuó—. Realmente espero con ansia la muerte, ya que entonces podré ser enterrada y estaré rodeada por todas partes de la amable y generosa tierra. Nada de ataúdes de plomo para mí, ya he dado instrucciones explícitas al respecto. Claro que, ¿qué haré sin aire? Bueno, supongo que no se puede tener todo. ¿La revista? Mil gracias, se la devolveré lealmente. Buenas noches: mantenga sus ventanas abiertas y no padecerá de anemia.

—Siempre duermo con las ventanas abiertas —dije yo.

Me fui directamente a mi dormitorio, una de cuyas ventanas da directamente a la calle, y mientras me desnudaba creí oír voces hablando no muy lejos de allí. Pero sin prestar particular atención, apagué las luces y me hundí directamente en las profundidades de un horrible sueño, sugerido y distorsionado, sin duda, por mis últimas palabras con la señora Amworth. Soñé que me despertaba y que las dos ventanas de mi dormitorio estaban cerradas. Medio ahogándome, soñé que saltaba de la cama y cruzaba la habitación para abrirlas. La persiana de la primera estaba bajada, y al levantarla vi, con el indescriptible horror de una incipiente pesadilla, el rostro de la señora Amworth flotando en la oscuridad junto al alféizar, asintiendo y sonriéndome. Volví a bajar la persiana para mantener aquel horror en el exterior y corrí hacia la otra ventana, situada en el extremo opuesto de la habitación, para encontrarme de nuevo con el rostro de la señora Amworth. Entonces el pánico me desbordó; allí estaba yo, asfixiándome por la falta de aire en la habitación y, abriera la ventana que abriera, el rostro de la señora Amworth penetraría en el interior, como aquellos silenciosos mosquitos negros que te mordían antes de que pudieras darte cuenta. La pesadilla progresó hasta el punto de hacerme despertar entre gritos, para encontrar mi habitación perfectamente tranquila, con las ventanas completamente abiertas, ambas persianas levantadas y una luna en cuarto creciente cuya luz tranquila y oblonga se reflejaba en el suelo. Pero incluso tras haberme despertado, el horror persistió, y no dejé de moverme y de revolverme en el lecho. Debía de haber dormido bastante antes de que la pesadilla me asaltara, ya que casi era de día y pronto se empezaron a elevar por el este los soñolientos párpados de la mañana.

Acababa de bajar las escaleras al día siguiente (ya que, tras el amanecer volví a dormirme profundamente) cuando Urcombe me telefoneó para saber si podía verme de inmediato. Entró, sombrío y preocupado, y pude darme cuenta de que estaba chupeteando una pipa que ni siquiera había cargado.

—Necesito tu ayuda —dijo—, de modo que antes deberé contarte qué es lo que

sucedió anoche. Acudí con el doctorzuelo a ver a su paciente, y le encontré apenas vivo. Inmediatamente diagnosticué, para mí mismo, lo que significa esta anemia, completamente inexplicable de cualquier otra manera. El muchacho ha sido presa de un vampiro.

Dejó su pipa sobre la mesa de desayunar, junto a la que me acababa de sentar, y se cruzó de brazos, mirándome fijamente desde debajo de sus prominentes cejas.

—En cuanto a lo de anoche —continuó—, insistí en que debía ser trasladado del *cottage* de su padre a mi propia casa. Y mientras le llevábamos en una camilla ¿con quién nos encontramos sino con la señora Amworth, que expresó su sorpresa porque le estuviéramos trasladando? ¿Y por qué crees tú que dijo eso?

Con un amago de horror, mientras recordaba mi sueño de la noche anterior, acudió a mi mente una idea tan absurda e impensable que instantáneamente la rechacé.

—No tengo ni la más remota idea —dije.

—Entonces escucha, mientras te cuento lo que sucedió más tarde. Encendí todas las luces de la habitación en la que se encontraba el muchacho y me quedé allí vigilándole. Una ventana estaba ligeramente abierta, ya que había olvidado cerrarla, y alrededor de la medianoche oí algo que desde el exterior intentaba aparentemente abrirla del todo. Me imaginé quién sería (y sí, estábamos a más de seis metros sobre el suelo) y ojeé a través del borde de la persiana. Me encontré con el rostro de la señora Amworth, y con su mano apoyada en el marco de la ventana. Me acerqué silenciosamente a ella y después la golpeé violentamente; creó que le pillé un dedo.

—¡Pero eso es imposible! —grité—. ¿Cómo iba a ir flotando por el aire de esa manera? ¿Y para qué habría ido? No me vengas con semejantes...

Una vez más, con mis fuerza, el recuerdo de mi pesadilla me inmovilizó.

—Te estoy diciendo lo que vi —dijo él—. Y te aseguro que durante toda la noche, hasta que casi se hizo de día, siguió revoloteando por el exterior como si fuera un terrible murciélago que intentara entrar. Ahora, analiza todo lo que te he contado.

Empezó a contar con los dedos.

—Uno —dijo—: hubo un brote de una enfermedad similar a la que este muchacho está padeciendo en Peshawar, y su marido falleció a consecuencia de ella. Dos: la señora Amworth protestó ante mi decisión de trasladar al chico a mi casa. Tres: ella, o el demonio que habita en su cuerpo, una criatura sin duda poderosa y mortal, intentó entrar en la misma. Y a todo eso añádele lo siguiente: en el medievo hubo una epidemia de vampirismo aquí, en Maxley. El vampiro, o así lo recogieron las crónicas, resultó ser una tal Elizabeth Chaston... Veo que recuerdas el nombre de soltera de la señora Amworth. Y por último, el chico está bastante mejor esta mañana. Con toda seguridad no estaría vivo ahora si hubiera sido visitado una vez más. ¿Qué piensas ahora de todo esto?

Hubo un largo silencio durante el cual descubrí que aquel horror asumía visos de verosimilitud.

—Tengo algo que añadir —dije— que podría o no podría tener algo que ver con esto. ¿Dices que... el espectro se retiró poco antes del amanecer?

—Sí.

Le conté mi sueño, y sonrió sombríamente.

—Sí, hiciste bien en despertarte —dijo—. El aviso partió de tu subconsciente, que nunca está completamente dormido, y te gritó que te hallabas en peligro mortal. Ya son dos razones, por tanto, por las que debes ayudarme: una, para salvar a los demás; la otra, para salvarte a ti mismo.

—¿Qué quieres que haga? —pregunté.

—Lo primero, que me ayudes a vigilar al muchacho, y que te asegures de que ella no se le acerca. Por otra parte, quiero que me ayudes a perseguir a esa cosa, a descubrirla y a destruirla. No es humana: es un demonio encarnado. Qué pasos tendremos que seguir para conseguirlo, aún no lo sé.

Eran ya las once de la mañana, y de inmediato nos encaminamos hacia su casa para que yo pudiera iniciar una vigilia de doce horas mientras él dormía para poder relevarme aquella noche, de modo que durante las siguientes veinticuatro horas uno de los dos, o Urcombe o yo mismo, estuvo en la habitación con el chico, el cual se fortalecía a ojos vista hora tras hora. El día siguiente fue sábado, y la mañana se presentaba hermosa y cristalina. Cuando fui a su casa para reasumir mis tareas, ya había comenzado el trasiego de motores en dirección a Brighton. Al mismo tiempo vi a Urcombe que salía de casa con un semblante alegre que presagiaba buenas noticias sobre su paciente, y a la señora Amworth, que con un gesto de saludo dirigido hacia mí, caminaba por la ancha franja de césped que bordeaba la carretera con una cesta en la mano. Allí nos encontramos los tres. Pude darme cuenta (y vi que también Urcombe lo hizo) de que uno de los dedos de la mano izquierda de la señora Amworth estaba vendado.

—Buenos días a ambos —dijo ella—. He oído que su paciente está mejorando, señor Urcombe. He venido para traerle un plato de jalea y para sentarme una hora junto a él. Los dos somos grandes amigos. Estoy encantada con su recuperación.

Urcombe se mantuvo en silencio, como si estuviera reflexionando, y después la señaló con un dedo acusador.

—¡Se lo prohíbo! —dijo—. Ni se le acercará ni volverá a verlo. Y conoce usted la razón tan bien como yo.

Nunca había visto originarse en un rostro un cambio tan horrible como aquel que empalideció la cara de la señora Amworth hasta otorgarle el color de una niebla grisácea. Alzó la mano como para protegerse del dedo que la señalaba dibujando sobre el aire el símbolo de la cruz, y retrocedió trastabillando hacia la carretera. Se oyó un estruendoso bocinazo, el chirriar de unos frenos, un grito de aviso (demasiado tarde) procedente de un coche que pasaba, y un largo alarido interrumpido de cuajo. Su cuerpo rebotó contra el asfalto tras haber sido aplastado por la primera rueda antes de caer bajo la segunda. Se quedó allí, estremeciéndose y agitándose, hasta que quedó completamente inmóvil.

Fue enterrada tres días más tarde en el cementerio a las afueras de Maxley, de acuerdo a los deseos que ella misma había dejado escritos y que yo ya conocía, y el impacto que su súbita y horrorosa muerte había causado en nuestra pequeña comunidad empezó a disminuir gradualmente. Sólo para dos personas, Urcombe y yo mismo, quedó aquel disgusto mitigado por el conocimiento del alivio que su muerte había traído consigo; pero, naturalmente, guardamos nuestro consuelo para nosotros mismos y no dejamos entrever ni la más mínima pizca del horror mucho más intenso que de aquella

manera se había abortado.

Pero, curiosamente, Urcombe seguía sin estar completamente satisfecho, o al menos eso me parecía, y nunca me respondía a las preguntas que al respecto le hice. Después, a medida que los días de un septiembre sereno y apacible fueron seguidos por los de octubre, y éstos empezaron a caer como las hojas de los árboles amarillentos, su preocupación cesó. Pero antes de que llegara noviembre la aparente tranquilidad se convirtió en huracán.

Había estado cenando una noche en el extremo más alejado del pueblo, y a eso de las once emprendí el regreso a mi casa, caminando. La luna tenía una inusual brillantez, apareciendo todo tan nítido como en un grabado. Acababa de pasar frente a la casa en la que había vivido la señora Amworth, junto a la que ahora había un cartel anunciando su alquiler, cuando oí descorrerse el cerrojo de la puerta principal, y entonces, con un repentino escalofrío que llegó a lo más hondo de mi alma, la vi. Su perfil, perfectamente iluminado por la luna, estaba dirigido hacia mí, y no había error posible en la identificación. Pareció no verme (de hecho, la sombra de los tejos que bordeaban su jardín me rodeaba de oscuridad), de modo que cruzó resueltamente la carretera y entró en la casa de enfrente por la puerta principal. Allí la perdí de vista completamente.

Mi respiración iba regresando a base de pequeños jadeos, ya que me había echado a correr (seguí corriendo, de hecho, lanzando hacia atrás miradas temerosas) los cien metros que separaban mi casa de la de Urcombe. Un minuto más tarde ya estaba dentro.

—¿Qué vienes a contarme? —preguntó—. A que lo adivino.

—No creo que puedas —dije yo.

—No, realmente no tengo que adivinarlo. Lo sé. Ha vuelto y la has visto. Cuéntame cómo ha sido.

Le narré mi historia.

—Ésa es la casa del alcalde Pearsall —dijo—. Vayamos de inmediato.

—¿Pero qué podemos hacer? —pregunté.

—No tengo ni idea. Eso es lo que tenemos que averiguar.

Un minuto más tarde nos encontrábamos frente a la casa. Cuando había pasado antes por allí estaba completamente a oscuras; ahora se veían luces encendidas a través de algunas ventanas del piso superior. Mientras estábamos allí se abrió la puerta y el alcalde Pearsall salió por ella. Nos vio y se detuvo.

—Voy a buscar al doctor Ross —dijo presurosamente—. Mi mujer ha enfermado de repente. Hacía una hora que se había ido a la cama cuando he subido a acostarme y la he encontrado pálida como un fantasma y completamente exhausta. Ustedes me perdonarán pero...

—Un momento, alcalde —dijo Urcombe—. ¿Tenía alguna marca en el cuello?

—¿Cómo lo ha sabido? —respondió él—. Uno de esos malditos mosquitos ha debido de morderla. Dos veces, además. Aún salía sangre de las heridas.

—¿Se ha quedado alguien con ella?

—Sí, he despertado a su doncella.

Se marchó y Urcombe se dirigió a mí.

—Ya sé lo que tenemos que hacer —dijo—. Ve a cambiarte de ropa. Nos

encontraremos en tu casa.

— ¿De qué se trata? — pregunté.

— Te lo diré en el camino. Nos vamos al cementerio.

Cuando se reunió conmigo, Urcombe acarreaba un pico, una pala y un destornillador, y se había enrollado alrededor de los hombros un gran ovillo de cuerda. Mientras caminábamos me explicó a grandes rasgos la atroz tarea que nos esperaba.

— Lo que voy a contarte — dijo —, te parecerá excesivamente fantástico como para ser creíble, pero antes de que amanezca vamos a ver cosas que superan la realidad. Por una afortunadísima coincidencia, has visto al espectro, el cuerpo astral, o llámalo como quieras, de la señora Amworth mientras se dirigía a realizar su siniestra tarea; por lo tanto, y sin lugar a dudas, hemos de deducir que el vampiro que habitaba en su interior mientras estuvo viva ha sido capaz de animarla estando muerta. No es que sea algo excepcional, lo llevo esperando desde hace semanas. Si tengo razón, encontraremos su cuerpo intacto y sin el más mínimo signo de corrupción.

— Pero si lleva muerta casi dos meses — dije yo.

— Aunque llevara muerta dos años, seguiría igual si el vampiro sigue poseyéndola. De modo que recuerda: nada de lo que veas esta noche va a serle hecho a la verdadera señora Amworth, que de haber seguido el curso natural de las cosas ahora estaría alimentando a la hierba que crece sobre su cuerpo, sino a un espíritu de inenarrable maldad.

— ¿Pero qué es lo que vamos a hacerle?

— Te lo diré. Sabemos que en estos momentos el vampiro, revestido con su apariencia mortal, ha salido a cenar. Pero debe regresar antes del amanecer, y entonces se introducirá en la forma material que yace en su tumba. Debemos esperar a que así suceda, y entonces, con tu ayuda, desenterraré el cuerpo. Si he acertado, la podrás contemplar tal y como fue en vida, con todo el vigor que su espantosa dieta le habrá proporcionado latiendo en sus venas. Y entonces, cuando llegue el amanecer y el vampiro no pueda abandonar la guarida de su cuerpo, le atravesaré el corazón con esto — y señaló el pico —, y tanto ella, que sólo regresa a la vida gracias a la animación que el demonio le otorga, como su infernal compañero morirán de verdad. Después deberemos enterrarla otra vez, ya completamente liberada.

Habíamos llegado al cementerio, y gracias a la claridad de la luna no hubo dificultad en identificar la tumba. Yacía a unos veinte metros de la pequeña capilla en cuyo porche, oscurecido por las sombras, ambos nos santiguamos. Desde allí teníamos una vista clara y despejada de la tumba, y ahora debíamos esperar a que su infernal habitante regresara. La noche era cálida y apenas corría viento, pero creo que incluso aunque se hubiera desatado un helado vendaval no lo habría notado, tan intensa era mi preocupación por lo que la noche y el amanecer depararían. Había una campana en la torrecilla de la capilla que marcaba los cuartos de hora, y me sorprendió descubrir lo rápido que se sucedían los repiques.

Hacía rato que la luna se había puesto, aunque un crepúsculo de estrellas brillaba en el cielo despejado, cuando desde la torre sonaron las cinco de la mañana. Pasaron un par

de minutos más, y entonces sentí la mano de Urcombe golpeándome suavemente. Al mirar en la dirección que señalaba su índice, pude ver la silueta de una mujer, alta y robusta, que se acercaba desde la derecha. Sin hacer ruido, con un movimiento que se asemejaba más al planear o al flotar que al andar, se desplazó a través del cementerio hacia la tumba que suponía el objeto de nuestra vigilancia. La rodeó un par de veces, como para asegurarse de que aquella era su lápida, y por un instante permaneció directamente frente a nosotros. En la penumbra a la que mis ojos ya se habían acostumbrado, pude ver su cara fácilmente, y reconocer sus rasgos.

La señora Amworth se pasó una mano sobre los labios, como si se los limpiase, y rompió a reír de una manera que me erizó todos los pelos de la cabeza. Entonces saltó sobre la tumba, manteniendo las manos elevadas sobre su cabeza, y centímetro a centímetro se hundió en la tierra. La mano de Urcombe había permanecido todo el tiempo agarrándome del brazo, como para indicarme que no me moviera, pero en ese momento la retiró.

—Vamos —dijo.

Armados con el pico, la pala y la cuerda nos aproximamos a la tumba. La tierra era ligera y arenosa, y poco después de que sonaran las seis ya habíamos conseguido llegar hasta el ataúd. Con el pico, Urcombe ablandó la tierra que lo rodeaba; después anudó la cuerda alrededor de los agarraderos mediante los cuales se hacía descender el ataúd, e intentamos sacarlo del agujero. Fue una tarea laboriosa, y la luz que anunciaba el día empezaba a asomar por el este antes de que hubiéramos logrado depositarlo junto a la tumba. Con la ayuda del destornillador, Urcombe retiró la tapa del ataúd y pudimos ver el rostro de la señora Amworth. Los ojos, que habían sido cerrados tras su muerte, se encontraban abiertos, las mejillas presentaban un saludable rubor, y los labios rojos e hinchados parecían sonreír.

—Un golpe y todo habrá acabado —dijo—. No hace falta que mires. Al mismo tiempo que hablaba volvió a tomar el pico y, colocando la punta sobre el pecho izquierdo, midió la distancia. Y aunque sabía lo que iba a pasar a continuación no pude retirar la mirada...

Agarró el pico con ambas manos, lo elevó para tomar impulso y después, con todas sus fuerzas, lo hundió en el pecho de ella. Pese al tiempo que llevaba muerta, un manantial de sangre se elevó a una altura bastante considerable antes de caer con un fuerte chapoteo sobre la mortaja. Simultáneamente, surgió de aquellos labios enrojecidos un horroroso chillido que se elevó como una estruendosa sirena antes de volver a morir. En aquel momento, tan instantáneos como un relámpago, aparecieron en su cara los rasgos de la putrefacción: el rostro adquirió un color ceniciento, las infladas mejillas se deshincharon, la mandíbula se descolgó.

—Gracias a Dios que ya ha acabado todo —dijo Urcombe, y sin un momento de pausa volvió a poner la tapa del ataúd.

El día estaba cada vez más cercano, por lo que trabajamos como posesos para bajar el ataúd y lo volvimos a recubrir de tierra.

Los pájaros se afanaban con sus primeros gorjeos del día mientras regresábamos hacia Maxley.

La Reconciliación

La casa de los Garth se esconde en una pequeña depresión de las colinas que, al norte, al este y al oeste, cierran el aislado valle como si de la palma de una mano curvada se tratase. Hacia el sur, dicho valle se ensancha a la vez que las colinas se funden para dejar paso a una amplia franja de llano arrebatado al mar, entrecruzado por diques de drenaje y utilizado como tierra de pastoreo por unas cuantas granjas diseminadas por los alrededores. Los espesos hayedos y robledales que trepan por las colinas hasta sus mismas cimas contribuyen a cobijar aún más la casa, la cual dormita en un clima suave y soleado mientras las desapacibles cumbres que se erigen sobre ella son barridas por los vientos del este que soplan en primavera, o por las ráfagas norteañas que trae el invierno; y sentado en el jardín, disfrutando del suave sol de un despejado día de diciembre, uno puede oír cómo ruge el vendaval sobre las copas de los árboles de las laderas más elevadas, y ver las nubes cruzando a toda velocidad sobre la cabeza sin llegar a sentir el aliento del viento que las impele hacia el mar. Los claros de aquellos bosques aparecen repletos de anémonas y de macizos de primaveras, ya florecidas antes de que el más mínimo brote haya aparecido en las tierras altas, y sus jardines aún brillan con las rojas flores del otoño mucho después de que todas las que rodean el pequeño pueblo que se acurruca en la cima de una de las colinas se hayan ennegrecido por las heladas. Sólo cuando el viento sopla desde el sur se rompe su calma, dejando paso al sonido de las olas y al sabor de la sal marina.

La casa en sí data de principios del siglo XVII, y ha escapado milagrosamente a las destructivas manos de los restauradores. Sus tres pisos fueron contruidos con los grandes bloques de piedra gris típicos de la región; para cubrir el tejado se emplearon losas del mismo material, entre las cuales han encontrado anclaje numerosas semillas arrastradas por el viento; y las vidrieras que tapan las anchas ventanas no son de una sola pieza, sino de varias. Ni un solo crujido surge de sus suelos de roble; las escaleras son tan anchas como sólidas; su artesanado es tan firme como los muros a los que está unido.

Un débil olor a humo de leña, nacido de los siglos de hogueras realizadas en sus chimeneas, lo invade todo; eso, y un extraordinario silencio. Un hombre que permaneciera despierto toda la noche en una de las habitaciones no oiría ni un susurro procedente de madera quejumbrosa, ni un vidrio tembloroso; ningún sonido del exterior llegaría hasta sus atentos oídos excepto el ulular del búho leonado o, de encontrarnos en junio, la música del ruiseñor. En la parte trasera una franja de jardín había conseguido ser nivelada pese a la oposición de la colina; en la delantera, la inclinación también había sido modificada hasta formar un par de bancales. Bajo ellos, una fuente alumbra un pequeño arroyo que, bordeado de tierras pantanosas sembradas de juncos, se une a otra pequeña corriente, la cual, mucho más sofocada por la vegetación, vaga erráticamente por el jardín de la cocina, para corromperse juntas atravesando las cada vez más extensas marismas hasta llegar al Canal de la Mancha. Siguiendo el margen más alejado de este riachuelo se extiende un sendero que conduce desde el pueblo de Garth, allá arriba en la colina, hasta la carretera

principal que atraviesa el llano. Un poco más abajo de la casa hay un pequeño puente de piedra con su propia puerta que atraviesa el riachuelo y permite el acceso a dicho sendero.

Vi por primera vez esta casa, de la que durante tantos años he sido un constante invitado, cuando todavía ni me había graduado en Cambridge. Hugh Verral, el hijo único de su viudo propietario, era amigo mío, y cierto agosto me propuso que pasáramos juntos un mes allí. Su padre, me explicó, iba a pasar las siguientes seis semanas en un balneario en el extranjero. El mío, según tenía entendido, no podía abandonar Londres por motivos de trabajo, y aquella parecía una manera bastante más agradable de pasar el mes que siendo el único y melancólico habitante de la casa o cociéndose en la ciudad. De modo que si la oferta me parecía agradable, no tenía más que conseguir el permiso de mis padres; él, por su parte, ya había conseguido el del suyo. De hecho, Hugh había sido el motivo de que el señor Verral escribiera la siguiente carta, en la cual reflejaba con gran lucidez sus opiniones sobre el modo que tenía su hijo de pasar el tiempo.

No te quiero todo agosto rondando por Marienbad (decía), ya que no harías más que diabluras y te gastarías todo lo que te queda de paga para el resto del año. Además, tienes trabajo pendiente; tu tutor me ha informado de que no has dado un palo al agua durante la última evaluación, de modo que más te valdría empezara recuperar el tiempo perdido. Vete a Garth, llévate contigo a algún otro granuja tan perezoso y simpático como tú, y podrás dedicarte a tus estudios. ¡Después de todo allí sí que no encontrarás otra cosa que hacer! Además, nadie quiere hacer absolutamente nada en Garth.

—Está bien, el granuja perezoso también irá —dije yo. Ya sabía que mi padre tampoco me quería en Londres.

—Te advierto que el granuja perezoso también ha de ser simpático ¿eh? —dijo Hugh —. Bueno, el caso es que vendrás... ¡magnífico! Ya verás qué es lo que quiere decir mi padre con eso de que nadie quiere hacer nada. Así es Garth.

A finales de la siguiente semana ya estábamos instalados allí, y nunca, en ninguna de las primeras impresiones que he recibido viendo algunas de las maravillas del mundo, he sentido un hechizo tan mágico y potente como el que me arrebató el aliento aquella tarde de agosto en la que vi Garth por primera vez. Durante el último kilómetro la carretera había serpenteado entre los bosques que cubrían la ladera; entonces mi taxi emergió como de un túnel, y allí, bajo el crepúsculo, con las últimas llamaradas de la puesta de sol brillando sobre ella, se erguía la enorme fachada gris, con sus verdes prados alrededor y su aire de antiquísima tranquilidad. Parecía la encarnación de la misma alma y el mismo espíritu de Inglaterra: allá al sur estaba el mar, y alrededor proliferaban aquellos bosques inmemoriales. Como sus robles, como el terciopelo de sus prados, la casa había crecido del mismísimo suelo, y la riqueza de éste aún la nutría. Venecia no había nacido más auténticamente del mar, ni Egipto del misterioso Nilo, de lo que Garth había nacido de los bosques de Inglaterra.

Tuvimos tiempo para dar un paseo por los alrededores antes de que se sirviera la cena, y Hugh me contó casualmente su historia. Sus antepasados la habían poseído desde los tiempos de la reina Ana.

—Pero aún se nos considera intrusos —dijo—, y no demasiado fiables, por cierto. Anteriormente, mi familia había arrendado la granja que hay en lo alto de la colina, por la que debes de haber pasado para llegar hasta aquí, y los propietarios de la casa eran los Garth. Fue un Garth, de hecho, quien la construyó durante el reinado de Isabel.

—Ah, entonces tendréis un fantasma —dije yo—. Eso la haría perfecta. No me digas que no ha habido ningún Garth que haya encantado la casa.

—Puedes pedir lo que quieras —dijo él—, pero eso me temo que no te lo podré conseguir. Llegas demasiado tarde: hace cien años sí que se suponía que la casa estaba encantada por un Garth.

—¿Y qué sucedió? —pregunté.

—Bueno, no sé nada acerca de fantasmas, pero parece ser que el encantamiento se desvaneció por sí mismo. Debe de ser aburrido para un espíritu, ya sabes, eso de estar encadenado a un solo lugar, paseando por el jardín todas las tardes y recorriendo los pasillos y las habitaciones durante las noches sin que nadie te haga caso. A mis antepasados no les molestaba en lo más mínimo, según parece, que hubiera o no un fantasma en la casa. En consecuencia, se evaporó.

—¿Y de quién se suponía que era el fantasma? —pregunté.

—El fantasma del último Garth, que vivió aquí en tiempos de la reina Ana. Lo que sucedió fue lo siguiente. Uno de los miembros más jóvenes de mi familia, Hugh Verrall, igual que yo, se trasladó a Londres en busca de fortuna. Hizo muchísimo dinero en poco tiempo, se retiró estando aún en la mediana edad y se le metió en la cabeza que le gustaría ser un caballero de esos que viven en el campo y que poseen una buena hacienda. Siempre le gustó esta región, de modo que se trasladó a vivir a una casa del pueblo de ahí arriba mientras buscaba algo mejor, aunque sin duda tenía también otros propósitos. Y es que la casa de los Garth pertenecía en aquellos momentos a un tipo desenfrenado llamado Francis Garth, un borracho y un gran jugador. Hugh Verrall acostumbraba a bajar hasta aquí noche tras noche para desplumarle. Francis tenía una hija, que por supuesto era la heredera del lugar, y en un primer momento Hugh empezó a cortejarla con el propósito de casarse, pero viendo que no le iba a servir de nada decidió apoderarse de la casa de otro modo. Finalmente, a la manera tradicional, Francis Garth, que para entonces ya le debía a mi ancestro algo así como treinta mil libras, apostó las propiedades de los Garth contra su deuda. Y perdió. Se armó un gran revuelo, la gente hablaba de dados cargados y de cartas marcadas, pero nada se pudo probar, por lo que Hugh desahució a Francis y tomó posesión de la casa. Francis vivió aún algunos años en una granja del pueblo, y cada tarde recorría el sendero hasta aquí para situarse frente a la casa y maldecir a sus habitantes. Con su muerte se inició el encantamiento, pero después, simplemente, desapareció.

—Quizá esté recuperando fuerzas —sugerí—. Quizá pretenda regresar con más intensidad. Deberías tener un fantasma aquí, y tú lo sabes.

—Pues me temo que no hay ni rastro —dijo Hugh—. Aunque me pregunto si tú considerarás que sí queda alguno. Pero es un rastro tan tonto que casi me avergüenza mostrártelo.

—Venga, a qué esperas—dije yo.

Señaló hacia el gablete que había sobre la puerta principal. Bajo él, en un ángulo

formado por el tejado, había una gran piedra cuadrada de instalación claramente posterior al resto de la pared. En contraste con la de ésta, la superficie de la piedra estaba desmenuzada, y aunque evidentemente había sido tallada y aún se podía ver la forma de un escudo heráldico, no quedaba ni rastro de las armas que en él hubiera podido haber.

—Es una estupidez —dijo Hugh—, pero también es un hecho que mi padre recuerda la instalación de esa piedra. Fue cosa de su padre, y en ella lucían nuestras armas: ya puedes ver el estado en el que se encuentra el escudo. Y aunque es una piedra de la zona, de la misma clase que las demás de la casa, apenas había quedado colocada cuando la superficie empezó a deteriorarse. En diez años nuestras armas habían desaparecido completamente. Es curioso que una de las piedras de la casa muestre un deterioro tan rápido cuando las demás parecen desafiar al tiempo.

Me reí.

—Eso ha sido cosa de Francis Garth, sin lugar a dudas —dije—. Aún queda vida en el viejo perro.

—A veces así lo creo —dijo él—. Que quede claro que nunca he visto ni oído nada que pudiera hacer pensar lo más mínimo en fantasmas, pero sí he sentido constantemente la presencia de alguien que espera y vigila. Nunca se manifiesta, pero está ahí.

Mientras hablaba obtuve una ligera impresión psíquica de lo que me estaba diciendo. Allí había algo, algo siniestro y malvado. Pero la impresión sólo fue momentánea; apenas la había percibido cuando empezó a desvanecerse de nuevo, y la increíble y acogedora belleza de la casa se restableció arrollando cualquier otro sentimiento. Si alguna vez existió un lugar habitado por una paz inmemorial, era aquél.

Nos acostumbramos de inmediato a una rutina deliciosa. Siendo como éramos grandes amigos, nos encontrábamos completamente a gusto uno en la compañía del otro; charlábamos si nos veíamos inclinados a hacerlo, y si reinaba el silencio no había en él nada de forzado, pudiendo éste continuar perfectamente hasta que uno de los dos tuviera algo que decir. Por la mañana, durante unas tres horas más o menos, nos aplicábamos al estudio de nuestros libros, pero para la hora del almuerzo ya estaban cerrados y no volvían a abrirse durante el resto del día. Entonces atravesábamos las marismas para darnos un chapuzón en el mar, o paseábamos por el bosque, o jugábamos a la petanca en una franja de césped que había detrás de la casa. El tiempo, completamente abrasador, fomentaba la pereza, y en el interior de aquella depresión formada por las colinas en la que se encontraba la casa resultaba casi imposible recordar lo que era sentirse dinámico. Pero, tal y como había indicado el padre de Hugh, aquel era el estado físico y mental apropiado para residir en Garth. Uno debe sentirse adormilado, hambriento y bien, pero sin deseos ni energías; la vida avanzaba como en un estanque repleto de flores de loto: suave y tranquilamente, sin preocupaciones. Ser perezoso sin sentir escrúpulos ni remordimientos, sino más bien una ronroneante satisfacción, era actuar de acuerdo con el espíritu de Garth. Pero a medida que los días fueron pasando, supe que bajo aquella satisfacción yacía otra cosa, algo que desde nuestro interior se mostraba cada vez más alerta y vigilante, algo que reaccionaba ante aquello que a su vez nos estaba vigilando a nosotros.

Llevábamos allí una semana cuando una tarde de calor inmóvil y sofocante nos

dirigimos hacia el mar para disfrutar de un chapuzón antes cenar. Era evidente que se aproximaba una tormenta, pero parecía que tendríamos tiempo de darnos un baño y regresar antes de que estallara. Sin embargo, llegó antes de lo que esperábamos, y aún nos encontrábamos a un kilómetro de la casa cuando empezó a llover intensamente y sin que corriera ni pizca de viento. Las nubes, que se habían extendido por el cielo, habían provocado una oscuridad tal que parecía que ya hubiera anochecido, y para cuando alcanzamos el pequeño camino público que había al otro lado del riachuelo ya estábamos completamente empapados. Justo cuando llegamos hasta el puente vi sobre él la silueta de un hombre, y me extrañé de que estuviera allí, esperando bajo aquel diluvio sin buscar cobijo. Miraba en dirección a la casa, sin moverse apenas. Cuando pasé junto a él pude ver perfectamente su cara, e instantáneamente supe que había visto a alguien muy parecido a él con anterioridad, aunque no podía acordarme exactamente de dónde. Era de mediana edad, iba perfectamente afeitado, y de su perfil magro y moreno emanaba un curioso aire siniestro.

En todo caso, no era asunto mío si un extraño elegía permanecer bajo la lluvia contemplando la casa de los Garth, por lo que di otra docena de pasos antes de comentarle a Hugh en voz baja:

—Me pregunto qué estará haciendo ese hombre.

—¿Hombre? ¿Qué hombre? —dijo Hugh.

—Ese hombre junto al que acabamos de pasar en el puente —dije yo.

Hugh se giró para mirar.

—Ahí no hay nadie —dijo.

Parecía imposible que aquel extraño que sin lugar a dudas había estado allí hacía apenas un par de segundos hubiera desaparecido en la oscuridad, por muy espesa que fuera, y por primera vez se me ocurrió que aquella criatura a cuya cara había mirado podía no ser de carne y hueso. Pero apenas había acabado Hugh de hablar cuando señaló hacia el sendero por el que acabábamos de llegar.

—Sí, es verdad, ahí hay alguien —dijo—. Qué raro que no le haya visto antes. Pero si le apetece quedarse bajo la lluvia supongo que está en su derecho.

Seguimos rápidamente nuestro camino hasta llegar a la casa. Después, mientras me cambiaba, me estrujé el cerebro para intentar recordar dónde y cuándo había visto aquella cara con anterioridad. Sabía que había sido a una hora bastante tardía, y también sabía que me había llamado la atención. Y entonces, súbitamente, llegó la respuesta. Nunca había visto a aquel hombre antes, pero sí que había visto un retrato suyo, y aquel retrato colgaba en la larga galería que recorría la parte frontal de la casa, a la que Hugh me había conducido el día que había llegado allí y por la que no había vuelto a pasar. Las paredes estaban repletas de cuadros de Verralls y de Garths, y el retrato en cuestión era el de Francis Garth. Antes de regresar a la planta baja fui a verificarlo y comprobé que no había duda posible: el hombre junto al que había pasado en el puente era la viva imagen de aquel otro que, en los tiempos de la Reina Ana, había perdido la casa en favor del pariente tocayo de Hugh.

No le conté nada de aquello a Hugh, ya que no quería sugestionarle. Él, por su parte, no volvió a hacer alusión al encuentro; era evidente que no le había causado la más

mínima impresión, de modo que pasamos la tarde de una manera completamente rutinaria. A la mañana siguiente volvíamos a estar sentados con nuestros libros en la salita que da a la parte del jardín en la que jugábamos a la petanca. Cuando llevábamos una hora estudiando, Hugh se levantó para estirar las piernas durante un par de minutos y se aproximó a la ventana. Yo no seguí sus movimientos con particular atención, pero sí me di cuenta de que de repente habla dejado de silbar a mitad de un paseo. Entonces habló con un tono de voz bastante extraño.

—Ven un momento —dijo.

Cuando me uní a él señaló a través de la ventana.

—¿Es ése el hombre al que viste anoche en el puente? —preguntó. Y allí estaba él, al final de la pista de petanca, mirándonos directamente.

—Sí, es él —dije.

—Iré a preguntarle qué está haciendo ahí —dijo Hugh—. ¡Acompáñame!

Salimos juntos de la habitación y descendimos el corto pasillo que llevaba hasta la puerta del jardín. La silenciosa luz del sol dormitaba sobre la hierba, pero allí no había nadie.

—Qué extraño —dijo Hugh—. Extrañísimo. Vamos un momento a la galería de retratos.

—No hace falta —dije yo.

—Entonces también tú te has dado cuenta del parecido —dijo—. Dime... ¿Se trata sólo de un parecido... o es realmente Francis Garth? Sea quien sea, debe de ser el que nos ha estado vigilando.

La aparición, de la que a partir de entonces hablamos como si se tratara de Francis Garth, había sido vista ya en dos ocasiones. En el transcurso de la siguiente semana pareció acercarse cada vez más a la casa que en otros tiempos había encantado, ya que Hugh le vio justo a la entrada del porche que había en la entrada principal. Y dos días más tarde, al atardecer, estando yo contemplando la pista de petanca mientras esperaba a que Hugh regresara a cenar, le vi en la ventana, observando malévolamente el interior de la habitación. Finalmente, un par de días antes de que mi visita llegara a su fin, mientras regresábamos de una tarde de pasear sin rumbo por el bosque, le vimos los dos a la vez, frente a la gran chimenea del recibidor. En aquella ocasión la aparición no fue momentánea, ya que pese a nuestra irrupción permaneció allí, sin apercibirse de nuestra presencia durante quizá diez segundos, y después se dirigió hacia la puerta más alejada de la entrada. Allí se detuvo y se giró, mirando directamente a Hugh. Entonces le habló y, sin esperar respuesta, atravesó la puerta. Había penetrado en la casa, y a partir de aquel momento sólo volvió a ser visto en su interior. Francis Garth había vuelto a tomar posesión del lugar.

No es que quiera aparentar que la visión de este aparecido no tuvo efecto sobre mis nervios. Lo tuvo y muy desagradable; miedo es quizá una palabra demasiado superficial para describir lo que sentí. Se trataba más bien de un horror oscuro y silencioso que me invadía; para ser precisos, no en el momento exacto en el que veía al espíritu, sino algunos segundos antes, de modo que podía saber gracias a aquella sensación de terror extremo cuándo su aparición estaba a punto de manifestarse. Pero mezclado con todo aquello

había una intensa curiosidad y un interés por la naturaleza de aquel extraño visitante, el cual, aunque muerto desde hacía tiempo, aún conservaba el aspecto de los vivos y cubría con vestimentas un cuerpo que llevaba años reducido a polvo. Hugh, en todo caso, no sintió nada parecido; la segunda ocupación de la casa a cargo del espectro le alarmó tanto como a aquellos que habían vivido en ella durante su primera aparición.

—Y además resulta tan interesante... —dijo, mientras me despedía cuando mi visita llegó a su término—. Parece que tiene asuntos por resolver en este lugar, pero ¿de qué asuntos se tratará? Ya te informaré si hay alguna novedad.

A partir de entonces el fantasma fue visto de manera constante. Asustó a algunos e interesó a otros, pero nunca hizo mal alguno a nadie. A menudo durante los siguientes cinco años pasé temporadas allí, y no creo que hubiera ninguna visita en la que por lo menos no le viera en una o dos ocasiones. Y siempre su aparición me fue anunciada mediante aquel sentimiento de terror que, tras haber comentado el tema, supe que ni Hugh ni su padre compartían. Entonces, de manera completamente repentina, el padre de Hugh falleció. Tras el funeral, Hugh vino a Londres para entrevistarse con diversos abogados y para arreglar todos los detalles concernientes al testamento. Me contó que de ninguna manera le iban a su padre tan bien las cosas como aparentaba, y que no sabía si iba a poderse permitir seguir residiendo en un lugar como la casa de los Garth. Pretendía, en todo caso, clausurar un ala de la mansión y reducir el servicio para intentar seguir viviendo allí.

—No quiero abandonarla —dijo—. De hecho, odiaría tener que hacerlo. Por otra parte, tampoco creo que tuviera muchas posibilidades de alquilarla. El rumor de que está encantada a estas alturas está completamente extendido, y no creo que fuera demasiado fácil conseguir un inquilino interesado en ella. Espero, en todo caso, que no sea necesario.

Pero seis meses más tarde se dio cuenta de que, pese a todos los recortes, ya no era posible seguir viviendo allí, de modo que en junio me desplazé para brindarle una última visita, tras la cual, de no haber conseguido un inquilino, le casa quedaría clausurada.

—No puedo expresarte cómo me disgusta tener que marcharme —dijo—, pero no queda otro remedio. ¿Y hasta qué punto crees que resulta ético alquilar una casa encantada? ¿Debería decírselo a los posibles inquilinos? Puse un anuncio la semana pasada en *Vida Campestre* y ya ha contestado un interesado. De hecho llegará mañana por la mañana con su hija, para echar un vistazo. Se llama Francis Jameson.

—Espero que se lleve bien con el otro Francis —dijo—. ¿Le has visto últimamente? Hugh dio un bote.

—Sí, bastante a menudo —dijo—. Pero hay una cosa que quiero enseñarte. Sal un momento.

Me llevó hasta la parte frontal de la casa y señaló el gablete bajo el cual reposaba el escudo que había contenido sus obliteradas armas.

—No te daré pistas —dijo—. Sencillamente mira y dime qué te sugiere.

—Ahí hay algo que está apareciendo —dijo—. Puedo ver dos bandas que se entrecruzan sobre el escudo y un artefacto entre medias.

—¿Y estás seguro de que no lo has visto anteriormente? —preguntó.

—La verdad es que pensaba que la superficie estaba completamente desgastada —

dije—. Evidentemente no era así. ¿O es que la estás restaurando?

Se rió.

—Ciertamente no —dijo—. De hecho, lo que ves ahí no es en absoluto parte de mis armas, sino de las de Garth.

—Tonterías. Se trata de dos grietas y del producto de las inclemencias del tiempo, que por casualidad se asemejan, pero se trata de algo completamente accidental.

Volvió a reír.

—No te lo crees ni tú —dijo—. Ni yo, por cierto. Es obra de Francis. Se está manteniendo ocupado.

A la mañana siguiente me acerqué al pueblo para despachar unos asuntos sin importancia, y mientras regresaba por el sendero que hay frente a la casa vi un coche que llegaba hasta la puerta, por lo que deduje que el señor Jameson acababa de llegar. Entré en el recibidor y un momento después me detuve con los ojos y la boca completamente abiertos. Y es que en el interior había tres personas charlando: una era Hugh, la otra una joven encantadora, obviamente la señorita Jameson, y el tercero, o al menos eso me decían mis ojos, era Francis Garth. Con la misma seguridad con la que había identificado al espectro con su retrato que colgaba en la galería, identifiqué a aquel hombre como la viva y humana encarnación del espectro en sí mismo. No es que se pudiera decir que había un parecido: es que eran idénticos.

Hugh me presentó a sus dos visitantes y pude ver en su mirada que había experimentado la misma sensación que yo. La entrevista y el intercambio de informes acababa evidentemente de empezar, ya que tras esta pequeña ceremonia el señor Jameson se volvió hacia Hugh para decirle:

—Pero antes de que veamos la casa o el jardín, he de hacerle la pregunta más importante de todas, de tal modo que si su respuesta fuese insatisfactoria no le haría perder más tiempo con una inútil visita.

Pensé que se avecinaba una pregunta sobre el fantasma, pero me equivoqué por completo. Aquella consideración tan decisiva era acerca del clima, y el señor Jameson empezó a explicarle a Hugh, con toda la insistencia del enfermo, sus necesidades. Lo que estaba buscando era una atmósfera cálida y sosegada, con total ausencia de vientos del este y del norte; un refugio soleado.

Las respuestas a sus preguntas fueron lo suficientemente satisfactorias como para permitir una inspección de la casa, y de inmediato los cuatro iniciamos el recorrido.

—Adelántate, querida Peggy, con el señor Verrall —le dijo el señor Jameson a su hija—, y deja que os siga a un ritmo más sosegado en compañía de este caballero, si es que él se ofrece gentilmente a escoltarme. De ese modo podremos contrastar diferentes impresiones.

Se me ocurrió que querría hacer nuevas preguntas sobre la casa, y que preferiría recibir la información de alguien que no fuese el dueño pero que conociera la casa sin estar ligado al negocio que suponía alquilarla. Y de nuevo esperé oír preguntas sobre el fantasma. Pero lo que llegó me sorprendió muchísimo más.

Esperó, evidentemente a propósito, hasta que la otra pareja se encontrase a cierta distancia, y entonces se volvió hacia mí.

—Verá, me ha ocurrido algo extraordinario —dijo—. Nunca había visto esta casa antes, y sin embargo la conozco íntimamente. Tan pronto como llegamos a la puerta de entrada supe cómo iba a ser esta habitación, y puedo decirle qué es lo que vamos a encontrar cuando sigamos a los otros. Al final de ese pasillo por el que acaban de internarse hay dos habitaciones; una de ellas da a una pista de petanca que hay detrás de la casa, y la otra a un sendero que pasa junto a la ventana y desde el cual se puede observar el interior de la habitación. Desde allí, una ancha escalera asciende en dos pequeños tramos hasta el primer piso, donde en su parte trasera encontraremos varios dormitorios y en la delantera una habitación alargada con muchas ventanas y muchos cuadros. Más allá hay otros dos dormitorios y un cuarto de baño entre ellos. Una pequeña escalera, bastante oscura, asciende desde allí hasta el segundo piso. ¿Es correcto?

—Completamente —respondí.

—No piense que he soñado todo esto —dijo—. Son cosas que estaban en mi subconsciente, no como un sueño, sino como recuerdos reales, como algo que he sabido durante toda mi vida. Y todo va acompañado en mi mente de un sentimiento de hostilidad. También puedo decirle que hace unos doscientos años uno de mis antepasados directos desposó a la hija de Francis Garth y adoptó sus armas. A este lugar se le llama la casa de los Garth. ¿Es que vivió dicha familia aquí en alguna ocasión, o tal vez la casa ha adoptado el nombre del pueblo?

—Francis Garth fue el último de los Garth que vivió aquí —dije—. Apostó la casa y la perdió ante un antepasado directo del actual propietario. Su nombre también era Hugh Verrall.

Por un instante me dirigió una mirada confusa que otorgó a su semblante una expresión aguda y malévola.

—¿Qué significa todo esto? —dijo—. ¿Estamos soñando o estamos despiertos? Hay otra cosa que quisiera preguntarle. He oído... podrían ser meros cotilleos... pero he oído que la casa estaba encantada. ¿Puede contarme algo al respecto? ¿Ha visto alguna vez algo que así lo sugiriera? Digamos, un fantasma, aunque yo particularmente no creo en la existencia de algo semejante. ¿Ha visto alguna vez una aparición inexplicable?

—Sí, bastante a menudo —respondí.

—¿Y podría preguntarle de qué se trataba?

—Por supuesto. Era la aparición del hombre del cual estábamos hablando. Al menos la primera vez que le vi pude reconocerle como el fantasma, si me permite emplear la expresión, de Francis Garth, cuyo retrato cuelga en la galería que tan correctamente ha descrito.

Dudé un momento, preguntándome si no debería decirle que no sólo había reconocido la aparición a partir del retrato, sino que además le había reconocido a él a partir de la aparición. Él percibió mis dudas.

—Hay algo más —dijo.

Por fin me decidí.

—Sí, hay algo más —afirmé—, pero creo que sería mejor si viera usted el retrato con sus propios ojos. Probablemente podrá revelarle de una manera más directa y convincente de qué se trata.

Subimos las escaleras que había descrito sin pasar antes por las otras habitaciones de la planta baja, desde las que nos llegaban las voces de Hugh y de su acompañante. No tuve que señalarle al señor Jameson el retrato de Francis Garth, ya que se dirigió directamente a él para contemplarlo en silencio durante largo rato. Después se volvió hacia mí.

—De modo que debería ser yo el que le hablara a usted del fantasma dijo—, en vez de ser usted el que me hable a mí de él.

En aquel preciso momento se nos unieron los otros, y la señorita Jameson se abalanzó sobre su padre.

—Oh, papá, es la casa más maravillosa que he visto en mi vida —dijo—. Si tú no la alquilas lo haré yo.

—Échale un vistazo a mi retrato, Peggy —dijo él.

Después de esto cambiamos de parejas, y la señorita Peggy y yo paseamos por los alrededores de la casa mientras los otros permanecían en el interior. Ella se detuvo frente a la puerta principal para mirar el gablete.

—Esas armas —dijo— son difíciles de distinguir, y supongo que deben de ser las del señor Verral, pero son sorprendentemente parecidas a las que adornan el escudo de mi padre.

Tras el almuerzo, Hugh y su posible inquilino mantuvieron una charla privada, concluida la cual los visitantes se marcharon.

—Está prácticamente acordado —dijo cuando regresó al recibidor tras haberlos despedido—. El señor Jameson quiere alquilar la casa durante un año con opción a renovación. ¿Qué te ha parecido todo esto?

Examinamos la situación a lo largo y a lo ancho, de arriba abajo y de abajo arriba, y una teoría tras otra todas fueron descartadas, ya que aunque algunas piezas parecían encajar, las demás no se ajustaban a ellas. Finalmente, tras horas de charla, acabamos por encontrar, pese a lo poco creíble del asunto, una explicación razonable, la cual, aunque podría no satisfacer al lector, parece abarcar todos los hechos y presentar lo que quizá podría definir como una uniforme pátina de inexplicabilidad.

Por lo tanto, para empezar por el principio, y resumiendo los hechos: Francis Garth, desposeído de manera presumiblemente fraudulenta de su finca, maldijo a los nuevos propietarios para recorrer aparentemente los pasillos de la casa después de muerto. Después sobrevino un largo intervalo en el que nada se supo del fantasmal huésped, pero el encantamiento se reanudó la primera vez que yo estuve en la casa acompañando a Hugh. Finalmente, aquel mismo día, había llegado a la casa un descendiente directo de Francis Garth, que además de ser la viva imagen de la aparición que tan a menudo habíamos visto era también idéntico al retrato del mismísimo Francis Garth. Ya antes de que el señor Jameson entrara en la casa estaba familiarizado con ella y sabía lo que contenía: sus escaleras, sus dormitorios, sus pasillos... y recordaba haber estado allí, a menudo con hostilidad en su alma; la misma hostilidad que habíamos visto reflejada en el rostro de la aparición. ¿Por qué no íbamos a ver (y aquí llega la teoría que tan lentamente se había impuesto) en Francis Jameson una reencarnación de Francis Garth, purgada, por decirlo de alguna manera, de su antigua hostilidad, y de regreso en la casa en la que había

vivido hacía doscientos años para volver a encontrar un hogar? Ciertamente, desde aquel día ninguna aparición, hostil o malévol, ha vuelto a mirar a través de sus ventanas o a caminar sobre su pista de petanca.

Finalmente tampoco puedo dejar de ver una correspondencia entre lo que ocurrió entonces y lo ocurrido en los tiempos de la reina Ana, cuando Hugh Verrall tomó posesión de la hacienda; muchos podrían ver este suceso como la otra cara de la moneda, ya que el último Hugh Verrall, negándose a abandonar el lugar por causas que ahora serán puestas de manifiesto, se estableció, al igual que lo había hecho su ancestro, en una casa del pueblo, desde la que acudió a menudo a visitar la casa en la que había nacido, la cual volvía a pertenecer a la familia que la poseía cuando sus antepasados llegaron allí. También veo una correspondencia, que a buen seguro Hugh sería el último en pasar por alto, en el hecho de que Francis Jameson, al igual que Francis Garth, también tenía una hija. En este punto, sin embargo, me complace decir que esa estricta correspondencia se ha roto abruptamente, ya que mientras al primer Hugh Verrall le falló la suerte cuando decidió cortejar a la hija de Francis Garth, el segundo Hugh Verrall ha gozado de mucha más fortuna en su propósito. De hecho, acabo de regresar de su boda.

Bagnell Terrace

Llevaba diez años viviendo en Bagnell Terrace³ y, como todos aquellos que han sido lo suficientemente afortunados para asegurarse un lugar en esta calle, estaba convencido de que en cuanto a comodidad, conveniencia y tranquilidad no tenía rival ni a lo largo ni a lo ancho de Londres. Las casas son pequeñas; ninguno de nosotros podría ofrecer ni una fiesta nocturna ni un baile, pero lo cierto es que aquellos que vivimos en Bagnell Terrace no deseamos hacer nada parecido. No nos gustan los bullicios nocturnos y, afortunadamente, tampoco es que tengamos que soportar excesivos alborotos durante el día, ya que si nos hemos trasladado a Bagnell Terrace ha sido para poder anclarnos en aguas tranquilas. Como se trata de un *cul-de-sac* cerrado en uno de sus extremos por una alta pared de ladrillos, sobre la cual en las noches de verano los gatos pasean ligeramente cuando van a visitar a sus colegas, ni siquiera tenemos que soportar el ruido del tráfico. Incluso los gatos de Bagnell Terrace han adquirido algo de su discreción y su tranquilidad, ya que nunca se enzarzan los unos con los otros en interminables intercambios de chillidos agónicos como hacen sus primos en lugares de conducta menos apropiada, sino que se sientan y mantienen discretas reuniones del mismo modo en que lo harían los propietarios de las casas en las que condescienden en ser alojados y alimentados.

Pero, aunque estaba más que satisfecho de encontrarme en Bagnell Terrace y no en cualquier otro lugar, aún no había conseguido, y empezaba a temerme que jamás conseguiría, la casa en concreto que ambicionaba sobre cualquier otra.

Estaba al final de la calle, junto al muro que la delimitaba, y se diferenciaba en un aspecto de todas las demás, que tan parecidas son entre sí. Las otras tienen pequeños jardines en la parte delantera, en los que cada primavera brotan nuestras flores, ofreciendo una apariencia muy alegre. Pero los jardines son demasiado pequeños y Londres demasiado poco soleado como para permitir un mínimo de horticultura efectiva. En todo caso, la casa a la que yo había dirigido mis ojos envidiosos durante tanto tiempo no tenía jardín; en su lugar, el espacio había sido utilizado para construir una gran habitación cuadrada (ya que un pequeño jardín puede dar para una habitación bien espaciosa), conectada con la casa por un pasillo cubierto. Las habitaciones de Bagnell Terrace, aunque soleadas y agradables, no eran demasiado grandes, y me parecía que una habitación espaciosa representaría el toque final que otorgaría la perfección a aquellas deliciosas residencias.

Sin embargo, los habitantes de aquel deseable domicilio representaban una especie de misterio para nuestro reducido círculo vecinal; aunque sabíamos que un hombre vivía allí (ya que ocasionalmente le habíamos visto entrar o salir de la casa), nadie le conocía personalmente. Un aspecto curioso era que, aunque todos nos habíamos tropezado con él en la calle (en muy pocas ocasiones, eso sí), había una considerable discrepancia sobre la

3 *Terrace*: en inglés, hilera o conjunto de hileras de casas de estilo uniforme. En este caso, Benson utiliza la denominación para referirse a la calle en la que viven los protagonistas. (N. del T.)

impresión que nos había causado a cada uno. Poseía ciertamente unos andares enérgicos, como si aún disfrutase de todo el vigor de la vida; pero mientras yo creía que se trataba de un hombre joven, Hugh Abbot, que vivía en la casa de al lado, estaba convencido de que, a pesar de su vigor, no sólo era mayor, sino muy mayor además. Hugh y yo, amigos y solteros para toda la vida, a menudo discutíamos sobre él en las erráticas conversaciones que manteníamos cuando se dejaba caer por mi casa para disfrutar de una pipa después de la cena, o cuando yo me acercaba a la suya para una partida de ajedrez. No sabíamos su nombre, de modo que, en virtud de mi deseo por su casa, le llamábamos Nabot⁴. Ambos coincidimos en que había algo extraño en él, algo desconcertante y elusivo.

Yo había estado un par de meses en Egipto durante el invierno; la noche siguiente a mi regreso Hugh cenó conmigo y, tras la cena, le mostré aquellos trofeos que los más decididos son incapaces de resistirse a comprar cuando les son ofrecidos en el Valle de los Reyes por algún simpático rufián de piel requemada. Saqué por lo tanto varias cuentas (no tan azules como habían parecido allí) y uno o dos escarabajos, reservando para el final la pieza de la que más orgulloso estaba: una pequeña estatua de lapislázuli de un gato, que apenas medía cinco centímetros. Se sentaba erguido sobre los cuartos traseros, levantando los delanteros; y, a pesar de la reducida escala, las proporciones estaban tan bien y tan aguda había sido la visión del artista, que daba la impresión de ser mucho más grande. Mientras permaneció en la mano de Hugh pude comprobar que ciertamente era muy pequeño. Pero si no lo tenía a la vista, la imagen mental que siempre me hacía era la de algo mucho más grande de lo que en realidad era.

—Y lo curioso —dije— es que aunque se trata con diferencia de lo mejor que compré, por mi vida que no puedo recordar dónde lo hice. De alguna manera siento como si siempre lo hubiera tenido.

Lo había estado mirando con mucha atención. Después se levantó bruscamente de su silla y lo dejó sobre la repisa de la chimenea.

—Creo que no me gusta —dijo—, y no puedo decirte por qué. Oh, se trata de un excelente trabajo de artesanía; no me refería a eso. ¿Y dices que no recuerdas dónde lo conseguiste? Eso sí que es extraño... Bueno, ¿qué tal una partida de ajedrez?

Jugamos un par de partidas, sin demasiada concentración o fervor, y en más de una ocasión le vi lanzar rápidas y perplejas miradas a mi pequeña figurita sobre la repisa de la chimenea. Pero no dijo nada más sobre ella, y cuando hubimos finalizado nuestras partidas me ofreció las últimas noticias de la calle. Una casa había quedado vacante y había sido inmediatamente reocupada.

—¿No será la de Nabot? —pregunté.

—No, la de Nabot no. Nabot aún sigue ahí. Pisando fuerte.

—¿Alguna novedad? —pregunté.

—Oh, alguna que otra cosa. Últimamente le he visto con frecuencia, y sin embargo aún no puedo hacerme una idea clara de cómo es. Me lo encontré hace tres días, al salir de mi portal, y pude echarle un buen vistazo. Por un momento coincidí contigo en que se

4 Según La Biblia, Nabot era un judío de Israel que poseía una viña codiciada por el Rey Acab. Fue apedreado por no querer vendérsela, y además se le profetizó que su casa sería arrasada y él mismo devorado por los perros. (*N. del T.*)

trata de un hombre joven. Entonces se volvió y durante un segundo me miró directamente a la cara, y pensé que nunca había visto a alguien tan anciano. Espantosamente vivo, pero más que viejo... antiguo, primitivo.

—¿Y entonces? —pregunté.

—Pasó de largo, y me encontré una vez más, como ya me ha ocurrido tan a menudo, completamente incapaz de recordar cómo era su cara. ¿Era viejo o joven? No lo sabía. ¿Cómo era su boca? ¿Cómo su nariz? Pero sin duda era el interrogante sobre su edad el más desconcertante.

Hugh estiró los pies hacia el fuego y se hundió en el sillón, lanzando una nueva mirada y frunciendo el ceño en dirección a mi gato de lapislázuli.

—Aunque, después de todo, ¿qué es la edad? —dijo—. Medimos la edad con el tiempo. Decimos: «tantos años», y olvidamos que aquí y ahora estamos en la eternidad, del mismo modo que nos hallamos en una habitación o en Bagnell Terrace, aunque la primera afirmación, que formamos parte del infinito, sea mucho más cierta.

—¿Qué tiene eso que ver con Nabot? —pregunté.

Hugh golpeó su pipa contra las paredes de la chimenea antes de contestar.

—Bueno, probablemente te sonará a chifladura —dijo—, a menos que Egipto, la tierra de los antiguos misterios, haya ablandado tu corteza de materialista, pero en aquel momento se me ocurrió que Nabot pertenece a la eternidad de una manera mucho más evidente que nosotros. Nosotros también pertenecemos a ella, por supuesto; no podemos evitarlo; pero él está menos implicado en este error o ilusión que llamamos tiempo. Hay que ver, suena increíblemente tonto cuando lo expreso con palabras.

Me reí.

—Me temo que mi corteza materialista todavía no se ha ablandado lo suficiente —dije—. Lo que estás diciendo implica que piensas que Nabot es una especie de aparición, un fantasma, ¡un espíritu muerto que se manifiesta como un ser humano aunque no sea uno de nosotros!

Volvió a recoger las piernas.

—Sí, ha de ser una tontería —dijo—. Además, últimamente ha estado mucho más a la vista, y no podríamos estar viendo un fantasma todos a la vez. No sucede así. Y han empezado a oírse sonidos en la casa, sonidos alegres y escandalosos que hasta ahora no había oído nunca. Alguien toca un instrumento que parece una flauta en esa habitación grande que tanto envidias, y otro le acompaña llevando el ritmo con una especie de tambores. Es una música curiosa; se oye a menudo por las noches... Bueno, es hora de ir a acostarse.

De nuevo observó la estatuilla que reposaba sobre la chimenea.

—Vaya, pero si es un gato bastante pequeño —dijo.

Esto me interesó sobremedida, ya que no le había comentado la impresión que dejaba en mi mente de que era más grande que sus dimensiones reales.

—El mismo tamaño de siempre —dije.

—Naturalmente. Pero por alguna razón había estado pensando en ella a tamaño real —dijo él.

Le acompañé hasta la puerta y paseé con él en la oscuridad de una noche cubierta. A

medida que nos acercábamos a su casa vi las grandes manchas de luz que se reflejaban en la calzada tras salir por las ventanas de la habitación cuadrada de la casa de al lado. De repente, Hugh apoyó la mano sobre mi brazo.

—¡Escucha! —dijo—. Ahí están las flautas y los tambores.

Era una noche muy tranquila pero, por mucho que escuchara, no podía oír nada más que el tráfico de la calle a la que salía la nuestra.

—No oigo nada —dije.

Y en el mismo momento en el que empecé a hablar pude oírlo. La plañidera música me llevó de regreso a Egipto: el ruido del tráfico se convirtió en el sonido de un tambor, y sobre él flotaban los lamentos y chillidos de las pequeñas flautas de caña que acompañan a las danzas árabes, sin tono ni ritmo y tan viejas como los templos del Nilo.

—Es como la música árabe que se oye en Egipto —dije.

Mientras estábamos allí escuchando, la música cesó a sus oídos, así como a los míos, de forma tan repentina como había empezado, y simultáneamente se apagaron las luces de la habitación cuadrada.

Esperamos un momento en la acera opuesta a la casa de Hugh, pero de la puerta de al lado no volvió a surgir ningún sonido, ni ninguna luz de sus ventanas...

Me giré, era una noche bastante fría y más para alguien recién regresado del sur.

—Buenas noches —dije—; ya nos veremos mañana.

Me fui directamente a la cama, me dormí inmediatamente y me desperté con la impresión de un sueño vívido grabada en mi mente. Había música en él, música árabe que me resultaba familiar; se desvaneció, pero tuve tiempo de reconocerla como una revisión de los hechos de aquella noche antes de volver a dormirme.

Rápidamente recuperé las rutinas habituales de mi vida. Tenía trabajo que hacer, y amigos a los que ver; los hechos acaecidos a cada minuto de cada día se iban añadiendo al gran tapiz de la vida. Pero, de alguna manera, un nuevo cabo empezó a enredarse en él, aunque en aquel momento no lo reconocí como tal. Parecía trivial y extraño que oyera a menudo un par de compases de aquella extraña música que surgía de la casa de Nabot, y que tan pronto como capturaba mi atención dejara de oírse, como si hubiese sido producto de mi imaginación. Era trivial, también, que viera tan a menudo a Nabot entrando o saliendo de su casa. Y entonces, un día, tuve una visión de él que era completamente diferente a todas las que la habían precedido.

Estaba una mañana asomado a la ventana de la habitación que da a la calle. Había tomado perezosamente mi gato de lapislázuli y lo mantenía de modo que la luz del sol brillara sobre él, admirando la textura de su superficie que, de alguna manera, y aun siendo de piedra, recordaba a la de la piel. Entonces, de manera casual, aparté la mirada, y allí, apenas unos metros más allá, inclinado sobre la valla de mi jardín y observando atentamente lo que tenía entre las manos, estaba Nabot. Sus ojos, fijos en la estatuilla, parpadearon al sol de abril con una satisfacción sensual y ronroneante. Y Hugh tenía razón en lo referente a su edad; no era ni viejo ni joven, sino más bien atemporal.

El momento de percepción pasó; alumbró mi mente como el foco rodante de algún faro lejano. Fue un rayo de iluminación y enseguida volvió a apagarse, de modo que quedó grabado en mi mente consciente como una alucinación. De repente, él pareció darse

cuenta de mi presencia y, dándose la vuelta, siguió su recorrido caminando enérgicamente.

Recuerdo haberme alterado bastante, pero el efecto pronto se desvaneció, y el incidente pasó a ser otra de esas trivialidades que provocan una impresión momentánea y luego desaparecen. También fue curioso, aunque no destacable, que en más de una ocasión viese a uno de esos discretos gatos de los que ya he hablado sentado en el pequeño balcón que hay frente a la habitación que acabo de mencionar, observando con atención el interior. Me encantan los gatos, y en varias ocasiones me levanté para abrirle la ventana e invitarle a entrar; pero cada vez que me movía saltaba y se marchaba. Y abril dio paso a mayo.

Una noche de aquel mes regresé a casa después de una cena para encontrarme un mensaje de Hugh en el que me decía que debía llamarle en cuanto llegase. Me respondió con una voz bastante excitada.

—Pensé que querías saberlo enseguida —dijo—. Hace una hora han colocado un cartel frente a la casa de Nabot que dice que está a la venta. Los agentes son Martin y Smith. Buenas noches; yo ya me había acostado.

—Eres un amigo de verdad —dije.

Por supuesto, a primera hora de la mañana me presenté en la oficina de los agentes inmobiliarios. El precio era bastante moderado y la escritura perfectamente satisfactoria. Podían darme las llaves al momento, ya que la casa estaba vacía, y me prometieron que podría disponer de un par de días para decidirme, durante los cuales tendría prioridad sobre el derecho de compra si estaba dispuesto a pagar la totalidad del precio requerido. Si, en todo caso, sólo podía hacerles una contraoferta, no podían garantizarme que los fideicomisarios aceptasen... Completamente excitado, con las llaves en mis bolsillos, me apresuré a regresar a Bagnell Terrace.

Encontré la casa completamente vacía, no sólo de habitantes sino de prácticamente cualquier cosa. Desde la buhardilla hasta el sótano, no había ni una sola persiana, ni un solo fleje, ni una sola barra para colgar las cortinas. Mucho mejor, pensé yo, así no habría que retirar ningún accesorio del anterior inquilino. Tampoco había ni rastro de restos de la mudanza, paja o papel de embalar; la casa parecía preparada para que llegara un ocupante en lugar de estar recién abandonada por otro. Todo estaba en un orden impecable: las ventanas limpias, los suelos fregados, la pintura y las maderas brillantes... se trataba de una vivienda limpia, lustrosa y lista para ser ocupada. Mi primer movimiento, por supuesto, fue inspeccionar la habitación añadida que representaba su principal interés, y mi corazón saltó de alegría a la vista de su capacidad. A un lado había una enorme chimenea, al otro una serie de tuberías provenientes de la calefacción central enroscadas entre sí, y al otro extremo, entre las ventanas, un nicho hundido en la pared, como si ésta hubiera contenido alguna vez una estatua; podría haber sido diseñado expresamente para mi Perseo de bronce. El resto de la casa no presentaba rasgos particulares; seguía la misma planificación que la mía, y el constructor, que la inspeccionó aquella tarde, declaró que estaba en excelentes condiciones.

—Parece como si acabara de construirse y nadie hubiera vivido nunca en ella —dijo—, y por el precio que ha mencionado es decididamente una ganga.

Fue lo mismo que sorprendió a Hugh cuando, al regresar de la oficina, le arrastré hasta allí para que la viera.

—Vaya, pero si parece nueva —dijo—. Y sin embargo sabemos que Nabot ha pasado aquí años, y desde luego estaba aquí la semana pasada. Y hay otra cosa, ¿cuándo ha trasladado sus muebles? No han llegado furgonetas, que yo haya visto.

Yo estaba demasiado satisfecho por haber conseguido el deseo de mi corazón como para analizar cualquier otra consideración.

—Oh, no puedo perder el tiempo en detalles sin importancia —dije—. Mira qué espléndida habitación. Ahí, el piano; la pared, recubierta de estanterías; el sofá, enfrente de la chimenea; Perseo, en el nicho. Vaya, si es que estaba hecha para mí.

Transcurridos los dos días especificados, la casa ya fue mía, y tras un mes de empapelar y templar, modificar la instalación eléctrica y colocar persianas y barras para las cortinas, empecé a mudarme. Dos días bastaron para trasladar todos mis bienes, y al finalizar el segundo mi casa estaba completamente vacía excepto por mi dormitorio, cuyos contenidos serían trasladados al día siguiente. Mis criados ya estaban instalados en la nueva residencia, y aquella noche, tras una apresurada cena con Hugh, regresé a ella para trabajar un par de horas más, acarreando y ordenando libros en la habitación grande, ya que era mi propósito acomodarla en primer lugar. Para estar en mayo la noche era inusualmente fría, por lo que había ordenado que se encendiese un fuego en la chimenea, al cual de cuando en cuando agregaba leños, en los intervalos que quedaban al quitarle el polvo a mis volúmenes y colocarlos. Finalmente, cuando las dos horas se hubieron alargado hasta tres, decidí dejarlo por el momento y, realmente cansado, me senté en el borde del sofá para descansar a la vez que contemplaba con satisfacción el resultado de mis esfuerzos. En aquel momento fui consciente de que la habitación olía a cerrado, aunque de un modo aromático que me recordaba a los curiosos efluvios que flotan en el interior de los templos egipcios. Pero lo atribuí a mis polvorientos libros y a los leños que estaban ardiendo en el hogar.

La mudanza se completó al día siguiente, y una semana más tarde ya estaba instalado allí tan cómodamente como lo había estado en la otra casa durante años. Mayo pasó de largo, y tanto junio como mi nueva casa no dejaron de darme un gran placer; siempre era un lujo regresar a ella. Entonces llegó aquella tarde en la que algo extraño sucedió.

Aunque el día había sido húmedo, el ambiente se había despejado un poco hacia media tarde y las aceras pronto se secaron, si bien la calzada permaneció ligeramente mojada y resbaladiza. Me hallaba cerca de mi casa, a la cual estaba regresando, cuando vi aparecer en el adoquinado, a un par de metros por delante de mí, la huella de un zapato húmedo, como si alguien invisible acabara de pisar allí. Después otra, y otra más, se imprimieron con vigor, dirigiéndose hacia mi casa. Por un momento permanecí paralizado; después, con el corazón latiéndome con fuerza, las seguí. Aquellas extrañas huellas me precedieron hasta la puerta; había una apenas visible justo en el umbral.

Entré cerrando la puerta a mis espaldas con, debo confesar, suma celeridad. Mientras estaba allí oí un fuerte estruendo procedente de mi habitación, el cual, por decirlo de algún modo, ahuyentó mi miedo, y corrí por el pequeño pasillo irrumpiendo en ella. Allí, en el

extremo más alejado de la habitación, estaba mi Perseo de bronce, caído en el suelo. Y supe, por algún sexto sentido que no puedo explicar, que no estaba solo en la habitación, y que aquella presencia no era humana.

El miedo es una cosa bien extraña; a menos que sea tan arrollador que anule la voluntad, siempre produce una reacción: cuanto coraje tengamos se alza para enfrentarse a él, acompañado de la rabia por haber permitido la entrada a tan molesto intruso. Sin lugar a dudas, ése era mi caso en aquel momento, por lo que conseguí oponer una resistencia emocional efectiva. Mi criado llegó corriendo para ver qué había sido aquel ruido, y juntos levantamos a Perseo y examinamos la causa de su caída. Estaba claro: un gran fragmento de yeso se había desprendido del nicho y debería ser reparado y reforzado antes de volver a reinstalar la estatua. Simultáneamente, el miedo y el sentimiento de una presencia inexplicable en la habitación se desvanecieron. Las pisadas en el exterior seguían sin explicación, pero me dije a mí mismo que ponerme a temblar por cada cosa que no entendiera habría representado el fin de mi tranquila existencia para siempre.

Aquella noche cené con Hugh; había pasado fuera la última semana y había regresado aquel mismo día, anunciando su llegada y proponiendo una cena antes de que hubieran acontecido aquellos sucesos ligeramente inquietantes. Noté que mientras estuvo allí charlando durante un par de minutos, había olfateado el aire en una o dos ocasiones, pero no había hecho ningún comentario, ni yo le había preguntado si percibía el extraño y débil aroma que de vez en cuando se manifestaba también ante mí. Sabía que su regreso representaba un gran alivio para una temblorosa y secreta parte de mí mismo, ya que estaba convencido de que se estaba desarrollando alguna perturbación psíquica, bien subjetivamente en mi mente o bien real y desde el exterior. En cualquier caso, su presencia era reconfortante, no porque él pertenezca a esa obstinada raza que no cree en nada más allá de los hechos materiales de la vida y se burla de esas misteriosas fuerzas que rodean y tan extrañamente penetran la existencia, sino porque, creyendo completamente en ellas, tiene el firme convencimiento de que los poderes mortales y malvados que ocasionalmente irrumpen en la aparente seguridad de la existencia, en realidad no deben ser temidos, ya que son mantenidos a raya por fuerzas aún más poderosas, preparadas para ayudar a todos aquellos que conocen su cuidado protector. Respecto a si pensaba contarle lo que me había ocurrido aquel día, aún no estaba completamente seguro.

No fue hasta después de cenar que dichos temas aparecieron en la conversación, pero ya había visto que estaba pensando en algo de lo que todavía no me había hablado.

—¿Qué tal tu nueva casa? —dijo finalmente—. ¿Sigue siendo tan ideal como te la imaginabas?

—Me pregunto por qué se te habrá ocurrido eso —dije.

Me echó un rápido vistazo.

—¿No debería interesarme por tu bienestar? —preguntó.

Sabía que se preparaba algo, si le dejaba que continuase.

—Me parece que no te ha gustado mi casa desde un primer momento —dije—. Creo que piensas que hay algo raro en ella. Te reconoceré que el modo en que la encontramos, completamente vacía, fue un poco extraño...

—Fue *muy* extraño —dijo él—. Pero mientras permanezca igual de vacía, salvo por

los objetos que tú hayas llevado, todo irá bien.

Ahora quería presionarle un poco más.

—¿Qué es lo que has olido esta tarde en la habitación grande? —dije—. Te he visto husmeando y olfateando. Yo también he olido algo. Veamos si ha sido lo mismo.

—Un olor extraño —dijo él—. Algo polvoriento y rancio, pero aromático a la vez.

—¿Y qué otras cosas has notado? —pregunté.

Hizo una pausa.

—Creo que te lo diré —dijo—. Esta tarde, desde mi ventana, te he visto venir caminando por la calzada, y al mismo tiempo he visto, o he creído ver, a Nabot cruzando la calle y caminando justo delante de ti. Me he preguntado si tú también le habías visto, ya que te has detenido justo cuando se ha colocado frente a ti, y después has empezado a seguirle.

Sentí cómo mis manos se habían quedado repentinamente heladas, como si la cálida corriente de mi sangre se hubiera congelado.

—No, no le he visto —dije—, pero he visto sus pasos.

—¿Qué quieres decir?

—Justo lo que acabo de decir. He visto unas huellas frente a mí que seguían hasta el umbral de mi casa.

—¿Y después?

—Entré, y me sobresaltó un tremendo estruendo. Mi Perseo de bronce se había caído de su nicho. Y había algo en la habitación.

Oímos un ruido de arañazos en la ventana. Sin decir nada, Hugh se levantó y retiró la cortina. En el alféizar había un enorme gato gris sentado, parpadeando ante la luz. Hugh fue a abrir la ventana, y al verle aproximarse el gato saltó al jardín. La luz se desparramó por la calle y ambos pudimos ver, justo en la acera, la silueta de un hombre. Se volvió y me miró, y después se dirigió hacia mi casa, hacia la puerta de al lado.

—Es él —dijo Hugh.

Abrió la ventana y se inclinó hacia afuera para ver dónde se había metido. No había ni rastro de él por ninguna parte, pero vi que había luz tras las persianas de mi habitación.

—Vamos —dije—. Veamos qué sucede. ¿Por qué están las luces de mi habitación encendidas?

Abrí la puerta de mi casa con la llave y, seguido por Hugh, recorrí el corto pasillo hasta la habitación. Estaba completamente a oscuras, y cuando encendí el interruptor vimos que estaba vacía. Toqué la campanilla, pero no hubo ninguna respuesta, ya que era tarde y sin duda alguna mis criados ya se habrían acostado.

—Pero he visto una potente luz a través de las ventanas hace dos minutos —dije—, y aquí no ha entrado nadie desde entonces.

Hugh permanecía junto a mí en el centro de la habitación. De repente, arrojó un puñetazo al aire, como si pretendiese golpear a alguien. Aquello me alarmó sobremanera.

—¿Qué pasa? —pregunté—. ¿A qué le estás pegando?

Movió la cabeza.

—No sé —dijo—. Me pareció haber visto... No estoy seguro. Pero desde luego vamos a ver algo si nos quedamos aquí. Algo se acerca, aunque ignoro de qué se trata.

Me pareció que la luz disminuía de potencia; las sombras empezaron a apelotonarse en los rincones del cuarto, y aunque en el exterior la noche estaba despejada, allí dentro el aire se estaba espesando con una neblina vaporosa que olía a polvo y a rancio, aunque fuese aromática. Débilmente, pero incrementando su fuerza a medida que esperábamos en silencio, oí la percusión de los tambores y los lamentos de las flautas. Aún no tenía la impresión de que hubiera en el lugar otras presencias aparte de las nuestras, pero en la penumbra cada vez más espesa, supe que algo se estaba acercando. Justo frente a mí se hallaba el nicho vacío desde el cual había caído la estatua de bronce, y mirando en su interior, vi que algo estaba ocurriendo. La sombra que había allí dentro empezó a mutar en una forma desde cuyo interior brillaron dos puntos de luz verdosa. Un momento más tarde vi que eran ojos de una antigua e infinita malevolencia.

Oí la voz de Hugh en una especie de susurro ronco.

—¡Mira! —dijo—. ¡Ya viene! ¡Dios mío, ya viene!

Tan repentino como el relámpago que surge del corazón de la noche, llegó. Pero llegó no en un estallido de luz, sino tal como era, como una pincelada de oscuridad cegadora que cubría, no la vista o cualquier otro sentido material, sino el espíritu, de modo que me encogí completamente aterrorizado. Procedía de aquellos ojos que centelleaban en el nicho, y entonces pude ver que pertenecían a una figura que había allí. Su forma era la de un hombre, completamente desnudo excepto por un taparrabos, y la cabeza parecía ora humana ora la de un monstruoso gato. Y mientras le miraba sabía que si continuaba mirando me sumergiría y me ahogaría en el torrente de pura maldad que emanaba de él. Como si me encontrara inmerso en una pesadilla cataléptica, intenté apartar los ojos de él sin conseguirlo; estaban clavados, mirando fijamente al odio encarnado.

De nuevo oí a Hugh susurrar.

—Enfréntate a él —dijo—. No cedas ni un milímetro.

Un enjambre de imágenes infernales zumbaban en mi cerebro, y entonces supe con tanta seguridad como si se hubieran pronunciado las palabras reales, que aquella presencia me dijo que fuese hacia ella.

—Tengo que ir con él —dijo—. Me está obligando a ir.

Sentí su mano apretándome el brazo.

—Ni un solo paso —dijo—. Soy más fuerte que él. Pronto lo sabrá. Tan sólo reza, reza...

De repente su brazo se disparó frente a mí, señalando hacia la presencia.

—¡Por el poder de Dios! —gritó—. ¡Por el poder de Dios!

Se hizo un silencio mortal. La luz de aquellos ojos disminuyó, y entonces la oscuridad desapareció de la habitación. Estaba en calma y ordenada, el nicho volvía a estar vacío, y allí en el sofá, junto a mí, se hallaba Hugh; tenía la cara completamente blanca y chorreaba sudor.

—Se acabó —dijo, y cayó dormido al instante.

Desde entonces hemos hablado a menudo de lo que ocurrió aquella noche. Lo que pareció suceder ya lo he relatado, y cada cual puede creerlo o no, tal y como le plazca. Él, al igual que yo, fue consciente de una presencia completamente malévola, y me cuenta que durante todo el tiempo en que aquellos ojos destellaban desde el nicho, estaba intentando

concentrarse en lo único en lo que creía, es decir, en el único poder del mundo que es Omnipotente, y en el momento en que obtuvo conciencia de éste, la presencia se colapso. Qué era exactamente aquella presencia es imposible de decir. Parece como si se tratase de la esencia o el espíritu de uno de esos misteriosos cultos egipcios, cuya fuerza había sobrevivido para ser sentido y visto en nuestra tranquila calle. Que se hubiese corporeizado en la figura de Nabot, parece (entre todas estas hechas increíbles) posible, y en verdad Nabot no ha vuelto a ser visto. Podría preguntarse el aficionado a la mitología si todo aquello estuvo relacionado o no con el culto a los gatos, y quizá sea digno de registrar aquí que a la mañana siguiente encontré mi gato de lapislázuli, que había estado sobre la repisa de la chimenea, roto en pedazos. Había quedado demasiado dañado como para repararlo, y no estoy seguro de que, en cualquier caso, hubiera debido intentar restaurarlo.

Actualmente, por fin, no hay una habitación más tranquila y agradable que la construida en el frontal de mi casa de Bagnell Terrace.

Un Cuento Sobre Una Casa Vacía

Había sido una tarde desastrosa: la lluvia había caído torrencial e incesantemente desde un cielo encapotado y gris, y la carretera estaba en la peor de las condiciones posibles. Había tramos repletos de gravilla recientemente colocada que aún no habían sido recubiertos con asfalto, y los tramos intermedios aparecían repletos de profundos surcos y socavones, de manera que resultaba imposible viajar ni siquiera a una velocidad moderada. Habíamos pinchado en dos ocasiones, y en aquel momento, mientras se acercaba el tormentoso crepúsculo, el motor empezó a fallar, deteniéndose del todo tras haber avanzado penosamente unos cien metros más. Mi conductor, tras una breve inspección, me informó de que tardaría una media hora en arreglarlo, tras la cual, con suerte, quizá podríamos rodar ociosamente con la esperanza de llegar a Crowthorpe, que era nuestro destino.

Cuando el coche se detuvo habíamos llegado hasta un cruce de caminos. A través de la cortina de lluvia pude ver a mi derecha una iglesia, y frente a ella un matojo de casas. Una consulta al mapa me indicó que aquel era el pueblo de Riddington; la Guía añadió que Riddington poseía un hotel, y la señal que había en el cruce me confirmó ambas cosas. Hacia la derecha, siguiendo la carretera principal en la que acabábamos de desembocar, estaba Crowthorpe, a unos treinta kilómetros de allí, mientras que frente a nosotros, a menos de un kilómetro, nos esperaba un hotel.

No fue difícil tomar una decisión. No había razón por la cual tuviera que estar en Crowthorpe aquella noche en vez de a la mañana siguiente, ya que el amigo con el que iba a encontrarme no llegaría hasta la tarde, y sin duda era mejor arrastrarse apenas un kilómetro en un coche espasmódico que intentar recorrer treinta en una noche tan inclemente.

—Pasaremos la noche aquí —le dije a mi chofer—. La carretera es en cuesta abajo y no hay más de un kilómetro hasta el hotel. Me atrevería a decir que podremos llegar sin necesidad de encender el motor. Intentémoslo.

Hicimos sonar el claxon, atravesamos la carretera principal y empezamos a deslizarnos lentamente por una calle estrecha. Era imposible ver con claridad, pero a cada lado había casitas cuyas luces brillaban a través de las persianas, y aún había muchas otras cuyas persianas seguían bajadas revelando unos interiores acogedores. Entonces, el ángulo del declive se incrementó, y frente a nosotros, muy cerca, vi varios mástiles que se alzaban intactos hacia la penumbra cargada de agua de la noche cada vez más cerrada.

De modo que Riddington debía de hallarse junto al mar, aunque la razón por la que los barcos habían sido amarrados en un muelle abierto era un misterio; quizá hubiera un malecón que los protegiera, pero que era invisible debido a la oscuridad. Oí al chofer conectar el motor y realizar un giro cerrado hacia la izquierda. Pasamos bajo una larga hilera de ventanas iluminadas, que alumbraban una calle bastante estrecha, cuyo extremo derecho era besado por las olas. De nuevo hizo un giro cerrado hacia la izquierda,

describió un semicírculo sobre la gravilla crujiente y se plantó frente a la puerta del hotel. Conseguimos una habitación para mí, un garaje, una habitación para él, y nos unimos a la cena que había empezado hacía poco.

Entre los pequeños alicientes y sorpresas que suscita viajar, no hay otro más delicioso que el de despertarse en un lugar nuevo al que se ha llegado el día anterior tras haber caído la noche. La mente ha recibido un par de impresiones borrosas y probablemente durante la noche ha jugado con ellas, construyendo una especie de todo coherente, cuyas anticipaciones son puestas a prueba al llegar la mañana. Normalmente el ojo ha visto más cosas de las que ha registrado conscientemente, y el cerebro las ha colocado como si de un puzzle se tratara para formar un presentimiento bastante acertado de sus inmediatos alrededores. Cuando me desperté a la mañana siguiente un cielo brillante y soleado podía verse a través de mis ventanas; no se oía ni el ruido del viento ni el de las olas rompiendo, y antes de levantarme y verificar mis impresiones de la noche previa preferí permanecer acostado un rato para repasar mi imagen mental. Frente a mi ventana habría un estrecho pasaje bordeado por un muelle; a su lado se extendería un rompeolas que formaría un puerto para los barcos que hubieran anclado allí, y lejos, lejos hacia el horizonte, se extendería un inmenso mar tranquilo y reluciente. Repasé aquellos detalles en mi cabeza; parecían inevitables según las referencias que había observado la noche anterior, y entonces, seguro de mi razón, me levanté de la cama y me asomé a la ventana.

Nunca había experimentado una sorpresa tan completa. No había puerto, no había rompeolas, y no había mar. Un estrechísimo canal, tres cuartos del cual aparecían ahogados por bancos de arena, sobre los cuales descansaban los barcos cuyos mástiles había visto la noche anterior, corría paralelo a la carretera, y después se torcía en ángulo recto para perderse en la distancia. Aparte de aquello, no había más agua a la vista; a la derecha, a la izquierda y al frente se extendía una ilimitada extensión de hierba brillante de entre la que sobresalían mechones de arbustos y manchas purpúreas de espliego. Más allá había unos bancos de arena rojizos, y más lejos aún se podía percibir una franja de guijarros, maleza y dunas. Pero el mar que había esperado ver llenando mi campo visual hasta unirse con el cielo, allá en el horizonte, había desaparecido.

Cuando me hube sobrepuesto a la sorpresa de aquel colosal juego de manos, me vestí rápidamente dispuesto a averiguar de boca de las autoridades locales cómo se había llevado a cabo. A menos que una alucinación hubiera envenenado mis facultades perceptivas, debía de haber una explicación para aquella desaparición alternativa de tierra y mar, y la clave, una vez proporcionada, fue lo suficientemente simple. Aquella franja de guijarros, maleza y dunas que se veía en el horizonte era una península que se extendía a lo largo de siete u ocho kilómetros de manera paralela a la costa, formando la auténtica playa y cerrando aquel vasto cuenco de bancos de arena y barro y una marisma cubierta por flores de lavanda, todo lo cual quedaba sumergido mientras duraba la marea alta, creando un estuario. Con la llegada de la marea baja, éste quedaba completamente vacío excepto por una pequeña corriente que se abría paso a través de varios canales hasta su desembocadura, situada a unos tres o cuatro kilómetros a la izquierda de allí, y un hombre calzado con sus zapatos y sus calcetines podía llegar perfectamente caminando hasta las lejanas dunas de arena y las playas que terminaban en el Cabo Riddington, mientras que

durante la marea alta podría llegar navegando hasta aquel mismo lugar partiendo del muelle que había frente al hotel.

Ya mientras desayunaba en una mesa situada junto a la ventana que daba a la marisma el hechizo de atracción que desplegaba aquel lugar había empezado a afectarme. Era tan inmensa y estaba tan vacía; tenía el encanto del desierto sin resentirse en lo más mínimo de la insufrible monotonía de éste, ya que decenas de gaviotas chillonas la sobrevolaban, y desde allí podía oír los silbidos de los archibebes y el parloteo de los zarapitos. Debía encontrarme con Jack Granger en Crowthorpe aquella misma tarde, pero sabía que si iba a su encuentro debía persuadirle de que me acompañara de vuelta a Riddington, y tal y como le conocía fui plenamente consciente de que él también sentiría el hechizo con no menos intensidad que yo. De modo que, tras asegurarme de que había habitaciones disponibles para él, le escribí una nota comunicándole que había encontrado el lugar más asombroso del mundo, y le dije a mi chofer que se dirigiera a Crowthorpe y que le esperara en la estación de tren hasta que llegara, para después conducirlo hasta allí. Con la conciencia completamente tranquila, me puse en marcha cargando con una toalla y una bolsa con el almuerzo para explorar, ociosamente y sin ningún objetivo concreto, aquella inmensa extensión cubierta de lavanda y pájaros que me llamaba.

Mi ruta, tal y como se me había indicado, me condujo en primer lugar a recorrer un bancal que defendía de las mareas las tierras de pasto desecadas que se encontraban a su derecha, al final del cual me topé con el comienzo del estuario. Una hilera de desechos, hierba marchita, algas y blanqueadas cáscaras de pequeños cangrejos señalaba el lugar hasta el que había llegado la última marea alta; a partir de ella el terreno aún estaba húmedo. Poco después encontré un trecho repleto de barro y cantos rodados, y luego atravesé chapoteando el arroyo que fluía hacia el mar. Más allá estaban los ondulantes bancos de arena arrastrados por las mareas, y pronto alcancé las amplias y verdísimas marismas del extremo más alejado, tras las cuales se encontraba la franja de guijarros que bordeaba el mar.

Me detuve unos instantes para recuperar el aliento. No se veía ni rastro de otro ser humano, pero nunca había experimentado una soledad tan estimulante. A mi derecha e izquierda se extendían los prados de espliego, como si fuesen un cielo estrellado de brotes rosáceos y arbustos. A un lado y a otro se habían formado pequeños charcos de agua retenida en las depresiones del terreno, y también había trechos repletos de un lodo negro y suave de entre el cual surgían, como espigas de lechosos espárragos, varias matas de sosa; y todos aquellos felices vegetales florecían al sol o bajo la lluvia, y pese a la sal que traían consigo las mareas, con una imparcial cualidad anfibia. Sobre mi cabeza se extendía el inmenso arco del cielo, atravesado en aquel momento por una bandada de patos, que se apresuraban y alargaban los cuellos, y ocasionalmente por alguna que otra gaviota de lomo negro, que agitaba sus pesadas alas en dirección al mar. Los zarapitos parloteaban alegremente y los chorlitejos y los archibebes silbaban. Mientras tanto, yo avanzaba con dificultad hasta llegar a los guijarros que marcaban el final de la marisma. El mar, azul y sereno, yacía durmiendo a sus anchas, bordeado por una franja de arena sobrevolada a lo lejos por un espejismo. Pero ni a un extremo ni al otro, tan lejos como la vista pudiera alcanzar, había rastros de presencia humana.

Me bañé y me tumbé al sol, y después recorrí aquella cálida playa durante casi un kilómetro antes de atravesar la zona sembrada de guijarros y volver a internarme en la marisma. Entonces, con una punzada de decepción, vi la primera evidencia de la intrusión del hombre en aquel paraíso de la soledad, ya que sobre una franja empedrada, que se extendía como una enorme costilla sobre aquellas praderas anfibias, había una pequeña casa cuadrada de ladrillo, frente a la cual había una asta de bandera bastante alta. No la había visto antes y me parecía una injustificada invasión del vacío. Pero quizá no se tratase de una infracción tan grosera, o por lo menos ésa era la impresión que daba, ya que su aspecto era claramente de abandono, como si el hombre hubiera intentado domesticar la zona y hubiera fracasado. A medida que me acercaba, la impresión se intensificó, ya que no salía humo de la chimenea, las ventanas cerradas estaban completamente cubiertas por una película de sal y el umbral de la puerta había sido invadido por líquenes y hierbas marchitas que se desparramaban a su alrededor. La rodeé dos veces, decidí que indudablemente estaba deshabitada y me senté contra la pared que en aquellos momentos recibía de pleno los rayos del sol para disfrutar de mi almuerzo.

La brillantez y el calor del día estaban en pleno apogeo. Sintiéndome acalorado, ejercitado y revigorizado por mi chapuzón, me juzgué en un estado de supremo bienestar físico, y mi mente, completamente vacía excepto por aquellas agradables sensaciones, siguió el ejemplo de mi cuerpo y se dedicó a disfrutar del sol. Entonces, supongo que debido a mi admiración por el lujo del contraste expresado por Lucrecio, y para congratularme aún más por aquellas excepcionales condiciones, empecé a imaginarme en qué se transformaría aquella soleada soledad de ser de noche y pleno noviembre, mientras que atravesando el cielo encapotado y gris se aproximara una tormenta. Su soledad se convertiría entonces en abominable desolación; si por alguna causa inconjeturable alguien se viera obligado a pasar una noche allí, cómo clamaría por estar acompañado, qué siniestros le resultarían los chillidos de las aves, qué extraños le sonarían los silbidos del viento al atravesar aquella habitación abandonada. O quizá reaccionara de otra manera, quizá sólo deseara asegurarse de que la aparente soledad era real, y que no había ninguna presencia invasora arrastrándose cerca de allí, amparada por la oscuridad para revelarse en breve; quizá temblaría pensando que el lamento del viento podría ser no sólo el viento, sino también el alarido de algún ser descarnado; ¿y si no fueran los zarapitos los que producían aquel melancólico silbido? Paulatinamente, mis pensamientos se fueron haciendo cada vez más difusos hasta fundirse en una inconsecuente sucesión de imágenes. Entonces me quedé dormido.

Me desperté sobresaltado a causa de un sueño que ya empezaba a desvanecerse, pero con la certeza de que había sido algún ruido cercano el que me había despertado. Entonces volví a oírlo: eran los pasos de alguien que se movía en el interior de la casa abandonada, justo en la habitación contra cuya pared me había apoyado. Se movía hacia un extremo y luego hacia el otro; después se detenía unos instantes y volvía a empezar; se comportaba como un hombre que estuviera esperando una visita con impaciencia. También pude darme cuenta de que los pasos seguían un ritmo irregular, como si quien caminaba padeciera cojera. Después de uno o dos minutos los sonidos cesaron por completo.

Después de haber estado convencido de que la casa estaba deshabitada, me invadió

una extraña inquietud. Entonces, volviendo la cabeza, vi que por encima de mí, en la pared, había una ventana, y se apoderó de mí la idea, completamente irracional e infundada, de que el hombre me estaba vigilando. Una vez que se me hubo metido en la cabeza, se me hizo imposible continuar allí durante más tiempo, por lo que me levanté y embutí en mí mochila tanto la toalla como los restos del almuerzo. Caminé durante un rato por el trecho de tierra que se internaba en la marisma antes de volverme para mirar una vez más la casa, que seguía pareciendo completamente desierta. Bueno, después de todo no era problema mío, de modo que continué mi paseo y decidí interesarme casualmente cuando regresara al hotel por quienquiera que viviese en aquel lugar tan hermético, desechando el tema por el momento.

Unas tres horas más tarde, tras un paseo largo y sin rumbo, volví a encontrarme frente a la casa. Vi que dando un pequeño rodeo podía volver a pasar junto a ella, y en aquel momento me di cuenta de que el sonido de aquellas pisadas en el interior había despertado en mí una curiosidad que quería ver satisfecha. Justo entonces vi un hombre de pie junto a la puerta: cómo había llegado allí, no tenía ni idea, ya que hacía apenas un momento no estaba: debía de haber salido de la casa. Estaba contemplando el sendero que conducía a través de la marisma, escudándose los ojos del sol. Entonces dio un par de pasos hacia adelante, arrastrando la pierna izquierda y cojeando pesadamente. Eran, pues, sus pasos los que había oído antes, y todo misterio al respecto había sido producto de mi imaginación. Decidí por tanto tomar el camino más corto y llegué al hotel justo cuando Jack Granger acababa de llegar.

Volvimos a salir iluminados por la puesta del sol, y contemplamos la marea que barría e inundaba los diques hasta volver a culminar aquel enorme juego de manos: aquella extensión de marismas con sus campos de lavanda volvía a ser una sábana de agua resplandeciente. A lo lejos, al otro lado, quedaba la casa junto a la cual había almorzado, y cuando ya nos volvíamos Jack la señaló.

—Qué lugar tan extraño para tener una casa —dijo—. Supongo que no debe de vivir nadie en ella.

—Sí, un tullido —dije yo—. Le he visto esta tarde. Voy a preguntarle al portero del hotel de quién se trata.

El resultado de aquella consulta, sin embargo, no fue el esperado.

—No; la casa lleva deshabitada varios años —me dijo—. Solía utilizarse como puesto de vigilancia desde el que los guardacostas hacían señales si había algún barco en apuros, y entonces un bote salvavidas zarpaba desde aquí. Pero ahora tanto el bote como los guardacostas están en el cabo.

—¿Entonces quién es el tullido al que he visto y oído recorrer la casa? —pregunté.

Me miró de una manera que se me antojó extraña.

—No sé quién podría ser —respondió—. Que yo sepa no vive ningún tullido por estos alrededores.

El efecto de las marismas y su espléndida soledad, del sol y del mar, cayó sobre Jack exactamente como yo había previsto. Juró que cualquier día pasado en otro lugar que no fueran aquellas playas y campos de espliego era un día desperdiciado, y propuso que nuestra excursión, cuyo objetivo principal iban a ser los campos de golf de Norfolk,

quedase cancelada. En particular fueron los pájaros que habitaban en aquel extenso y solitario cabo los que le encantaron.

—Después de todo, podemos jugar al golf en cualquier sitio —dijo—. Por allí grazna un ostrero, ¿lo oyes? Y además, ¡qué estúpido resulta perder el día dándole golpes a una pelotita blanca... —mira, un chorlitejo, ¿y qué es lo que cantará de esa manera?—... cuando podemos aprovecharlo aquí! Oh, no vayamos a bañarnos todavía: quiero bordear la marisma... Ja, allí hay una bandada de vuelvepiedras; hacen un ruido parecido al que se oye al descorchar una botella... ¡Ahí están, son esos golfillos con manchas de color castaño! Sigamos bordeando la marisma y acerquémonos a la casa en la que vive tu tullido.

Así pues, tomamos el sendero que daba el rodeo más largo, del que yo había prescindido la noche anterior. No le había contado nada de lo que me había dicho el portero del hotel respecto a que en la casa ya no vivía nadie, de modo que todo lo que él sabía era que yo había visto a un tullido aparentemente ocupando el lugar. Mi razón para no hacerlo (confesémoslo de inmediato) era que yo ya había medio intuitido que ni los pasos que había oído en el interior, ni el hombre al que había visto contemplando el exterior, tenían por qué implicar que la casa estuviera ocupada según el sentido que le había dado a la palabra el portero. Quería ver si Jack era capaz, como había sido yo, de captar las señales de su presencia allí. Y entonces sucedió algo de lo más extraño.

Durante todo el trayecto hasta la casa la atención de Jack había estado centrada en los pájaros, y especialmente en un silbido que no le resultaba nada familiar. En vano intentó vislumbrar al pájaro que lo producía, y en vano pretendí yo oírlo.

—No suena como ningún pájaro que yo conozca —dijo—; de hecho, no suena en absoluto como un pájaro, más bien parece una persona silbando. ¡Ahí está de nuevo! ¿Será posible que no lo oigas?

Para entonces ya estábamos muy cerca de la casa.

—Debe de haber alguien silbando —dijo—. Probablemente se trate de tu tullido... Señor, sí, viene del interior de la casa. Así ya queda todo explicado, y yo que esperaba descubrir un pájaro nuevo. ¿Pero cómo es que no puedes oírlo tú?

—Hay gente que no es capaz de oír los chillidos de los murciélagos—respondí yo.

Jack, satisfecho con la explicación, no le dio más importancia al tema, de modo que atravesamos la franja de guijarros, nos bañamos y almorzamos y caminamos hasta las dunas de arena en las que finalizaba el cabo. Durante un par de horas paseamos y nos abandonamos a la pereza disfrutando del aire líquido y soleado; luego emprendimos sin muchas ganas el regreso para que nos diera tiempo a atravesar el vado antes de que llegara la marea. A medida que volvíamos sobre nuestros pasos, pude ver cómo desde el oeste se acercaba un extenso frente nuboso; y justo en el momento en el que alcanzamos el tramo de tierra sobre el que se asentaba la casa, un relámpago se abatió sobre las achaparradas colinas que había al otro lado del estuario y unas primeras y gruesas gotas empezaron a caer sobre los guijarros.

—Nos vamos a empapar —dijo Jack—. Ja! Pidamos cobijo en la casa de tu tullido. ¡Será mejor que corramos!

Las gotas empezaban a multiplicarse, de modo que atravesamos corriendo los cien metros que nos separaban de la casa y llegamos a la puerta justo en el momento en el que

las compuertas del cielo se abrieron por completo. Jack golpeó con los nudillos, pero nadie respondió; probó la manilla, pero la puerta no se abrió, y entonces, poseído por una súbita inspiración, pasó la mano por encima del dintel y encontró una llave. Ésta encajaba perfectamente en la cerradura y un momento después estábamos en el interior.

Nos encontramos en un pasillo resbaladizo, de cuyo extremo más alejado partía una escalera hacia el piso superior. A cada lado había una habitación: una era una cocina y la otra un salón, pero ninguna de ellas estaba amueblada. Un papel descolorido se desprendía de las paredes, las ventanas estaban repletas de telarañas y el aire era pesado debido a la falta de ventilación.

—Tu tullido no sólo prescinde de los lujos, sino también de lo más necesario —dijo Jack—. Todo un espartano.

Estábamos en la cocina: en el exterior el siseo de la lluvia se había convertido en un rugido, y la ventana empañada se iluminó repentinamente con el resplandor de un relámpago. El restallido de un trueno le contestó, y en el silencio que le siguió me llegó desde el exterior, perfectamente audible, el sonido de alguien silbando. Inmediatamente después oí cómo la puerta por la que habíamos entrado se cerraba violentamente, y recordé que la había dejado abierta.

Los ojos de Jack y los míos se encontraron.

—Pero si no corre ni pizca de viento —dije—. ¿Qué es lo que ha provocado ese portazo?

—Y desde luego ese silbido no ha sido ningún pájaro —dijo él.

Oímos un arrastrar de pies que llegaba desde el pasillo: pude percibir cómo se arrastraba sobre la madera la pierna de un hombre tullido.

—Ha entrado —dijo Jack.

Sí, había entrado, ¿pero qué era lo que había entrado? En aquel momento me asaltó una sensación de pánico, no de horror, ya que se trata de dos cosas muy distintas. El horror, tal y como yo lo entiendo, es una emoción sobrecogedora, pero no desconcertante; pese a sentirse horrorizado, uno puede huir, o puede gritar: controla sus músculos. Pero mientras aquellos pasos irregulares recorrían el pasillo sentí pánico, la mano de una pesadilla que al agarrarte paraliza e inhibe no sólo la acción, sino hasta el mismo pensamiento. Esperé completamente helado y sin poder hablar, a que sucediera lo que tuviera que suceder.

Los pasos se detuvieron exactamente frente a la entrada de la cocina. Y entonces, invisible e inaudible, la presencia que se había manifestado al oído externo entró. De repente, oí un estertor surgiendo de la garganta de Jack.

—¡Oh, Dios mío! —gritó con una voz ronca y estrangulada, y colocó el brazo izquierdo frente a su rostro, como si se estuviera defendiendo. Su brazo derecho también se disparó y pareció golpear algo que yo era incapaz de ver, y sus dedos se crisparon como agarrando aquello que había esquivado el primer golpe. Su cuerpo se inclinó hacia atrás, como si se resistiera a una presión invisible, y después volvió a arrojararse hacia adelante. Oí el ruido de una resistencia a su empuje, y vi sobre su garganta la sombra (o eso parecía) de una mano apretando. En aquel momento recuperé el movimiento, y recuerdo haberme arrojado sobre el espacio vacío que había entre él y yo, y sentir bajo mi abrazo la forma de

un hombro, y oír un pie que resbalaba y golpeaba el suelo de madera. Algo invisible, ora un hombro, ora un brazo, se resistía a mi presión, y oí una respiración jadeante que no era ni la de Jack ni la mía, y sentí sobre mi rostro un aliento cálido que apestaba a corrupción y putrefacción. Y durante todo ese tiempo aquella contienda física no fue sino simbólica; a lo que nos enfrentamos no fue a un ser de carne y hueso, sino a una horrenda presencia espiritual. Y entonces...

Ya no había nada. El fantasmal ataque había cesado tan súbitamente como había empezado, y allí estaba el rostro de Jack, cerca del mío, brillando por el sudor. Nos encontrábamos el uno frente al otro, con los brazos caídos, en una habitación vacía, mientras la lluvia golpeaba el tejado y los canalones chirriaban. No cruzamos ni una sola palabra, pero al instante siguiente estábamos los dos corriendo bajo aquella lluvia a cántaros, atravesando el vado. Agradecí el diluvio con toda mi alma, ya que parecía limpiar el horror de aquella gran oscuridad y el olor de la corrupción a la cual habíamos estado expuestos.

Lo cierto es que no puedo ofrecer una explicación que esclarezca la experiencia que he recogido aquí brevemente, y queda al gusto del lector establecer su conexión con una historia que oí una o dos semanas más tarde, cuando regresé a Londres.

Un amigo mío y yo habíamos estado cenando una tarde en mi casa, y habíamos discutido los pormenores de un juicio por asesinato, sobre el cual los periódicos se habían volcado.

—No es sólo la atrocidad la que resulta atractiva —dijo—. Creo que la causa del interés es el lugar en el que se llevó a cabo el asesinato. Un asesinato en Brighton, o en Márgate, o en Ramsey, en cualquier lugar que el público asocie con viajes de placer, les atrae porque lo conocen y pueden visualizar el escenario. Pero cuando alguien comete un asesinato en algún lugar pequeño y desconocido, del cual nunca han oído hablar, el asunto no apela a su imaginación. La pasada primavera, por ejemplo, hubo un asesinato en un pequeño pueblo de la costa de Norfolk. He olvidado el nombre del lugar, aunque estuve en Norwich durante el juicio y presencié el proceso. Fue una de las historias más horribles que he oído en mi vida, tan espantosa y sensacionalista como ésta, pero no atrajo la más mínima atención. Es curioso que no pueda recordar el nombre del lugar estando el resto tan claro.

—Cuéntamelo —dije—. No me suena de nada.

—Bueno, estaba ese pequeño pueblo y justo a las afueras del mismo había una granja propiedad de un tal John Beardsley. Vivía allí con su única hija, una mujer soltera de unos treinta años; aparentemente una criatura sensible y atractiva, de la que nunca te esperarías que hiciera algo inesperado. En la granja trabajaba como jornalero un joven llamado Alfred Maldon, el acusado en el juicio del que te estaba hablando. Tenía uno de los rostros más horrendos que he visto en mi vida: una frente hundida y gatuna, una nariz chata y ancha, y una boca grande, roja y sensual, siempre extendida en una sonrisa. Parecía que disfrutaba siendo el centro de atención de todas aquellas espantosas mujeres que se apiñaban en la sala, y cuando llegó arrastrando los pies hasta el estrado...

—¿Arrastrando los pies? —pregunté.

—Sí, era tullido; arrastraba la pierna izquierda por el suelo cuando andaba. Cuando

llegó hasta el estrado asintió, sonrió al juez, palmeó el hombro de su abogado y paseó una mirada lasciva por la audiencia... Trabajaba en la granja, como te decía, realizando trabajos para los que estuviera capacitado, entre los cuales se contaban algunas faenas de la casa, como entrar el carbón o cualquier otra cosa, ya que John Beardsley, aunque bastante próspero, no tenía criados, y era su hija Alice, que así se llamaba, la que llevaba el hogar. ¿Y qué se le ocurre a la chica sino enamorarse de aquel tipo deforme y monstruoso? Una tarde su padre regresó a casa inesperadamente y les sorprendió en el salón, besándose y acariciándose. Echó a Maldon de la casa con cajas destempladas, le pagó su sueldo de aquella semana y le despidió, amenazándole con darle una buena paliza si alguna vez le sorprendía rondando por allí. Prohibió a su hija que volviera a dirigirle la palabra, y con el objetivo de tenerla vigilada contrató a una señora del pueblo para que la acompañase en la granja mientras él estuviera fuera.

»El joven Maldon, privado de su trabajo, intentó emplearse en el pueblo, pero nadie quiso contratarle, ya que era un tipo demasiado temperamental, dispuesto en cualquier momento a enzarzarse en una pelea, además de ser un oponente nada aconsejable, ya que, pese a su cojera, poseía una gran musculatura y una enorme fuerza. Durante algunas semanas vagueó por el pueblo, encontrando algún trabajo ocasional y, sin lugar a dudas y como verás, consiguiendo citarse con Alice Beardsley. El pueblo, aún no recuerdo el nombre, se encontraba a la orilla de un gran estuario afectado por las mareas: se llenaba con la marea alta, para convertirse en una amplia extensión de marismas, repleta de bancos de arena y barro, al retirarse ésta. Justo allí, a tres o cuatro kilómetros del pueblo, había una casa usada antiguamente por los guardacostas y actualmente abandonada; uno de los lugares más solitarios que podrás encontrar en Inglaterra. Durante la marea baja bastaba con cruzar un vado poco profundo para llegar hasta allí, y a su alrededor se podían conseguir varios bancos de berberechos. Maldon, incapaz de conseguir un trabajo estable, se dedicó a la recolección de estos moluscos, y durante el verano, cuando la marea bajaba, Alice (para ella no representaba ninguna novedad) atravesaba el vado para ir a bañarse en la playa. Pasaba frente a los bancos de arena en los que se afanaban los recolectores de berberechos, Maldon entre ellos, y si éste la silbaba al verla pasar, acudía a la casa abandonada de los guardacostas a la espera de que él acudiera en breve. Y de este modo estuvieron viéndose durante todo el verano.

»A medida que las semanas pasaban, el padre de Alice fue viendo el cambio que se operaba en ella, y sospechando el motivo, abandonó a menudo su trabajo para vigilarla escondido detrás de algún banco de arena. Un día la vio cruzar el vado, y poco después vio a Maldon, reconocible desde mucha distancia por el modo en que arrastraba la pierna, recorriendo el mismo camino. Siguió el sendero que llevaba hasta la casa de los guardacostas y entró. John Beardsley cruzó el vado y, escondido entre unos arbustos cercanos a la casa, vio a Alice que regresaba de su habitual baño. La casa no se hallaba en la dirección que ella debía seguir para volver a atravesar el vado, y sin embargo Alice se desvió hacia ella; alguien le abrió la puerta y después ésta se volvió a cerrar. Los encontró juntos y, loco de ira, atacó a Maldon. Éste le derribó y allí mismo, delante de su hija, le estranguló.

»La chica perdió la cabeza, y ahora está internada en un manicomio de Norwich. Allí

pasa los días sentada junto a una ventana, silbando. A Maldon lo ahorcaron.

—¿Era Riddington el nombre del pueblo? —pregunté.

—Sí. Riddington, por supuesto —respondió— No entiendo cómo había podido olvidarlo.

La Casa De La Esquina

Hacía tiempo que Jim Purley y yo mismo conocíamos la existencia de Firham-by-Sea, aunque habíamos tenido cuidado de no hablar sobre ello, y durante años nos habíamos acostumbrado a escabullimos silenciosamente de Londres, bien solos, bien juntos, para pasar un día o dos de descanso en aquel delicioso e ignoto pueblito. No se trataba, y lo puedo decir con toda confianza, ni de proteger un instinto secreto ni de ejercer de perro del hortelano, sino más bien de preservar todo su encanto, el cual habría desaparecido si Firham llegara a ser conocido. Un Firham popular, de hecho, habría dejado de ser Firham; y mientras que nosotros hubiéramos sufrido su pérdida, nadie habría podido disfrutar de su ganancia. Su localización remota, su aislamiento y su vacuidad eran sus cualidades más esenciales; habría sido imposible, o así lo sentíamos los dos, acudir a Firham con un grupo de amigos. La idea de ver su pequeña posada rebosante con un grupo de forasteros, o su curioso campo de golf de nueve hoyos con el pequeño cobertizo de hierro ondulado que hacía las veces de club llenándose de golfistas serios, habría bastado para hacernos desear no volver a jugar allí. Tampoco éramos, por cierto, culpables de egoísmo al conservar para nosotros mismos el secreto de la existencia de aquel recorrido de golf, ya que los hoyos eran cortos y monótonos, y la calle estaba mal cuidada. Nuestra estancia en Firham era la única razón de que tan a menudo acudiéramos a recorrerlo, perdiendo bolas en arbustos de aulagas y terrenos pantanosos, y considerando un resultado lo suficientemente decente el no emplear más de tres *putts* en un solo *green*. Era un mal campo de golf, de hecho, y nadie con sentido común hubiera pensado acercarse a Firham para jugar mal al golf, cuando podía hacerse bien en tantos otros sitios más accesibles. De hecho, la única razón por la que he mencionado el golf es porque, de una manera distante e indirecta, está conectado con los primeros incidentes de la historia que allí se desarrolló y que, para mí al menos, destruyó la segura tranquilidad de nuestro pequeño y remoto refugio.

Llegar a Firham desde Londres, excepto si se conducen unos doscientos veinte kilómetros, es un proceso lento, y tras dos transbordos el tren acaba por dejarte nada menos que a diez kilómetros del destino final. Tras eso, una carretera repleta de cambios de rasante que termina en un gran declive te saca de las colinas de Norfolk para llegar a los extensos llanos robados al mar, protegidos de la invasión marina por diques y grandes bancos. Desde la cima de la última colina se tiene la primera impresión del pueblo: sus casas de ladrillo con tejados de teja brillando como si fueran ascuas candentes a la luz del atardecer, como si se tratase de una pequeña isla anclada en una inmensa extensión de verde, y, un par de kilómetros más allá, el azul difuso del mar. Apenas se pueden ver un par de árboles en aquel amplio paisaje, y los que hay están atrofiados e inclinados por el imperante viento de la costa. La mayor parte de la zona está compuesta de campos sin rasgos distintivos, divididos por diques de drenaje y puntuados por escasos grupos de ganado. Un perezoso riachuelo, bordeado por cañaverales y maleza dispersa, entre la que cacarean las pollas de agua, pasa justo al lado del pueblo, antes de ser atravesado, un par

de cientos de metros más adelante, por un puente y una esclusa. A partir de allí se ensancha formando un estuario, repleto de agua brillante durante la marea alta y de bancos de lodo durante la marea baja, y atravesando hileras de dunas, repletas de matas de hierba, hasta llegar al mar.

La carretera que desciende de las tierras altas del interior atraviesa estas marismas reclamadas al océano y, tras casi dos kilómetros de viaje solitario, entra en el pueblo de Firham. A derecha e izquierda se pueden ver un par de *cottages* apartados, encalados y con el techo de paja, cada uno de ellos con su correspondiente jardincillo en el frente y quizá una red de pescador extendida sobre el muro para secarse. Pero antes de que formen nada que pudiera llamarse calle, la carretera realiza un giro inesperado y anguloso, y en un instante se encuentra uno en una plaza que, de hecho, forma el pueblo entero. A cada lado de este espacio amplio y adoquinado hay una hilera de casas. A un lado está la oficina de correos, la estación de la policía y una docena de pequeñas tiendas en las que se pueden comprar los más rudimentarios útiles de supervivencia: hay un panadero, un carnicero, un estanco... Al otro lado se eleva una hilera de pequeñas residencias, a medio camino entre quintas y *cottages*, mientras que en el extremo más alejado hay una iglesia gris y rechoncha con su vicaría, resguardándose ambas tras una valla verde y más bien deteriorada.

En el extremo más cercano está El Hogar del Pescador, el modesto hostel en el que siempre nos alojamos, flanqueado por otras dos o tres casas de ladrillo, de las cuales la más alejada, justo en el lugar en el que la carretera vuelve a abandonar la plaza, es la casa de la esquina alrededor de la cual versa esta historia.

La casa de la esquina era un objeto de ligera curiosidad para Jim y para mí, ya que mientras el resto de casas de la plaza, tanto tiendas como residencias, mostraban una apariencia ordenada y bien cuidada, con cierto aire de prosperidad aunque a escala reducida, la casa de la esquina presentaba un marcado y curioso contraste. La desdibujada pintura de la puerta estaba cuarteada y repleta de burbujas, el escalón del umbral de la entrada nunca se blanqueaba y aparecía parcialmente cubierto por una invasión de musgo, como si apenas se utilizara. Sobre las ventanas, en el interior, se podían apreciar unas desteñidas cortinas, y una trepadora de Virginia, que se desparramaba sin ataduras sobre el descolorido frontal de la casa, caía sobre los cubiertos cristales como cae el pelo de un terrier sobre sus ojos. A veces, junto a una u otra de aquellas ventanas se sentaba un lúgubre gato gris; pero durante todo el día no se veía ningún otro signo de vida que revelase la existencia de un ocupante. Detrás de la casa había un espacioso jardín delimitado por una pequeña pared de ladrillo, y desde las ventanas superiores de El Hogar del Pescador era posible ver su interior. Había un sendero de grava que lo recorría, semioculto bajo la maleza, y lo que había sido un lecho de flores justo bajo la valla se había convertido en una jungla de malas hierbas entre las que asomaban en verano dos o tres rosales que daban alguna que otra magra flor. En un extremo había un depósito de agua, y en el medio un taburete de hierro completamente oxidado, pero nunca, ni por la mañana ni al mediodía ni por la tarde, vi allí figura humana alguna; parecía completamente abandonado y no visitado.

Con la llegada del ocaso las raídas cortinas eran echadas sobre las ventanas que se asomaban a la plaza, y entonces, a través de algún resquicio se podía apreciar que en una

de las habitaciones había luz. La casa, era evidente, había sido en su momento una pequeña pero muy digna residencia; estaba construida con ladrillos rojos y pertenecía al primer período del georgiano, cuadrada y cómoda y con su pequeña parcela cerrada en la parte trasera; uno se preguntaba, como ya he dicho, con ligera curiosidad, qué plaga podía haber caído sobre ella, qué clase de persona podía moverse silenciosa e invisible tras aquellas cortinas deslucidas durante el día y permanecer sentada en aquella habitación cuando había caído la noche.

No era sólo para nosotros, sino también para los oriundos de Firham, que los habitantes de la casa de la esquina residían tras un velo de misterio. El dueño de nuestra posada, por ejemplo, respondiendo a preguntas casuales, podía contarnos muy poco de su vida en la actualidad, pero lo que sabía de ellos indicaba que algo bastante macabro acechaba tras aquellas cortinas. La que allí vivía era una pareja casada, y él podía recordar la llegada del señor y la señora Labson unos diez años antes.

—Ella era una mujer grande y atractiva —dijo—, rondando los treinta. Él era bastante más joven; en aquel entonces apenas parecía recién entrado en la veintena: un joven delgaducho, media cabeza más bajo que su esposa. Me atrevería a decir que ustedes le han visto en el campo de golf, dándole a la pelota completamente solo, ya que va allí cada tarde.

Yo me había fijado más de una vez en un hombre que jugaba solo, y que llevaba un par de palos. Si estaba en un *green* y nos veía acercarse, siempre se marchaba apresuradamente o se retiraba a cierta distancia, dándonos la espalda y esperando a que pasáramos. Pero ninguno de los dos le habíamos prestado especial atención.

—¿Ella no va con él? —pregunté.

—Ella nunca abandona la casa, al menos por lo que yo sé —respondió el posadero—, aunque es bien cierto que no siempre ha sido así. Al principio, cuando llegaron, siempre estaban juntos, jugando al golf, paseando en barca o pescando, y por las tardes llegaba el sonido de canciones o de un piano desde esa habitación del frontal. No vivían aquí todo el año, pero venían de Londres, donde tenían una casa, para pasar dos o tres meses durante el verano, y quizá uno en Navidades y otro en Pascua. Traían consigo amigos que pasaban con ellos gran parte del tiempo, y siempre se notaba que se lo pasaban en grande jugando y bailando, con un gramófono en el que ponían canciones hasta medianoche y más tarde aún. Y entonces, repentinamente, hará unos cinco años o quizá un poco más, algo sucedió y todo cambió. Sí, aquello fue una cosa extraña, y tan repentina, ya digo, como el estallido de un trueno.

—¿Qué interesante! —dijo Jim—. ¿Qué es lo que pasó?

—Bueno, tal y como nosotros lo vemos, fue de la siguiente manera —respondió él—. El señor y la señora Labson estaban pasando aquí juntos el verano, y una mañana, mientras pasaba frente a su puerta, oí la voz de ella, regañándole y recriminándole algo, a él o a otra persona. Probablemente a él, según nos enteramos más tarde. Todo el día se lo pasó gritándole: resultaba asombroso pensar que una mujer pudiera guardar tanto aliento en su cuerpo y tanto odio en su cerebro. Al día siguiente todos los criados, los cinco o seis que tenían, mayordomo, ama de llaves, ayuda de cámara, camarera y cocinero, fueron despedidos; así que se marcharon. Al jardinero se le pagó el sueldo del mes y también se le

dijo que ya no eran necesarios sus servicios, de modo que el señor y la señora Labson se quedaron solos en la casa. Pero también durante la mitad de aquel segundo día continuaron los chillidos y los gritos, por lo que resulta que debía de ser a él a quien estaba recriminando e insultando desde un principio. Se comportaba como una loca, y a él no se le oía ni una palabra. Después hubo un rato de silencio antes de que ella empezara otra vez, y día tras día la cosa siguió así, silencio y después ella gritando. A medida que fueron pasando las semanas el silencio se impuso entre ellos; de vez en cuando ella volvía a empezar, cosa que todavía hace actualmente, pero ahora pasan meses entre estallido y estallido. Meses en los que no se oye ni una mosca.

—¿Y cuál fue la causa de todo aquello? —pregunté.

—Salió en los periódicos —dijo él—, cuando el señor Labson se declaró en quiebra. Había estado especulando en la bolsa de valores, no sólo con su dinero, sino también con el de ella, y había perdido hasta el último penique. Tuvo que vender su casa de Londres, y todo lo que les quedó fue ésta de aquí, que le pertenecía a ella, y una pequeña cantidad de dinero a la que él no había tenido acceso, y que les proporciona una o dos libras semanales. Ya no tienen criados, y ahora el señor Labson sale temprano cada mañana con su cesta de la compra en el brazo y vuelve con provisiones para la cena compradas con uno o dos chelines que ella le da. Dicen que también se encarga de cocinar, y de las labores del hogar, aunque de esto último no se ocupa mucho, a juzgar por lo que se ve desde fuera, mientras ella se sienta con las manos cruzadas sobre el regazo, sin hacer nada desde la mañana hasta la noche. Sentada allí y odiándole, podríamos decir.

Era una historia extraña y siniestra, y a partir de aquel momento la casa adquirió ante mis ojos una capa más profunda de severidad que pasó a formar parte de su esencia.

Su aspecto desolado y desatendido había sido ganado a pulso: las ventanas sucias y la puerta descolorida parecían una expresión adecuada del espíritu que allí habitaba; la casa era la fiel expresión de aquellos que residían en su interior, del hombre cuya inconsciencia o avaricia les había arrastrado hacia una penuria que se acercaba a la ruina, y de la mujer a la cual nunca se veía, pero que se sentaba tras las sucias cortinas odiándole y haciéndole su esclavo... porque él era su esclavo; aquellas horas en las que ella le gritaba y se enfurecía habían quebrado con toda seguridad su espíritu por completo, o de otro modo, fuese cual fuese su delito, se habría rebelado contra una existencia tan servil y sombría. Tan sólo contaba con aquellas dos horas de remisión que ella le otorgaba por las tardes para poder tomar el aire y ejercitarse para mantener la salud antes de regresar a su vida de sumisión, a la reclusión y a la hostilidad a flor de piel.

Tal y como sucede a veces cuando se comienza un tema, el conjunto de experiencias triviales y cotidianas empezó a sembrarse de alusiones y referencias al mismo, y una vez que aquel asunto de la casa de la esquina se puso en marcha, Jim y yo empezamos a ser conscientes de una manera constante de su presencia. Era exactamente igual que si a un reloj le hubieran dado cuerda y se hubiera puesto en marcha: de repente empezábamos a oír, de una manera que no habíamos percibido anteriormente, el constante tic-tac de su maquinaria, mientras las agujas se movían hacia una hora inconjeturable. Fantasiosamente, me pregunté qué hora sería aquella hacia la que se arrastraban las silenciosas agujas. ¿Habría algún tipo de murmullo discordante que nos avisara de que la

hora se acercaba, o no lo percibiríamos para vernos súbitamente alterados por un impacto reverberante? Semejante idea era, por supuesto, puro producto de mi imaginación; pero de alguna manera se había adueñado de mí, y acostumbraba a pasar frente a la casa de la esquina lanzando una mirada inquieta hacia sus sórdidas ventanas, como si fueran el dial que pudiera interpretar el progreso de su sombrío mecanismo interior.

El lector deberá entender que todo esto no se había convertido en una impresión continua. Jim y yo acudíamos a Firham sólo para visitas breves, con intervalos de semanas e incluso meses entre sí. Pero ciertamente, una vez que hubo surgido el tema, tuvimos posibilidad de observar más a menudo al señor Labson. Día tras día veíamos su huidiza figura en el campo de golf, manteniendo las distancias y retirándose a nuestro paso; pero una vez nos acercamos lo suficiente a él antes de que se apercebiera de nuestra presencia. Era una tarde en la que había amenazado lluvia, y con el propósito de estar más cerca de un lugar cubierto en caso de que la tormenta estallara repentinamente, nos habíamos saltado dos recorridos y atravesado una extensión de terreno accidentado hasta llegar a un hoyo que nos ponía en dirección a casa. Estaba colocando su pelota en zona de *tee* cuando alzó la mirada y vio que estábamos detrás de él; dejó escapar un pequeño chillido de terror, recogió su pelota y se escabulló arrastrando los pies, con una mueca de terror abyecto pintada sobre su cara blanca y magra. No nos dio ni una palabra de respuesta cuando Jim le rogó que por favor nos precediera. Ni siquiera se volvió para mirarnos una sola vez.

—Pero si ese hombre está temblando de miedo —dije yo mientras desaparecía—. Apenas podía recoger la pelota.

—¡Pobre Diablo! —dijo Jim—. Desde luego algo inaudito pasa en la casa de la esquina.

Apenas había acabado de hablar cuando la lluvia empezó a caer torrencialmente, de modo que trotamos a la mayor velocidad de la que son capaces dos caballeros de mediana edad hacia el cobertizo de hierro ondulado que hacía las veces de club. Sin embargo, el señor Labson no se nos unió en busca de refugio; le vimos avanzar laboriosamente bajo el chaparrón prefiriendo empaparse antes que enfrentarse a sus semejantes.

Aquella visión cercana del señor Labson había convertido el asunto de la casa de la esquina en algo mucho más real. Tras las cortinas en las que se encendía una luz por las noches, se sentaba un hombre en cuya alma se había entronizado el terror. ¿Era el terror a su compañera, la cual se sentaba allí con él, el que reinaba tan supremo que incluso cuando se alejaba hasta el campo de golf aún le dominaba? ¿Le había arrebatado hasta el último poso de masculinidad y de valor hasta el punto de que ni siquiera era capaz de huir, sino que regresaba a aquella siniestra casa por miedo a su miedo, igual que a un conejo acechado por una comadreja le falta el coraje para escapar a toda velocidad y ponerse a salvo de sus dientes blancos y afilados? ¿O es que existían unos lazos de afecto entre él y la mujer a la que su temeridad había arrastrado hasta la penuria, de modo que como penitencia voluntaria cocinaba y se dejaba esclavizar por ella? Y entonces pensé en la voz que le había estado gritando durante todo aquel día; era más probable que, como Jim había dicho, pasara algo inaudito en la casa de la esquina, ante la cual se acobardaba y de la cual no tenía la fuerza de voluntad para huir.

Le vislumbramos en más ocasiones, como cuando con la cesta de la compra en el brazo, por la mañana temprano, llevaba a la casa pan, leche, y unos despojos baratos del carnicero. En una ocasión le vi entrar en su casa al regresar de las compras. Debía de haber cerrado la puerta con llave antes de salir, ya que en aquel momento volvió a abrirla y, una vez dentro, oí cómo la llave volvía a girar en la cerradura. En otra ocasión, aunque sólo pude apreciar su silueta, vi a aquella con la que compartía su soledad, ya que al pasar frente a la casa de la esquina al atardecer, la lámpara acababa de ser encendida y pude vislumbrar a través de la ventana una habitación sin alfombrar, un techo ennegrecido y un gran sillón colocado frente al fuego de la chimenea. En aquel momento la forma de una mujer se interpuso entre la luz y yo. Era muy alta, e inmensamente ancha y robusta, y sus manos, grandes como las de un hombre, agarraron las cortinas. Un momento más tarde, con un soniquete de anillas moviéndose, las había echado, encerrándose a sí misma y al hombre para pasar la larga tarde invernal y la noche que seguiría.

Esa misma tarde, recuerdo, Jim había tenido ocasión de acudir a la oficina de correos, y regresó a nuestra pequeña y cálida sala de estar con algo de horror en los ojos.

—Tú la has visto —dijo—, y yo la he oído.

—¿A quién? Oh, ¿te refieres a la casa de la esquina? —pregunté.

—Sí. Estaba pasando por delante cuando ella empezó. Te aseguro que me asusté. Apenas parecía una voz humana, o por lo menos no parecía la voz de una persona cuerda. Era más bien como un farfullar estridente y violento de una sola nota, continua, sin pausa. De locos.

El retrato mental de ambos se hizo más siniestro. Era un pensamiento espantoso el que los reunía a los dos, tras las cortinas descoloridas y en aquella habitación desnuda: aquel hombrecillo aterrorizado y aquella mujer monstruosa gritándole y vociferando. Y sin embargo, ¿qué podíamos hacer nosotros? Parecía imposible intervenir de ninguna manera. No era asunto de dos visitantes de Londres el interferir en los asuntos domésticos de dos perfectos extraños. Y, sin embargo, el desenlace probó que cualquier intervención habría estado justificada.

El día siguiente fue húmedo desde la mañana hasta la noche. Un vendaval de lluvia mezclada con aguanieve llegó rugiendo desde el noroeste, y ninguno de nosotros se asomó al exterior, sino que permanecimos cerca del fuego, escuchando al viento ulular en la chimenea y al vendaval arrojar cortinas de agua contra los postigos de las ventanas. Pero al caer la noche el viento cesó y se despejó el cielo, y cuando subí a mi cuarto para acostarme, adormecido por haber pasado todo el día encerrado, vi las sombras de las barras de la ventana completamente negras en oposición a la claridad que llegaba del exterior, y abriendo la persiana pude contemplar una luna radiante. Abajo, un poco a la izquierda, quedaba el descuidado jardín de la casa de la esquina, y allí, en mitad del sendero cubierto por la hierba, estaba la mujer cuya silueta había visto recortada contra la luz de la lámpara de su habitación. Ahora la luna alumbraba de lleno su rostro, y me quedé momentáneamente sin resuello al contemplar aquel horroroso semblante. Era grueso y estaba hinchado más allá de lo creíble, los ojos no eran sino dos pequeños cortes sobre sus mejillas, y los contornos de la boca resultaban invisibles a su sombra. Pero ni siquiera la blancura de la luz lunar daba palidez a su cara, ya que estaba encendida con un

matiz purpúreo tan intenso que casi parecía negro. Tan sólo pude observarla un instante, ya que quizá había oído el repiqueteo de mi persiana, por lo que miró hacia arriba y un minuto más tarde estaba de nuevo en el interior de la casa. Pero aquel momento fue suficiente; sentí que había visto algo infernal, algo más allá del amplio espectro de la humanidad. No era sólo la horrorosa fealdad física de aquella cara monstruosa lo que resultaba tan impactante; era la expresión en sus ojos y su boca, visible en aquel segundo en el que alzó la cara para mirar hacia mi ventana. Había en ella un odio inhumano y una crueldad que estremecían el corazón; los contornos sin rasgos se habían rellenado con detalles más horribles de los que jamás hubiera imaginado.

Volvíamos a estar en el campo de golf a la tarde siguiente, en un día de luz líquida y aire fresco, pero alguna innombrable opresión del espíritu me mantenía aislado de la magnífica y tonificante calidez. La idea de aquel hombrecillo aterrorizado aprisionado todo el día y toda la noche, excepto por sus breves salidas, con aquella mujer que en cualquier momento podía estallar en un torrente de griterío, era como una pesadilla que me llegaba a pleno sol. Hubiera sido agradable haberle visto aquel día, y saber que estaba disfrutando de un pequeño respiro alejado de aquella terrible presencia; pero no vimos ni rastro de él, y cuando regresamos y pasamos frente a la casa de la esquina las cortinas ya estaban echadas y, como de costumbre, todo estaba en silencio.

Jim me tocó el brazo mientras pasábamos frente a las ventanas.

—Pero esta noche no hay ninguna luz —dijo.

Era cierto; las cortinas estaban agujereadas, tal y como yo sabía, en por lo menos media docena de sitios, pero ni a través de ninguno de estos agujeros ni a través de los resquicios de los extremos llegaba la más mínima luz. De alguna manera, este hecho añadió un horror que puso mis nervios en tensión.

—Bueno, no podemos llamar a la puerta y decirles que se han olvidado de encender la lámpara —dije.

Nos detuvimos un momento, e incluso mientras estábamos hablando vi llegar a través de la plaza, dirigiéndose hacia nosotros en el creciente crepúsculo, al hombre al que habíamos echado en falta en el campo de golf aquella tarde. Aunque no le había visto aproximarse, ni oído el sonido de sus pisadas sobre los adoquines, en aquel momento se encontraba a un par de metros de nosotros.

—En todo caso, *aquí* llega —dije.

Jim se giró.

—¿Dónde? —preguntó.

Había al menos una distancia de dos metros entre ambos, y mientras él preguntaba esto el hombre pasó entre los dos y avanzó hacia la puerta de la casa de la esquina. Y entonces, de manera instantánea, vi que Jim y yo estábamos solos. La puerta de la casa de la esquina no se había abierto, pero allí no había nadie.

Jim exclamó sobresaltado:

—¿Qué era eso? Algo me ha rozado.

—¿No has visto nada? —pregunté.

—No, pero he notado algo. No sé lo que era.

—Yo le he visto —dije.

Mis nervios alterados parecían haber infectado a Jim.

—¡Tonterías! —dijo—. ¿Cómo podrías haberle visto? ¿Adonde ha ido, si es que le has visto? No sé qué estamos haciendo aquí.

Antes de que pudiera responder oí en el interior de la casa de la esquina el sonido de unos pesados pasos arrastrándose; una llave giró en la cerradura, y la puerta se abrió. A través de ella, jadeando y resoplando, extrañamente agitada, surgió la mujer que había visto la noche anterior en el jardín.

Había cerrado la puerta y vuelto a echar la llave antes de vernos. Iba sin sombrero y llevaba puestas unas enormes zapatillas cuyos tacones golpeaban el pavimento a cada paso; en su rostro se reflejaba el vacío provocado por algún terror innombrable. Su boca, una caverna en mitad de aquella montaña de carne, estaba abierta de par en par, y de ella nos llegó entonces algo a medio camino entre un jadeo y un estertor. Después, al vernos, rápida como un lagarto, dio media vuelta, se trabó un momento con la llave que todavía llevaba en la mano, y de nuevo nos encontramos con una puerta cerrada y una calle vacía. Toda la escena transcurrió como el parpadeo de una fuerte luz vista entre las tinieblas. Había salido, empujada por un terror particular; después, había vuelto a entrar, al parecer aterrorizada por nuestra presencia.

Regresamos a la posada sin cruzar una sola palabra. En aquel preciso momento no había nada que decir; al menos por mi parte. Sabía que había algo que, por decirlo de alguna manera, estaba recubriendo mi cerebro: una superficie congelada de miedo miserable que debía de ser derretida a toda costa. Sabía lo que había visto, y sabía lo que Jim había notado: algo que no tenía una existencia tangible en el mundo material. Él había sentido lo que yo había visto, y yo había visto la forma y la apariencia corpórea del hombre que vivía en la casa de la esquina. Pero qué era lo que había visto su mujer para hacerla salir de la casa, y por qué al vernos había regresado a ella, no podía ni imaginarlo. Quizá cuando ese cierto horror físico que atenazaba mi cerebro se deshelara podría saberlo.

Poco después estábamos sentados en la pequeña y acogedora salita, con nuestro té preparado y el fuego ardiendo alegre en el hogar. Charlamos, por raro que pudiera parecer, de cualquier cosa excepto *aquella*, pero los silencios que se imponían entre que abandonábamos un tema y el momento en el que conseguíamos introducir otro eran cada vez mayores, hasta que por fin Jim habló.

—Ha pasado algo —dijo—. Tú has visto algo que no estaba allí y yo he sentido algo que tampoco estaba. ¿Qué es lo que hemos visto y sentido? ¿Y qué es lo que ha visto o sentido *ella*?

Apenas había acabado de hablar cuando tocaron en la puerta y entró el posadero. Durante el momento en el que la puerta estuvo abierta me llegó desde el bar de la posada una voz estridente y farfullante, que no había oído jamás, aunque inmediatamente supe que Jim sí lo había hecho.

—La señora Labson se ha acercado hasta el bar, caballeros —dijo—, y quiere saber si eran ustedes quienes se encontraban frente a su casa hace diez minutos. Ella cree que...

Hizo una pausa.

—Es difícil suponer qué es lo que pretende —dijo—. Su marido no ha estado en casa

en todo el día, y aún no ha regresado, y ella piensa que ustedes podrían haberle visto en el campo de golf. Además ha dicho que está pensando en dejar su casa durante un mes, y se pregunta si a ustedes les interesaría alquilarla, pero va de una...

La puerta volvió a abrirse, y allí estaba ella, llenando el hueco de la puerta. Se había tocado la cabeza con un enorme sombrero de plumas, y se había cubierto los hombros con una capa de noche de un rojo brillante, raída y comida por las polillas, pero en sus pies aún permanecían las mismas zapatillas.

—Les parecerá extraño que una dama se entrometa de esta manera —dijo—, pero ¿ustedes son los caballeros a los que he visto admirando mi casa hace un momento?

Sus ojos, completamente vacuos por momentos, repentinamente agudos y escrutadores en otros, se posaron sobre la ventana. Las cortinas no estaban echadas y en el exterior la última luz diurna estaba desvaneciéndose. Arrastró las zapatillas a través de la habitación y echó la persiana, mirando antes hacia el ocaso.

—En realidad no me asombra —siguió diciendo atropelladamente—, ya que mi casa suele ser muy admirada por los turistas. Estaba pensando abandonarla durante unas semanas, aunque no estoy segura de que fuera conveniente hacerlo justo ahora, e incluso aunque así fuese, debería retirar algunos de mis tesoros a un pequeño ático que hay en la parte superior de la casa y cerrarlo bien. Joyas de la familia, ya pueden imaginarse. Pero todo eso es circunstancial. He venido aquí, cometiendo una extraña intromisión, lo sé, para preguntarles si alguno de ustedes había visto a mi marido, el señor Labson (yo soy la señora Labson, tal y como debería haberles dicho)... si le habían visto esta tarde en el campo de golf. Acudió allí a eso de las dos de la tarde y aún no ha regresado. Es algo de lo más extraño, ya que normalmente tiene el té preparado a las cuatro y media.

Hizo una pausa y pareció escuchar con atención; después volvió a acercarse a la ventana y volvió a retirar la persiana.

—Pensé que había oído pasos en mi jardín, aquí al lado —dijo—, y me preguntaba si sería el señor Labson. Es un jardincito tan agradable... un tanto descuidado, quizá. Creo que vi a uno de ustedes, caballeros, apreciándolo anoche, mientras yo tomaba el fresco. Quizá, si no les apeteciese hacerse cargo de toda la casa, les gustaría alquilar un par de habitaciones. Podría proporcionarles una estancia de lo más agradable, el señor Labson siempre ha dicho que soy una magnífica cocinera y anfitrión, y en todos estos años nunca he recibido una palabra de queja por su parte.

Aun así, si se le ha metido en la cabeza marcharse repentinamente de esta manera, me encantaría tener un huésped en la casa, ya que no estoy acostumbrada a estar sola. Estar sola en una casa es algo que nunca he podido soportar.

Se volvió hacia el posadero.

—Tomaré una habitación aquí esta noche, si el señor Labson no regresa. Quizá podría enviar a alguien con una bolsa a recoger lo que necesite. No, eso no estaría bien; ya iré yo misma, si es usted tan amable de acompañarme hasta la puerta de la entrada. Uno nunca sabe con quién puede encontrarse a estas horas de la noche. Y si el señor Labson viniese aquí en mi busca, no le deje entrar en ningún caso. Dígame que no estoy aquí; dígame que me he ido de casa y que no he dejado ninguna dirección. Usted no querrá al señor Labson aquí, ya que no tiene ni un solo penique de su propiedad y no podría pagar el

alojamiento, y yo no voy a mantener su holgazanería durante tanto tiempo. Él me arruinó, y así estaremos en paz. Le dije que...

El torrente de parloteo demente cesó de repente; sus ojos, fijos en un oscuro rincón que había a mis espaldas, se ensancharon aterrorizados, y su boca se abrió. Al mismo tiempo oí un jadeo de asombro y sobresalto de Jim, y me giré rápidamente para ver lo que él y la señora Labson estaban mirando.

Allí estaba aquel al que yo había visto media hora antes apareciendo súbitamente en la plaza y desapareciendo en el interior de la casa de la esquina igual de súbitamente que había llegado. Al siguiente minuto ella había abierto de par en par la puerta y se había abalanzado al exterior. Jim y yo la seguimos y la vimos apresurarse por el pasillo y salir por la puerta del bar hacia la plaza. El terror daba alas a sus pies, y aquella enorme masa deforme salió disparada hasta perderse en la oscuridad de la noche.

Fuimos directamente a la comisaría de policía, y se registró la zona en busca de aquella mujer loca que, yo estaba seguro de ello, era además una asesina. Se dragó el río y, hacia la medianoche, unos pescadores encontraron el cuerpo de la mujer bajo la esclusa que daba comienzo al estuario. Mientras tanto, se había efectuado un registro en la casa de la esquina y, efectivamente, tras el depósito de agua, en el jardín, se descubrió el cadáver de su marido, estrangulado con un pañuelo de seda. Muy cerca del cuerpo se encontró un agujero medio excavado, en el que sin duda ella había pretendido enterrarle.

La Cama Junto A La Ventana

Mi amigo Lionel Bailey entiende las obras del señor Einstein, y las lee con la atención ensimismada y emocionada que la gente corriente dedica a las novelas de detectives. Dice que resultan tan excitantes que es incapaz de dejarlas; siempre le hacen llegar tarde a la cena. Podría ser debido a esta inusual configuración mental que habla sobre el tiempo y el espacio de una manera que a menudo resulta desconcertante, ya que sobre estas cosas piensa de un modo muy diferente a nuestras nociones aceptadas sobre ellas. Aquella noche, sentados junto a mi chimenea oyendo una típica tormenta primaveral de marzo que aullaba en el exterior y arrojaba espesas cortinas de agua contra mi ventana, me había resultado particularmente difícil seguirle. Pero aunque piensa en términos que el hombre corriente encuentra ininteligibles, siempre está dispuesto (aunque con esfuerzos) a abandonar las austeras alturas en las que ronda de manera tan natural para explicarse. Y sus explicaciones son a menudo tan lúcidas que el hombre corriente (me aludo a mí mismo) puede hacerse una idea general de lo que quiere decir. Justo entonces acababa de realizar un comentario extremadamente críptico sobre las dimensiones reales del tiempo, y la evidente incorrección de nuestra concepción sobre el mismo; pero interpretando correctamente el gemido con el que lo recibí, acudió generosamente al rescate.

—Verás, el tiempo, tal y como lo entendemos —dijo—, es una convención sin sentido. Hablamos del futuro y del pasado como si se tratase de polos opuestos, cuando en realidad son lo mismo. Aquello que teníamos por el futuro hace un minuto o hace un siglo, ha pasado ahora a ser el pasado; el futuro siempre está en proceso de convertirse en pasado. Ambos son lo mismo, tal y como acabo de decir, sólo que vistos desde diferentes perspectivas.

—Pero no son lo mismo —dije, de manera bastante poco prudente—. El futuro puede convertirse en pasado, pero el pasado nunca se convierte en futuro.

Lionel suspiró.

—Una afirmación de lo más desafortunada —dijo—. Vaya, si es que todo el futuro está construido a base de pasado; depende de él completamente; el futuro no consiste en otra cosa que no sea el pasado.

Creí entender lo que quería decir. No había razón para negarlo, de modo que intenté otra cosa.

—Sin duda se trata de un asunto resbaladizo y complejo —dijo—. El futuro pasa a ser pasado, y el pasado futuro. Pero afortunadamente hay un referente seguro en toda esta confusión, y ese es el presente. El presente es algo sólido; no hay ningún tipo de duda respecto al presente ¿no?

Lionel se revolvió ligeramente en su silla. Un movimiento de indulgencia, paciente...

—Señor, Señor —dijo—. Has escogido como referente firme y sólido al más inestable y cambiante de todos. ¿Qué es el presente? Para cuando hayas acabado de decir «esto es el presente», ya se habrá deslizado hacia el pasado. El pasado tiene una suerte de existencia

real, y sabemos que el futuro florecerá a partir de él. Pero apenas se puede defender la existencia del presente, ya que en el preciso momento en el que dices que está ahí, ha cambiado. Es, de lejos, el aspecto más elusivo del fantasma que llamamos Tiempo. Es la puerta, y eso es lo máximo que de él se puede decir, a través de la cual el futuro pasa a ser el pasado. Y de algún modo, aunque apenas existe, desde él podemos ver tanto el pasado como el futuro.

Sentí que podía atreverme a contradecir este último punto.

—Gracias a Dios, eso no es posible —dije—. Resultaría terrorífico poder ver el futuro. Ya es suficientemente malo a veces tener que recordar el pasado.

Él negó con la cabeza.

—Pero sí podemos ver el futuro —dijo—. El futuro evoluciona a partir del pasado, y si pudiéramos saberlo todo sobre el pasado deberíamos conocer también todo sobre el futuro. Todo lo que sucede es tan sólo un nuevo eslabón en una cadena de consecuencias inalterables. Lo poco que sabemos del sistema solar, por ejemplo, nos asegura que el sol volverá a aparecer por la mañana.

—Oh, te refieres a eso —dije yo—. Deducciones materiales y matemáticas.

—No, me refiero a todo tipo de cosas. Por ejemplo, estoy seguro de que en alguna ocasión habrás tenido la certeza que todos experimentamos una y otra vez de que alguien va a decir algo en particular. Pasan un par de segundos y entonces dice exactamente lo que estábamos esperando que dijera. Eso no tiene nada de matemático ni de material. Es un pequeño ejemplo de algo importantísimo llamado clarividencia.

—Ya sé a qué te refieres —dije—. Pero podría tratarse de un truco del cerebro. No se trata de una experiencia normal.

—Todo es normal —dijo Lionel—. Todo depende de alguna regla. Sólo llamamos anormales a aquellas cosas cuyas reglas desconocemos. Y además están los *médium*: los *médium* ven constantemente el futuro, y hasta cierto punto todos somos *médium*: todos hemos tenido pequeñas revelaciones.

Hizo una pausa momentánea.

—Y en realidad existe una explicación muy simple —dijo—. Verás, todos existimos en la Eternidad, y sólo durante ese tramo que representa nuestra vida existimos a la vez en el Tiempo. Pero la Eternidad está al margen del Tiempo: el Tiempo es como una especie de niebla que nos envuelve. De vez en cuando, la niebla se aclara, y entonces... ¿Cómo expresar algo tan simple?... Entonces podemos contemplar el Tiempo desde arriba, como si se tratara de una pequeña isla bajo nosotros, perfectamente visible, tanto el futuro, como el presente, como el pasado. Tan sólo podemos echar un vistazo antes de que la niebla vuelva a espesarse y nos envuelva. Pero en esas ocasiones podemos ver el futuro tan claramente como vemos el pasado, y podemos ver también no sólo a aquellos que han trascendido la niebla de los fenómenos materiales, aquellos a los que llamamos fantasmas, sino también el futuro o el pasado de aquellos que aún permanecen en su interior. Todos aparecen ante nosotros tal y como son en la Eternidad, donde no hay ni pasado ni futuro.

Noté que mi capacidad de retener lo que me estaba diciendo empezaba a debilitarse.

—Creo que será suficiente por esta noche —comenté con ligereza—. El futuro es el pasado y el pasado es el futuro, el presente no existe y los fantasmas podrían surgir de lo

que ha ocurrido o de lo que aún está por ocurrir. Me gustaría ver un fantasma del futuro... Y, como te acabas de tomar un whisky con soda en el pasado inmediato, estoy seguro de que te apetecerá tomarte otro en un futuro cercano, ya que ambas cosas son lo mismo. Dime cuándo.

Al día siguiente partí hacia el campo, con la idea de recluirme, a modo de compensación por el par de meses que había pasado perezosamente en Londres, en un pequeño pueblo de la costa de Norfolk, donde no conocía a nadie y en el que, me había informado, no había absolutamente nada que hacer; eso me obligaría a concentrarme en el trabajo aunque sólo fuera para pasar el día de algún modo. Había allí una casa, propiedad de un hombre y su esposa, en la que se aceptaban huéspedes, y en la que planeé recluirme hasta liquidar aquel infernal atraso que arrastraba. El señor Hopkins había sido mayordomo y su esposa cocinera, y (o eso me había comentado un amigo que había podido juzgar sus atenciones) conseguían que sus hospedados se sintiesen realmente cómodos. El señor Hopkins me había escrito para informarme de que en aquel momento había una pareja alojada en la casa, por lo que lamentaba no poder ofrecerme una sala de estar para mí solo. Pero podría proporcionarme una enorme habitación doble, en la que habría suficiente espacio tanto para mi mesa de trabajo como para mis libros. Era suficiente.

Hopkins había enviado un coche a recogerme a la estación de tren más cercana, a once kilómetros de Faringham, y un poco antes de la puesta del sol, un día ventoso y despejado de marzo, llegué al pueblo. Aunque nunca había estado allí, sentí una extraña sensación de remota familiaridad, y supuse que en alguna ocasión debería haber visto, y posteriormente olvidado, alguna aldea parecida. Tan sólo tenía una calle bordeada por casas de pescadores, hechas a base de piedras redondeadas y en cuyas paredes había redes colgadas a secar, y un par de tiendas diversas. La recorrimos en su completa longitud hasta llegar, al final, a una casa de tres pisos, en cuya puerta nos detuvimos. Un espacioso jardín la separaba de la carretera, y una hilera de espigados perales bordeaba el sendero que conducía a la entrada principal; más allá, el terreno se despejaba y se alargaba hacia el horizonte, entrecruzado por grandes diques y zanjas, a través de las cuales pude ver, a dos kilómetros de distancia, una franja blanca de guijarros que anunciaba la presencia del mar. Mi llegada fue anunciada por el claxon del coche, y Hopkins, un hombre delgado, austero y moreno, salió para recoger mi equipaje. Su mujer estaba esperando en el interior, y me condujo hasta mi habitación. Ciertamente era perfecta: tenía dos ventanas desde las que se veían las marismas del este, y junto a una de ellas había sido colocado un enorme escritorio. Un fuego chisporroteaba en la chimenea y había dos camas situadas en lugares opuestos de la habitación, una cerca de la segunda ventana y la otra junto a la chimenea, enfrente de la cual había un enorme sillón. Este sillón tenía una alfombrilla, bajo el escritorio había una papelera, y sobre ella uno de esos anticuados pero útiles artefactos que muestran el día del mes y de la semana en el que se encuentra uno, con clavijas para ajustado. Todo estaba pensado para resultar cómodo; todo parecía inmaculadamente limpio y cuidado, y me sentí como en casa al instante.

—Pero qué habitación más acogedora, señora Hopkins —dije—, es precisamente lo que estaba buscando.

Ella se apartó de la puerta mientras yo hablaba para dejar a su esposo pasar con las maletas. Le arrojó una mirada fugaz y hostil, y me descubrí pensando: «cómo le odia». Pero la impresión fue momentánea, y habiendo escogido dormir en la cama de al lado de la chimenea, bajé las escaleras junto a ella para tomar una taza de té mientras su marido deshacía mi equipaje.

Cuando volví a subir, su labor ya estaba terminada, y todos mis efectos habían sido dispuestos, las ropas guardadas en los cajones del armario y los libros y papeles ordenadamente colocados sobre la mesa. No había pegas posibles; había tomado posesión de aquella agradable habitación como si siempre hubiera vivido y trabajado en ella. Entonces me fijé en que la fecha que marcaba aquel pequeño artefacto ajustable que había sobre la mesa: era un detalle que se le había pasado por alto a la vigilancia de mis caseros, ya que marcaba martes 8 de mayo en vez de la fecha real, jueves 22 de marzo. Me satisfizo bastante comprobar que, después de todo, los Hopkins no eran completamente perfectos, y tras hacer retroceder las ruedecillas hasta que marcaran la fecha correcta, me sumergí en el trabajo inmediatamente, ya que no necesitaba acostumbrarme a nada antes de sentirme como en casa.

Una cena sencilla y excelente fue servida tres horas más tarde, y descubrí que uno de mis compañeros de hospedaje era una dama anciana y sepulcral dotada de una voz gentil pero que apenas hablaba, y como mucho para comentar el tiempo. Tenía junto a ella, sobre la mesa, una baraja de cartas y una botella de medicina. Tomó una dosis de la última tras haber comido, y de inmediato se retiró a la sala de estar común, donde aquella noche y todas las que le siguieron jugó interminables y tristes solitarios. El otro era un joven colorado que me confió que estaba llevando a cabo un estudio sobre las pulgas que infectaban a los caracoles de agua dulce, en cuya busca todos los días dragaba los diques. Había sido tan afortunado como para descubrir una nueva especie que sin duda sería llamada *Pulex Dodsoniana* en su honor. Hopkins nos atendió con atención ligera y silenciosa, y su mujer trajo algunos de los admirables frutos de su cocina. En cierto momento la loza entrechocó sobre la bandeja que ella portaba, lo que produjo una mirada por parte de su esposo que sorprendí casualmente. No era el mero disgusto el que la inspiraba, sino más bien una especie de odio mortal y callado. La cena terminó, y me acerqué durante un par de minutos a la sala de estar, donde la dama sepulcral se concentraba en sus solitarios y el señor Dodson en su microscopio, de modo que muy pronto regresé al piso superior para reanudar mi trabajo.

La habitación estaba agradablemente cálida, mis cosas estaban preparadas para la noche, y durante un par de horas me ensimismé hasta perder la noción del tiempo. Entonces se abrió la puerta de la habitación, silenciosamente, sin que nadie hubiera avisado ni tocado previamente, y allí estaba la señora Hopkins. Dejó escapar un pequeño grito de consternación al verme.

—Le ruego que me disculpe, señor —dijo—. Me había olvidado completamente; qué estúpida. Ésta es la habitación de mi marido, y cuando no se usa suelo ocuparla yo. Me había olvidado completamente.

Me desperté a la mañana siguiente tras una noche repleta de sueños turbadores y tontos, para descubrir el sol desparramándose por las ventanas mientras el señor Hopkins

levantaba las persianas. Había soñado que el señor Dodson entraba para mostrarme una colección de las pulgas con forma de diamante que predaban sobre las cartas de la señora de los solitarios, aunque eso probablemente no sucedería hasta el martes 8 de mayo, ya que, como él mismo había indicado, en aquel momento no podía haber allí ninguna, ya que el presente no existía. Y entonces, Hopkins, que había estado inclinándose sobre la cama que había junto a la ventana, se disculpó por haber entrado en mi habitación, y me explicó que allí podía odiar a su mujer con más intensidad: esperaba no haberme molestado. Después se oyó el estallido de una explosión, que se fundió en mis oídos con el ruido de la persiana al ser elevada, y allí estaba el señor Hopkins... Salí de inmediato de la cama y me vestí, pero de alguna manera aquel farragoso sueño fraguado a base de experiencias reales me siguió rondando. No podía evitar sentir que tenía alguna relevancia; si tan sólo pudiera encontrar la clave... No desapareció ni se evaporó, como suele ser habitual en los sueños, al despertarme; pareció más bien retirarse a alguna cueva o recoveco oculto de mi cerebro, para esperar allí emboscado a que se le volviera a llamar. Entonces me fijé en el calendario que había sobre la mesa, y vi sorprendido que aún registraba martes 8 de mayo, aunque habría jurado que la noche anterior le había puesto la fecha correcta. Y junto a la sorpresa apareció un ligero y más bien incómodo recelo, e involuntariamente me pregunté: ¿A qué martes? ¿A qué 8 de mayo se refería? ¿Era un día de hace años o uno de años por venir? Sabía que tal pregunta era un ultraje al sentido común; probablemente había imaginado que había alterado los cilindros hasta reflejar la fecha real, pero no había llegado a hacerlo. Pero ahora sentía como si aquella fecha se refiriese a un hecho que ya hubiera sucedido, o a uno que aún tenía que suceder. ¿Registraba el pasado o... era quizá como una señal del ferrocarril inesperadamente alterada, durante la noche, en una estación secundaria? La vía parecía despejada, pero, de repente, de entre la oscuridad, llegaría el estruendo y el pitido de un tren que se aproximaba... Esta vez, en todo caso, no habría errores, y me aseguré de que había vuelto a colocar la fecha correcta.

Al principio los días transcurrieron con lentitud, tal y como suele pasar cuando uno se va adaptando a un nuevo entorno, y después empezaron a pasar con una rapidez cada vez más acelerada a medida que me iba acomodando a una rutina de productividad. Trabajaba toda la mañana, me obligaba a salir sin demasiadas ganas durante un par de horas por la tarde, y volvía a enfrascarme en el trabajo tras el té y hasta medianoche. Mi labor prosperaba, me encontraba a gusto, y la casa era realmente cómoda, pero durante todo el tiempo que estuve allí experimenté un misterioso instinto que me impelía a abandonar el lugar, o, dado que me resistía, a terminar lo antes posible mi trabajo para poder marcharme. El fuerte y estimulante aire de la costa a menudo me producía somnolencia cuando entraba, y abandonaba mi escritorio para sentarme en el gran sillón y dormir un rato. Pero siempre tras estas breves y restauradoras siestas me despertaba sobresaltado, sintiendo que Hopkins había entrado silenciosamente en la habitación mientras yo dormía, y acosado por un pánico inexplicable, me giraba esperando verle allí. Y sin embargo, no era a su forma corpórea, si puedo expresarlo así, a la que temía encontrarme, sino a alguna especie de fantasma psíquico que estuviera llevando a cabo siniestras tareas. Eran sus pensamientos los que se concentraban allí (¿se trataba de eso?),

algo surgido de su interior que odiaba y rumiaba. Aquello no me concernía; yo parecía ser nada más que un espectador esperando a que se levantara el telón para asistir a la representación de un siniestro drama. Entonces, a medida que este confuso y espantoso momento de despertar pasaba, del mismo modo se desvanecía el horror; no desapareciendo exactamente, sino más bien ocultándose y preparándose para emerger de nuevo.

Y sin embargo, durante todo aquel tiempo, la rutina de aquella ordenadísima casa continuó fluidamente. Hopkins se mantenía ocupado con sus labores, encargándose de la mayor parte del mantenimiento de la casa, y atendiendo la mesa; su esposa seguía poniendo en práctica sus admirables habilidades en la cocina. A veces la puerta de su habitación estaba abierta, y al subir al segundo piso tras haber cenado, podía verles mientras pasaba, cenando amistosamente. De hecho, empecé a preguntarme si aquellos destellos de desagrado por una parte, y aquellas miradas de odio por la otra, no habrían sido producto enteramente de mi imaginación, ya que era lógico suponer que hubiera algún hecho que les traicionara: un tono de voz excesivo y furioso, una respuesta seca y repentina. Y sin embargo nunca hubo nada de eso; de manera silenciosa y eficiente los dos seguían con su trabajo, y a veces, avanzada la noche, podía oírlos caminar por el ático en el que dormían. Sonaban un par de pasos amortiguados, y después se imponía el silencio hasta por la mañana temprano, cuando yo, medio dormido, oía cómo se reanudaban los discretos movimientos, y pasos ligeros pasaban frente a mi puerta en su camino de descenso hacia el piso de abajo.

Aquella habitación, en la que llevaba ya trabajando tan prósperamente durante tres semanas, estaba convirtiéndose a mis ojos en un lugar encantado y terrible. Nunca en mi vida había visto nada fuera de lo ordinario, y nunca había oído ni un solo sonido que revelara otra presencia excepto la mía y la de las batientes llamas de la chimenea, y me decía a mí mismo que en realidad era yo, o más correctamente mi fantasioso sentido de lo invisible y lo inaudible, quien me estaba turbando y causando la fantasmal invasión. Y sin embargo la habitación debía de tener algo que ver, ya que ni en la planta baja ni en el exterior, a merced de los ventosos días de abril, ni siquiera en la misma puerta de la habitación, observaba ni rastro de aquella obsesión cada vez más marcada. Allí había pasado algo que había dejado su huella inmaterial, y que era imperceptible a los órganos de la vista y el oído, y cuyo efecto no sólo se estaba haciendo notar en mi mente, sino que se estaba filtrando hasta la mismísima fuente de la vida. Y sin embargo, la explicación de que un fantasma estaba surgiendo del pasado no era completamente satisfactoria, ya que fuera el encantamiento que fuera, cada vez estaba más próximo, y aunque sus contornos aún no eran visibles, estaban formándose con gran precisión bajo el velo que los cubría. Estaba estableciendo un contacto conmigo, como si se tratara de un habitante de un mundo remoto que intentara llegar hasta mí a través del tiempo y el espacio y ya empezara a rozarme con las puntas de los dedos, y utilizara para ello pequeños sucesos físicos en la habitación, abarcándome con su influencia. Por ejemplo, una noche en la que me estaba peinando antes de bajar a cenar, una cara pálida y sin rostro asomó por detrás de mi hombro, y entonces, con un temblor contenido, vi que tan sólo se trataba del espejo ovalado que colgaba del techo. En otra ocasión, tumbado en la cama, poco antes de apagar

la luz, un soplo de viento entró a través de la ventana abierta, hinchando las cortinas, y antes de que pudiera averiguar la causa, había un hombre en pijama de rayas inclinándose sobre la cama que había junto a la ventana. A veces, un resuello proveniente de los carbones de la chimenea sonaba en mis oídos como una boqueada estrangulada de alguien. Algo estaba utilizando aquellos sonidos y visiones triviales para su propio fin, amasando mi cerebro para prepararlo y hacerlo receptivo a la revelación que se estaba preparando. Trabajaba de una manera muy inteligente, ya que a la mañana siguiente de que las cortinas se convirtieran en el hombre del pijama de rayas inclinado sobre la otra cama, Hopkins, cuando llamó para despertarme, se disculpó por su atuendo. Se había quedado dormido y, para no retrasar más mi jornada, había bajado con un abrigo sobre su pijama de rayas. Otra noche, la brisa elevó el cobertor de cretona que yacía sobre la cama junto a la ventana, inflándolo hasta crear la forma de un cuerpo tumbado. Se movió y dio media vuelta antes de volver a desinflarse, y justo en ese momento las ascuas jadearon de asfixia. Pero para entonces ya había terminado mi trabajo; me había propuesto no ceder al temor que me pudieran provocar aquellas extrañas y turbadoras fantasías hasta que no lo hubiera hecho, y aquella noche, ya muy tarde, garabateé una línea bajo las últimas palabras de la última página, y añadí la fecha. Me hundí en la silla, bostezando y cansado, pero contento porque ya era libre para regresar a Londres al día siguiente. Durante la última semana había pasado a ser el único huésped de la casa, y reflexioné que era natural que, aislado en mí mismo y mi trabajo durante todo el día, sin ver a nadie, hubiera creado fantasmas para que me hiciesen compañía. Perezosamente, mi mirada se desvió hacia el calendario, y vi que una vez más señalaba martes 8 de mayo... Inmediatamente, me di cuenta de que mis ojos me habían engañado; habían visualizado algo que estaba en mi cerebro, ya que un segundo vistazo me confirmó que el día indicado era de hecho martes, pero 24 de abril.

—Ciertamente ya va siendo hora de que me marche de aquí —me dije.

El fuego se había apagado y la habitación estaba bastante fría. Sintiéndome adormecido y a la vez muy contento de haber terminado mi tarea, me desnudé rápidamente, sin molestarme en abrir la ventana que había junto a la otra cama. Pero las cortinas estaban descorridas y la persiana alzada, y la última cosa que vi antes de dormirme fue un estrecho rayo de luna reflejado en el suelo.

Me desperté, o por lo menos creí haberlo hecho. El rayo de luna se había ensanchado hasta abarcar oblicuamente un buen tramo de la habitación, el cual aparecía completamente iluminado. La cama, situada algo más allá, permanecía entre las sombras, pero resultaba perfectamente visible, y vi que había alguien durmiendo en ella. Y también había alguien al pie de la cama, alguien que vestía un pijama de rayas. Atravesó en dos pasos el parche de luz lunar y después, extendiendo velozmente los brazos hacia el frente, se inclinó sobre la cama. La figura que yacía en ella se movió: se dispararon las rodillas y un brazo asomó por debajo de la colcha. La cama crujió y tembló en respuesta a la lucha que sobre ella se acababa de desatar, pero el hombre se mantuvo con fuerza sobre lo que fuera que estaba agarrando. Saltó sobre la cama, obligando a las rodillas a volver a extenderse, y sobre su hombro reconocí a la mujer que allí yacía. Durante un momento consiguió liberar su cuello del cepo que la tenía agarrada, y pude oír un agónico jadeo que

reclamaba aire. Entonces, las manos del hombre volvieron a encontrar su agarradero: una vez más la cama se agitó, como lo hacen las hojas de los árboles ante un vendaval, y después todo quedó en calma.

El hombre se levantó; permaneció un momento completamente iluminado por la luna, retirándose el sudor de la cara, y pude verle con toda claridad. Entonces me di cuenta de que estaba sentado en la cama, contemplando la familiar habitación. Estaba completamente iluminada por la luz de la luna que se reflejaba en el suelo, pero vacía y silenciosa. Allí estaba la otra cama, con su cobertor de cretona impecablemente alisado.

El desenlace probablemente les resulte familiar a la mayoría como El Asesinato de Farighnam. La mañana del 8 de mayo, según las declaraciones de Hopkins a la policía, bajó como siempre del ático en el que había dormido hasta las siete y media, y descubrió que la puerta principal de su casa había sido forzada, y que estaba abierta. Su esposa aún no había bajado, por lo que subió a la habitación del primer piso en la que habitualmente dormían juntos cuando no estaba siendo usada por algún huésped, y la encontró en su cama, estrangulada. Sin perder un instante llamó a la policía y al doctor, aunque estaba seguro de que había muerto, y mientras les esperaba observó que un cajón de su mesa, en el que solía guardar el dinero, también había sido descerrajado. Ella había acudido al banco el día anterior para cobrar un cheque de cincuenta libras, con las que pensaba pagar las facturas del mes, y los billetes habían desaparecido. Él la había visto guardarlos en el cajón al regresar del banco. Al preguntársele por qué había dormido en el ático, dejando a su mujer sola en el primer piso, respondió que su habitación había sido ocupada recientemente y que volvería a serlo en un par de días, por lo que había juzgado que no merecía la pena trasladarse, aunque su mujer sí lo había hecho.

Sin embargo había dos puntos débiles en su historia. El primero era que la mujer había sido estrangulada mientras yacía en la cama, completamente cubierta con las sábanas y la manta hasta la barbilla. Pero si el supuesto ladrón la hubiera estrangulado al verse descubierto debido a que ella se hubiera despertado y quisiera dar la alarma, parecía increíble que hubiera permanecido tumbada y con la ropa de cama cubriéndola hasta la barbilla. Por otra parte, aunque efectivamente el cajón en el que ella había guardado el dinero había sido forzado, en ningún momento había estado cerrado con llave. El ladrón sólo hubiera tenido que tirar de la manilla y se habría abierto. Hopkins fue detenido y la casa registrada, encontrándose el fajo de billetes en el forro de un viejo y enorme abrigo cuyo que había en el ático. Antes de serle administrada la pena capital, confesó su crimen y relató cómo lo había cometido. Había bajado de su dormitorio, entrando en el de su mujer y estrangulándola. Posteriormente había forzado la puerta principal desde el exterior e, innecesariamente, el cajón en el que ella había guardado el dinero... Al leerlo, pensé en la teoría de Lionel Bailey, y en mi propia experiencia en la habitación en cuyo interior se había cometido el asesinato.

La Silla De Ruedas

A los cincuenta años de edad, Edmund Faraday tenía todas las razones para estar satisfecho de la vida: poseía todo lo que realmente deseaba, y además en abundancia. La salud era una de las principales causas de su satisfacción, y a menudo pensaba que la profesión médica tendría muy poca cosa que hacer si todo el mundo fuese como él. Su apreciación de su buena suerte le permitía en ocasiones tentarla: comía sin mesura y consumía grandes (aunque nunca excesivas) cantidades de alcohol proveniente de diversos tipos de licor, aludiendo agradablemente a su inmunidad ante cualquier efecto desagradable. También hacía saber a todo el mundo que cada mañana tomaba un baño de agua fría, que pasaba diez minutos frente a una ventana haciendo ejercicios y flexiones, y que se tomaba el desayuno con gran apetito. No resultaba tan popular, sin embargo, su escaso respeto por aquellos que tenían que cuidarse. Y no es que lo expresase en términos despreciativos, sino más bien al contrario: mostraba una jovial simpatía por todos aquellos hombres, quizá diez años más jóvenes que él, que elegían ser prudentes con el alcohol.

—Eso que se pierde, abuelo —comentaba—, pero ya espabilará.

Además de estas ventajas físicas, era dueño de unos considerables ingresos derivados de sus acciones en una compañía muy segura dedicada a los grandes almacenes, que él mismo había fundado y de la que era presidente: aquello y sus ahorros acumulados le permitían vivir como le apeteciese. Tenía una casa cerca de Ascot en la que pasaba casi todos los fines de semana, desde el viernes hasta el lunes, jugando constantemente al golf, y otra en Massington Square, convenientemente cercana a su negocio. Podía esperar una razonable y próspera travesía en aquel último tramo de la vida que en los hombres acomodados suele continuar hasta bastante después de haber cumplido los setenta. En Londres estaba acostumbrado a jugar todos los días al bridge durante un par de horas en su club, antes de regresar a su hogar de soltero, del que se encargaba su hermana, y desde la mañana hasta la noche su vida se centraba en disfrutar o procurarse placeres.

Alice Faraday era, dentro de su propio campo, una de las claves de su próspera existencia, ya que era la que se encargaba de los asuntos domésticos. El la veía poco, ya que siempre desayunaba solo y durante la mañana únicamente coincidían unos instantes, cuando él descendía las escaleras para dirigirse hacia su oficina y le decía si vendrían algunos amigos a cenar o si por el contrario era él quien cenaría en otro lugar; entonces ella hablaba con el cocinero, telefoneaba a los proveedores, y recorría la casa para asegurarse de que todo estaba ordenado e impoluto. Al final del día era también rara la ocasión en la que recibían juntos la noche, ya que o bien él cenaba fuera dejándola sola, o bien invitaba a tres o quizá a siete amigos, entre los que formaban una o dos mesas de bridge. En aquellas ocasiones, Alice nunca participaba. No le gustaba jugar a las cartas, estaba bastante sorda, mantenía un silencio nada decorativo y sentía que ya había quedado representada por la admirable comida que les había proporcionado tanto a él

como a sus amigos. En la residencia de Ascot desempeñaba un papel parecido, acudiendo allí en tren los viernes por la mañana para que la casa estuviera preparada cuando llegara él montado en su coche algo más tarde.

A veces Faraday se preguntaba si no se sentiría más a gusto casándose y proporcionándole a Alice una casa modesta que fuera de su propiedad y una renta equivalente, ya que, aunque raras veces la veía, su presencia le repugnaba ligeramente. Pero el matrimonio era algo arriesgado, especialmente para un hombre de su edad, que se había librado durante tanto tiempo, y además podría topar con una esposa que tuviera voluntad propia, y que no entendiera, del modo que lo hacía Alice, que la única razón de su existencia debería ser hacerle sentir cómodo. De nuevo se preguntó si unos criados tan perfectamente adiestrados como los suyos no podrían llevar la casa de una manera tan eficiente como lo hacía su hermana, en cuyo caso ella estaría mejor en otro lugar; él desde luego se sentiría más a gusto si no viviera bajo el mismo techo. Pero podría pasar que su cocinero se despidiera, o que la chica que limpiaba la casa hiciera mal su trabajo, y además había facturas de las que encargarse, e impuestos que pagar, y había que pensar en el abastecimiento. Alice se encargaba de todo aquello, y lo único que él tenía que hacer era extenderle un cheque mensual, refunfuñando al ver el total. Y respecto a sus ocasionales cenas con ella, aunque era aburridísimo sentarse frente a aquella criatura medio sorda, grosera y huesuda, aquellas noches eran las menos, y en cuanto acababa de cenar se retiraba a su estudio y pasaba una o dos horas tolerables entretenido con un libro o un crucigrama. A qué se dedicaba ella, no tenía ni idea, y tampoco es que le importara mientras ella no le importunase. Probablemente leería aquellos espantosos libros sobre el subconsciente y las ciencias ocultas que tanto le gustaban. Para él, con el consciente ya le bastaba, y ella tenía poco espacio reservado en el suyo. Qué mujer tan desagradable y enigmática: qué extraño que él, tan pulcro y robusto, llevara su misma sangre.

Aquel régimen, sin duda el más cómodo que había podido idear para sí mismo, había sido prácticamente impuesto sobre Alice. Ella había cuidado de la casa de su padre hasta la muerte de éste, quien al ir envejeciendo había caído en las malas costumbres. Había perdido un capital considerable especulando estúpidamente en el mercado de valores, y durante sus últimos cinco años había pasado a depender completamente de su hijo, que los había alojado a ambos en un pequeño y sórdido piso a la vuelta de la esquina de Massington Square. Entonces el viejo sufrió un ataque y quedó parcialmente paralizado, y Edmund, siempre despreciativo de los enfermos y los incapaces, le había tacañado hasta el último penique del par de cientos de libras que le pasaba anualmente. Al mismo tiempo, admiraba la habilidad para la gestión y la economía exhibidos por su hermana, que conseguía ofrecerle a su padre una existencia cómoda pese a su magra miseria. Por ejemplo, incluso había conseguido comprarle una silla de ruedas de segunda mano, destartada y desgastada por el uso, con la que los días soleados le paseaba por los jardines de Massington Square, o sencillamente se sentaba a su lado para leerle. Ciertamente, sabía cómo aprovechar el dinero, de modo que, al morir su padre, y ya que era su deber ocuparse de ella, Edmund le ofreció cien libras al año, alojamiento y manutención, a cambio de que llevara la casa por él. Si no aceptaba aquella oferta, debería arreglárselas sola, y dado que no poseía un penique, no estuvo en su mano oponerse.

Habían traído consigo la silla de ruedas, y la había guardado en un gran trastero que había en el jardín trasero de la casa de su hermano. Quizá podría ser de algún uso en otra ocasión.

Edmund Faraday era un hombre astuto, pero nunca sospechó que existiese alguna razón, aparte de la necesidad material, por la que Alice hubiera aceptado su oferta de tan buen grado. Brevemente, esta razón era que su hermana le profesaba un odio que se incrementaba y brillaba furioso ante su presencia. Ella lo abrazaba, lo atesoraba y lo alimentaba, pero para hacer todo aquello necesitaba estar cerca de él: de otra manera, podría enfriarse y morir. Oírle llegar alguna tarde la emocionaba al sentir su cercanía; sentarse con él en silencio durante sus escasas y solitarias cenas, observarle, servirle... representaba un festín para ella. No tenía ningún deseo personal de dañarle, incluso aunque eso hubiera sido posible, pero sentía que debía estar cerca, esperando a que cayera sobre él alguna desgracia inconjeturable, la cual, aunque pudiera demorarse todo lo que quisiera, acabaría por llegar con toda seguridad, al menos mientras ella mantuviera la dinamo de su odio constantemente encendida. Toda emoción intensa, ella lo sabía, representaba una fuerza en el mundo, y antes o después acabaría por realizarse con creces. Durante sus horas solitarias, cuando las tareas del hogar estaban completadas, ella centraba su mente en él, como un proyector, y estudiaba libros de magia y ciencias ocultas que le revelaban o le hacían intuir los poderes otorgados por la concentración. Las brujas y los magos, en los tiempos antiguos, ignorantes de la causa subyacente, pronunciaban hechizos y encantamientos o construían muñecos de cera que representasen a sus víctimas, y los ataban y los pinchaban con agujas con el propósito de producir malestar físico y agudos dolores. Pero todo aquel trabajo con símbolos era un juego de niños: la verdadera fuerza que se escondía detrás, aquella que más convendría dejar libre para realizar su voluntad sin interferencias, era el odio. Y no merecía la pena ser impaciente: era la paciencia la que realizaba un trabajo perfecto. Quizá, cuando su maldición empezara a tomar forma, se le podría ayudar de alguna manera: los miedos podían ser potenciados, se podía aumentar la desesperanza... pero nada más. Tan sólo la espera fatigosa, el deseo intenso, la insaciable y negra llama...

A menudo sentía que el espíritu de su padre se mantenía en contacto con ella, ya que también él había aborrecido a su hijo, y mientras yacía paralizado, sin poder hablar, ella inventaba historias sobre Edmund para entretenerle: cómo perdería todo su dinero, cómo se descubriría un gran fraude en su negocio, cómo le traicionaría su tan cacareada salud, y cómo le atenazaría el cáncer o alguna enfermedad degenerativa; entonces, los ojos del viejo brillaban con alegría, gorjeaba sin poder decir nada y se retorció de placer. Desde la muerte de su padre, Alice aún no había sentido que éste la abandonara; su espíritu estaba cerca de ella y su malevolencia no había disminuido. Ella, por su parte, le hacía el compañero de sus pensamientos: a veces, Edmund llegaba tarde del trabajo, y mientras los minutos se deslizaban sin que él hubiera aparecido aún, ella se sentía como si todavía estuviera inventando historias para su padre, y le contaba que el teléfono sonaría de un momento a otro, y que la llamada provendría de algún hospital al que Edmund habría sido conducido tras sufrir un accidente de tráfico. Pero entonces recordaba que debía mantener a raya sus pensamientos; no debía permitirse definir excesivamente sus ideas ni

sugerir nada a la fuerza que se estaba preparando para actuar sobre él. Y aunque en aquellos momentos todo parecía marchar a la perfección, y los siguientes meses incluso le proporcionaron nuevos beneficios, Alice nunca dudó que llegaría el día de la retribución, siempre y cuando ella fuese paciente y mantuviera aquella dinamo del odio en marcha.

Edmund Faraday se había trasladado hacía relativamente poco a la casa que ahora ocupaba. Previamente había vivido en otra de la misma plaza, una docena de puertas más allá, pero siempre había deseado ésta: era más espaciosa, y contaba en la parte trasera con una considerable parcela de tierra rodeada por una alta pared de ladrillo y ocupada por un jardín de césped y lechos de flores. Sin embargo, aún no había conseguido alquilar la otra casa, y el cartel que el agente inmobiliario había colocado frente a ella era sencillamente horroroso, pero lo peor era que mientras estuviera libre habría dinero por ganar. No obstante, aquella noche, mientras se acercaba a ella, caminando vigorosamente al regresar de su oficina, vio que había un hombre asomado al balcón de la sala de estar: evidentemente, había alguien visitándola. Cuando se estaba acercando, el hombre dio media vuelta, dio un par de pasos hacia la puerta y entró en la casa. Faraday pudo darse cuenta de que cojeaba pesadamente, apoyándose en un bastón y arrojando el cuerpo hacia adelante cada vez que avanzaba la pierna izquierda, como si la articulación no siguiera su juego. Pero aquel no era problema suyo, y se sentía satisfecho con pensar que alguien había acudido a visitar su vacía propiedad. A la mañana siguiente, de camino a la oficina, pasó a ver al agente en cuyas manos había dejado la casa, y le preguntó quién se había interesado por ella. El agente no sabía nada al respecto: no le había cedido las llaves a nadie.

—Pero anoche vi a un hombre en el balcón —dijo Faraday—. Tuvo que hacerse con las llaves de alguna manera.

Sin embargo, las llaves estaban en su lugar habitual, y el agente prometió enviar a alguien de inmediato para asegurarse de que la vivienda estuviera apropiadamente cerrada. Faraday se tomó la molestia de pasar de nuevo cuando regresaba a su casa para enterarse de que todo estaba en orden, que tanto la puerta principal como la trasera estaban cerradas y que no había ni rastro de que hubieran entrado ladrones.

De alguna manera, aquel extraño incidente se grabó en la mente de Faraday, y algo más de una semana más tarde tuvo motivos para recordarlo. Una mañana vio en la calle, un poco por delante de él, a un hombre que cojeaba y se doblaba sobre su bastón, reconociendo de inmediato al visitante de la casa vacía, ya que su constitución y su modo de moverse eran los mismos, por lo que aceleró sus pasos con el objetivo de intentar echarle un vistazo. Pero la acera estaba repleta de gente, y antes de que pudiera alcanzarle el hombre había saltado a la calzada y había sorteado el abundante tráfico, de modo que Edmund le perdió de vista. En otra ocasión, mientras recorría la plaza hacia su casa, le vio caminando por el otro lado y en dirección opuesta, así que retrocedió para intentar interceptarle en el otro extremo del jardín. Pero para cuando llegó a la otra acera, ya no había ni rastro de él. Recorrió con la mirada la calle de arriba abajo; seguramente aquel modo de andar debería de ser visible desde una gran distancia. Se trataba de un hombre grande, de anchos hombros y fornido: debería haber sido fácil distinguirlo. Faraday estaba seguro de que no se trataba de un vecino de la plaza, ya que de otro modo le habría visto

con anterioridad. ¿Qué habría estado haciendo en su casa cerrada? ¿Y por qué, de repente, le veía casi cada día? De una manera bastante irracional, sintió que aquel entrometido y sin embargo elusivo extraño tenía algo que ver con él.

Al día siguiente iba a desplazarse hasta Ascot, y aquella noche fue una de esas escasas ocasiones en las que cenó con su hermana. Apenas tenía apetito, y estaba culpando mentalmente a la comida cuando el habitual silencio se rompió. De repente, su hermana le obsequió con una de aquellas risas suyas que parecía un balido y dijo:

—Se me había olvidado decírtelo. Hoy ha venido un hombre que deseaba hablar contigo sobre el alquiler de la otra casa. No dio ningún nombre y le he dicho que eso era cosa del agente inmobiliario, así que le he dado la dirección. ¿He hecho bien, Edmund?

—¿Cómo era? —dijo él violentamente.

—No he llegado a ver su cara con claridad. Cuando yo he bajado al recibidor ya se había colocado de pie frente a la ventana. Pero era corpulento, más o menos como tú, aunque tullido. Cojeaba mucho y se apoyaba en un bastón.

—¿A qué hora ha sido?

—Un par de minutos antes de que llegaras.

—¿Y entonces?

—Bueno, cuando le he dicho que se dirigiera al agente inmobiliario se ha dado la vuelta y se ha marchado y, como te decía, no he llegado a ver su cara. En todo caso tenía algo raro. Le he observado desde la ventana y le he visto rodear la plaza para marcharse por la otra acera. Un par de minutos después te he oído entrar.

Ella le observó mientras hablaba, y vio que la preocupación teñía su cara.

—No logro averiguar quién es ese tipo —dijo él—. Por tu descripción parece un hombre al que vi en el balcón de la otra casa hace una semana. Sin embargo, cuando fui a preguntarle al agente, resultó que nadie le había solicitado las llaves, y la casa estaba completamente cerrada. Le he visto varias veces desde entonces, aunque nunca de cerca. ¿Por qué no le has preguntado su nombre o su dirección?

—Sinceramente no se me ha ocurrido —respondió ella.

—Si vuelve a aparecer, no te olvides de hacerlo. Y ahora, si has terminado, puedes retirarte. Mañana por la mañana irás a Ascot y prepararás una buena comida. Vendrán tres amigos míos a pasar el fin de semana.

Faraday acudió a su ronda de golf del sábado por la mañana de excelente humor: había ganado sobradamente al bridge la noche anterior y se sentía vigoroso y agudo. La mañana era muy calurosa y el sol resplandecía con fuerza, pero un pequeño grupo de oscuras nubes se aproximaba por el este, amenazando con un chaparrón. Además, resultaba desesperante tener que esperar en uno de los hoyos cortos a que la pareja que iba delante de él dejara de enredarse en las trampas de arena que sembraban el *green*. Finalmente consiguieron superarlas, y Faraday, mientras esperaba a que cambiaran de hoyo, vio que un hombre fornido, que se apoyaba en un bastón y cojeaba pesadamente, les estaba observando.

—Está aquí —dijo para sí—. Ahora podré verle bien.

Pero cuando llegó al *green* el hombre ya se había marchado, y no pudo encontrar ni rastro de él en ninguna parte. En todo caso, conocía a la pareja que iba delante de él, y

podría preguntarles quién era su amigo cuando se encontraran en el club. En aquel momento empezó a llover, durante poco tiempo pero con gran intensidad, por lo que su compañero fue a cambiarse en cuanto entraron en el local. Faraday se burló de aquella precaución: él nunca había cogido un mínimo resfriado, y tampoco había sufrido en su vida la menor punzada de reumatismo, de modo que mientras esperaba a su no tan robusto compañero aprovechó para preguntar sobre quién era aquel tullido a la pareja que había estado jugando por delante de él. Pero ninguno de ellos le conocía: de hecho, ninguno de los dos le había visto siquiera.

De alguna manera aquello estropeó su sensación de bienestar, ya que se trataba de un asunto de lo más extraño. Pero el domingo amaneció despejado y brillante, por lo que nada más despertarse saltó de la cama con la intención de ir a dar un paseo por el jardín antes de tomar su baño. Inmediatamente tuvo que agarrarse a una silla para no caer al suelo. Su pierna izquierda había cedido bajo su peso y un dolor punzante le sacudió la cadera. Qué fastidio: quizá debiera haberse quitado aquellas ropas húmedas la tarde anterior. Se vistió con dificultad y descendió las escaleras cojeando. Alice estaba allí, colocando flores frescas sobre la mesa.

—Vaya, Edmund, ¿qué te pasa? —preguntó.

—Un leve ataque de reumatismo —dijo—. Ya se me pasará en cuanto me mueva un poco.

Pero moverse no resultaba tan fácil: el golf quedaba más allá de toda consideración, y tuvo que quedarse sentado todo el día en el jardín, maldiciendo aquella desacostumbrada aflicción, y durante todo el día la imagen de aquel hombre tullido, cuya complexión era la misma que la suya, se le enterró en el cerebro como un topo.

De regreso a Londres, Faraday visitó a un médico fiable, el cual, tras enterarse de sus baños de agua fría y su indisciplinado uso de los placeres de la mesa y la bodega, le puso a régimen, lo que para él era una de las humillaciones más amargas, ya que acababa de alistarse en el despreciable ejército de los cuidadosos.

—Moderación, mi querido señor —dijo el doctor aconsejándole—. Se acabaron para usted los baños de agua fría y el oporto, y ponga límite a su insaciable apetito. Sería también recomendable que empezara a hacer un poco de ejercicio en los días de diario y reducir el de los fines de semana. Siga trabajando, jugando sus partidas y viendo a sus amigos. Pero sobre todo, moderación, y pronto volveremos a tenerle en plena forma.

De acuerdo a aquellos desagradables consejos, Faraday tomó la costumbre de regresar caminando hasta casa cada vez que acudía a cenar cerca del vecindario, y de dar un par de vueltas a la plaza antes de irse a la cama si lo hacía en casa. Aquella semana, contrariamente a la costumbre, las noches pasaron sin invitados, y la última de ellas, antes de regresar al campo, salió cojeando a eso de las once sintiéndose inquieto y mostrando una extraña aprensión hacia el futuro. Aunque la violencia del ataque había remitido, caminar seguía siendo doloroso y difícil, y sus titubeantes pasos, estaba convencido, no podían sino despertar una despreciable compasión en todos aquellos que le conocían y sabían el hombre dinámico y ágil que había sido. La noche aparecía cubierta de nubes y sofocantemente calurosa, y en el ambiente se respiraban una tensión y una opresión que iban a la par con su humor. Todos los placeres de su vida le habían sido arrebatados por

aquella indisposición, y en su interior sentía con terrible seguridad que aquello no era sino la sombra de un visitante mucho más espantoso que se estaba acercando. Durante toda aquella semana, además, Alice se había comportado de una manera extraña. Parecía esperar algo, y aquella espera la llenaba de un regocijo secreto. Le vigilaba, tomaba notas, estaba alerta...

Había completado su primera ronda a la plaza y se encontraba ahora realizando la segunda, tras la cual se retiraría. Unos cien metros le separaban de su casa, y tanto la acera como la calzada aparecían completamente desiertas. Entonces, a medida que se acercaba a su puerta, vio que una figura avanzaba en su dirección; como él, cojeaba y se apoyaba en un bastón. Pero aunque hacía una semana había querido encontrarse con aquel hombre cara a cara, algo en su mente había cambiado, y ahora la perspectiva de encontrárselo le llenaba de un tembloroso terror. No había manera, en todo caso, de evitar aquel encuentro, a no ser que volviera a retroceder, y pensar que aquel hombre le estaba siguiendo le parecía algo más intolerable aún que enfrentarse a él. Entonces, mientras se encontraba a unos doce metros, vio que el otro se había detenido justo frente a su puerta, como si le estuviese esperando.

Faraday agarró sus llaves, preparado para entrar. No pensaba mirar al tipo en absoluto, sino pasar a su lado con la cabeza inclinada. Cuando apenas se encontraba a medio metro de él, el otro extendió la mano como haciendo un gesto que reclamara su detención, e involuntariamente Faraday se volvió. El hombre se encontraba junto a una lámpara, y su cara aparecía completamente iluminada. Y aquella cara era la cara de Faraday: era como si se estuviera enfrentando a su propia imagen en un espejo... Respirando dificultosamente, entró en su casa y cerró de un portazo. Allí estaba Alice, a su lado, esperándole, con toda seguridad.

—Edmund —dijo, y junto a esa misma seguridad percibió en su voz un temblor que delataba alegría—, acabo de salir para echar una carta al correo y me he encontrado con el hombre que vino el otro día a preguntar por la casa. Qué curioso.

Él se limpió los goterones de sudor frío que le invadían la frente.

—¿Le has visto bien? —preguntó—. ¿Cómo era?

Ella dejó escapar su risa bovina, y sus ojos brillaron alegres.

—¡Es algo de lo más extraordinario! —dijo—. Se te parece tanto que llegué a hablarle antes de darme cuenta de que no eras tú. Su modo de andar, su complexión, su rostro: todo. ¡Extraordinario! Bueno, me voy a la cama. Ya es tarde, pero pensé que querrías saber que estaba por aquí, por si acaso querías charlar con él. Me pregunto quién será y qué querrá. ¡Felices sueños!

A pesar de aquellos buenos deseos, Faraday no durmió bien en absoluto. Siguiendo su costumbre, había abierto completamente las ventanas antes de acostarse, y estaba quedándose dormido cuando oyó en el exterior unos pasos irregulares y el sonido de un bastón golpeando contra el suelo; su propio paso, podría haber pensado, y el sonido de su propio bastón. Se paseaba frente a su casa, de un lado a otro, patrullando su reducido perímetro. A veces cesaba durante un rato, pero tan pronto como el sueño empezaba a rondarle empezaba de nuevo. ¿Debería mirar, se preguntaba, y ver si había alguien ahí? Desechó la idea, ya que la perspectiva de volver a mirarse a sí mismo, a su propia cara y a

su propio cuerpo, le inundaba la frente de sudor. Finalmente, incapaz de seguir soportando aquella vigilia, se asomó a la ventana. Desde un extremo al otro, hasta donde le alcanzaba la vista, la plaza estaba vacía salvo por la presencia de un policía que realizaba su ronda en silencio, iluminándose con su linterna.

El doctor Inglis le visitó al día siguiente. Desde su última cita, había examinado las radiografías de la articulación dañada, y podía ofrecerle nuevos detalles. No había rastros de artritis; un reumatismo muscular, el cual sin duda desaparecería con el apropiado tratamiento, era todo el achaque. De modo que Faraday se dirigió a su oficina, mientras que el doctor se quedó para hablar con Alice, ya que, según le había confesado jovialmente el primero, sospechaba que no iba a ser un paciente demasiado obediente, y que debería decirle a su hermana cuáles eran sus instrucciones respecto a la comida y los medicamentos.

—Físicamente no tiene ningún problema demasiado grave, señorita Faraday —dijo—, pero hay algo que quiero consultarle. Le he encontrado muy nervioso y estoy seguro de que quería contarme algo, pero no se ha decidido a hacerlo. Debería haber superado este reumatismo hace días, pero tiene algo en la mente que está minando su vitalidad. ¿Tiene usted idea, en completa confidencialidad, por supuesto, de qué podría tratarse?

Ella lanzó un pequeño balido, riendo.

—Ya sé que no está bien que me ría, doctor Inglis —dijo—, pero es que me alivia tanto saber que no le pasa nada malo a mi querido Edmund... Sí, hay algo que le preocupa... ¡Caramba, es algo tan ridículo que apenas puedo hablar de ello!

—Pero quiero saberlo.

—Bueno, se trata de un tullido al que ha visto en varias ocasiones. Yo también le he visto, y lo más extraño es que es exactamente igual a Edmund. Anoche se lo encontró frente a la casa y entró... bueno, con un aspecto horrible.

—¿Y cuándo le vio por primera vez? Apuesto a que fue después de que le asaltara esta cojera.

—No. Fue antes. Ambos le vimos antes. Era como si... ¡va a sonar tan tonto!... como si esta especie de doble suyo le hubiera mostrado lo que iba a sucederle.

Había regocijo y placer en su voz. Y qué desaliñada y grosera resultaba su apariencia con aquel mechón de pelo gris revuelto sobre su frente y sus manos descuidadas. El doctor Inglis sintió disgusto: se preguntó si estaría del todo bien de la cabeza.

Ella se agarró una rodilla con aquellos dedos largos y huesudos.

—De modo que eso es lo que le turba. Oh, le conozco perfectamente —dijo—. A Edmund le aterroriza ese hombre. No sabe lo que es. No *quién es*, sino *qué es*.

—¿Pero qué es lo que hay que temer? —preguntó el doctor—. El tullido no es producto de su alterada imaginación, ya que también usted le ha visto. Es un ser humano normal y corriente.

Ella se rió de nuevo y palmeó como una niña complacida.

—¡Oh, por supuesto, así debe ser! —dijo—. De modo que no hay nada que temer. ¡Espléndido! Tengo que decírselo a Edmund. ¡Qué alivio! Y en cuanto a las reglas que usted le ha impuesto, sobre la comida y toda eso, seré muy estricta con él. Comprobaré que hace exactamente lo que le ha dicho. Seré implacable.

Durante una semana o dos, Faraday no volvió a ver a aquel visitante no bienvenido, pero no le olvidó, y en algún lugar de su cerebro, bien enterrada, permanecía aquella sensación de miedo. Entonces llegó una noche en la que había estado fuera cenando con unos amigos: la comida y el vino eran excelentes, y los otros se habían burlado de él por su condición de abstemio, de modo que relajó un poco sus restricciones y disfrutó de una noche alegre, como en los viejos tiempos. Le parecía haber escapado de la sombra que se había cernido sobre él, y regresó caminando a casa de buen humor, cojeando y apoyándose en su bastón, pero con bastante más energía que en los días anteriores. Debía levantarse por la mañana temprano, ya que se aproximaba la asamblea general de su compañía y al día siguiente tenía que acabar de escribir su discurso para los accionistas. Les ofrecería una agradable media hora; los almacenes Faraday habían conseguido un doce por ciento libre de impuestos y un cinco por ciento en el incremento de beneficios.

Tomó un atajo a través de la oscura callejuela en la que había residido su padre durante sus últimos años de enfermedad, y sus pensamientos retrocedieron, con el sentimiento de una carga liberada, a la última vez que le había visto vivo, sentado en su silla de ruedas en el jardín de la plaza, mientras Alice le leía. Edmund se había acercado hasta el jardín para charlar con él, pero su padre sólo le había mirado con malevolencia desde sus hundidos ojos, farfullando y murmurando desde su barba. Era como un mono viejo, pensó Edmund, desdentado, furioso y débil, y entonces, súbitamente, le había golpeado con la mano que aún podía mover. Edmund le había respondido ofreciéndole el lado más agresivo de su labia; le había dicho que más le valía comportarse mejor si no quería que le retirase su pensión. ¡Vaya una manera más agradable de comportarse con un hijo que le había dado hasta el último penique que tenía!

De este modo, meditando agradablemente, salió de aquel desagradable callejón y se aproximó a la plaza. Aquella noche había bastante gente, los coches recorrían una y otra dirección y un taxi se había detenido en la casa que había al lado de la suya, privándole de cualquier otra visión de la calle. Al sobrepasarlo vio que justo debajo de la lámpara, frente a su propia puerta, había una silla de ruedas vacía. Detrás de ella, como si fuera a empujarla cuando su ocupante estuviera preparado, se alzaba un viejo de barba blanca y desordenada. Observándole, Edmund pudo ver sus ojos hundidos y su boca balbuceante, y entonces lo reconoció. Las llaves se le escaparon de la mano, pero sin detenerse para recogerlas se abalanzó sobre las escaleras y, en un acceso de pánico incontrolable, empezó a llamar al timbre y al aldabón de la puerta además de golpearla con sus propias manos. Oyó pasos en el interior, y allí estaba Alice. La empujó y se derrumbó sobre una silla del recibidor. Antes de que ella cerrase la puerta y se le acercara, sonrió y besó la mano de alguien que esperaba en el exterior.

Con dificultad consiguieron subirle hasta su habitación, ya que aunque hasta entonces se hubiera mostrado activo, todas las fuerzas parecían haberle abandonado, los huesos le bailaban en sus articulaciones, y ascendió las escaleras balanceándose y retorciéndose cada vez que subía un escalón. Siguiendo sus directrices, Alice cerró con cerrojo las ventanas y echó las cortinas; él no dijo ni una sola palabra sobre lo que había visto, pero no hacía falta que lo hiciera.

Después de dejarle, ella se retiró a su propia habitación, alerta y ansiosa, ya que

¿quién podía saber lo que podría pasar antes de que llegara el día? Qué inteligente había sido dejando el trabajo en otras manos: no había tenido más que concentrarse y pensar, y ahora podía contemplar cómo sus pensamientos y la fuerza que había permanecido oculta detrás de ellos empezaban a tomar forma en el mundo material. El terror, ese gran mecanismo destructivo, tenía atenazado a Edmund, el cual había quedado atrapado entre su maquinaria y estaba siendo arrastrado hacia sus implacables tornos. Y aun así, ella no debía interferir: debía seguir odiándole y deseándole males. Qué momento tan maravilloso había resultado aquel en el que había aporreado la puerta, frenético de terror, y cuando al abrirla había visto la destartada silla de ruedas y a su padre detrás de ella. Apenas pudo dormir aquella noche, pero yació feliz y preguntándose, reconfortada y tensa, si la fuerza podría volver a reunirse en cualquier momento para otorgar el golpe que acabara de una vez por todas con todo. Pero la breve y cálida noche de verano pronto se convirtió en día, y ella retomó las tareas de la casa, de modo que todo resultara lo más cómodo posible para Edmund.

En aquel momento bajó su criado, con orden de telefonear al doctor Inglis. Después de que el doctor le viera, solicitó volver a hablar con Alice. Esta repetición de su entrevista le resultó tan encantadora... Era como la repetición de un fraseo musical en una sinfonía, amplificado e interpretado por más instrumentos, ya que el punto de vista que sobre su paciente le ofreció fue mucho más pesimista. Aquella repentina rigidez de las articulaciones no podía ser explicada mediante causas físicas, y además había llegado acompañada de una acentuada pérdida de energías que no podía ser explicada con ninguna lesión corporal. Ciertamente había recibido un *shock* tremendo, mas no quería hablar de ello. De nuevo el doctor le preguntó si sabía algo al respecto, pero todo lo que ella le pudo decir fue que había llegado la noche anterior en un estado de terror absoluto y de colapso completo. Además, había otra cosa. Estaba muy preocupado por el discurso que debía dar en su asamblea general. Era importantísimo que descansara y durmiera, y mientras aquel discurso ocupara su mente, evidentemente no podría conseguirlo. Estaba determinado a levantarse para descender a su estudio, donde tenía los papeles necesarios. Con la ayuda de su criado, podría llegar hasta allí, y cuando su trabajo estuviese acabado, podría descansar tranquilamente. El doctor Inglis regresaría por la tarde para volver a examinarle: también sería recomendable que pasara una o dos semanas en una casa de reposo. Le dijo a Alice que le vigilara intermitentemente, y que si algo la alarmaba enviara a alguien a avisarle. Enseguida volvió al piso de arriba para ayudar a Edmund a bajar, y entonces se oyeron los ruidos de unas pesadas pisadas, y los crujidos del pasamanos, como si un peso muerto se estuviese deslizando sobre él. Aquello le trajo a Alice a la memoria el recuerdo del funeral de su padre, y del momento en el que habían descendido su ataúd por las estrechas escaleras de la pequeña casa que la generosidad de su hijo les había proporcionado.

Acompañó a su hermano y al doctor hasta el estudio y le acomodaron junto a la mesa. La habitación daba al jardín que había en la parte trasera de la casa, y una enorme ventana francesa, que se abría directamente sobre el suelo, se comunicaba con él. Destacaba en su interior un platanero con el follaje veraniego en todo su esplendor; aquella mañana bochornosa la habitación estaba oscurecida por la luz verdosa y

crepuscular que se filtraba a través de sus hojas. La mesa estaba repleta de folios desparramados, y Faraday se sentó en una silla dándole la espalda a la ventana. Bajo aquella curiosa y sombría luz su rostro parecía extrañamente incoloro, mientras que los movimientos de sus manos parecían vacilar y tropezar entre los papeles.

Alice regresó una hora más tarde mientras él seguía allí sentado, tan ocupado que ni siquiera le dirigió la palabra, y ella encendió la luz eléctrica porque el día se había oscurecido aún más; y después cerró la ventana del jardín porque había empezado a llover intensamente. Mientras echaba los cerrojos, vio que la figura de su padre se erguía allí afuera, apenas a un metro de distancia. Él sonrió y asintió, y puso un dedo frente a sus labios, como si solicitara silencio; después le hizo un leve gesto indicándole que se retirara, y ella abandonó la habitación, dirigiendo una mirada hacia atrás al cerrar la puerta. Su hermano seguía afanándose con su trabajo, y la figura del exterior se había acercado aún más a la ventana. Alice deseaba quedarse, deseaba ver con sus propios ojos lo que iba a suceder, pero era mejor obedecer aquel gesto y marcharse. El recibidor estaba muy oscuro, y ella permaneció allí unos instantes, escuchando atentamente. Entonces, de la puerta que acababa de cerrar, le llegó el inconfundible chasquido de una llave al ser echada, y de nuevo todo quedó en silencio salvo por el tamborileo de la lluvia y el chapoteo de los canalones rebosantes. Iba a suceder algo: ¿serían los estertores de una mortal agonía los que rompiesen el silencio, o continuarían los canalones borboteando hasta que todo hubiese acabado?

Entonces, el silencio se quebró en mil pedazos. La voz de Edmund se elevó progresivamente, enronqueciéndose en un balbuceo suplicante, hasta convertirse en un alarido que cesó tan repentinamente como si se hubiese tratado de un interruptor que se apaga. En el interior de la habitación algo se desplomó golpeándose contra el suelo. Desde el piso superior bajó el criado de Edmund.

—¿Qué ha sido eso, señorita? —dijo en un susurro asustado, girando la manecilla de la puerta—. Vaya, el señor se ha encerrado.

—Sí, está ocupado —dijo Alice—, quizá no quiere que le molesten. Pero yo también lo he oído, y después he oído algo que caía. Llama a la puerta y mira a ver si responde.

El hombre llamó, esperó un momento y volvió a llamar. Entonces, desde el interior, llegó el sonido de una llave deslizándose en la cerradura, y entraron.

La habitación estaba vacía. La luz aún permanecía encendida sobre la mesa, pero la silla en la que había dejado a Edmund hacía cinco minutos yacía volcada, y la ventana que había cerrado estaba abierta de par en par. Alice observó el jardín, que aparecía tan vacío como la habitación. Pero la puerta del trastero en el que estaba guardada la silla de ruedas de su padre estaba abierta, y ella corrió bajo la lluvia para mirar en el interior. Edmund estaba sentado sobre la silla, y su cabeza colgaba inerte sobre el borde.

Monos

Pese a que aún no había transcurrido demasiado tiempo desde su entrada en la treintena, R. Hugh Morris se había ganado mercedamente la reputación de ser uno de los más hábiles y osados cirujanos de toda la profesión, y tanto en su consulta privada como en el voluntariado que ejercía en uno de los grandes hospitales de Londres, su récord de operaciones con éxito permanecía inigualado entre sus colegas. Creía que la vivisección era el modo más fructífero de progresar con el que contaba la cirugía, manteniendo, con razón o sin ella, que estaba justificado causar dolor a los animales, si bien ahorrándoles todo el sufrimiento posible, mientras existiera una esperanza razonable de adquirir conocimientos que en operaciones similares realizadas a seres humanos pudieran salvar vidas o mitigar dolores; la motivación era buena y el beneficio, de hecho, inmenso. Pero no sentía sino desprecio por aquellos que, por simple diversión, sacaban a sus jaurías para que persiguieran zorros hasta el desfallecimiento, o hacían competir a dos sabuesos para ver cuál sería el primero en darle el mordisco mortal a una aterrorizada liebre: eso, para él, no era sino una tortura gratuita completamente injustificable. Un año tras otro renunciaba a sus vacaciones, y la mayor parte de las veces ocupaba su tiempo libre, una vez acabada la jornada laboral, en estudiar.

Él y su amigo Jack Madden estaban cenando juntos una cálida noche de octubre en su casa con vistas a Regent's Park. Las ventanas de la sala de estar de la planta baja estaban abiertas y ambos fumaban sentados en el ancho alféizar. Madden partía al día siguiente para Egipto, donde llevaba a cabo trabajos arqueológicos, y había intentado en vano convencer a Morris para que se le uniera durante un mes en el alto Nilo, donde pasaría el invierno ocupado en la excavación de un cementerio recientemente descubierto en la ribera opuesta a Luxor, cerca de Medinet Habu. Pero no hubo manera.

—Cuando la vista me falle y mis manos titubeen —dijo Morris—, será el momento de pensar en tomarse un respiro. ¿De qué me sirven ahora unas vacaciones? Estaría todo el tiempo deseando volver al trabajo. Disfruto más trabajando que holgazaneando. Es una cuestión de puro egoísmo.

—Bueno, pues por una vez no seas egoísta —dijo Madden—. Además, tu trabajo se beneficiaría de ello. No relajarse nunca no puede ser bueno para nadie. Seguramente volver a sentirse descansado merece algún sacrificio.

—Apenas ninguno si gozas de una constitución fuerte como la mía. Creo que una dedicación continuada es necesaria si se quieren obtener progresos. Uno puede cansarse pero ¿por qué no? Nunca me siento cansado cuando estoy realizando una operación peligrosa, y eso es lo importante. Y el tiempo pasa tan rápido... Dentro de veinte años ya habré dejado atrás mis mejores momentos, y será entonces cuando disfrute de mis vacaciones, y cuando mis vacaciones finalicen cruzaré los brazos y dormiré para siempre jamás. Gracias a Dios, no temo la existencia de una vida tras la muerte. La chispa de la vitalidad que nos ha animado arde lentamente y acaba por apagarse como una vela a merced del viento, y respecto a mi cuerpo ¿qué me importa lo que le pueda pasar cuando

lo haya abandonado? Nada quedará de mí excepto la pequeña contribución que haya podido hacer al campo de la cirugía y que en un par de años quedará superada. Salvo por eso, habré desaparecido completamente.

Madden añadió un chorro de soda a su vaso.

—Bueno, si con eso zanjás el tema...—comenzó.

—Yo no lo he zanjado, ha sido la ciencia —dijo Morris—, El cuerpo se transmuta, los gusanos se ceban en él, se convierte en abono que ayuda a que crezca la hierba, y la hierba es después comida por algún otro animal. Pero en lo que respecta a la supervivencia del espíritu individual del hombre, muéstrame una sola evidencia científica que pueda probarla. Además, si sobreviviera, toda su maldad y su rencor sobrevivirían también a buen seguro. ¿Por qué debería la muerte de un cuerpo purgarlo de todo eso? Considerar tal posibilidad no representa sino una pesadilla, y curiosamente hay dementes como los espiritualistas que quieren persuadirnos de que la pesadilla es real con el objetivo de consolarnos. Pero más curiosos aún son esos antiguos egipcios tuyos, que pensaban que había algo sagrado en sus cuerpos aunque ya los hubieran abandonado. ¿No me contaste que cubrían sus ataúdes con maldiciones dirigidas a quien perturbara sus huesos?

—Constantemente —dijo Madden—. De hecho, esa es la norma general. Inquietantes maldiciones escritas con jeroglíficos sobre el ataúd o grabadas sobre el sarcófago.

—Lo que no te va a impedir este invierno abrir tantas tumbas como puedas encontrar y despojarlas de todo objeto de interés o valor.

Madden rió.

—Ciertamente no va a hacerlo —dijo—. Extraigo de las tumbas todos los objetos de arte y desenvuelvo las momias en busca de escarabajos y demás joyería. Pero me impongo como regla obligatoria volver a enterrar los cuerpos. No digo que crea en el poder de esas maldiciones, pero en todo caso la exhibición de una momia en un museo me parece algo indecente.

—¿Pero y si encontraras un cuerpo momificado que presentara malformaciones interesantes, no lo enviarías a algún Instituto Anatómico?—preguntó Morris.

—Aún no me he visto en la situación —dijo Madden—, pero estoy bastante seguro de que no lo haría.

—Entonces es que eres un Godo supersticioso y un Vándalo antieducacional —observó Morris— ...Vaya, ¿qué es eso?

Se asomó a la ventana mientras hablaba. La luz de la habitación iluminaba con intensidad una cuadrícula del césped del jardín, a través de la cual se arrastraba la pequeña y crispada forma de un animal. Hugh Morris saltó de la ventana y regresó al instante portando cuidadosamente sobre sus manos extendidas un monito gris gravemente herido. Sus patas traseras se extendían inmóviles, como si estuviera parcialmente paralizado.

Morris lo recorrió con sus dedos suaves y expertos.

—Me pregunto qué le pasará a este pobre diablillo —dijo—. Parálisis de las extremidades inferiores: parece una lesión de columna.

El mono permanecía inmóvil, mirándole con ojos angustiados y conmovedores, mientras seguía palpándolo.

—Justo, lo que pensaba —dijo—. Fractura de una de las vértebras lumbares. ¡Menuda suerte la mía! Es una lesión poco habitual, pero a menudo me he preguntado... Y, quizá, también el mono haya tenido suerte, aunque eso ya no sea demasiado probable. Si fuera un hombre o uno de mis pacientes, no me atrevería a correr el riesgo. Pero, tal y como están las cosas...

Al día siguiente, Jack Madden inició su viaje hacia el sur, y para mediados de noviembre ya estaba trabajando en el cementerio recientemente descubierto. Él y otro inglés estaban a cargo de la excavación, aunque bajo el control del Departamento de Antigüedades del Gobierno Egipcio. Para estar más próximos a su trabajo y evitar tener que tomar diariamente el ferry de Luxor para cruzar el Nilo, alquilaron una espaciosa casa local en el cercano pueblo de Gurnah. Desde allí, un pequeño precipicio de arenisca se dirigía hacia el norte hasta llegar al templo y los banales de Deir-el-Bahari; era en su frontal, aunque a un nivel inferior, donde reposaba el antiguo cementerio. Aún había que retirar grandes acumulaciones de arena antes de que la auténtica exploración de las tumbas pudiera dar comienzo, pero las trincheras abiertas al pie del gran desnivel ya habían revelado la existencia de una amplia zona merecedora de ser investigada.

Los sepulcros más importantes, según pudieron comprobar, estaban tallados directamente sobre la faz del pequeño precipicio, pero la mayoría de ellos habían sido saqueados antaño, ya que las losas que formaban la entrada aparecían partidas y las momias desenvueltas. En alguna que otra ocasión, sin embargo, Madden desenterraba una tumba que había escapado a los merodeadores, llegando a encontrar en una el sarcófago de un sacerdote de la decimonovena dinastía; sólo eso ya compensaba las semanas de trabajo infructuoso. Había allí cerca de un centenar de estatuillas *ushaptiu* recubiertas por el más fino barniz azul; había cuatro vasijas de alabastro en cuyo interior habían sido depositadas las vísceras del difunto, extraídas antes del embalsamamiento; había una mesa cuya superficie estaba taraceada por cuadrados de cristal de diferentes colores y cuyas patas habían sido talladas en mármol y ébano; había unas sandalias del sacerdote adornadas con exquisitas filigranas de plata; había un báculo, engalanado con incrustaciones de Cornelia y oro, y en cuyo extremo superior, formando el puño, aparecía la achaparrada figura de un gato tallada en amatista; y la momia, al retirársele las vendas, resultó estar adornada con un collar de placas de oro y cuentas de ónice. Todo fue enviado al museo Gizeh en El Cairo, y Madden volvió a enterrar la momia al pie del precipicio, bajo la tumba. Escribió a Hugh Morris relatándole el hallazgo y haciendo especial hincapié en el imperturbable esplendor de los cristalinos días de invierno, en los que desde la mañana hasta la noche el sol cruzaba un cielo completamente azul, y en el de las frescas noches, en las que las estrellas se alzaban y se ponían sobre un horizonte inmaculado. Si por alguna razón Hugh cambiase de opinión, había sitio de sobra para él en la casa de Gurnah, donde sería muy bien recibido.

Quince días más tarde Madden recibió un telegrama de su amigo. Le informaba de que no se había sentido bien y que partía de inmediato en viaje por mar hasta Port Said, desde donde se dirigiría directamente a Luxor. A su debido tiempo, anunció su llegada a El Cairo y Madden cruzó el río para recibirle: fue reconfortante encontrarle tan vital y activo como siempre, el vivo retrato de la salud. Aquella noche los dos estuvieron solos, ya

que el colega de Madden había partido en un viaje de una semana Nilo arriba, y se sentaron, una vez finalizada la cena, en el patio cerrado de que disponía la casa. Hasta entonces Morris había evitado hablar de sí mismo o de su salud.

—Ahora debería contarte qué es lo que me ha pasado —dijo—, ya que sé que como inválido resulto un completo fraude y físicamente no me he encontrado mejor en mi vida. Todos mis órganos, excepto uno, han funcionado a la perfección, pero algo fue realmente mal con ése aunque sólo fuera en una ocasión. Sucedió así.

Hizo una pausa momentánea.

—Cuando te fuiste —dijo—, continué con mi rutina de siempre durante un mes o así, muy ocupado, muy sereno y, debería decir, con muchos éxitos. Entonces, una mañana, llegué al hospital para llevar a cabo una operación ordinaria pero importante. El paciente, un hombre, había sido llevado al quirófano y ya estaba anestesiado. Estaba a punto de hacer la primera incisión en el abdomen cuando vi que en su pecho se había sentado un monito gris. No me miraba a mí, sino al pliegue de piel que sostenía entre el índice y el pulgar. Por supuesto, sabía que allí no había ningún mono y que estaba sufriendo una alucinación, y supongo que coincidirás conmigo en que no había ningún problema con mis nervios cuando te diga que continué operando con la vista clara y la mano firme. Tenía que seguir: no había otra elección. No podía decir: «Por favor, llévense a ese mono», porque sabía que no había ninguno. Ni podía decir: «Esto va a tener que hacerlo algún otro porque estoy sufriendo una alucinación y veo un mono sentado sobre el pecho del paciente». Habría sido el fin de mi carrera como cirujano. Mientras estuve operando se sentó allí, absorto en mi trabajo y observando la herida la mayor parte del tiempo, pero de vez en cuando me miraba y chillaba con rabia. En una ocasión rozó una tenacilla con la que sostenía una vena dañada; ese fue el peor momento de todos. Al final se lo llevaron, aún balanceándose sobre el pecho del hombre... Creo que me tomaré una copa. Un poco más cargada, por favor... Gracias.

—Una experiencia abominable —dijo cuando hubo bebido—. Al salir del hospital me dirigí directamente a la consulta de mi viejo amigo Robert Angus, el alienista y especialista en enfermedades nerviosas, y le conté exactamente lo que me había pasado. Me hizo diversas pruebas: me examinó la vista, me probó los reflejos, me tomó la presión sanguínea... No había absolutamente nada anormal. Después me preguntó sobre mi salud en general y sobre diversos aspectos de mi vida, y entre todas estas preguntas había una que a buen seguro ya se te habrá ocurrido, es decir, si últimamente me había sucedido algo, por poco relacionado que pudiera parecer, que me pudiera llevar a visualizar un mono. Le conté que algunas semanas antes un mono con una vértebra lumbar rota se había arrastrado hasta mi jardín y que había intentado llevar a cabo con él una operación, fijar la vértebra rota con alambre, que llevaba tiempo contemplando como posible. ¿Recuerdas aquella noche, sin duda?

—Perfectamente —dijo Madden—. Partí para Egipto al día siguiente. Por cierto, ¿qué le paso al mono?

—Vivió dos días. Lo cual me satisfizo, porque no había esperado que sobreviviera más allá de la anestesia o del *shock* inicial. Pero volviendo a lo que te estaba contando. Cuando Angus hubo acabado de interrogarme, me dio un buen rapapolvo. Dijo que

durante años había estado saturando continuamente mi cerebro sin darle la oportunidad de descansar o de cambiar de ocupación, y que si quería seguir siendo de alguna utilidad para el mundo debía abandonar inmediatamente mi trabajo, por lo menos durante un par de meses. Me dijo que aunque mi cerebro estaba agotado yo había seguido estimulándolo, que un hombre como yo no era mejor que un completo borracho, y que había tenido una primera muestra de *delirium tremens* como aviso. La única solución era abandonar el trabajo al igual que un borracho debe abandonar la bebida. Lo dejó claro: dijo que estaba al borde de un derrumbamiento nervioso, enteramente debido a mi propia estupidez, y que pese a disfrutar de una maravillosa constitución física, si el derrumbamiento sobreviniera, acabaría hecho una desgracia. Sobre todo, y esto me pareció un consejo tremendamente acertado, me dijo que no intentara evitar pensar en lo que me había ocurrido. Sí lo alejaba de mi mente, quizá se filtrara hasta mi subconsciente y entonces podrían presentarse bastantes más problemas. «Piensa en lo tonto que has sido, regodéate en ello», me dijo. «Enfréntate a la situación, analízala en profundidad, avergüénzate de ti mismo». Tampoco debía dejar de pensar en monos. De hecho, me recomendó que fuera directamente a visitar el zoológico, y que pasara una hora frente a su jaula.

—Curioso tratamiento —interrumpió Madden.

—Brillante, más bien. Mi cerebro, me explicó, se había rebelado contra la esclavitud a la que lo había sometido, y el mono había sido su manera de alzar una bandera roja. Por lo tanto debía demostrarle que tal visión no me había asustado. Debía contraatacar obligándome a mirar docenas de monos reales, de los que te pueden morder y agredir salvajemente, en oposición a ese monito falso e inexistente. Al mismo tiempo, debía tomarme en serio el aviso, reconocer la existencia del peligro y descansar. Me prometió que de esta manera los falsos monos no volverían a molestarme. Por cierto, ¿en Egipto hay monos?

—Por lo que yo sé, no —dijo Madden—, pero alguna vez tuvo que haber, porque hay imágenes de ellos en muchas de las tumbas y templos.

—Eso está bien, mantendremos fresca mi memoria y tranquilo mi cerebro. Bueno, esa es la historia. ¿Qué te parece?

—Terrorífica —dijo Madden—. Debes de tener unos nervios de acero para haber conseguido terminar la operación con aquel mono mirando.

—Una hora infernal. Aquella maldita cosa había salido arrastrándose de algún jugo cerebral trastornado y se mostró ante mis ojos como algo sustancial. No vino del exterior, no fueron mis ojos los que le dijeron a mi cerebro que había un mono sentado sobre el pecho de aquel hombre, sino mi cerebro el que engañó a los ojos. Me sentí como si alguien en quien confiara absolutamente me hubiera estafado. Posteriormente también me planteé si a algún nivel subconsciente mi mente podría estar rebelándose contra la idea de la vivisección. La razón me dice que está justificada, pues nos enseña que el dolor puede ser aliviado y la muerte pospuesta. ¿Pero, y si mi subconsciente obligó a mi cerebro a darme un buen susto reproduciendo frente a mis ojos la semblanza de un mono, precisamente cuando estaba poniendo en práctica lo que había aprendido haciendo sufrir y morir a varios animales?

Se levantó súbitamente.

—¿Qué tal si nos acostamos? —dijo—. Cuando tenía trabajo me bastaba con dormir cinco horas, pero ahora creo que podría agotar la cuerda del reloj cada noche.

Young Wilson, el colega de Madden en las excavaciones, regresó al día siguiente y los trabajos continuaron a buen ritmo. Uno de ellos acostumbraba a encontrarse ya en el lugar para iniciar la actividad poco después del amanecer, y o bien uno o bien los dos a la vez, la supervisaban continuamente, hasta el ocaso, con un intervalo de un par de horas al mediodía. Cuando el trabajo consistía en despejar la cara frontal del precipicio o en acarrear lejos de allí la tierra sedimentada, la presencia de uno de ellos era más que suficiente, ya que no había otra cosa que hacer salvo asegurarse de que los obreros cavaban industrialmente, y pasaban regularmente con sus cestas repletas de tierra y arena sobre los hombros hacia la franja de desechos, que se extendía alejándose del área de excavaciones en alargadas penínsulas de suelo pisoteado. Pero, a medida que avanzaban a lo largo de aquella cresta de arenisca, iban apareciendo de vez en cuando superficies cinceladas que reclamaban la presencia de ambos. Se creaba una gran expectación para ver si, una vez expuesta, la losa tallada que formaba la puerta de la tumba había logrado escapar a los antiguos saqueadores y permanecía intacta para la moderna exploración. Pero llevaban ya varios días en los que no lograban encontrar un sepulcro que no hubiera sido abierto con anterioridad. Las momias, en aquellos casos, habían sido desvendadas en busca de collares y escarabajos, y sus huesos aparecían desparramados. Madden siempre se apresuraba a reenterrarlos.

Al principio Hugh Morris acudió asiduamente a observar el progreso de las excavaciones, pero al ver que un día seguía al otro sin que se encontrara nada de interés, su presencia se hizo cada vez menos frecuente; no estaba de vacaciones para pasar los días viendo cómo trasladaban arena de un sitio a otro. Visitó el Valle de los Reyes, atravesó el río y contempló los templos de Karnak, pero su apetito por las antigüedades era limitado. Había días que cabalgaba por el desierto, y otros los pasaba reunido con amigos en uno de los hoteles de Luxor. Una noche llegó de allí extrañamente bienhumorado, ya que había estado jugando al tenis con una mujer a la que había operado de un tumor maligno seis meses antes, y ahora brincaba por la pista como si fuese una niña de dos años.

—Dios, cómo deseo volver a trabajar —exclamó—. Me pregunto si no debería haberme mantenido firme, y haber desafiado a mi cerebro a que intentara asustarme con sus fantasmas.

Pasaron otras dos semanas, y ya sólo quedaban dos días para su regreso a Inglaterra, donde esperaba reincorporarse al trabajo de manera inmediata: ya había comprado los billetes y reservado una litera. Mientras desayunaba aquella mañana con Wilson, llegó uno de los trabajadores de la excavación portando una nota garabateada apresuradamente por Madden, diciendo que acaba de toparse con una tumba que parecía estar intacta, ya que la losa que la cerraba no había sido rota. Para Wilson, la noticia fue como la visión de una vela para un marinero abandonado en una isla desierta, y cuando, un cuarto de hora más tarde, Morris le siguió, llegó justo a tiempo para ver cómo la losa era retirada con una palanca. En su interior no había ningún sarcófago, ya que las mismas paredes de roca realizaban su función, pero sí yacía, barnizado con un tinte tan brillante que podría haber

sido pintado el día anterior, el ataúd de la momia, que reproducía toscamente los contornos de una figura humana. A su lado estaban las vasijas de alabastro que contenían las entrañas del difunto, y en cada rincón del sepulcro, talladas en la roca, formando cuatro pilares que ayudaban a sostener el techo, había cuatro estatuas de un enorme mono sentado en cuclillas. El ataúd fue izado y trasladado en unas andas de madera por varios trabajadores hasta el patio de la casa de los excavadores en Gurnah, donde se procedería a su apertura y al desvendamiento del cadáver.

Se pusieron a trabajar en ello en cuanto terminaron de cenar: el rostro pintado sobre la tapa era el de una chica o el de una mujer joven, y tras descifrar la inscripción jeroglífica, Madden nos leyó que en el interior yacía el cuerpo de A-pen-ara, hija del supervisor de ganado de Senmut.

—El resto sigue la fórmula habitual —dijo—. Sí, sí... Ah, esto te interesará, Hugh, ya que en una ocasión me preguntaste sobre ello. A-pen-ara maldice a todo aquel que profane sus huesos, y en caso de que lo hiciere, los guardianes de su sepulcro acudirán a él para asegurarse de que muera sin descendencia, conociendo el pánico y la agonía; los guardianes de su sepulcro, además, le arrancarán el pelo de la cabeza, le extraerán los ojos de sus cuencas y le arrebatarán el dedo pulgar de su mano derecha al igual que el hombre arrebata sus jóvenes granos a la vaina del maíz.

Morris se rió.

—¿Qué atentos, verdad? —dijo—. ¿Y quiénes son los guardianes del sepulcro de esta joven y dulce dama? ¿Aquellos cuatro grandes monos tallados en las esquinas?

—Sin duda. Pero no hará falta que se molesten, ya que mañana enterraré con toda decencia los huesos de la señorita A-pen-ara al mismo pie de su tumba, en la zanja. Estará más segura allí, ya que si volvemos a dejarla donde la encontramos pronto tendrían trozos de ella la mitad de los rapazuclos de Luxor. «¿Quiere una mano de momia, señora?... Caballero, el pie de una auténtica reina sólo por diez piastras»... Ahora, retiremos las vendas.

Para entonces ya había oscurecido, y Wilson trajo una lámpara de parafina, que ardía sin ondulaciones en el aire inmóvil. La tapa del ataúd fue retirada sin dificultades, y en su interior se hallaba el delgado y rígido cuerpo. El embalsamado no se había realizado con excesivo cuidado, ya que tanto la piel como la carne de la cabeza habían desaparecido, dejando únicamente los huesos de la calavera manchados de betún marrón. A su alrededor había una mata de pelo que, al entrar en contacto con el aire, se hundió como un *soufflé* pasado y se deshizo en polvo. Las ropas que envolvían el cuerpo resultaron igual de quebradizas, pero alrededor del cuello aguantaba aún un collar de curiosa y extraña artesanía: pequeñas figurillas de marfil que representaban monos acucillados se alternaban con cuentas de plata. Pero, de nuevo, bastó un toque para romper el hilo que las unía a todas, y cada elemento tuvo que ser recogido singularmente. Encontraron un brazalete de escarabajos y Cornelias que seguía unido a una de las descarnadas muñecas, y después le dieron la vuelta al cuerpo para recoger los fragmentos del collar que hubieran quedado bajo la nuca. Los podridos ropajes de la momia se desgarraron completamente por la espalda, descubriendo los hombros y la espalda hasta la pelvis. Allí el embalsamamiento había sido mejor realizado, ya que los huesos aún se mantenían juntos,

unidos por restos de músculo y cartílago.

De repente, Hugh Morris dio un bote.

—¡Dios mío, mirad ahí! —gritó—. Una de las vértebras lumbares, ahí, en la base de la columna. Está rota y vuelta a soldar con la ayuda de una banda de metal. ¡Al diablo con vuestras antiguallas! ¡Dejadme examinar algo que es mucho más moderno que cualquiera de nosotros!

Empujó a un lado a Jack Madden y contempló aquella maravilla de la cirugía.

—Acércame la lámpara —dijo, como si se dirigiese a una enfermera en una de sus operaciones—. Sí: esa vértebra se había roto exactamente por la mitad, y ha sido soldada. Por lo que yo sé, absolutamente nadie, excepto yo, había intentado jamás una operación como ésta, y yo sólo la he llevado a cabo en aquel monito paralizado que se arrastró hasta mi jardín. Y sin embargo, un cirujano egipcio consiguió hacérsela a una mujer hace más de tres mil años. ¡Y mirad, mirad! Sobrevivió, ya que la vértebra rota tiene esa fluorescencia calcica que denota recuperación y que incluso ha cubierto la banda de metal. Algo así requiere un proceso lentísimo, y debió de llevarse a cabo mientras estuvo viva, ya que no se desarrolla en un cadáver. Esta mujer vivió bastante: probablemente se recuperó por completo. Y mi desgraciado monito no aguantó más de dos días de pura agonía.

Aquellos experimentados e hipersensibles dedos de cirujano eran capaces de percibir más matices aún que la misma vista, de modo que cerró los ojos mientras recorría con ellos la fractura de la vértebra y la banda de metal que la había mantenido unida.

—La banda no rodea el hueso por completo —dijo—, y no hay clavos sujetándola. Debe de tener una especie de resorte que, una vez colocada, la mantiene completamente tensa. Fue puesta de manera que actuara directamente sobre el hueso: el cirujano debió de raspar la vértebra hasta retirar toda la carne antes de acoplarla. Daría dos años de mi vida por haber podido ver, como si fuera un estudiante, el modo en que llevaba a cabo esta obra maestra de la destreza, y desde luego ha merecido la pena abandonar mi trabajo durante dos meses aunque sólo fuera para ver el resultado. Incluso la lesión es tan poco habitual, esta rotura de vértebra espinal... Probablemente la horca provoque algo parecido, ¡pero por supuesto eso sí que ya no tiene arreglo! ¡Dios mío, después de todo mis vacaciones no han resultado ser una pérdida de tiempo!

Madden decidió que no merecía la pena enviar el ataúd al museo de Gizeh, ya que era bastante ordinario, y una vez finalizado el examen levantaron el cuerpo para volver a introducirlo en su interior, dejándolo preparado para volver a enterrarlo al día siguiente. Hacía tiempo que había pasado la medianoche y la casa estaba sumida en la oscuridad.

Hugh Morris durmió en la planta baja, en una habitación que daba al patio en el que yacía el ataúd de la momia. Permaneció despierto durante un buen rato, maravillándose ante aquella asombrosa exhibición de cirugía llevada a cabo, según Madden, hacía treinta y cinco siglos. Tan ocupada había estado su mente descubriéndose ante ella que no fue hasta aquel momento que cayó en que la prueba de la operación iba a ser enterrada y perdida para la ciencia al día siguiente. Debía persuadir a Madden para que le permitiera retirar por lo menos tres vértebras, la tratada y las inmediatamente inferior y superior, para que pudiera llevárselas de vuelta a Inglaterra como prueba de lo que podía conseguirse: daría una conferencia sobre su hallazgo y lo presentaría en el Colegio Real de

Cirujanos como ejemplo o incitación. Otros ojos capacitados, además de los suyos, debían ver el éxito que había conseguido aquel desconocido cirujano de la decimonovena dinastía... ¿Pero y si Madden se negaba? Continuamente había insistido en la conveniencia de enterrar escrupulosamente aquellos restos: para él se trataba de un principio a seguir, y sin duda había también en ello algo de superstición, un impulso difícil de combatir por lo completamente irracional. En definitiva, era imposible arriesgarse a la posibilidad de que se negara.

Se levantó de la cama, escuchó un momento a través de su puerta, y después salió al patio silenciosamente. La luna ya había salido, ya que el brillo de las estrellas había palidecido, y aunque sus rayos no caían directamente sobre el patio, la penumbra había sido dispersada por la luminosidad del cielo, de modo que no necesitó una linterna. Levantó la tapa del ataúd y retiró los trapos andrajosos con los que Madden había vuelto a cubrir el cuerpo. Había pensado que aquellas vértebras inferiores que estaba determinado a conseguir iban a separarse fácilmente, tan dañados estaban tanto los músculos como el cartílago; sin embargo se resistieron como si estuvieran agarradas por un cepo, y tuvo que emplear hasta el último gramo de fuerza que había en sus poderosas manos para partir la columna, lo que provocó que los dañados huesos se desgajaran ruidosamente, como un disparo. Pero no hubo indicios de que nadie en la casa lo hubiera oído, ya que no se oyeron pasos, ninguna luz se encendió. Provocó otra fractura y la reliquia fue suya. Antes de volver a colocar en su sitio aquellos ropajes hechos jirones, volvió a contemplar aquellos huesos manchados y descarnados. Las vacías cuencas se habían llenado de sombras, como si aún contuvieran unos ojos hundidos y negros que le estuvieran mirando fijamente; la boca sin labios parecía gruñir y hacer muecas. Incluso mientras miraba pareció sobrevenir sobre ella un cambio de aspecto, ya que durante un breve momento le pareció que en su lugar yacía un enorme mono marrón que le contemplaba. Pero aquella ilusión se desvaneció instantáneamente y, tras volver a colocar la tapa del ataúd, regresó a su habitación.

La momia fue reenterrada al día siguiente, y dos días más tarde Morris abandonó Luxor en el tren nocturno de El Cairo, para después tomar el barco que le llevaría desde Port Said hasta casa. Aún le quedaban algunas horas libres antes de que el barco partiera, por lo que tras haber facturado su equipaje, incluido un maletín de piel bien cerrado, almorzó en el café Tewfik, cercano al muelle. Frente a él había un jardín repleto de palmeras y de vallas alegremente sepultadas por buganvillas: una barandilla de madera no muy alta lo separaba de la calle, y Morris había pedido una mesa cercana a ésta. Mientras comía observó el policromático paisanaje del mundo oriental desfilando frente a él: había oficiales egipcios vestidos con anchos abrigos cruzados y tocados con feces rojos; *fellahins* descalzos y con los dedos de los pies increíblemente separados y vestidos con gabardina; mujeres con velo y de punta en blanco que lanzaban miradas furtivas a aquellos con los que se cruzaban; desharrapados que vagaban semidesnudos, uno de ellos tocado con un ramillete de hibiscos escarlatas detrás de la oreja; viajeros de la India con anchos sombreros para protegerse del sol y aire de distante superioridad británica; desaliñados hijos del Profeta con turbantes verdes; un majestuoso jeque de blanco inmaculado; maquilladas damas francesas, indudablemente profesionales, con sus

parasoles bordados y sus provocativas miradas; un derviche de mirada salvaje, vestido con una falda de acordeón, que mascaba la nuez del betel dejando escapar parte del contenido de su boca por las comisuras de los labios. Un limpiabotas griego que llevaba una caja adornada por placas de metal golpeaba sobre ella con sus cepillos invitando a los clientes; una joven egipcia se sentaba en cuclillas sobre un canalón escuchando un gramófono; los vapores que recorrían el canal hacían sonar sus sirenas.

Entonces, paseando junto al borde de la acera, llegó un joven italiano con un organillo colgado: con una mano tocaba una popular pieza de Verdi y con la otra agarraba una pequeña taza de metal en la que recibía el tributo de los amantes de la música; un monito vestido con una chaquetilla amarilla, unido a su muñeca por un cordel, se sentaba sobre su instrumento. El músico se había situado frente a Morris. A éste le agradó la alegre y tintineante tonada, buscó en su bolsillo una piastra y le hizo señas con la mano para que se acercara. El muchacho sonrió y se aproximó a la barandilla.

Entonces, repentinamente, el melancólico mono saltó del organillo para arrojar sobre la mesa en la que estaba sentado Morris. Aterrizó sobre ella, chillando con rabia entre una barahúnda de cristales rotos. Un jarrón volcó violentamente, un plato se hizo añicos contra el suelo, la taza de café de Morris descargó su negro contenido sobre el mantel. Inmediatamente, el italiano tiró hacia sí de la cuerda y la pequeña y frenética bestia salió disparada hacia atrás, cayendo de cabeza sobre el pavimento. Se armó un pequeño alboroto, el camarero que había atendido a Morris imprecó al joven con volubles insultos, un policía pateó al mono mientras yacía en el suelo y el organillo se tambaleó hasta acabar por caer y despedazarse contra el suelo. Después, todo volvió a calmarse, y el muchacho italiano recogió de la calzada el pequeño cadáver del mono. Lo extendió en sus brazos hacia Morris.

—*E morto* —dijo.

—Merecido lo tenía —replicó Morris—. ¿Por qué ha saltado sobre mí de esa manera?

A medida que iban pasando los días y que el barco le acercaba cada vez más a Londres, aquel trágico incidente, del que él no había sido responsable, se convirtió en un motivo recurrente al que su mente regresaba una y otra vez durante aquellas interminables horas de ocio a bordo, en las que un hombre presta tan poca atención al libro que está leyendo como a lo que pasa a su alrededor. A veces, si la sombra de una gaviota recorría la cubierta en su dirección, su primer pensamiento, antes de que sus ojos pudieran contradecirle, era el de que aquella sombra era un mono arrojándose sobre él. Un día se encontraron con una fuerte tormenta procedente del oeste: un estallido de cristales se produjo junto a su codo, debido a que un repentino bandazo del barco había desequilibrado al camarero, y Morris se levantó bruscamente de su mesa pensando que el mono había vuelto a saltar sobre ella. Una noche hubo un espectáculo cinematográfico en el gran salón, durante el cual un naturalista exhibió las grabaciones que había tomado de la vida salvaje en las junglas de la India: cuando en la pantalla aparecieron las imágenes de un grupo de monos balanceándose entre los árboles, Morris agarró involuntariamente los brazos de su silla dominado por un pánico atroz que le atenazó durante una fracción de segundo hasta que se dijo a sí mismo que sólo estaba viendo una película en el salón de un vapor que pasaba frente a las costas de Portugal. Una noche en su camarote, estando

medio adormecido, vio un animal agachado junto a su maletín de cuero. Su respiración se detuvo bruscamente antes de darse cuenta de que sólo se trataba de un amistoso gato que le miró con ojos brillantes y arqueando el lomo...

Aquellos sustos fantásticos e irracionales eran inquietantes. Todavía no se había repetido la alucinación del monito, pero desde luego aquello para cuya cura había pasado dos meses en Egipto seguía profundamente enterrado en su mente. Debería volver a consultar a Robert Angus en cuanto llegara a casa y pedirle consejo. Probablemente aquel incidente de Port Said había reavivado el problema y además le había añadido una nueva dimensión: ahora estaba asustado de monos reales, brotaba terror de la oscuridad de su alma. Pero en cuanto a que aquello tuviera relación con su tesoro hurtado... una superstición tan infantil y absurda como aquella sólo merecía ser ridiculizada. A menudo abría su maletín de cuero y se sentaba a contemplar aquel milagro de la cirugía que podía volver a convertir en prácticas habilidades largamente olvidadas.

Pero se sentía contento de volver a Inglaterra. Durante los tres últimos días de viaje ninguna amenaza había surgido de entre las sombras, de modo que probablemente se había estado preocupando en vano. Aquella cálida tarde de marzo se había posado una ligera niebla sobre Regent's Park y caía una fina llovizna. Estableció una cita con el especialista para la mañana siguiente y telefoneó al hospital para informar de que había regresado y que quería reincorporarse al trabajo de inmediato. Cenó de muy buen humor, charlando con su criado, y, cuando surgió el tema en la conversación, le mostró sus preciados huesos, contándole que había tomado la reliquia de una momia que había visto desvendada y que pretendía ofrecer una conferencia al respecto. Cuando se fue a la cama se llevó consigo el maletín de piel. La cama resultaba comodísima en comparación con la litera del barco, y a través de la ventana abierta le llegaba el suave siseo de la lluvia cayendo sobre los arbustos.

Su criado dormía en una habitación situada directamente sobre la suya. Un poco antes de que amaneciera se despertó sobresaltado a causa de unos horribles chillidos que llegaban de algún lugar muy cercano. Entonces oyó unos gritos inteligibles que pertenecían a una voz a la que conocía bien:

—¡Socorro! ¡Socorro! ¡Oh, Dios mío, Dios mío! ¡Ah...h...! —y volvió a chillar.

El criado se apresuró descendiendo las escaleras y encendió la luz de la habitación de Morris al entrar. Los gritos habían cesado: ya sólo se oía un suave gemido que llegaba desde la cama. Sobre ella se inclinaba un enorme simio enfrascado en alguna labor. Entonces, tomando el cuerpo que allí yacía por el cuello y la cadera, el simio lo dobló hacia atrás hasta que crujió como un palo seco. Después, abrió violentamente el maletín de piel que estaba sobre la mesilla de noche, agarró algo que brilló entre sus húmedos dedos y se abalanzó por la ventana desapareciendo en la noche.

Un doctor llegó media hora después, pero era demasiado tarde. Puñados de pelo con trozos de piel unidos a ellos habían sido arrancados de la cabeza del hombre asesinado, ambos ojos habían sido extraídos de sus cuencas, el pulgar derecho había sido arrancado de cuajo, y la espalda se había roto a la altura de las vértebras inferiores.

Desde entonces, no ha salido a la luz ninguna revelación que pudiera explicar

racionalmente la tragedia. Ningún simio había escapado del vecino jardín zoológico, ni, según se pudo comprobar, de ningún otro sitio. Aquel monstruoso visitante nocturno no volvió a ser visto. Y el desenlace resultó aún más misterioso, ya que Madden, al regresar a Inglaterra tras la finalización de la temporada en Egipto, le preguntó al criado de Morris qué era exactamente aquello que su señor le dijo haber tomado de una momia desvendada, y recibió de él la suficiente información como para hacerse una idea clara de lo que se trataba. Al siguiente otoño continuó sus excavaciones en el cementerio de Gurnah, volvió desenterrar el ataúd de A-pen-ara y lo abrió. Sin embargo, la columna vertebral estaba entera y en su sitio: una de las vértebras tenía el aro plateado que Morris había saludado como un logro único en la historia de la cirugía.

El Santuario

Era enero, y Francis Elton estaba pasando dos semanas de vacaciones en Engadine cuando recibió el telegrama que le anunció la muerte de su tío, Horace Elton, y su derecho de sucesión a una más que considerable fortuna. El telegrama añadía que la ceremonia de cremación de los restos se celebraría aquel mismo día, resultándole imposible acudir a la misma; no existía por tanto ninguna razón por la que debiera acelerar su regreso.

En una carta que le llegó dos días más tarde, el notario, el señor Angus, le amplió los detalles: la herencia consistía por una parte en bienes por la cantidad de 80.000 libras esterlinas, y por otra en la hacienda del señor Elton, situada a las afueras del pequeño pueblo de Wedderburn, en Hampshire. Ésta consistía en una encantadora casa con su respectivo jardín y en unos cuantos acres de terreno edificable. Todo esto le había sido dejado a Francis, pero la finca acarreaba consigo una renta de 500 libras al año a favor del Reverendo Owen Barton.

Francis apenas sabía nada de su tío, el cual se había comportado durante mucho tiempo como un recluso; de hecho hacía ya casi cuatro años que no le veía, desde que había pasado tres días con él en su casa de Wedderburn. Apenas le quedaban vagos aunque ligeramente inquietantes recuerdos de aquella estancia, y en su viaje de regreso, mientras yacía en la litera de aquel bamboleanante tren, su cerebro, revolviendo adormecido entre sus enterrados recuerdos, empezó a desenterrarlos. En realidad no estaban nada definidos: consistían principalmente en sugerencias laterales e impresiones oblicuas, cosas observadas, por decirlo de alguna manera, a través del rabillo del ojo, y nunca examinadas de manera directa.

En aquella ocasión era sólo un muchacho que acababa de terminar la escuela y que disfrutaba de las vacaciones veraniegas durante un agosto caluroso y sofocante, y recordaba que su visita se había producido justo antes de ingresar en una academia en Londres para aprender francés y alemán.

Allí estaba, ante todo, su tío Horace, y de él conservaba vívidas imágenes. Un hombre de mediana edad, con el pelo grisáceo, grande y extremadamente corpulento, hasta el punto de que la papada ocultaba su cuello, pero a pesar de aquella obesidad, era rápido y de movimientos ágiles, y poseía unos ojos azules alegres e igualmente alertas que parecían estar vigilándole constantemente. También se encontraban allí dos mujeres, madre e hija, y en cuanto las recordó, sus nombres regresaron también a su memoria: eran la señora Isabel Ray y Judith. Judith, suponía, debía de ser uno o dos años mayor que él, y la primera tarde que había pasado por allí le había acompañado a dar un paseo por el jardín después de cenar. Le había tratado de inmediato como si fuesen viejos amigos, había caminado rodeándole el cuello con un brazo y le había preguntado muchas cosas sobre su escuela, y sobre si había alguna chica que le gustara. Todo muy amistoso, pero francamente embarazoso. Cuando regresaron al interior resultó evidente que la madre le dirigió una señal interrogativa a la hija, y Judith había respondido encogiéndose de

hombros.

Entonces la madre le cogió de la mano; le hizo sentarse junto a ella al lado de una ventana, y le habló de la academia a la que iba a acudir: tendría en ella mucha más libertad de la que había tenido en el colegio, suponía, y él parecía la clase de muchacho que sabría hacer un buen uso de ella. Comprobó su francés y descubrió que podía hablarlo bastante correctamente, y le dijo que tenía un libro que acababa de leer y que podría prestárselo. Había sido escrito por aquel exquisito estilista, Huysmans, y se titulaba *La-Bas*. No quiso decirle sobre qué versaba, eso lo tendría que descubrir por sí mismo. Durante todo aquel rato sus ojos estrechos y grises estaban fijos en él, y cuando decidió ir a acostarse le condujo hasta su habitación para darle el libro. Allí estaba Judith; ella ya lo había leído y se rió al recordarlo.

—Léelo, querido Francis —dijo—, y después duérmete de inmediato, y mañana podrás contarme qué es lo que has soñado, siempre que no sea desagradable.

El ritmo vibrante del tren hacía que Francis se sintiese adormecido, pero su mente quería seguir desenterrando aquellos fragmentos. En la casa también se encontraba otro hombre, el secretario de su tío, un joven, de quizá veinticinco años, pulcramente afeitado, delgado y tan alegre como los demás. Todos le trataban con una curiosa deferencia, difícil de definir pero fácil de percibir. Aquella noche se había sentado a su lado durante la cena y no había dejado de rellenarle su vaso de vino tanto si quería como si no, y a la mañana siguiente había entrado en su habitación vestido aún en pijama y, sentándose en su cama y contemplándole con una mirada extraña e interrogadora, le preguntó qué tal le iba con el libro, y después le acompañó a darse un baño en la piscina que había al fondo del jardín, oculta por una hilera de árboles... No necesitaba traje de baño, le dijo, no era necesario, y juntos recorrieron la piscina de un extremo al otro y luego se tumbaron a tostarse al sol. Entonces, de entre los árboles, surgieron Judith y su madre, y Francis, avergonzado, se envolvió rápidamente en una toalla. Cómo se habían reído todos ante su delicioso pudor... ¿Cómo se llamaba aquel hombre? Ah, pero por supuesto, se trataba de Owen Barton, el mismo que había sido mencionado en la carta del señor Angus como Reverendo Owen Barton. ¿Pero por qué «reverendo»? se preguntó Francis. Quizá se había ordenado con posterioridad.

Durante todo el día habían halagado su belleza, y su modo de nadar y de jugar al tenis: nunca nadie le había prestado tanta atención, todas las miradas se posaban sobre él, tentadoras y atrayentes. Por la tarde su tío había reclamado su presencia: debía acompañarle al piso de arriba y contemplar algunos de sus tesoros. Le condujo hasta su dormitorio y abrió un enorme armario ropero repleto de magníficas vestimentas. Había allí capas con empedrados de oro, estolas y casullas bordadas con perlas y guantes enjorados, y el propósito de todo aquello era convertir en gloriosos a los sacerdotes que ofrecían sus plegarias al Señor de todas las cosas visibles e invisibles. Entonces sacó una sotana escarlata de seda gruesa y brillante, y una cota de la muselina más fina, guarnecida desde el cuello y hasta el dobladillo inferior por encajes irlandeses del siglo dieciséis. Eran las vestimentas para el chico que hiciera de monaguillo en la misa, y Francis, a petición de su tío, se despojó de su chaqueta y se cubrió con aquello. Después se descalzó para deslizar sus pies en las silenciosas zapatillas escarlatas que su tío llamó zapatos del

santuario. En aquel momento entró Owen Barton, y Francis le oyó susurrarle a su tío:

—¡Dios! ¡Menudo monaguillo! —y después se colocó una de aquellas magníficas capas vestales y le dijo que se arrodillara.

El chico se había sentido completamente desconcertado. ¿A qué estarían jugando?, se preguntaba. ¿Era algún tipo de charada? Allí estaba Barton, con su cara solemne y ansiosa, levantando su mano izquierda, como si le estuviera bendiciendo: más sorprendente resultaba su tío, relamiéndose los labios y tragando sonoramente, como si se le estuviera haciendo la boca agua. Detrás de aquellos disfraces se ocultaba algo, algo que para ellos significaba mucho. Se sentía incómodo e inquieto, y no estaba dispuesto a arrodillarse, de modo que se deshizo de la cota y de la sotana.

—No entiendo de qué va todo esto —dijo, y de nuevo, al igual que había sucedido entre Judith y su madre, vio que entre los dos hombres se cruzaban preguntas y respuestas. De algún modo, su falta de interés les había decepcionado, pero por lo que a él se refería no se trataba de un tema de interés: lo que sentía era más bien una ligera repulsión.

Se reemprendieron las diversiones: volvieron a jugar al tenis y a bañarse juntos, pero todos parecían haber perdido aquel interés que anteriormente habían demostrado por él. Aquella tarde se vistió para la cena antes que los demás, por lo que se sentó en un profundo sillón situado junto a una de las ventanas de la sala de estar, leyendo el libro que le había prestado la señora Ray. No conseguía avanzar; era demasiado extraño y el uso del francés demasiado rebuscado; pensó que se lo devolvería diciéndole que de momento estaba más allá de su capacidad. Justo en aquel momento entraron ella y su tío: estaban hablando entre sí y no advirtieron su presencia.

—No, no servirá de nada, Isabel —dijo su tío—. No tiene curiosidad, ni propensión a ello: sólo le desagradaría y le alejaría de nosotros. Ésa no es manera de ganar almas. Owen piensa de igual manera. Y además, es demasiado inocente: cuando yo tenía su edad... Vaya, aquí está Francis. ¿Qué estás leyendo, muchacho? ¡Ah, ya veo! ¿Y qué te está pareciendo?

Francis cerró el libro.

—Me rindo —dijo—. No puedo seguir.

La señora Ray se rió.

—Estoy de acuerdo, Horace —dijo—. ¡Pero qué lástima!

De algún modo Francis tuvo la impresión, recordaba, de que habían estado hablando de él. Pero si ese era el caso ¿qué era aquello para lo que no estaba preparado?

Aquella noche se había ido a la cama bastante temprano, animado, o así lo creía, por los otros, a los que dejó jugando unas partidas de bridge. Se durmió rápidamente, pero se despertó pensando que había oído cánticos. Entonces se oyeron tres campanadas, seguidas de una pausa y, posteriormente, de otras tres. Estaba demasiado dormido para preocuparse por saber qué era aquello.

Aquella era la suma de sus impresiones, mientras el tren se apresuraba atravesando la noche, de aquella visita hecha al hombre cuyo patrimonio acababa de heredar a condición de que siguiera proporcionando 500 libras al año al Reverendo Owen Barton. Se sorprendió al comprobar lo vívidos y vagamente inquietantes que resultaban sus

recuerdos tras pasar cuatro años enterrados en su mente. Mientras se hundía en un sueño profundo volvieron a desvanecerse, y a la mañana siguiente apenas pensó en ellos.

Tan pronto como llegó a Londres acudió a ver al señor Angus. Algunas acciones deberían venderse para poder pagar ciertas tasas, pero la administración del capital era por lo demás cosa fácil. Francis quiso saber algo más sobre su benefactor, pero el señor Angus poco pudo decirle. Durante varios años, Horace Elton había vivido una existencia extremadamente aislada allá en Wedderburn, relacionándose de manera frecuente únicamente con su secretario, el señor Owen Barton. Además de él, había también dos damas que solían acompañarle durante largas temporadas. ¿Cómo se llamaban?... El notario calló intentando recordar.

—¿La señora Isabel Ray y su hija Judith? —sugirió Francis.

—Exacto. Estaban allí a menudo. También, de manera no poco frecuente, solía llegar cierto número de personas a una hora bastante tardía, normalmente a las once, pero a veces más tarde incluso, que permanecían en la casa durante un par de horas antes de volver a marcharse. Todo un poco misterioso. Tan sólo una semana antes de la muerte del señor Elton, se presentó allí toda una congregación. Quince o veinte personas, creo.

Francis permaneció en silencio unos instantes: se sentía como si pequeñas piezas de un puzzle reclamaran ser colocadas en su sitio, pero sus formas eran excesivamente fantásticas...

—Y respecto a la enfermedad de mi tío y a su muerte... —dijo—. La cremación de sus restos se efectuó el mismo día en el que murió; al menos eso es lo que entendí en su telegrama.

—Sí, así fue —dijo el señor Angus.

—¿Pero por qué? Para estar presente en la ceremonia habría tenido que dejarlo todo y regresar inmediatamente a Inglaterra. ¿No resulta un procedimiento algo inusual?

—Sí, señor Elton, fue completamente inusual. Pero hubo buenas razones para ello.

—Me gustaría oírlas —dijo Francis—. Soy su heredero y lo más apropiado hubiera sido que me encontrara presente. ¿Por qué se obró de esa manera?

Angus dudó durante unos instantes.

—Es una pregunta razonable —dijo—, y me siendo obligado a responderle. Aunque para ello deberé retroceder un poco en el tiempo... Su tío mantuvo, aparentemente, un excelente estado físico hasta la semana previa a su muerte. Era muy robusto, cierto, pero también una persona muy activa. Entonces empezó a sufrir ataques. Sus primeras manifestaciones tomaron la forma de dolorosas molestias mentales y espirituales. Por alguna razón pensaba que iba a morir en breve plazo, y la idea de la muerte le producía un pánico y un terror anormales. Me telegrafió porque quería cambiar su testamento. Yo estaba fuera de Londres y no pude acercarme a su casa hasta el día siguiente, pero para entonces ya estaba demasiado enfermo como para dar instrucciones coherentes. Su intención, según creo, era dejar al señor Owen Barton fuera.

De nuevo el abogado se detuvo.

—Descubrí —continuó—, que el mismo día que yo llegué a Wedderburn, pero por la mañana, había hecho llamar al cura de su parroquia, y que se había confesado. En qué consistió la confesión, por supuesto, no tengo ni la más remota idea. Hasta entonces había

mostrado pánico por la muerte, pero físicamente seguía siendo el mismo. Sin embargo, inmediatamente después, una horrible enfermedad le invadió. Y la palabra justa es ésta: invasión. Los doctores que llegaron de Londres y Bournemouth no supieron de qué se trataba. Algún microbio desconocido, supusieron, que atacaba rápida y vorazmente tanto la piel como los tejidos y el hueso. Era como si se estuviera corrompiendo y pudriendo por dentro, como si ya estuviese muerto... Ciertamente, no sé de qué le servirá que le cuente esto.

—Quiero saberlo —dijo Francis.

—De su interior surgían organismos vivos como podrían hacerlo del interior de un cadáver. Sus enfermeras tenían que salir a vomitar cada dos por tres. Su habitación estaba constantemente repleta de moscas; moscas enormes y rollizas que invadían las paredes y la cama. Él seguía consciente, y persistía en su irracional pánico frente a la muerte, en unos momentos en los que cualquiera pensaría que su alma se mostraría agradecida de poder abandonar aquella morada.

—¿Estaba el señor Owen Barton con él? —preguntó Francis.

—Desde el momento en el que el señor Elton se confesó, se negó a volver a verle. Tan sólo en una ocasión entró en su habitación, produciéndose una espantosa escena. Su tío empezó a gritar y a chillar aterrorizado. Tampoco quiso ver a ninguna de las damas que ya hemos mencionado: ¿por qué, pese a todo, continuaron residiendo en la casa? No lo sé. Entonces, la última mañana de su vida, cuando ya no podía ni hablar, escribió un par de palabras sobre un trozo de papel: parecía que quería recibir la extremaunción. De modo que se avisó al párroco.

El viejo abogado se detuvo una vez más: Francis vio que sus manos estaban temblando.

—Entonces sucedió algo horrible —dijo—. Yo estaba en la habitación, ya que él me había hecho señas para que me acercara, y lo vi todo con mis propios ojos. El párroco había servido el vino en el cáliz, y había colocado la hostia sobre la bandeja. Estaba a punto de consagrar los elementos cuando una nube de aquellas moscas de las que le he hablado se abalanzaron sobre él. Se introdujeron en el cáliz como un enjambre de abejas y se posaron a cientos sobre la bandeja; en un par de minutos el cáliz estaba seco y la hostia había sido devorada. Entonces, como huéspedes satisfechos, podría decirse, se arrojaron sobre el rostro de su tío, cubriéndole de tal modo que resultaba imposible verle. Empezó a jadear y a atragantarse: a continuación sufrió una convulsión y se retorció. Después, gracias a Dios, todo terminó.

—¿Y después? —preguntó Francis.

—Ya no había moscas. Nada. Pero fue necesario incinerar el cuerpo de inmediato, y también su cama. ¡Fue espantoso, espantoso! Jamás se lo hubiera contado si no me hubiera presionado.

—¿Qué hicieron con las cenizas? —preguntó Francis.

—Ya verá que hay una cláusula en el testamento, ordenando que sus restos fuesen enterrados al pie del árbol del amor de Judas⁵ que hay junto a la piscina del jardín en

5 También conocido en castellano como *ciclamor*, árbol bastante común en España, caracterizado por sus hojas en forma de corazón y sus flores carmesíes. (N. del T.)

Wedderburn. Así se hizo.

Francis era un joven bastante poco imaginativo, poco dado a los titubeos supersticiosos y a especular inútilmente, y aquella historia, por muy sugerente que fuese, y por muy repleta de espantosos matices que estuviera, no captó su interés ni le llevó a la creación de inquietantes fantasías. Resultaba horrible, cierto, pero ya se había terminado. Acudió a Wedderburn durante la Pascua, con una hermana suya viuda y con su hijo de once años, y a los tres les encantó la casa. Pronto acordaron que Sybill Marsham alquilaría su casa de Londres durante los meses del verano para establecerse allí. Dickie, que era un niño delicado, bastante extraño y enfermizo, podría beneficiarse del aire campestre, y Francis a su vez se beneficiaría de dejar el lugar a cargo de su hermana y de encontrarlo ocupado y acomodado cada vez que pudiera escabullirse de su trabajo.

La casa era de ladrillo y madera, tenía capacidad para una docena de personas, y estaba a un nivel más alto que el del pequeño pueblo. Francis la recorrió tan pronto como llegó a ella, y se asombró de cómo reaparecían en su memoria hasta los más mínimos detalles de su fisonomía a medida que la iba recorriendo. Allí estaba la sala de estar, con sus altas estanterías repletas de libros y sus profundos sillones enfrentados al jardín, en uno de los cuales se había sentado sin ser observado por su tío y la señora Ray cuando entraron hablando en la sala. En la parte superior se encontraba el dormitorio artesonado de su tío, que se propuso ocupar él mismo, con su enorme armario repleto de vestimentas. Lo abrió: allí estaban, cubiertos por papel de seda, lanzando destellos escarlatas y dorados, los más depurados linos jamás decorados con la cordelería irlandesa... un débil olor a incienso los recubría. A su lado estaba la sala de estar de su tío, y un poco más allá la habitación en la que él había dormido en anteriores ocasiones, y que ahora sería ocupada por Dickie. Aquellas habitaciones se hallaban en la parte frontal de la casa, mirando hacia el este por encima del jardín, y salió al exterior para renovar su familiaridad con él. Bajo las ventanas se extendían los macizos de flores, alegremente coloridos por los brotes primaverales; después había una extensión de césped y, más allá, se encontraba la fila de árboles que ocultaba la piscina. Recorrió el sendero que se abría paso por encima del césped, rodeado de tapices de primavera y anémonas, y llegó hasta el claro que rodeaba al agua. La piscina se hallaba al fondo del todo, junto a la compuerta contra la que chapoteaba ruidosamente el agua del canal que proporcionaba el líquido, y que llegaba rebosante debido a las lluvias de marzo. En el extremo más alejado se imponía un árbol del amor de Judas gloriosamente cargado de flores, que se reflejaba sobre la inmóvil superficie del agua. En algún lugar bajo aquellas ramas cargadas de capullos rojos estaba enterrada la urna con las cenizas. Paseó alrededor de la piscina: allí se estaba a cubierto de las brisas de abril, y las abejas se afanaban entre los capullos. Las abejas, y también unas moscas enormes y rollizas. Bastantes, por cierto.

Él y Sybil se encontraban sentados en la sala de estar cuando empezó a caer la noche. Un criado entró para anunciarles que el señor Owen Barton había pedido su permiso. Ciertamente, se hallaban en casa, de modo que entró, y Sybil le fue presentada.

—Apenas se acordará de mí, señor Elton —dijo—, pero yo estaba aquí cuando vino usted a visitar a su tío: debió de ser hace cuatro o cinco años.

—Al contrario, le recuerdo perfectamente —dijo Francis—. Nos bañamos y jugamos al tenis juntos. Fue usted muy amable con un muchacho tímido. ¿Sigue viviendo aquí?

—Sí. Compré una casa en Wedderburn poco después de la muerte de su tío. Pasé seis años muy felices junto a él, siendo su secretario, y le cogí cariño a la región. Mi casa se encuentra justo al otro lado de la valla de su jardín, frente a la puerta con pestillo que da al camino del bosque que rodea a la piscina.

La puerta se abrió y entró Dickie. Vio que había un extraño y se detuvo.

—Dile «¿Cómo esta usted?» al señor Barton, Dickie —dijo su madre.

Dickie cumplió el encargo con completa corrección y permaneció allí, contemplándole. Normalmente era un muchacho tímido; pero, tras su inspección, se le acercó de nuevo y apoyó sus manos sobre las rodillas del otro.

—Me gusta usted —dijo con confianza, y se apoyó en él.

—No molestes al señor Barton, Dickie —dijo Sybil con autoridad.

—Oh, pero si no me molesta en absoluto —dijo Barton, y atrajo hacia sí al muchacho para que quedara cómodamente instalado entre sus rodillas.

Sybil se levantó.

—Vamos, Dick —dijo—. Daremos un paseo por el jardín antes de que oscurezca.

—¿Viene él también? —preguntó el muchacho.

—No; se queda para hablar con el tío Francis.

Cuando los dos hombres se hubieron quedado solos, Barton dijo un par de palabras sobre Horace Elton, quien siempre se había comportado con él como un amigo generoso. Su final, afortunadamente breve, había sido terrible, y terrible en especial para él había sido la negativa del moribundo a verle durante los dos últimos días de su vida.

—Su mente, supongo, debió de verse afectada —dijo— por sus espantosos sufrimientos. A veces sucede: la gente se vuelve contra aquellos con los que más intimidad han compartido. A menudo me he lamentado por ello, y lo he sentido mucho... Y le debo una explicación, señor Elton. Sin duda le sorprendería ver en el testamento de su tío que se refería a mí como «reverendo». Es cierto, aunque yo no me aplique el término. Ciertas dudas espirituales y dificultades me hicieron abandonar los votos, pero su tío siempre mantuvo que un sacerdote es siempre un sacerdote. En eso era inamovible, y sin duda tenía razón.

—No sabía que mi tío tuviera interés en los asuntos de la iglesia —dijo Francis—. ¡Ah, había olvidado sus vestimentas! Quizá se tratase de un interés artístico.

—En absoluto. Los consideraba objetos sagrados, consagrados para usos santos... ¿Y podría preguntarle qué ha sido de sus restos? Recuerdo haberle oído expresar en alguna ocasión que quería ser enterrado junto a la piscina.

—Su cuerpo fue incinerado —Dijo Francis—, y las cenizas se enterraron allí.

Barton no se quedó mucho tiempo más, y cuando Sybil regresó se sintió francamente aliviada al ver que se había marchado. Simplemente no le gustaba. Había en él algo extraño, algo siniestro. Francis se rió; a él le parecía bastante buen tipo.

Los sueños son, por supuesto, tan sólo un compendio de imágenes mentales recientes y de asociaciones, y un sueño tan vívido como el que tuvo Francis aquella noche podría haber surgido fácilmente de dichos elementos. Soñó que estaba bañándose en la piscina

con Owen Barton, y que su tío, robusto y florido, estaba de pie bajo el árbol del amor de Judas, observándoles. Aquello parecía algo natural, como suele pasar en los sueños: sencillamente no había muerto. Cuando salieron del agua buscó su ropa, pero lo único que encontró fue una sotana escarlata y una cota guarnecida con encajes. También aquello le pareció natural; del mismo modo que se lo pareció el que Barton se cubriera con una capa vestal dorada.

Su tío, muy feliz y relamiéndose los labios, se les unió, y cada uno de ellos le tomó de un brazo mientras caminaban en dirección a la casa cantando un himno. A medida que avanzaban, la luz del día se iba extinguendo, y para cuando hubieron cruzado el césped ya era noche cerrada, y las ventanas de la casa aparecían iluminadas. Subieron las escaleras, aún cantando, hasta llegar a la habitación de su tío, que ahora era la suya. Había abierta una puerta en la que hasta entonces no se había fijado, situada frente a su cama y desde cuyo interior llegaba un fuerte resplandor. Entonces empezó a sentir que se hallaba inmerso en una pesadilla, ya que sus dos acompañantes le agarraron con fuerza y le empujaron hacia la puerta, mientras él luchaba por liberarse sabiendo que en su interior acechaba algo terrible. Pero paso a paso le fueron arrastrando, pese a su violenta resistencia, y en aquel momento surgió de la puerta un enjambre de enormes y rollizas moscas que zumbaban y se posaban sobre él. Cada vez llegaban más y más, cubriendo su cara, arrastrándose entre sus ojos, entrando en su boca cada vez que jadeaba buscando aire. El horror creció hasta ser insoportable, y entonces despertó sudando y con el corazón latiendo salvajemente. Encendió la luz, y allí estaba la habitación, en absoluta calma mientras el amanecer comenzaba a iluminar el exterior y los pájaros empezaban a afinar sus cantos.

Los escasos días de vacaciones de Francis pasaron rápidamente. Descendió hasta el pueblo para conocer la casa de Barton, juzgándola una vivienda pequeña y encantadora, y a su propietario un tipo de lo más agradable. Barton cenó con ellos una noche y Sybil llegó a admitir que quizá su primera impresión había sido un poco precipitada. Fue encantador con Dickie, y eso la dispuso en su favor, ya que el muchacho le adoraba. Pronto sería necesario encontrar un tutor para él, y Barton accedió de buen grado a encargarse de su educación. Cada mañana, Dickie trotaba a través del jardín y atravesaba el bosque junto al que se encontraba la piscina hasta llegar a la casa de Barton. Su carácter enfermizo le había hecho retrasarse en sus estudios, pero ahora se mostraba ansioso por aprender y por complacer a su nuevo instructor, de modo que rápidamente se puso al día.

Fue por aquel entonces cuando conocí a Francis, y durante los siguientes dos meses en Londres nos convertimos en buenos amigos. Me contó que hacía poco que un tío suyo le había dejado en herencia una propiedad en Wedderburn, pero hasta el momento ése era el único detalle que conocía de la historia que hasta ahora he registrado. En algún momento de julio me dijo que pretendía pasar allí el mes de agosto. Su hermana, la cual se encargaba de la casa, quería llevar a su hijo a la costa durante la primera o las dos primeras semanas del mes. ¿Querría yo acompañarle y compartir su soledad, lo que de paso me permitiría avanzar con cierto trabajo que se me estaba acumulando sin que nadie

me interrumpiera? Parecía un plan realmente atractivo, de modo que una calurosísima tarde que amenazaba tormenta, a principios de agosto, nos desplazamos hasta allí en coche. Owen Barton, que había sido secretario de su tío, me dijo, iba a cenar con nosotros aquella noche.

Cuando llegamos todavía faltaba algo más de una hora hasta el momento de sentarse a cenar, y Francis me invitó, si me apetecía darme un chapuzón, a que estrenara la piscina que había más allá del césped, entre los árboles. Él tenía que dedicarse a resolver varios asuntos caseros, de modo que fui solo. Era un lugar cautivador: el agua, completamente transparente e inmóvil, reflejaba el cielo y el follaje de los árboles. Me desnudé y me sumergí. Floté haciendo el muerto sobre la refrescante superficie, nadé y también bucéé, y entonces vi, caminando cerca del extremo más alejado de la piscina, a un hombre extremadamente corpulento que no debía de superar en mucho la mediana edad. Iba vestido de noche, con chaqueta y corbata negra, e instantáneamente asumí que debía de tratarse del señor Barton, que venía desde el pueblo para cenar con nosotros. Debía de ser por tanto más tarde de lo que me había parecido, así que nadé hasta la caseta en la que se encontraban mis ropas. Cuando salí del agua, miré a mi alrededor. Allí no había nadie.

Aquello me sorprendió, aunque sólo fuera ligeramente. Resultaba extraño que hubiera aparecido tan inesperadamente de entre los árboles y que volviera a desaparecer tan súbitamente, pero tampoco era algo que me preocupase excesivamente. Me apresuré a regresar a la casa, me cambié rápidamente y bajé las escaleras, convencido de que iba a encontrar a Francis y a su invitado sentados en la sala de estar. Pero lo cierto es que no hubiera tenido por qué darme tanta prisa, ya que mi reloj me indicó que aún faltaba un cuarto de hora hasta el comienzo de la cena. En cuanto a los otros, supuse que el señor Barton se encontraría con Francis en su propio salón, de modo que elegí un libro al azar para matar el rato y me puse a leer. Pero cada vez se hacía más oscuro, y cuando me levanté para encender la luz vi a través de la ventana francesa, en el jardín, la figura de un hombre silueteada contra la tormentosa puesta de sol. Estaba mirando hacia la habitación en la que yo me encontraba.

No tuve ni la más mínima duda de que se trataba de la misma persona que había visto mientras me bañaba, y encender la luz no hizo sino confirmármelo, ya que el resplandor cayó directamente sobre su cara. Seguramente el señor Barton, al darse cuenta de que había llegado demasiado pronto, había estado matando el tiempo paseando por el jardín hasta que llegara la hora de la cena. Pero lo cierto es que a mí se me habían quitado las ganas de compartirla con él: le había podido echar un buen vistazo y había en su rostro algo horrible. ¿Era humano? ¿Era terrestre en absoluto? Entonces se retiró lentamente, y de inmediato alguien llamó a la puerta, y oí a Francis descendiendo las escaleras. Él mismo abrió la puerta: oí unas palabras de bienvenida, y entonces entró en la habitación acompañado de un tipo alto y delgado al que me presentó.

Pasamos una velada muy agradable: Barton hablaba de una manera fluida y simpática, y en más de una ocasión se refirió a su amigo y pupilo Dick. A eso de las once se levantó para marcharse, y Francis le sugirió que atravesase el jardín, que representaba una ruta más corta hasta su casa. La amenaza de tormenta aún no se había materializado, aunque el cielo ya se mostraba especialmente cubierto cuando nos despedimos frente a la

ventana francesa, en el exterior. Barton pronto fue tragado por la oscuridad. En aquel momento un relámpago provocó un brillante resplandor que me permitió ver en mitad del césped, como si le estuviera esperando, al hombre que había visto ya en dos ocasiones. «¿Quién es éste?», estuve a punto de preguntar, pero de inmediato percibí que Francis no le había visto, de modo que permanecí en silencio, ya que en aquel momento supe algo que ya había medio imaginado: que el hombre que yo había visto no era de carne y hueso. Un par de gruesas gotas se estrellaron sobre el sendero, y mientras nos refugiábamos en el interior Francis gritó:

—¡Buenas noches, Barton! —y la alegre voz le respondió.

No pasó mucho tiempo antes de que nos fuéramos a la cama, y cuando pasamos frente a su habitación Francis me invitó a verla. Se trataba de una gran cámara artesonada con un enorme armario junto a la cama. Cerca de él colgaba un retrato al óleo de reducido tamaño.

—Mañana te enseñaré lo que hay en el armario —dijo—. Unos artefactos maravillosos... Ése es un retrato de mi tío.

Yo ya había visto aquel rostro aquella tarde.

Durante los siguientes dos o tres días no volví a ver a aquel espantoso visitante, pero en ningún momento pude sentirme relajado, ya que notaba su presencia. Qué instinto o qué sentido era el que lo percibía, no lo sé: quizá se tratase tan sólo del pavor que me producía la idea de volver a verle lo que me había producido semejante convicción. Pensé decirle a Francis que debía regresar a Londres; lo que evitó que lo hiciera fue el deseo de saber más, y aquello me hizo enfrentarme al miedo. Entonces, muy pronto, empecé a darme cuenta de que Francis parecía tan intranquilo como yo. A veces, mientras estábamos sentados juntos después de cenar, se mostraba extrañamente alerta: se interrumpía en mitad de alguna frase como si algo hubiese atraído su atención, o apartaba la mirada de nuestra partida de bezique⁶ y centraba su atención durante un segundo en algún rincón de la habitación o, más a menudo, en el oscuro vacío de la abierta ventana francesa. ¿Acaso había visto algo, me preguntaba, que resultaba invisible para mí y, al igual que hacía yo, temía hablar de ello?

Aquellas impresiones fueron momentáneas e infrecuentes, pero mantuvieron vivo en mí el sentimiento de que allí estaba pasando algo, y que aquel algo, que surgía de la oscuridad y lo desconocido, estaba cobrando fuerza. Había penetrado en la casa y estaba presente en todas partes... Pero luego me encontraba al despertar con unas mañanas tan brillantes y soleadas que me autoconvencía de que me estaba inquietando por nada.

Llevaba allí una semana cuando ocurrió algo que precipitó todo lo que sucedió luego. Dormía en la habitación que normalmente ocupaba Dickie, y me desperté una noche sintiéndome incómodamente acalorado. Tiré de una sábana con la intención de retirarla, pero se resistió porque estaba firmemente embutida entre los colchones por el lado de la cama que daba a la pared. Finalmente conseguí liberarla, y al hacerlo oí algo que caía al suelo con un aleteo. Por la mañana me acordé y encontré bajo la cama un pequeño

6 Típico juego de cartas británico que se juega con dos mazos de cartas. (TV. del T.)

cuadernillo de notas. Lo abrí perezosamente y encontré una docena de páginas escritas con una caligrafía redonda e infantil. Las siguientes palabras engancharon mi atención:

Jueves 11 de julio. Esta mañana he vuelto a ver al tío abuelo Horace en el bosque. Me ha contado algo sobre mí mismo que no he conseguido entender, pero ha dicho que cuando fuera mayor me gustaría. No debo decirle a nadie que está aquí, ni tampoco lo que me ha contado. Sólo al señor Barton.

Me importaba un bledo estar leyendo el diario privado de un muchacho. Aquella había dejado de ser una consideración digna de tener en cuenta. Pasé la hoja y encontré otra entrada:

Domingo 21 de julio. He vuelto a ver al tío abuelo Horace. Le he dicho que le había contado al señor Barton lo que él me había contado a mí, y que el señor Barton me había contado algunas cosas más, y que estaba satisfecho, y que había dicho que estaba prosperando y que pronto me llevaría consigo a orar.

No puedo describir el estremecimiento y el horror que aquellas entradas me provocaron. Convertían a la aparición que yo mismo había visto en algo muchísimo más real y siniestro. Aquel lugar estaba siendo encantado por un espíritu corrupto y maligno que además intentaba transmitir su corrupción. ¿Pero qué podía hacer yo? ¿Cómo podía yo, sin antes recibir alguna indicación por parte de Francis, decirle que el espíritu de su tío (del cual en aquel momento lo ignoraba todo) no sólo había sido visto por mí, sino también por su sobrino, y que éste estaba siendo influenciado por el primero? Y además estaban aquellas menciones a Barton. Ciertamente, aquello no podía quedar así. Estaba colaborando en aquella tarea maldita. Ante mis ojos empezaba a delinearse un culto de corrupción (¿o quizá estaba siendo demasiado fantasioso?) ¿Y qué significaba aquella frase de que le llevaría a orar? Gracias al cielo, Dickie se hallaba lejos de allí en aquellos momentos, y había tiempo para pensar en el problema. Y en cuanto a aquel lastimoso cuadernillo, lo guardé en un portafolios con cerradura.

El día, en lo que se refiere a signos externos y visibles, transcurrió agradablemente. Dediqué la mañana a trabajar y después los dos pasamos la tarde en el campo de golf. Pero bajo aquella aparente tranquilidad se escondía algo; el descubrimiento del diario no dejaba de intervenir mediante llamadas mentales preguntando: «¿Qué vas a hacer?» Francis, por su parte, se mostraba turbado; algo le reconcomía y yo no sabía lo que era. Entre nosotros se imponía el silencio, pero no ese silencio natural y desapercibido que surge entre los que se conocen bien, y que no representa sino un símbolo de su intimidad, sino esos silencios que se imponen entre quienes están pensando en algo sobre lo que temen hablar. Estos últimos habían ido volviéndose cada vez más severos a lo largo del día, se notaba una tensión creciente: todos los temas que tratábamos eran banales, ya que sólo enmascaraban un tema en concreto.

Antes de cenar, aquella tarde bochornosa, nos sentamos en el césped, y rompiendo uno de aquellos intervalos silenciosos Francis señaló la fachada de la casa.

—Esto sí que es curioso —dijo—, ¡Mira! La planta baja tiene tres habitaciones, ¿verdad? El comedor, la sala de estar y el pequeño estudio en el que escribes. Ahora mira hacia arriba. Allí también hay tres habitaciones: tu dormitorio, el mío y mi sala de estar. Las he medido. Faltan unos tres metros y medio. Parece como si en alguna parte hubiera una habitación sellada.

Aquello, al menos, era algo sobre lo que merecía la pena hablar.

—¡Qué excitante! —dije—. ¿No deberíamos buscarla?

—Lo haremos. Empezaremos a buscarla tan pronto como hayamos acabado de cenar. Pero hay otra cosa que quería contarte, aunque no tenga nada que ver con esto. ¿Te acuerdas de aquellas vestimentas que te enseñé el otro día? Hace una hora he abierto el armario en el que están guardadas, y un puñado de moscas enormes y rollizas han salido zumbando del interior. Sonaban como una docena de aeroplanos sobrevolando el cielo, lejanas pero fuertes, si entiendes lo que quiero decir. Y después han desaparecido.

De algún modo sentí que aquello que habíamos estado callando estaba a punto de quedar al descubierto. Podría ser perjudicial contemplar...

Francis saltó de su silla.

—¡Acabemos de una vez con estos silencios! —gritó—. Está aquí. Mi tío, me refiero. No te lo había contado, pero murió ahogado por un enjambre de moscas. Pidió la extremaunción, pero antes de que el vino pudiera ser sacramentado llenaron el cáliz hasta rebosar. Y sé que está aquí. Parece una chifladura pero es así.

—Ya lo sabía —dije—. Le he visto.

—¿Y por qué no me lo habías dicho?

—Porque pensé que te reirías de mí.

—Hace un par de días lo habría hecho —dijo—, pero ahora desde luego que no. Adelante.

—La tarde que llegamos le vi junto a la piscina. Esa misma noche, cuando estábamos despidiendo a Owen Barton cayó un relámpago, y ahí estaba otra vez, en medio del césped.

—¿Pero cómo supiste que era él? —preguntó Francis.

—Lo supe cuando me enseñaste su retrato aquella misma noche, en tu cuarto. ¿Tú le has visto?

—No. Pero sé que está aquí. ¿Algo más?

Aquella era la oportunidad, no sólo natural sino inevitable.

—Sí, mucho más —respondí—. Dickie también le ha visto.

—¿El niño? Imposible.

La puerta de la sala de estar se abrió y la camarera de Francis nos trajo el jerez en una bandeja. Colocó la jarra y dos vasos sobre la mesa de mimbre que había entre nosotros, y yo le pedí que fuera a mi habitación y que me trajera mi portafolios. Saqué el cuaderno de notas de su interior.

—Anoche encontré esto entre los colchones de mi cama. Es el diario de Dickie. Escucha.

Y le leí el primer extracto.

Francis lanzó una de aquellas rápidas y desconcertantes miradas por encima del

hombro.

—Pero estamos soñando —dijo—. Esto es una pesadilla. ¡Dios mío, aquí está pasando algo terrible! ¿Y por qué no debe Dickie contárselo a nadie excepto a Barton? ¿Hay algo más?

—Sí. *Domingo 21 de julio. He vuelto a ver al tío abuelo Horace. Le he dicho que le había contado al señor Barton lo que él me había contado a mí, y que el señor Barton me había contado algunas cosas más, y que estaba satisfecho, y que había dicho que estaba prosperando y que pronto me llevaría consigo a orar. No sé qué significa.*

Francis saltó de la silla como si tuviera un resorte.

—¿Qué?! —gritó—. ¿Llevarle a orar? Espera un momento. Deja que recuerde mi primera visita a este sitio. Yo era un muchacho de diecinueve años, absurda y temblorosamente inocente para mi edad. Una mujer que estaba viviendo aquí me dio un libro para que lo leyera: *La-Bas*. En aquel entonces no me enteraba de demasiadas cosas, pero ahora sé sobre qué trataba.

—Misas Negras —dije yo—. Adoradores de Satán.

—Sí. Un día mi tío me vistió con una sotana escarlata, y entonces entró Barton, se puso una capa sacerdotal, y dijo algo sobre que yo hiciera de monaguillo. En sus tiempos fue sacerdote, ¿lo sabías? Y una noche me desperté oyendo cánticos y una campana. Por cierto, Barton iba a venir a cenar mañana.

—¿Y qué vas a hacer?

—¿Con él? Aún no lo sé. Pero esta noche sí tenemos algo que hacer. En esta casa han pasado cosas horribles. Debían de llevar a cabo sus misas en alguna habitación, en una capilla. Vaya, ya sabemos en qué consiste ese hueco del que te he hablado hace un momento.

Después de cenar nos pusimos en marcha. En algún lugar del área frontal del primer piso se encontraba aquel espacio que no cuadraba con las dimensiones de las habitaciones. Encendimos las luces de todas ellas, y entonces, saliendo al jardín, vimos que las ventanas del dormitorio de Francis y las de su sala de estar estaban más separadas de lo que deberían. En algún lugar entre ellas, por lo tanto, se escondía aquel hueco al que no parecía haber acceso, de modo que volvimos a subir las escaleras. La pared de su sala de estar parecía sólida, era de ladrillo y madera y estaba atravesada por grandes vigas con escasa separación entre ellas. Sin embargo, la pared de su dormitorio estaba artesonada, y cuando la golpeamos no pudimos oír ningún ruido en la habitación de al lado.

Empezamos a examinarla.

Los criados se habían acostado ya, y la casa estaba en silencio, pero mientras nos trasladábamos del jardín al interior y de una habitación a la otra, había podido sentir una presencia que nos vigilaba y nos seguía. Habíamos cerrado la puerta que conectaba su dormitorio con el pasillo, pero en el momento en el que estábamos observando y palpando el artesonado, la puerta se abrió y volvió a cerrarse sola, y algo entró rozando mi hombro al pasar.

—¿Qué ha sido eso? —dije—. Alguien acaba de entrar.

—No importa —dijo Francis—. Mira lo que he encontrado.

En el borde de uno de los paneles había un botón negro, como un timbre de ébano.

Lo presionó y tiró hacia sí, y una sección del artesonado se deslizó hacia un lado, revelando una cortina roja que cubría una entrada. La descorrió con un entrechocar de anillas metálicas. El interior estaba oscuro y de él surgía un olor a incienso rancio. Recorrí el marco de la entrada con la mano, encontré un interruptor y la oscuridad se inundó con una luz deslumbrante.

En el interior había una capilla. No había ventana, y en su extremo occidental (no en el oriental) reposaba un altar. Sobre él colgaba un cuadro, evidentemente de alguna primitiva escuela italiana, y seguía el patrón de la Anunciación de Fray Angélico. La Virgen se sentaba en un recinto abierto y desde el floreado espacio que la rodeaba el ángel le brindaba su saludo. Sus alas extendidas eran las alas de un murciélago, y su cabeza y su cuello, completamente negros, eran los de un cuervo. Con la mano izquierda alzada, y no con la derecha, dibujaba el signo de la bendición. La toga de la Virgen era roja y de la más fina muselina, y estaba guarnecida con símbolos repugnantes. Su cara era la de un perro jadeante con la lengua extendida.

En el extremo oriental había dos nichos, y en cada uno de ellos reposaba la estatua de mármol de un hombre desnudo, con las inscripciones: «San Judas» y «San Gilles de Rais». Uno estaba agachado recogiendo unas monedas de plata desparramadas a sus pies, el otro se reía mientras contemplaba lascivamente el cuerpo mutilado y puesto boca abajo de un muchacho. El cuarto estaba iluminado por una araña que colgaba del techo: tenía la forma de una corona de espinas, y las bombillas se acomodaban entre una maraña de ramas de plata. Una campana colgaba del techo, detrás del altar.

La primera impresión que tuve mientras miraba aquellas obscenas blasfemias fue de que eran simplemente grotescas, y que no podían tomarse más en serio que los sucios mensajes que algunos escribían sobre las paredes de la calle. Aquella indiferencia pronto se disolvió, y me sobrevino una horrorizada conciencia de la devoción profesada por aquellos que habían diseñado y construido aquellas decoraciones. Diestros pintores y hábiles artesanos las habían realizado para que estuvieran allí, al servicio de todo lo que era malvado; aquel espíritu de adoración vivía en ellas dinámica y activamente. Y la habitación rebosaba con el placer exultante de aquellos que habían llevado a cabo sus adoraciones en su interior..

—Mira esto —me llamó Francis. Señaló un pequeño tablón que había apoyado contra la pared junto al altar.

Sobre él habían situado varias fotografías, una era la de un muchacho sobre el trampolín de la piscina, a punto de saltar.

—Ése soy yo —dijo—. La hizo Barton. ¿Y qué pone debajo? «Ora pro Francisco Elton». Y ésa es la señora Ray, y ése es mi tío, y ahí está Barton, con la capa. Reza también por él, por favor. ¡Esto es una chiquillada!

De repente rompió a reír estrepitosamente. El techo de la capilla estaba abovedado y el eco que produjo fue sorprendentemente fuerte: la habitación se llenó con él. Su risa cesó, pero el eco no. Alguien más se estaba riendo. ¿Pero dónde? ¿Quién? Excepto por la nuestra, la capilla estaba vacía de toda presencia visible.

La risa seguía y seguía, y nos miramos el uno al otro asaltados por el pánico. La brillante luz de la araña empezó a disminuir, las sombras empezaron a imponerse, y entre

ellas se destilaba una fuerza infernal y mortal. Y a través de la tenue luz pude ver, flotando en el aire y oscilando ligeramente, como si estuviera en mitad de una corriente de aire, el rostro sonriente de Horace Elton. Francis también lo vio.

—¡Lucha! ¡Enfréntate a él! —gritó señalándole—. ¡Profana todo lo que esté santificado! Dios, ¿hueles el incienso y la corrupción?

Rompimos las fotos y destrozamos el tablón sobre el que habían estado. Arrancamos el frontal del altar y escupimos sobre su maldita mesa: la empujamos hasta que volcó y la losa de mármol se partió por la mitad. Arrastramos las dos estatuas que se encontraban en los nichos y las estrellamos contra el suelo. Entonces, horrorizados por el desenfreno de nuestro iconoclastia, nos detuvimos. La risa había cesado y ninguna cara oscilante se balanceaba sobre la oscuridad. Entonces abandonamos la capilla y cerramos la puerta con el panel que la cubría.

Francis vino a mi habitación a dormir, y charlamos durante mucho tiempo, preparando nuestros planes para el día siguiente. Nos habíamos olvidado de destruir el cuadro que colgaba sobre el altar, pero ahora nos serviría en lo que nos proponíamos llevar a cabo. Después nos dormimos, y la noche discurrió sin molestias. Al menos habíamos roto todos aquellos artilugios que habían sido santificados para usos malditos, y aquello ya era algo. Pero aún quedaba una tenebrosa labor por realizar, y el resultado era inconjeturable.

Barton vino a cenar a la noche siguiente, y en la pared, frente a su silla, colgaba el cuadro de la capilla. Al principio no se fijó en él, ya que la habitación estaba bastante oscura, aunque no lo suficientemente oscura como para necesitar luz artificial. Se mostró alegre y vivaz como siempre, habló entretenida e inteligentemente y preguntó cuándo regresaría su amigo Dickie. Cuando estábamos acabando de cenar se encendieron las luces, y entonces vio el cuadro. Yo le estaba observando, y el sudor empezó a brotar de su cara, la cual había adquirido en un instante el color del barro. Después se recompuso.

—Qué cuadro tan extraño —dijo—. ¿Estaba aquí antes? Creo que no.

—No: estaba en una habitación del primer piso —dijo Francis—. ¿Me preguntaba sobre Dickie? Lo cierto es que no sé con seguridad cuándo regresará. Hemos encontrado su diario, y de momento creo que deberíamos hablar sobre eso.

—¿El diario de Dickie? ¡Vaya! —dijo Barton, y se humedeció los labios con la lengua.

Creo que adivinó que le aguardaba una situación desesperada, y me imaginé a un hombre condenado a ser ahorcado esperando en su celda a que llegase la hora, rodeado por sus guardianes, tal y como Barton esperaba en aquel momento. Se sentó apoyando un codo sobre la mesa y sosteniendo su frente con la mano. En aquel momento un criado trajo el café y nos dejó.

—El diario de Dickie —dijo Francis tranquilamente—. Su nombre figura en él. Y también el de mi tío. Dickie le ha visto en más de una ocasión. Pero, claro, eso usted ya lo sabía.

Barton bebió de su vaso de coñac.

—¿Me está contando una historia de fantasmas? —dijo—. Le ruego que siga.

—Sí, en parte se trata de una historia de fantasmas, aunque no del todo. Mi tío, su fantasma, si lo prefiere usted, le contó ciertas historias y le dijo que debería mantenerlas en

secreto salvo con usted. Y usted le contó algunas más. Y le dijo que debería ir a orar con usted dentro de poco. ¿Dónde iba a suceder eso? ¿En esa habitación que pende sobre nosotros?

El coñac le había otorgado al condenado un valor momentáneo.

—Una sarta de mentiras, señor Elton —dijo—. Ese muchacho tiene una mente corrupta. Me cosas que ningún chico de su edad debería saber: y se divirtió a su costa y se rió con ellas. Quizá debería habérselo dicho a su madre.

—Es demasiado tarde para pensar en eso ahora —dijo Francis—. El diario del que le acabo de hablar estará mañana a las diez en punto en manos de la policía. También inspeccionarán la habitación de arriba en la que usted ha vestido el hábito para celebrar sus Misas Negras.

—¡No, no! —gritó—. ¡No haga eso! ¡Se lo suplico y se lo imploro! Le confesaré la verdad. No ocultaré nada. Mi vida ha sido una blasfemia. Pero lo siento: me arrepiento. De ahora en adelante abjuro de todas esas abominaciones: renuncio a todas ellas en nombre de Dios Todopoderoso.

—Demasiado tarde —dijo Francis.

Y entonces, el horror que aún me atormenta empezó a manifestarse. Aquel desdichado se echó hacia atrás en la silla, y de su frente surgió un gusano que fue a caer sobre su blanca camisa, donde se quedó retorciéndose. En aquel momento, sobre nuestras cabezas, se oyó el sonido de una campana, y Barton se puso rápidamente en pie.

—¡No! —gritó de nuevo—. Me retracto de todo lo dicho. No abjuro de nada. Y mi Señor está esperándome en el santuario. Debo darme prisa y ofrecerle mi humilde confesión.

Con los movimientos de un animal sigiloso se escurrió de la habitación y oímos sus pasos subiendo ligeramente las escaleras.

—¿Has visto eso? —susurré—. ¿Y qué hacemos ahora? ¿Está ese hombre en su sano juicio?

—Ya no está en nuestras manos —dijo Francis.

Se oyó un golpe en el techo, como si alguien se hubiera caído, y sin mediar palabras subimos corriendo al dormitorio de Francis. La puerta del armario en el que estaban guardadas las vestimentas estaba abierta, y algunas yacían en el suelo. El panel también estaba abierto, pero en su interior sólo había oscuridad. Aterrorizado por lo que pudieran encontrar nuestros ojos, tanteé en busca del interruptor y encendí la luz.

La campana que había sonado hacía un par de minutos seguía moviéndose, aunque ya no repicaba. Barton, vestido con su capa vestal bordada de oro, yacía frente al altar, derrumbado, con la cara agitándose, crispada. Entonces cesó todo movimiento, un estertor surgió de su garganta, y su boca se abrió. Enjambres de enormes moscas que llegaban de ninguna parte se posaron sobre él.